NARRATIVA

AURORA VILLALBA

LA VOZ DE LOS RETRATOS

La voz de los retratos

Aurora Villalba Navarro

2020 Aurora Villalba Navarro

Libros de Seda, S. L.

Diseño de cubierta: Mario Arturo

Maquetación: Rasgo Audaz

Conversión en epub: Books and Chips

Primera edición digital: marzo de 2020

ISBN: 978-84-17 626-37-2

Lucía, siendo una niña, siempre miró a los Doria como a esa familia perfecta que parece tener todo aquello que cualquiera pudiera desear: glamur, elegancia, dinero. Era como si, estando a su lado, nada malo pudiera suceder. Sin embargo, el paso de los años va sacando a la luz una realidad muy distinta de la que varios objetos familiares son testigo: una invitación de boda, una prueba de embarazo, una urna con las cenizas de un difunto y una fotografía familiar. Con veinticinco años, y cuando parecía que Lucía había cortado toda relación con esa familia, recibe la invitación de boda de Alejandra Doria. ¿Qué sucederá tras el reencuentro?

A Michel,
mi gran amor.

«Il ne faut pas toucher aux idoles,
la dorure en reste aux mains».

Gustave Flaubert,
Madame Bovary

Introducción

Creo que he hecho bien en venir sola al acantilado. En Sa Punta había demasiada tensión. Los demás se sorprendieron al verme partir e insistieron para que les esperara, pero yo les dije que necesitaba caminar. Así que le pedí a mi padre que me trajera el automóvil aquí, le entregué las llaves y emprendí el camino a través del sendero que cruza el pinar. He llegado sin enterarme. Veinte minutos o media hora, no más. Y aquí estoy, desde hace un buen rato, a la sombra de un pino combado, arrullada por el vaivén de las olas, intentando controlar mi angustia ante la inmensidad del Mediterráneo.

Nunca había pensado que el mar en calma tuviera color de tumba. Y eso que he pintado esta porción de Costa Brava infinidad de veces, siempre atenta, siempre oteando las aguas desde el mismo lugar en que me encuentro hoy. Lo he perfilado en mañanas soleadas de agosto, cuando los rayos convergen directos y crean brillos en la superficie. Me recuerdo en tardes de viento sombreando la base oscura de las olas y definiendo con trazos ligeros el contorno acerado de las crestas de espuma. En octubre utilizaba colores semejantes al plomo, y en mayo rellenaba los lienzos con alegres tintes turquesa y esmeralda. En días de tormenta nunca lo pinté. Aunque me detuve a contemplar el arcoíris sobre el mar aplanado por la lluvia. Hoy el agua parece una masa compacta vetada por el claroscuro de las corrientes. Si tuviera aquí la paleta mezclaría el azul más oscuro con el negro y daría pinceladas nocturnas sobre el lienzo. De este modo recrearía ese mar tenebroso que estoy viendo y tanto se parece a las aguas teñidas del azulete que, en mi infancia, utilizaba mi abuela para lavar la colada.

Durante bastante rato me he sentido demasiado aislada. No obstante, ha sido mejor así. La soledad es imprescindible para

enfrentarnos a nuestros fantasmas y yo precisaba oponerme a ellos de una vez. Además, necesitaba tiempo. Tiempo para consolidar el duelo, tiempo para reflexionar, tiempo para despedirme, sin testigos, de este paraje, aunque punce, aunque me enfrente a todo aquello que deseo olvidar. Me encantaría olvidar, pero lo veo difícil. Estoy tan agotada de tantos meses de lucha y encierro que cualquier propósito se me antoja una montaña demasiado empinada.

Ya diviso los vehículos de la comitiva entre los pinos. Circulan lentamente a una distancia prudencial entre ellos para evitar ensuciarse con el polvo del camino. Parece que les dé una pereza infinita llegar. A pesar de sus esfuerzos no tardan en alcanzar la explanada y detenerse en el lado opuesto adonde me encuentro yo.

Adivino a familiares y amigos, que descienden de los vehículos con lentitud junto a los niños y los perros. Sí, los perros. Nuestros perros suelen estar presentes en la mayoría de los acontecimientos. No son más de quince personas. Convinimos en que seríamos pocos, sólo los más cercanos y algún íntimo. Caminan pausados, en silencio; sortean montículos y matojos mirando fijamente hacia el suelo como si intentaran inmovilizar su pena, como si no quisieran correr el riesgo de que su tristeza se mezclara con la luz. Los miro y siento frío. Un frío intenso que me está helando hasta el aliento, aunque estemos en primavera y hoy haya brillado el sol. Y es que en estos días de duelo la bruma confiere a las aguas un tinte espectral.

Primero se acercan los perros. Me husmean la ropa y se marchan. Luego son los niños quienes corretean hacia mí y se lanzan a mis brazos. En poco tiempo llegan los demás.

—¿Llevas mucho rato esperando? —me preguntan uno a uno con educación.

La frase me suena a estribillo de canción. Respondo que el tiempo discurre muy rápido en este lugar. Me besan. Algunos besos se quedan en el aire. Otros se prolongan en hondos abrazos. No sé exactamente quién me besa. Sólo sé que yo ofrezco las mejillas mientras hago chasquear los labios. Quedamos en un silencio opaco, tan denso que se podría cortar. «Es el silencio de las solemnidades», pienso. Quizá sea que simplemente no sabemos qué decir.

Poco a poco nos hemos reunido ante el filo del abismo. Los niños deambulan inquietos entre nosotros. Nos estiran de las

mangas y preguntan cuándo nos iremos. No estoy segura de que haya sido buena idea traerlos aquí. Alguien dijo que debíamos enfrentarlos a la realidad, aunque fuera dura, y los demás accedimos, pero la muerte no es un espectáculo sencillo.

Por no alargarles la agonía sugiero que empecemos nuestra ceremonia.

—¿Cómo lo hacemos? —pregunta Emma mostrándonos la urna de acero que lleva en las manos.

Los demás se miran, con dudas. No saben. Tampoco yo. Estuvimos de acuerdo en evitar el ruido de las palas, el roce del ataúd contra las paredes de la fosa y el gesto indiferente de los sepultureros. Convinimos en que sería preferible que volara por los espacios queridos. Pero ahora, ignorantes de nosotros, no sabemos cómo gobernarnos.

Alguien propone rezar unas oraciones, y juntos desgranamos avemarías ante el vacío. Es la voz de Emma la que guía nuestras plegarias. Suena sorprendentemente serena.

—Dios te salve, María… —Recita.

—Santa María… —respondemos los demás.

Aunque nuestras voces se alzan al unísono, nadie se mira a los ojos. La letanía suena a lamento. Debe de ser la culpa que nos atenaza y se confunde con la pena, o esa mentira que se ha instalado entre nosotros y no nos da tregua.

Emma aprieta la urna contra ella. Parece que sea la única libre de falta.

De pronto nos llega el ronco sonido de un motor y nos quedamos en silencio. No tardamos en divisar una lancha que aparece en la lejanía surcando dulcemente las aguas. Transita con suavidad y a su paso deja una estela de espuma y plata. En este día brumoso parece un fantasma. Veo el resplandor del casco abriéndose camino entre las olas y el leve cimbreo de la botavara. Me imagino tumbada sobre la cubierta, dejándome acunar por la ligereza de su marcha, y siento el deseo de subir y desaparecer. Ojalá pudiera irme lejos y sentir sobre el cuerpo la caricia del sol tamizada por la bruma. La barca sigue su curso y se aleja por el sur hasta que desaparece detrás del faro.

—¿Seguimos? —pregunta Emma.

La animamos a ello.

Emma se vuelve hacia el vacío, abre la urna y la vuelca. De repente el acantilado se llena de un polvo agrisado que queda suspendido ante nosotros. Nunca había sido tan consciente de lo poco que somos. Siento unos brazos pequeños que me presionan la pierna. Acaricio lentamente sus contornos y me aprietan más. Luego oigo un leve lamento; se asemeja al llanto y me quema como el fuego mientras los bracitos me oprimen como si me quisieran perforar. Sopla una racha de aire que convierte en remolinos las partículas de polvo. Emma se aproxima a mí y coloca una mano sobre mi hombro. Algo se me revuelve dentro. Me gustaría apartarla, aunque me quedo a su lado y restriego la cara por el dorso de su mano. Miramos juntas esa extraña danza de las cenizas mientras siento el peso de su contacto. Parece próxima, pero sé que está más lejana que nunca, igual que la mayor parte de mis acompañantes, que, abrazados unos a otros, tienen los ojos fijos en la nube cenicienta que flota sobre el barranco. Un par de gaviotas gritan y los perros, asustados, empiezan a correr. Su carrera, hacia nadie sabe dónde, levanta nubes de polvo y pinaza. Mi madre suspira a mi lado. Es una especie de quejido que utiliza a menudo cuando algo le incomoda, un soplido suave y largo que se va difuminando despacio y parece no terminarse nunca. Ella suspiró de esta manera el día que me entregó aquella carta.

Primera parte

Capítulo 1

Mi madre me entregó la carta cuando yo volvía de visitar la tienda de muebles Valentí con una clienta. Recuerdo perfectamente que ese día el rellano de mi casa olía a col.

—Lucía, es para ti —me dijo con ciertas reservas.

No era ninguna novedad que mi madre acudiera a recibirme al descansillo tan sólo oír mi llave girar en la cerradura. Así que agarré el sobre y, sin prestarle demasiada atención, me dispuse a entrar.

—¿No lo abres? —insistió.

—Lo haré más tarde —respondí, emprendiendo el camino hacia mi dormitorio—. Estoy cansadísima.

Confiaba en que aquella pequeña revelación, mi fatiga, paliara de alguna forma el atisbo de contrariedad que empezaba a dibujarse en su rostro. Media hora, nada más que necesitaba eso. El tiempo de descansar un rato. No quería desairarla, pero no tenía ganas de hablar. Llevaba varias semanas dando vueltas alrededor de una clienta con la que me había costado muchísimo conectar, especialmente en cuestión de gustos. Y eso que en los cuatro años que llevaba observando a Lola Prat, la interiorista para la que trabajaba y me había enseñado lo indecible sobre técnicas decorativas y empatía, había aprendido a saber con una simple ojeada si debía presentar a mis clientes tapicerías de tonos cálidos o si por el contrario era preferible proponer colores atrevidos. Lo mismo ocurría con el estilo del mobiliario o con el tratamiento de las paredes. Sin embargo, en aquel caso, cada nuevo elemento que se añadía al proyecto suponía una lucha titánica de la que nunca estaba segura de salir airosa. Lo peor era que sentía que mi dignidad estaba en juego. Era una de las primeras obras que Lola me había permitido llevar completamente sola, y aquello suponía

un reto adicional. Por suerte, ya hacía unos días que habíamos enfilado el principio del fin. Lo que nos había ocupado aquella tarde era la mesa de centro, la guinda que restaba para dar la obra por concluida. La semana anterior le había propuesto por lo menos cinco opciones que ella había rechazado. Aquel día, milagrosamente, habíamos dado en el clavo. El objeto de mis desvelos se había enamorado de una mesa lacada en negro y adornada con flores y pájaros dorados. «Por fin», dijo. A pesar de que la mesa en cuestión me parecía espantosa y de que en aquella época yo todavía consideraba un fracaso personal no ser capaz de reconducir de manera adecuada el mal gusto de algunas clientas, estaba infinitamente más aliviada que ella.

—Te aconsejo que abras la carta —insistió mi madre, siguiéndome por el pasillo.

No me sorprendió su persistencia. A mi madre le costaba respetar mis espacios, aunque me extrañó su tono de preocupación. Miré el sobre. Era de color crudo, de papel espeso y rugoso, amplio y de tamaño de tarjetón.

—Es de los Doria —murmuró.

Fue entonces cuando exhaló uno de aquellos suspiros que siempre me ponían en alerta. Me volví hacia ella. Me observaba con gravedad. Luego miré el remitente: Alejandra Doria Blumer. Intuí de lo que se trataba y el corazón me dio un vuelco.

—La abriré ahora mismo —dije.

Con el deseo, probablemente inútil, de que mi madre no se ofendiera demasiado, entré en mi dormitorio y cerré con suavidad la puerta. La imaginé trastornada al otro lado de la pared, pero necesitaba unos minutos de soledad para enfrentarme a aquel sobre punzante que tiré sobre la mesilla en cuanto oí sus pasos alejándose por el pasillo. Me desplomé sobre la cama. En esa ocasión fui yo quien suspiró. Estaba casi segura de lo que contenía la carta: la participación de boda de Alejandra. No era una novedad que Alejandra un día u otro se casara. Durante los últimos años, aunque sólo por teléfono, había estado en contacto con ella. Sabía que iba en serio con el último novio. ¿Eduardo? Sí, se llamaba Eduardo. Sabía que aquello tenía que llegar. Entonces, ¿por qué me faltaba el aire? Hacía tiempo que no sentía esa agitación. Era muy similar a la que había experimentado diez años antes en el primer día de curso

del año que repetí.

La clase de octavo B. Ése era mi destino. «Repetir curso no es un deshonor», me decía en silencio mientras recorría el larguísimo pasillo de las clases de EGB. La madre Benilde me tiraba de la mano con energía. «Repetir curso no es un deshonor», me volví a decir. Mi tutora había intentado convencerme de eso diez días antes al comunicarme que, a causa de la hepatitis que me había obligado a perder casi dos tercios del curso anterior, sería mejor que me quedara en octavo. Nuestros pasos retumbaban en el suelo embaldosado y hacían vibrar las cristaleras de las puertas. A nuestras espaldas, el sonido languidecía hasta perderse en aquellos techos tan altos. No es un deshonor. Me esforzaba en creer que aquello era cierto, pero no lo conseguía. Me había pasado el verano quemándome las pestañas ante libros repletos de conceptos que era incapaz de entender. «La vida no es un camino de rosas», decía mi padre al verme desfallecer. «Tú lo conseguirás», me azuzaba mi madre. En su tono adivinaba una gran confianza. Ambos estaban convencidos de que habían engendrado dos hijos muy inteligentes. Rómulo, mi hermano, bastante mayor que yo, lo había demostrado con creces. A los veintitrés años estaba preparándose para examinarse del MIR, y en su currículo constaban grandes éxitos académicos. A mi madre se le llenaba la boca de orgullo al explicar que la medicina corría por nuestras venas y me incluía a mí, como si el hecho de ser hija de un médico y de una enfermera tuviera que condicionar mi vocación. Yo les había fallado de una forma estrepitosa. Ninguno de los dos me había hecho el más mínimo reproche, aunque sabía de su decepción.

—Vamos, Lucía, acelera, que pronto sonará el timbre —me azuzó la madre Benilde tirando de mí con brío.

Me costaba avanzar. Cada año había caído en mi curso alguna repetidora. Acostumbraban a presentarse con aires de superioridad; sin embargo, no tardaban en verse encogidas y distantes. Un día, entre lloriqueos, revelaban que añoraban a sus antiguas amigas y aprovechaban las horas de recreo para encontrarse con ellas. En mi caso iba a resultarme imposible. El aula de mis compañeras de siempre, que iban a iniciar BUP, estaba en un pabellón muy lejano al mío. Caminábamos en silencio, yo un par de pasos por detrás de

la madre Benilde. Me pesaban los pies y el brazo me parecía cada vez más largo. Su corta estatura —no creo que sobrepasara el metro y medio— me obligaba a encorvarme para estar a su altura. Empecé a sudar. Desde que habíamos coincidido en la escalinata del atrio me sujetaba la mano como un garfio.

Por absurdo que pueda parecer, una de las cosas que más me alteraban era que la madre Benilde me había obligado a desenrollarme la falda del uniforme. Sí, una falda recién comprada, tableada, azul marino, que me llegaba hasta las rodillas y me confería un espantoso aire de convento. Me aterraba presentarme en mi nueva clase con aquella facha. La del año anterior me había quedado estrecha y mi madre me había comprado una muy grande por si crecía. «Nunca se sabe, a tu edad se dan varios estirones», había dicho dándome largas cuando le supliqué que me la acortara. ¿Cómo iba a crecer más si medía ya un metro sesenta y nueve? ¿Qué esperaba? ¿Qué agujereara los techos? Mi madre sabía que las pocas religiosas que quedaban en el colegio nos enviaban a casa si llevábamos la falda demasiado corta y se negó a menguarla. Yo también lo sabía. Por ese motivo opté por envainarme en aquella falda monjil y darle varias vueltas a la altura de la cintura. Era un recurso que utilizábamos muchas.

Cruzamos a un grupo de cuarto que berreaba en el pasillo. La madre Benilde se detuvo y me soltó la mano. Me froté la muñeca y aproveché para volver a arrebujarme la falda.

—¿Qué es este griterío? —exclamó, poniéndose en jarras.

A través de las cristaleras vi corros de amigas que se abrazaban. Nunca un principio de curso me había parecido tan negro. El aislamiento había sido muy largo. En los primeros meses no había podido recibir visitas ante el peligro de contagio. Por las mañanas, mi padre me tomaba la temperatura. «No baja», murmuraba. Luego se encerraba en el despacho donde pasaba consulta por las tardes y desaparecía. «Sh, papá necesita silencio», musitaba mi madre. Era una habitación sin ventana, situada junto al recibidor, que en las tardes se convertía en sala de espera. Quedaba relativamente aislada del resto de la vivienda, aunque uno de los tabiques lindaba con mi habitación. Tenía a mi padre apenas a unos metros de distancia y nunca oí nada más que algún suspiro. Estudiaba. Decía que un médico tenía la obligación de reciclarse. «Nada es fácil,

muchacha», decía. A pesar de que a lo largo de mi infancia me había sentido muy honrada de ser la hija de un hombre sabio, a mis quince años empezaba a cuestionarme de qué debía servirle tanta sabiduría. Mi padre era médico de cabecera. La mayor parte de sus pacientes eran ancianos que le exponían sus dolencias con reverencia: «Sí, doctor; no, doctor» y seguían con minuciosidad sus instrucciones. No obstante, tenían color de final. En aquello había algo de determinismo que me resultaba deprimente.

A veces, mi hermano Rómulo entraba en el despacho para debatir algún concepto con mi padre. Los oía conversar sobre síntomas y medicaciones. En alguna ocasión los oí reír. Eran risas cortas. Rápidamente volvían a sus quehaceres, como si reírse fuera un lujo sólo al alcance del que está dispuesto a perder el tiempo. De vuelta a su estudio, Rómulo se asomaba por la puerta y me gastaba alguna broma. Después se marchaba.

Mi madre solía pasar la mañana trasteando por casa. De vez en cuando aparecía por mi habitación: «¿Qué me cuenta mi niñita? Tápate, que hace frío. ¿Te apetecerá un caldito?» y se sentaba a mi lado contándome que el caldo llevaba dos horas hirviendo a fuego lento. Aunque me importaba muy poco el tiempo de ebullición del caldo, la dejaba hablar. Sabía que lo necesitaba. Mi padre casi no se comunicaba y ella apenas tenía amigas. A menudo me llenaba de arrumacos. «¿Quién te quiere más que nadie?». Y yo me dejaba achuchar.

—Esta niña se nos volverá tonta —bromeaba Rómulo.

Quizá tuviera razón. Tal vez fueron aquellos mimos y los que recibí durante toda mi infancia los que hicieron que tendiera a la fascinación y a creer que mi felicidad dependía de los demás. Aun así, ¿cómo iba a resistirme? Mi madre era menuda, tenía unas mejillas carnosas que apetecía pellizcar, olía a jabón y a ropa limpia y sólo deseaba agradar. Además, me gustaba evocar aquellas tardes en que me sentaba sobre sus rodillas y me contaba historias de príncipes y princesas. Mi madre era una excelente contadora de cuentos. *Rapunzel* era mi preferido. Ella describía con minuciosidad las largas trenzas de la protagonista, su gran donaire y su triste encierro. El príncipe siempre llegaba para rescatarla. «Los príncipes nunca fallan», decía mi madre.

Sus atenciones empezaron a molestarme cuando las expresaba

en público, en especial delante de mis amigas. Todo cambia para una adolescente cuando sus amigas están presentes. En aquellos días las mías me llamaban continuamente. Decían que me echaban de menos. En el momento que en casa dejaron de desinfectar mis cubiertos y empezaron a lavar mis prendas con las del resto de la familia permitieron que mis amigas vinieran a visitarme. Acudían los viernes por la tarde, oía su jolgorio antes de que sonara el timbre. Sentía que una brisa de aire limpio estaba a punto de entrar para refrescarme el alma. Llegaban en grupo, riendo, inmersas en conversaciones sobre novedades de las que yo no participaba y despertaban en mí una necesidad impaciente de volver al universo de los sanos. A veces mi madre se sentaba entre nosotras. «¿Molesto?». Claro que molestaba. Solía llevar la bata blanca de enfermera que utilizaba por las tardes para recibir a los pacientes de mi padre. «¿Os gusta mi modelito?». Mis amigas forzaban una risita de compromiso y las conversaciones enflaquecían. De pronto mis amigas se marchaban. Era viernes, la disco, ya sabía. Me quedaba con mamá, que comentaba que había que ver lo mal que planchaban algunas madres. Fue en aquellos momentos cuando sus esmeros empezaron a fastidiarme. «No hay para tanto», me miraba dolida cuando la acusaba furiosa de que mis amigas se habían marchado por su culpa. Más adelante, las visitas fueron espaciándose. Al final, como un automóvil accidentado, quedé sola en el arcén. Descubrí que una de las caras de la enfermedad es el destierro. No me gustó aquella revelación.

Pensaba en eso mientras oía a la madre Benilde reñir a dos niñas que no llevaban uniforme.

—¿Ni siquiera el primer día de curso lo tenéis a punto? —decía.

Me miró un instante y me hizo un gesto para que la esperara. Asentí. Durante ese rato imaginé lo que me aguardaba. Llegaríamos a la puerta del aula. Las muchachas, esas compañeras a las que apenas podía poner cara —porque en un colegio jamás se presta atención a los alumnos de cursos inferiores—, estarían inmersas en saludos y efusiones. La madre Benilde palmearía con energía. Risas ahogadas, toses y un montón de señales. La religiosa subiría al estrado, me indicaría que me acercara y me presentaría. Probablemente explicaría lo de mi enfermedad. Las niñas me mirarían curiosas, con un poco de compasión y yo desearía hacerme

invisible. La madre Benilde me adjudicaría un lugar junto a una de mis nuevas compañeras. Seguramente una niña pacífica, sensible y abierta a la que habría puesto en antecedentes de mi caso. Alguna vez me habían preparado para acoger a una repetidora. «No ha podido pasar de curso, no conoce a nadie, buen momento para practicar la caridad», solían aconsejarnos. La niña pacífica, sensible y abierta cargaría con el peso de que no me sintiera tan mal. El estómago se me encogía al pensar en la caridad.

Sonó el timbre.

—Vamos —volvió a instarme la madre Benilde mirando su reloj.

Tardé un poco en seguirla. Los rulos que había hecho con la falda se me escurrían. Intenté sujetarlos y mi tutora se dio la vuelta.

—¡Mira que eres tozuda! —Y miró al cielo, como si implorara paciencia—. Acelera, Lucía, tienes suerte de que se nos esté haciendo tarde.

Aprovechando su condescendencia terminé de arremangarme y me apresuré para alcanzarla. Pasamos bajo el lucernario. El sol nos llenó de luz e intensificó aquella mezcla de aromas a lejía, colonia y bocadillo tan conocidos. Así olían los espacios de mi colegio. También era un poco mi hogar. Lo mejor sería terminar de una vez. Al fin y al cabo, era lo único que podía hacer. Nunca más me quedaría en el arcén, nunca más. Nuestros pasos sonaron bravos. «Repetir curso no es un deshonor», volví a decirme. Casi logré creerlo mientras me aseguraba de que la falda estuviera correctamente colocada a la altura de los muslos.

Aquello quedaba muy lejos. Había superado largamente mis estudios, vestía según mi antojo y mis faldas tenían la largura que me daba la gana. Aun así, me temblaba la mano como antaño cuando decidí recoger el sobre que me esperaba en la mesilla de noche. Lo retuve unos instantes. «Lucía Romagosa», leí. Después le di un par de vueltas con la aprensión del que teme que le explote entre los dedos. Busqué el extremo de la solapa, tiré suavemente y extraje el tarjetón. Era una invitación en toda regla, sobria y tradicional. El texto, sobre papel crudo, estaba escrito con letra inglesa. Leí varias veces el enunciado: «Carlos Doria Caralt y Valeria Blumer Escoda le invitan a la boda de su hija Alejandra, que se celebrará en Sa Punta». ¿Sa Punta? Bonito lugar para una boda.

Sabía perfectamente lo que suponía aceptar la invitación. Volver a encontrarme con los Doria después de cinco años. ¿Lo deseaba?

Releí el texto. «Carlos y Valeria casan a Alejandra». Silabeé lentamente sus nombres. Pensé en los miembros Doria que no aparecían en la tarjeta, Emma y Gonzalo. También los pronuncié. Carlos, Valeria, Alejandra, Gonzalo y Emma; volver a nombrarlos me hacía sentir una emoción antigua, la misma que suele despertarme el olor a palomitas que se extiende sobre el recinto de las ferias, algo parecido al dulce y sutil recuerdo de las montañas rusas que Emma y yo frecuentábamos al salir del colegio durante la fiesta mayor de Sarriá.

Emma Doria fue la niña pacífica, sensible y abierta que me adjudicó nuestra tutora para mi integración. Curiosos adjetivos, visto desde el presente. Sabía de ella. Probablemente era la única niña de aquella clase de la que sabía el nombre. Las Doria eran muy populares en el colegio. Emma y su hermana Alejandra solían suscitar comentarios acalorados. Se decía que su familia era riquísima, y ese concepto de fortuna deambulaba por nuestras mentes fantasiosas como algo difuso, enorme y espectacular, imposible de ser calibrado. Por lo que se contaba, la fortuna venía de una empresa textil, o varias, nadie lo sabía bien, que habían fundado antepasados emprendedores. O sea, no eran nuevos ricos, y ello les confería un prestigio adicional. ¿Quién sabe?, quizá cada una de nosotras llevaba alguna prenda fabricada con sus telas y nadie podía sustraerse a la sonatina de su ilustre apellido. Además, eran medio extranjeras, o eso se decía. Como mínimo, su segundo apellido era Blumer. Por lo visto, su abuelo o bisabuelo, tampoco se aclaraba nadie, había sido miembro de la nobleza inglesa. Eso era lo que más impresionaba. Nadie sabía adónde había ido a parar el supuesto título. Pero aquello era lo de menos. Sus apellidos retumbaban en nuestras cabezas y nos llenaban de edenes cinematográficos. Lo que parecía indiscutible era que ambas hermanas, de tez blanca y pecosa y pelo dorado, no tenían un colorido latino y que siempre manejaban objetos y prendas que no teníamos las demás. Nuestra adolescente tendencia al deslumbramiento las convertían en piezas excepcionales no sólo porque no sabíamos dónde encontrarlas, sino porque se suponía que

se habían adquirido en una tienda muy elegante de alguna ciudad extranjera. Esa imposibilidad de acceder a ellas las convertía en el máximo exponente del deseo y ponía a las Doria en clara posición de superioridad, amén de que tenían fama de ser muy simpáticas y se decía que su hermano era guapísimo.

Agradecí llevar la falda arremangada en la cintura; me había permitido una entrada decorosa. Emma me sonrió en cuanto ocupé mi asiento. Tenía una sonrisa muy agradable que le hacía achicar los ojos. Yo se la devolví. No pudimos hablar porque la madre Benilde comenzó a presentar a las profesoras que iban a aleccionarnos durante aquel curso. Las conocía del año anterior y me aburría. Por eso me dediqué a estudiar a mi vecina de pupitre. Una cara mofletuda, una nariz chata y unos ojillos minúsculos de un color indefinido, un poco rasgados, entre azulados y grises, que destellaban medio escondidos entre unas bolsas considerables. Desde la distancia que la miraba, más o menos dos palmos, no me pareció nada excepcional, aunque eso carecía de importancia. En aquella época ninguna de nosotras era demasiado agraciada. La mayoría llevábamos correctores dentales que nos daban aire de vampiro. Por no hablar del acné. Unas éramos altas, grandullonas y desgarbadas. Como si la naturaleza hubiera decidido desarrollarse de una forma abrupta y descoordinada y la nueva imagen de medio adultas desdijera lo chiquillas que seguíamos siendo. En ese grupo me encontraba yo. Otras, por el contrario, continuaban atrapadas en un cuerpo infantil, y su urgencia por crecer se reflejaba en los rasgos resabiados que adquirían sus caras menudas. Ése era el grupo al que pertenecía ella. Su hermana Alejandra era muchísimo más lucida, como su madre.

También conocía de vista a su madre. Más bien la había vislumbrado por las ventanillas del Jaguar verde que cada tarde se detenía a la entrada del colegio. A veces, en primavera, aparecía descapotado. A pesar de que eso me permitía contemplarla mejor, sólo la conocía de cuello para arriba. Me la imaginaba alta y esbelta. Me llamaba la atención su melena jugosa, ondulada y abundante, y unas gafas muy sofisticadas —cuyos extremos apuntaban atrevidos hacia las sienes— que la dotaban de un fascinante aire de actriz. Se la veía muy joven. Entre nuestras madres se hablaba de ella. Atribuían aquel aspecto juvenil a los

múltiples tratamientos a los que, no sé por qué motivo, estaban seguras de que se sometía.

—Bolinde te ha hecho una buena faena —susurró Emma.

No pude menos que reírme. Era realmente certero el apodo que había puesto a nuestra tutora. La madre Benilde, además de bajita, era redonda como un botijo.

—Veo que estáis muy entretenidas —nos increpó la religiosa.

No me costó descubrir que Emma era una chiquilla muy abierta. Aquella mañana, en el recreo, me presentó a sus amigas. Tampoco me costó percibir que las demás se sentían agasajadas por esa amistad.

Nos habló de las vacaciones en Saint Barth con su familia.

—En realidad la isla se llama Saint-Barthélémy —apostilló afrancesando el acento.

Nos habíamos sentado en las gradas de las pistas situadas junto al lago. Mientras engullíamos nuestros bocadillos, la escuchábamos embobadas. Emma estaba acuclillada. Se estiró la bata hasta que consiguió que le cubriera las piernas. Explicó que habían ido de pesca en una barca tripulada por indígenas. Los nativos asaron en la playa las doradas y las langostas que habían pescado con sedales durante la mañana y las sirvieron sobre hojas de palma.

—Mamá dice que es la isla más bonita del Caribe porque, mire a donde mire, no consigue localizar a una sola persona vulgar.

Las demás rieron de aquella sentencia tan esnob cubriéndose, como ella, las piernas con la bata.

—Es una esnob de narices —dijo poniendo los ojos en blanco.

Y ese concepto, esnob, lejos de ser una crítica, adquirió connotaciones de inmunidad, de buen gusto, de saber hacer, de tener en la mano la posibilidad de disfrutar de placeres solamente permitidos a unos pocos, de tener el privilegio de observar la vida a través de unas lentes rosadas y envolventes. Luego se dispuso a repartir unos collares de caracolas que había comprado a un hombre que vendía abalorios en la playa. Conmigo no había contado e hizo un mohín de preocupación.

—Toma el mío —dijo, quitándoselo para colgármelo en el cuello.

Me pareció precioso y se lo agradecí.

Aquella tarde me informó, con pelos y señales, de todas las

lagunas a las que la voz popular no sabía dar respuesta. Su madre se había casado a los veintiún años y había tenido a Alejandra, la mayor de los tres hermanos, a los veintidós. Jamás se había sometido a una operación de estética. Es más, acostumbraba a decir que a las mujeres operadas se les ponía cara de asustadas. Su abuelo materno era de origen inglés, aunque llevaba prácticamente toda la vida afincado en España. El título de lord de su bisabuelo lo había heredado el hermano mayor de su abuelo. Y su padre, se pasaba la vida viajando de aquí para allá y sus telas eran codiciadas por los modistos más renombrados del planeta.

—¿Christian Dior?

—Christian Dior y muchos más.

Llegó a hacerme olvidar que Benilde le había encomendado que me cuidara.

A última hora, nuestra tutora nos dio clase de religión. Emma me miraba, divertida, hinchando los carrillos. Yo dibujé en una lámina una ánfora más ancha que larga de la que salían dos piernas redondas y unos brazos regordetes. Incluí dos ojillos saltones y unas gafas enormes y se la pasé furtivamente a Emma.

—Tía, qué bien dibujas —murmuró con admiración.

Ella añadió al dibujo una toga y un crucifijo. Tal fue la risa que nos entró que acabamos castigadas fuera de la clase.

—Empezamos muy mal el curso —nos recriminó la madre Benilde.

Durante nuestro pequeño destierro en el pasillo, Emma me contó que quería ser actriz y yo le confesé que aspiraba a convertirme en pintora.

—¿No te parece curioso que dos artistas coincidan en pupitres tan próximos? —dijo.

Naturalmente, le respondí que sí.

Esa tarde, el paseo de vuelta a casa me resultó corto y ligero. Descubrí que las calles por las que habitualmente transitaba, avenida Foix y Doctor Ferrán, eran una larga bajada. Sentía las piernas ágiles, sin peso. Creo que canturreaba algo mientras acariciaba las caracolas del collar que me había regalado Emma. Debía de estar realmente contenta, porque al llegar a casa ni siquiera me molestó percibir aquella varada a humanidad concentrada que se formaba, por las tardes, al convertirse en sala de

espera.

Cuando mi madre apareció por el dintel de la puerta, el recibidor de mi casa ya era un auténtico recibidor. Mi padre había trasladado su lugar de visita a un centro multiconsulta donde cada médico alquilaba su despacho y compartían una misma secretaria, y mi madre andaba demasiado sobrada de tiempo.

—¿Has abierto el sobre? —preguntó, sentándose a los pies de mi cama mientras aplanaba la colcha con la palma de la mano.

Pestañeaba. El labio superior se le escapaba un poco hacia arriba en un gesto, seguro que involuntario, que indicaba sin el menor atisbo de duda que no pensaba permitir una nueva evasiva por mi parte. Como no quería prolongar su agonía, le mostré el tarjetón forzando la máxima indiferencia. Mi madre prácticamente me lo arrancó de las manos y lo leyó con detenimiento.

—Supongo que no irás —más que una suposición, parecía una súplica.

—Lo pensaré —respondí fingiendo desperezarme.

No la convencí.

—Lucía, no aceptes la invitación. El contacto con los Doria siempre te desbarata.

No respondí. Sólo le acaricié la mano e hice un leve gesto indicándole que me dejara tomar la decisión a mí.

Luego me besó en la frente.

—Piénsalo bien, cariño, ya te hicieron daño una vez.

Capítulo 2

Resolví aceptar la invitación de Alejandra. Supongo que el último comentario que hizo mi madre sobre los Doria, aunque me suscitó bastantes dudas, influyó en mi decisión. Pensé que no estaba siendo justa con ellos, a pesar de que no la podía culpar. Cuando dejé de frecuentarlos apenas le ofrecí un par de explicaciones vagas. Eso creó una especie de tabú que la indujo a sacar sus propias conclusiones.

No fueron los Doria quienes me habían herido, como suponía ella. Ellos siempre se mostraron encantadores conmigo. Fue únicamente Emma quien, sin demasiados motivos, levantó el hacha de guerra. Aquello había ocurrido en un momento muy delicado de nuestra maduración.

En mi decisión también tuvieron mucho que ver los cuatro días que pasé en vilo pensando en los Doria. Los representaba en mi mente como si fueran un ente único. La distancia que se había creado entre ellos y yo, lejos de haber fomentado el olvido, había reforzado el deseo de tenerlos cerca, ¿por qué no reconocerlo? Deseaba volver a oír sus bromas y sus risas, sentir de nuevo que la vida tenía que vivirse y que era preciso exprimirla para ser feliz. ¿De qué me iba a servir el rencor? Intenté hacer un balance de los años transcurridos sin ellos. ¿Qué podía resaltar? Un título de interiorista, un trabajo bien remunerado, varios cursos de pintura, algún pretendiente del que nunca logré enamorarme y, eso sí, infinidad de pinturas dibujadas con trazos gruesos y oscuros. «Tus cuadros lloran», me dijo una tarde un profesor. ¿Qué más daba que tiempo atrás Emma me hubiera herido? Cuando discutimos, ella era una cría y yo también. Eso razonaba yo para buscar una justificación y lo conseguí. Sin embargo, me engañaba como el condenado a muerte que confía en la absolución.

Llamé a Alejandra en cuanto tuve la oportunidad. Lo hice desde el estudio, a primera hora de la mañana, antes de que llegaran Lola y los demás empleados.

—¡Lucía! —canturreó Alejandra en cuanto oyó mi voz. Alargaba la «i» con una inflexión oscilante en la que alternaba su habitual tonalidad suave con unos matices muy agudos que ascendían y bajaban de volumen y parecían alargarse hasta el infinito—. Qué ilusión me hace escucharte. ¿Cuento contigo? ¿Sí? Por favor, di que sí.

Si no supiera que ésa era su forma habitual de acoger a cualquiera, habría pensado que mi llamada era la más importante que había recibido en mucho tiempo. La imaginé agitando la cabeza, como si se sacudiera, haciendo oscilar las guedejas doradas de su melena, los ojos cerrados y el puño ante la boca. Conocía sus mohines. En la época del colegio la estudiaba con atención. Estudiaba tres cursos por encima del nuestro. La contemplaba por los pasillos y los patios del colegio, siempre rodeada de una corte de amigas entre las que sobresalía no sólo por altura, sino también por belleza y simpatía. Las envidiosas decían que parecía una jirafa. No era más que pura envidia. En aquella época Alejandra me parecía «lo más»: tenía la piel más fina que había visto nunca, cubierta de pecas como Emma, pero infinitamente más bonita. Además, llevaba la falda del uniforme más corta que sus compañeras y unos mocasines con una pizca de tacón que me parecían lo más sexi que podía calzar una colegiala. Era muy diferente de la Alejandra de ahora.

Le contesté que por supuesto acudiría a la boda. Me apetecía muchísimo. Me moría por conocer a su novio.

—Cuéntame, ¿cómo es?

Alejandra cambió aquella modulación aguda y exaltada por un siseo suave. Eduardo era maravilloso, un auténtico cielo. Bueno, creía que eso ya me lo había contado. Sí, le llevaba ocho años. Superdetallista. Fuerte, una roca. A su lado una se sentía protegida de verdad. Y muy emprendedor. Estaba metido en gestiones de banca. No, mamá no estaba muy convencida. Su padre era mayorista de cristales. Gente sencilla, muy agradables. Ya sabía lo mirada que era su madre en estas cuestiones. Estaba segura de que cuando lo conociera bien, lo adoraría. Papá no había opinado. Sus

empresas nunca le dejaban tiempo para nada. También terminaría sintiendo cariño por él.

—Tienes que conocerlo, seguro que te encantará.

Siempre asocié a Alejandra con las dulces princesas de los cuentos de hadas que me contaba mi madre, nacida entre algodones para ser contemplada, mimada y feliz.

Le pregunté por su familia.

—Todos fenomenal —volvió a canturrear.

Sabía que en los últimos años los Doria habían tenido un golpe económico importante. A pesar de que durante aquella época, la que pasé sin tener contacto con ellos, Alejandra me había informado de forma puntual del devenir familiar, no fue ella quien me lo reveló. Lo supe por la prensa y la televisión. Tras las olimpiadas de 1992 en Barcelona y coincidiendo con la entrada en el mercado de los productos elaborados en China, muchas empresas textiles se tambalearon. Seguí en las páginas de economía el proceso de suspensión de pagos y la quiebra de Tejidos Doria. Pensé que debían de estar pasándolo mal. Me costaba imaginar a los Doria arruinados. Pregunté en alguna ocasión a Alejandra sobre eso y ella, tan amiga de trivializar, aportó sólo algunas anécdotas que me dificultaron recomponer la realidad. «Mamá dice que está harta de comer pollo y que un día de éstos nos saldrán alas», me dijo un día. «Papá dice que lo mejor de haberse quedado sin negocio es que puede dedicar más tardes al golf», dijo otro. Articulaba este tipo de chascarrillos entre risas, como si su familia fuera inmune al sufrimiento y hablar de dinero no fuera otra cosa que un evidente síntoma de mal gusto. En aquellos momentos los admiré por llevar el infortunio con sentido del humor. No hacía mucho tiempo que Alejandra me había comentado que su padre estaba intentando hacer resurgir una pequeña empresa que se había salvado de la quema. Por lo visto lo estaba consiguiendo y, aunque no al nivel de antaño, el negocio estaba despegando. La idea de unos Doria incombustibles que superaban ruinas me llevó a admirarlos todavía más.

—Me alegro de que estéis todos bien —afirmé.

—¿Sabes qué te digo? —dijo como si de repente se le hubiera ocurrido una gran idea—. Será mejor que los veas.

Me sugirió que acudiera a Sa Punta un día antes del

acontecimiento. Al principio me negué alegando que no quería molestarlos. Bastante trabajo tendrían organizando la boda. Sería mejor que me instalara en un hotel cercano, como la mayoría de invitados, y acudiera directamente a la iglesia.

—Vamos, Lucía, no seas tonta. Tú casi eres de la familia.

Me sorprendió un poco su concepto de familia. No estaba segura de que los silencios duraran tanto entre parientes. Con todo, la idea de acudir sola a la ceremonia y sentirme confundida entre el plantel de invitados que me estaba imaginando no parecía demasiado alentadora, y acepté.

—Ya verás lo contentos que se pondrán —dijo—. No se te ocurra echarte atrás.

Prometí no hacerlo. No había motivos. Sabía que sus padres estarían encantados de alojarme en su casa. Y Gonzalo, su hermano, también. Con él tenía una cuenta pendiente. Una cuenta muy importante para mí.

Cuando conocí a Emma, uno de los asuntos que más le gustaba tratar era Gonzalo.

—Todas las amigas de Alejandra están enamoradas de él. Espero que no te pase lo mismo. Todas terminan llorando.

Por lo que deduje de sus explicaciones, su hermano era una mezcla de hiperactividad y vagancia con mucho sentido del humor y un gran encanto. No era el único tema, pues mi compañera de pupitre no regateaba anécdotas sobre los suyos. Es más, parecía que en cualquier hecho o comentario, por trivial que fuera, incluso en los propios silencios, encontrara el pretexto perfecto para asociar alguna historia que indefectiblemente terminaba hilando con otra.

—Mamá adora a los perros —decía de repente.

Si percibía que yo estaba atenta podía pasar horas divagando sobre lo mismo. La infinidad de razas caninas que habían pasado por su casa, el purísimo pedigrí de *Cooper,* el afgano que en aquel momento vivía con ellos, el peluquero italiano que lo acicalaba cada semana, los concursos caninos a los que la madre había dejado de acudir porque un día *Cooper* mordió a un miembro del jurado.

—*Cooper* quiere tanto a mi madre que, al regresar de las cenas, ella se quita la ropa en el rellano de casa.

Consciente de mi sorpresa, Emma matizaba que su madre lo

hacía para no estropear su traje cuando el perro se encaramara sobre ella festejando su llegada. Yo me imaginaba a aquella mujer con aire de actriz desenfundándose un precioso vestido de gala en la entrada de su casa para juguetear con su perro.

—Papá se parte de risa —continuaba—. Dice que si los vecinos fisgaran por la mirilla y la vieran en ropa interior, pensarían que tienen unos hábitos sexuales un poco extraños.

Emma esperaba verme reír. Yo le devolvía la satisfacción de mi risa. No me costaba complacerla. Me divertía imaginarme la complicidad de aquella pareja. Emma nombraba, uno a uno, los perros abandonados que su madre había ido recogiendo en Sa Punta.

—Es una masía remodelada del siglo xvi, una maravilla —achicaba los ojillos como si la estuviera recuperando en su memoria —. A esos perros los cuidan los guardeses.

Hablaba de su preciosa casa del Ampurdán, del olor a campo en los días de lluvia, del sabor de las tartas de moras que preparaba la cocinera, del colorido del invernadero de su madre, donde se cultivaban las flores más exóticas que hubiera visto jamás, del sonido de la música en las fiestas que allí se organizaban y a las que le permitían acudir.

—¿Por la noche?

—Sí, por la noche.

También supe que su padre se hacía las camisas a medida, tenía una colección de ciento ochenta relojes y se acababa de comprar un Aston Martin; que Matilde, la sirvienta que la había criado a ella y a todos sus hermanos, había tenido un novio marino que un día la abandonó y que, hasta que cambiaron la ley de costas, tenían una minúscula cala particular con forma de concha.

—Ahora en agosto se llena de nudistas. Un asco.

Emma tenía una habilidad especial para hilar historias. A veces dudé de que lo que contaba fuera fiel reflejo de la realidad. La pillé en más de una contradicción y muchas extravagancias. No me importaba. Me gustaban sus relatos. Hablaban de vidas que no conocía y despertaban en mí una curiosidad intensa. Así fue como, casi sin enterarme, fui creándome una imagen de lo que era su mundo.

No tardamos en jurarnos amistad eterna.

—Las Artistas —dijo Emma—, buen apodo para dos chicas estupendas.

La tarde que partí hacia Sa Punta mamá me acompañó a la calle para ayudarme a colocar el equipaje en el Mini.

—Cuídate, cielo —me aconsejó mientras cerraba la puerta del maletero.

Todavía hoy no sé si se refería al trayecto que iba a recorrer o si me sugería prevención para enfrentarme a los Doria. Fuera lo que fuese, le di un beso y prometí cuidarme. Al verla desaparecer en el interior de nuestra portería respiré hondo y emprendí la marcha.

Durante aquel mes, desde que aceptara la invitación de Alejandra, el trabajo y la elección de los modelos que iba a llevar en el evento habían ocupado la mayor parte de mi tiempo libre. Encontrar las prendas adecuadas, no errar en los colores o el estilo y sentirme cómoda con cada pieza me inquietaba. Tal vez me empujara la vanidad, quizá fuera el recelo o simplemente se tratara de una urgencia por paliar mis miedos. Nada que me enorgulleciera. Precisaba mostrar a los Doria la mujer en la que me había convertido. No había tenido suficiente con agenciarme un traje de fiesta. Como Alejandra había insistido en que me quedara un par de días con ellos, la búsqueda del modelo adecuado para cada ocasión se había convertido en un pequeño calvario. Podría haber aprovechado cualquiera de las prendas de mi fondo de armario, disponía de un buen ajuar; sin embargo, ahora necesitaba sentir que controlaba hasta el más mínimo detalle. Había tenido mucha suerte con el traje del convite. En el *outlet* de Tot-Hom encontré un traje de gasa de color rosa palo, con la espalda al aire y mucho escote, que me quedaba como un guante. Por lo menos eso fue lo que dijo Lola, que me acompañó varias mañanas de sábado a recorrer las tiendas de Barcelona. El resto de las compras no suponía ningún problema, si bien era imprescindible buscarlas. Entre unas cosas y otras me gasté una pequeña fortuna. Pero me sentía satisfecha.

Durante el viaje estuve tan abstraída en mis pensamientos que apenas me percaté de la distancia que llevaba recorrida hasta que llegué a las cercanías de la finca. Creo que fue el sol del atardecer lo que me devolvió a la realidad. Los rayos incidían directos sobre mis ojos y me hicieron parpadear. Miré a ambos lados de la carretera.

Una luz rojiza se abatía sobre los viñedos y tamizaba las formas y los colores convirtiendo el verde de las viñas, el marrón de los troncos y la tierra roja en un campo homogéneo cuajado de sombras. Estaba muy cerca de mi destino y sentí una leve punzada de desasosiego. ¿Estaba segura de lo que estaba haciendo? Me recriminé que ya era tarde para plantearme semejante cuestión. A ver, ¿qué me preocupaba en realidad? Los mejores momentos de mi vida los había pasado en aquella casa, ¿no era cierto? Pues entonces, ¿qué sentido tenían mis escrúpulos?

No conseguí tranquilizarme. Me esperaban varios asuntos difíciles de gestionar y lo sabía. El primero, obviamente, sería presentarme ante Emma. El segundo —ése, a medida que pasaban los días, me perturbaba más— era reencontrarme con Gonzalo. ¿Cómo estaría? ¿Se acordaría de mí? Cuando me despedí de él no éramos más que un par de críos que jugaban a enamorarse sin posibilidades de llevar su pasión hacia delante. Él llevaba las camisas por fuera de los pantalones y yo pensaba que el amor era una emoción tan grande que sería capaz de hacer explotar el corazón.

Sabía por Alejandra que llevaba varios años instalado en Londres, donde trabajaba como marchante de arte, y que cada vez que volvía a España lo acompañaba una novia diferente. Con la última, hija de un lord, se hablaba de compromiso. ¿Me importaba? No debería importarme. Al fin y al cabo, a lo largo de aquellos años yo también había coqueteado con unos y con otros. No obstante, imaginarme a Gonzalo ligado a una mujer me desordenaba. ¿Sería la típica inglesa rancia y desvaída? ¿O, por el contrario, sería la hija disoluta de un noble? No tenía ni idea. ¿Lo acompañaría a la boda? Me vi forzada a reconocer que lo más probable era que fuera así. No me gustó la idea y tuve que abrir la ventanilla para respirar. ¡Ojalá apareciera solo! Ojalá no hubiera pasado el tiempo y pudiera hablar con él como antes, igual que de chiquillos, cuando nos reíamos por cualquier cosa. «¿Lucía, cómo puedes ser tan absurda?», me dije. «Gonzalo será un adulto, igual que lo eres tú. Y su vida transcurrirá por derroteros muy distintos de los tuyos». Con eso intenté zanjar mi monologo interior.

Para serenarme me concentré en repasar mentalmente los objetos que había incluido en la maleta, además de la ropa.

Pendientes largos de fiesta, unas perlas pequeñas, anillos, pinturas, maquillaje, cremas y bolsos para cada ocasión. ¿Lo necesario? Sí, estaba casi convencida de que sí. Sonreí a mi imagen reflejada en el retrovisor, tranquilizada. La verdad, no sabía si me había dejado algo. De lo que estaba segura era de que aquel equipaje no se parecía en absoluto al que arrastraba la primera vez que acudí a Sa Punta, diez años antes.

Estábamos a finales de junio y era la primera vez que Emma me invitaba a pasar un fin de semana con su familia. También fue la primera vez que Alejandra se dignó a hablarme.

—Hoy le pediré a Nicolás que me deje conducir.

Alejandra nos comunicó aquello mientras el chófer colocaba nuestro equipaje en el maletero, mirando por encima de nuestras cabezas, como si dirigirse a su hermana menor y a la amiga de ésta fuera una claudicación a la que le costara mucho someterse. Eso era lo único que había dicho. Lo justo para cortarme el aliento.

—Sólo ha recibido cinco clases —aclaró Emma en mi oído, añadiendo en voz más alta, para que su hermana lo oyera, que no tenía motivos para andarse con aquellos humos.

Luego emprendimos el viaje.

Acabábamos de abandonar la autopista cuando me sentí mal. Circulábamos por una carretera amplia desde la que se divisaban campos cuajados de álamos.

—Lucía, Luci, Lucita, ¿me escuchas? —canturreó mi amiga agitando la mano por delante de mis ojos.

No la escuchaba, era evidente. ¿Cómo iba a prestarle atención, si desde que me había subido en aquel Mercedes negro que se deslizaba por la vía suave y silencioso, como si fuera un ascensor cayendo al vacío, tenía la sensación de que una bola acre, espesa y amenazante me estaba subiendo y bajando por el estómago sin darme tregua?

Respiré hondo e intenté sonreír.

—Claro que te escucho, boba —mentí.

Emma hizo un mohín de duda. Yo forcé una sonrisa e intenté fingir una comodidad que estaba muy lejos de sentir. Llevábamos un mes entero planeando aquel fin de semana. Tenía tal deseo de conocer a su familia, de la que tanto me había hablado, que no

pensaba permitir que ningún inconveniente se presentara en nuestro camino. Pero aquel automóvil con carrocería lustrosa y salpicaderos de caoba se empeñaba en ponérmelo difícil.

—No me escuchas, pero te perdono —respondió ella sonriendo.

Podría haber dicho que me encontraba mal y Emma habría sugerido a Nicolás detener el vehículo. Seguro que dando un pequeño paseo por el linde de la carretera hubiera controlado el malestar. Pero algo que en aquel momento no alcanzaba a identificar me lo impedía.

Ahora pienso que la presencia de Alejandra, es curioso, precisamente Alejandra, de la que, desde el asiento de detrás, apenas veía otra cosa que su larguísima melena rubia cimbreándose al ritmo de una música que yo no oía, tenía mucho que ver con mi silencio. El chófer no se había dejado convencer por ella, que primero sugirió, luego suplicó y por último frunció los morros fingiendo un amago de pucheros, en el intento de forzar al hombre a que le permitiera aquello que ella llamaba una tontería.

—Tus padres han dejado muy claro que sólo puedes practicar por la finca —había repetido Nicolás en un tono neutro de autómata tantas veces como Alejandra hizo eco de su demanda.

Cuando la hermana de mi amiga comprobó que era incapaz de achantar la voluntad de aquel hombre, que parecía tener la paciencia de un santo y los nervios de acero, optó por colocarse sus cascos y encerrarse en un mutismo testarudo.

Sí, supongo que por Alejandra no me atreví a confesarme mareada. ¿Cómo iba a retrasar el viaje por un simple malestar? También por Nicolás, que con su gorra de visera, el uniforme gris, los guantes blancos y aquel aire formal y circunspecto con que guiaba el volante, se me antojaba infinitamente más hábil, educado y conocedor de las normas imperantes en aquel espacio que yo.

Afortunadamente, no recuerdo bien cuál fue el motivo —creo que Nicolás tenía que recoger un encargo de la madre de mi amiga en la pastelería del pueblo—, detuvo el vehículo durante unos minutos y yo aproveché para bajar y llenarme de una brisa suave y fresca que me alivió notablemente.

Al reemprender el trayecto yo estaba muy recuperada y Alejandra, probablemente cansada de su silencio, se trasladó con nosotras al asiento de detrás. De pronto me encontré cercada entre

las dos hermanas, que me aprisionaban con sus cuerpos. No me importaba, su cercanía me transfería cierto amparo. Emma decía que en aquellos días no pensaba separarse ni un minuto de mí y me peinaba la melena con sus dedos cortos y regordetes.

Era la primera vez que tenía a Alejandra tan cerca y no me atrevía a mirarla. Su falda azul marino rozaba la mía. De pronto se volvió hacia mí y se me quedó mirando.

—Te han salido dos granos —exclamó con pesar.

Lo sabía, claro que sabía que tenía dos granos en la frente. ¿Qué me tenía ella que decir? Dos granos enormes, enrojecidos y con un punto amarillento de pus que coronaba la cima. No en balde había estado, por la mañana, dedicada a torturarlos ante el espejo de mi cuarto de baño, pero resurgieron como champiñones y doblaron el tamaño de los iniciales.

Me pasé el dedo índice por la frente. Allí estaban los dos bultos: duros, inflamados e indestructibles.

—No te preocupes —me reconfortó Alejandra— yo tengo una crema milagrosa que los hace invisibles.

Por primera vez, más agradecida por su solidaridad que confiada en la eficacia de su remedio, me atreví a apoyarme en el respaldo. De hecho, sólo a partir de aquel momento fui capaz de mirarla.

Ambas hermanas empezaron a explicarme cosas que sabía de memoria porque Emma ya me las había contado. No me importaba volverlas a escuchar. Hablaron de la fiesta que estaba organizando su madre para celebrar la noche del sábado el cumpleaños de su padre, del grupo cubano que habían contratado, de la glorieta recién construida, de que ya vería, ya, lo bien que lo pasaríamos con Gonzalo. Ignacio, su mejor amigo, también asistiría. Su padre recogería a ambos en la academia de recuperación. Ignacio era casi más gamberro que Gonzalo. Cuanto más hablaban, más elevaban el tono de voz. Mientras las escuchaba sentía que se despertaba en mi interior un hambre voraz de saborear en mi propio paladar aquello de lo que hablaban. Sobre todo, me urgía conocer a Gonzalo. ¿Sería tan atractivo como se contaba en el colegio? ¿Me atrevería a hablarle?

—¿Cómo es tu vestido? —me preguntó Alejandra, volviéndose hacia mí.

No esperaba la pregunta y carraspeé un par de veces.

—No lo tengo muy claro —respondí con fingida indiferencia.

No conté que desde que Emma me había hablado de aquella velada había revisado revistas y películas intentando definir cómo tendría que ir ataviada. Tampoco dije que llevaba una semana removiendo mi armario sin encontrar ninguna prenda que me pareciera adecuada ni que mi madre, con sus bienintencionadas aunque peregrinas ideas se había empeñado en resucitar un antiguo traje amarillo que había lucido en alguna boda y que me parecía espantoso. «Pues todo el mundo comentaba que me quedaba divino», decía ella. También obvié que, cuando logré convencerla para ir de compras, discutimos tanto por el largo de las faldas y lo pronunciado de los escotes que acabamos volviendo a casa con las manos vacías. Por supuesto me callé que al final, desesperada, había vaciado todo el contenido de mi armario en una maleta enorme con la esperanza de que un sortilegio convirtiera alguno de aquellos guiñapos en un precioso traje de fiesta. «¡Vaya maletaza!», había exclamado Emma al verla.

Los ojos de ambas hermanas se clavaron en mí con un matiz de incredulidad.

—Te puedo dejar un traje de color coral —me ofreció Alejandra —. Con lo morena que eres te quedará estupendo.

Y amablemente halagó el tono de mi piel.

La miré sorprendida. Nunca hubiera imaginado que mi piel pudiera ser motivo de elogio. Me parecía muy vulgar. No obstante, una vez más me salvó la tarde.

Fuera, el sol se resistía a descender y se abatía sobre los álamos que íbamos dejando por el camino. Llegamos a un cruce de carreteras en el que Nicolás giró hacia la derecha y se adentró en un camino estrecho que zigzagueaba entre viñedos.

—Ya hemos entrado en nuestra finca —me comunicó Emma.

Me parecía imposible que aquellas vastas superficies pudieran ser posesión de alguien.

Después de desfilar durante un par de kilómetros entre cerezos y almendros descubrí un grupo de caballos que pacían bajo los algarrobos. Unos metros más adelante vislumbré la verja de hierro forjado de la entrada de la casa. Estaba abierta. La cruzamos. «Sa Punta», leí en un enorme rótulo de letras torneadas.

—El nombre de la finca viene de un brazo de tierra que se

adentra en el mar y tiene forma de flecha —me informó Emma.

—Es un acantilado altísimo —añadió Alejandra.

Poco sabía yo lo que me esperaba en aquel enclave.

Emma abrió la ventanilla del vehículo. Entró una brisa muy suave que llenó el interior de un profundo aroma a flores. Circulábamos con lentitud. Las ruedas crepitaron suavemente. Era el sonido rumoroso, un poco grave, ligero, mullido, casi uniforme, de la grava, que se difuminó al detenernos ante la entrada. Me quedé quieta en el asiento unos instantes sin percatarme de que mi amiga y su hermana habían descendido ya.

—¿No te mueves? —preguntó Emma.

Bajé al fin y miré a mi alrededor mientras la seguía. La casa estaba formada por una nave rectangular y un torreón de piedra adosado. Por la fachada principal trepaban ramas de hiedra y buganvillas que, entrelazadas, convertían el muro en una explosión verde, magenta y añil.

Nicolás abrió el maletero. Oí ladridos de perros. Recogimos nuestro equipaje y seguí observando. A la derecha del cuerpo principal del edificio había un porche amplísimo que se abría directamente a los campos. Sobre una extensión de hierba rasa, delimitado por un seto de cipreses, se distinguían diversos espacios que parecían haberse creado por azar. Allí, en un rincón, aparecía una escultura de bronce sobre una peana de mármol rodeada de hortensias. Allá, junto una celosía cuajada de jazmines estrellados, había una mesa vestida con mantel de encaje. Y sillas de madera pintadas a mano y cestas de mimbre repletas de plantas por doquier. Emma comenzó a caminar y yo la seguí. Oía a mis espaldas los pasos de Alejandra.

—Daos prisa, quiero pedirle a mamá que me deje practicar con su automóvil —nos azuzó.

Aceleramos el paso hasta el portón. Me detuve unos instantes para dejar que Alejandra pasara delante. Emma giró el pasador y abrió. Tragué saliva. Esperé a que ambas hermanas desaparecieran dentro de la casa. Me tocaba a mí. Deseé por unos instantes escapar de allí. Me dije que era muy tonta. ¿Adónde pensaba ir? Respiré hondo. Busqué fuerzas en donde pude. Creo que las encontré. Por lo menos, fui capaz de erguir la espalda y estirar el cuello. Y despacio, con el regusto agrio de un mareo reciente y arrastrando una maleta

demasiado grande repleta de inutilidades y dos granos reventones abanderando mi frente, me dispuse, por primera vez, a cruzar la entrada.

Diez años después de aquella turbadora tarde de finales de junio, de nuevo crepitaron los guijarros por el peso de las ruedas de mi automóvil. Había dejado de ser una chiquilla impresionable. Me había convertido en una mujer que arrastraba desencantos, cierta sabiduría —probablemente menos de la que creía— y algunas mañas. También me quedé un rato dentro del vehículo antes de descender. Lo hice cuando aparecieron los perros dándome la bienvenida. Entre ellos retozaba un *setter* estilizado de pelo largo y sedoso que, en lugar de ladrarme desde cierta distancia, se acercó para husmearme. No tuve la más mínima duda de que aquél sería el nuevo perro de Valeria. Alejandra me había contado que habían tenido que sacrificar a *Cooper,* el afgano que yo había conocido.

—*Brown,* ¿qué haces dando la lata a Lucía? —Oí de pronto.

Levanté la vista y vi a Valeria, que se acercaba sonriente hacia mí. Me hubiera gustado echarme a sus brazos, pero ella, poco amiga de las efusiones, cruzó conmigo dos simples besos en las mejillas.

—Estás guapísima —dijo mientras el perro se enredaba entre nosotras—. Bienvenida.

Y me llegó aquel perfume limpio y liviano que siempre la precedía.

Le dije que ella también estaba fantástica. No mentí. Aunque con muchas patas de gallo, seguía teniendo un aire envidiable. Estaba morenísima, con ese tono dorado propio de las pieles claras. Se había cortado la melena. Llevaba un peinado muy ahuecado con el pelo echado hacia atrás y vestía una blusa lisa de color tostado que combinaba con unos pantalones estampados de un tejido sedoso con mucha caída que, además de sentarle estupendos, parecían muy cómodos. Algunas veces he pensado que si alguien le tirara un trapo sobre el cuerpo le quedaría exactamente igual de elegante. No obstante, Valeria no utilizaba trapos, todo lo contrario.

—Qué va. Yo ya voy para abajo —dijo, señalando el suelo con el pulgar—. Vosotras, las jóvenes, sí que estáis para mojar pan.

Le repliqué que no dijera tonterías.

—Ya ves. Mi hija se casa mañana y yo voy medio coja —dijo,

señalándose el tobillo.

Me explicó que un par de días antes, en un paso de peatones, *Brown* le enredó los pies con la correa y la tiró. Por lo visto, iba cargada de paquetes que se esparcieron por el asfalto.

—La falda se me subió hasta la garganta y perdí uno de los zapatos. Créeme, en una sola caída malogré el poco glamur que me quedaba.

Reí. Ella pareció acordarse de algo.

—Acompáñame al jardín, he dejado a los operarios abandonados. Una boda en tu propia casa, ¡vaya lío!

La seguí. Mientras caminábamos recordé el día que la conocí. Se encontraba en una situación muy parecida a aquélla. En lugar de casar a una hija, estaba organizando la famosa fiesta cubana por el cumpleaños de su marido. También tenía la casa llena de operarios y los perros correteaban molestando. Recuerdo perfectamente ese primer encuentro porque me había preguntado infinitas veces cómo debería dirigirme a una dama con apellido inglés y piel de porcelana.

Aquella tarde Valeria estaba encaramada en una silla intentando ayudar a un electricista a colgar una ristra de bombillas entre las vigas del techo de la glorieta. Nos saludó con la mano y, tras decirle algo al hombre, bajó de la silla para acercarse a nosotras. Sentí un rubor repentino mientras la veía aproximarse. Sin ser extremadamente alta, como Alejandra, tenía una silueta estilizada. Hombros no muy anchos, poco pecho, cintura estrecha y vientre plano. Tal vez las caderas y las piernas parecían un poco más gruesas.

—Así que tú eres Lucía —dijo sonriendo.

Hablaba alto, como si no le importara o incluso le gustara que los que estaban cerca oyeran lo que decía. Comprobé que Valeria en las distancias cortas era incluso más atractiva que cuando se quedaba en el automóvil.

—¿Lucía qué más? —preguntó.

—Lucía Romagosa Alós —respondí con un hilo de voz.

—¿Romagosa? —Entornó los ojos y me miró fijamente—. ¿Los Romagosa de los concesionarios?

Dudé unos instantes.

—No, mi padre es médico —dije.

—¡Ah, médico! —Pareció gustarle—. Romagosa, Romagosa… —Volvió a detenerse a pensar—. ¿No tendrá algo que ver con las investigaciones de Santiago Dexeus?

—Mi padre es médico de familia —le corregí.

—Ah, qué bien. —Aunque sonreía, parecía un poco decepcionada—. Así estás tú de fuerte.

Aquel comentario, lejos de agasajarme, creó en mí un profundo malestar. Valeria tenía el maxilar superior ligeramente saliente. No la afeaba en absoluto. Provocaba que al sonreír quedara al descubierto una amplia hilera de dientes que le confería cierto aire burlón. Al tiempo que miraba sus dientes deseé que mi padre fuera alguna eminencia en urología, el precursor de la inseminación *in vitro* o un reconocido cirujano cardiaco. Y a pesar de que soplaba una brisa muy fresca, el rubor me subió por las orejas e invadió la raya del pelo.

—¡Qué roja te has puesto! —comentó Emma.

—Me alegro de tenerte entre nosotros —concluyó Valeria dándome un cachete en la mejilla sin dejar de sonreír.

Me percaté de que cuando Valeria sonreía también dejaba entrever un pedazo minúsculo de encía. Siempre me han inspirado simpatía las personas que no son capaces de modular el labio superior. Precisamente por eso, porque tengo la sensación de que algo se escapa de su dominio. Ese pequeño pedazo de carne que quedaba fuera de su control le otorgaba a Valeria un indudable aire de buena persona.

Me tranquilicé un poco y fui capaz de responderle con cierto aplomo que yo también estaba encantada de conocerla. Al terminar la frase me quedé muy tiesa buscando en mi cabeza alguna frase ingeniosa que añadir.

—¿El viaje bien? —preguntó.

—Sí, bien —respondí en el tono más mundano del que fui capaz.

Emma insistió en mostrarme los interiores de la casa.

—Le has gustado —me animó mi amiga.

Qué lejano me parecía aquello mientras caminaba con Valeria bordeando el edificio. Ella me contó que estaba sola. Carlos se había ido a jugar al golf.

—Los hombres sólo molestan cuando se tiene que organizar algo —afirmó, e hizo un divertido gesto con los ojos.

Por lo visto, Alejandra estaba rematando los últimos detalles con el párroco que la casaría y Gonzalo llegaría de Londres justo para asistir al enlace.

—Ya lo conoces. Todo lo hace en el último momento.

Pregunté por Emma. No tardaría, dijo. Llegaba de Barcelona. La acababa de llamar para decirle que estaba en el último tramo de carretera. En diez minutos la tendríamos allí.

—Se dará un alegrón cuando te vea.

Lo dijo con tanta naturalidad que dudé de que alguna vez hubiera sido consciente de la brecha que se había abierto entre su hija y yo.

Llegamos al jardín. Más allá, donde empezaba el campo, se elevaba una inmensa carpa de dos cuerpos. Se oía el sonido de taladros y de repicar de martillos, olía a plástico quemado y flotaba una densa nube de polvo oscuro. Un equipo de limpieza se afanaba en baldear los desaguisados de los operarios, y un grupo de mujeres montaba las mesas. Costaba imaginar que en menos de veinticuatro horas allí se fuera a celebrar un convite.

Un hombre que estaba subido sobre un andamio provisional acudió al encuentro de Valeria. Preguntaba algo sobre unos altavoces.

—Estoy cursando un posgrado en bricolaje —bromeó ella después de disculparse por abandonarme para atender al hombre.

La vi avanzar hacia el operario seguida de *Brown,* que le interceptaba el paso y levantaba las patas para treparle al pecho. Tras acariciarle la cabeza, Valeria lo hizo bajar. Noté en su forma de caminar una rigidez nueva que nada tenía que ver con la ligera cojera que le producía el tobillo dañado. «El paso de los años no perdona», me dije. Ni siquiera a Valeria. Me pregunté cómo estaría Carlos. Se me hacía muy difícil imaginarlo envejecido. Pensé que la madurez es infinitamente más considerada con los hombres que con las mujeres, a menos que pierdan el pelo o les salga panza. Me costaba representarme a un Carlos calvo o barrigudo, si bien no era más que una especulación. Él también debía de tener sus años. Cinco o seis más que su mujer, seguro. Valeria estaba dando órdenes por aquí y por allá e intentó ponerse de puntillas para

colocar una vela en un soporte que colgaba del techo. La blusa se le subió por encima de la cintura. Vi que algún kilo malintencionado se le había depositado en las caderas. Seguía saliendo airosa, aunque le faltara algo, ¿cómo explicarlo? Frescura, que la hacía menos perfecta, pero infinitamente más humana.

Valeria vio que la observaba y me hizo un guiño. Luego señaló el jaleo que la rodeaba y se encogió de hombros.

Me estaba preguntando si Carlos habría descendido, como su mujer, al vulnerable mundo de los demás mortales cuando oí una voz cantarina a mis espaldas.

—¡Sorpresa!

Era Emma.

Capítulo 3

Reencontrarse con una antigua amistad que acabó mal tiene algo de perverso. Fingir exageradamente que te alegras de verla, olfatear con disimulo los cambios que ha experimentado, ofrecer tu mejor imagen, tantear la percepción que tiene el contrario sobre el conflicto y anticipar la actitud que tendrá hacia ti para actuar en consecuencia son tareas que exigen autocontrol y cierto tino. Emma avanzaba hacia mí sonriente. Sus ojos formaban una línea casi invisible.

Corrí hacia ella, me detuve cuando la tuve delante y durante unos instantes nos quedamos mirándonos.

—Me encanta reencontrarme con viejas amigas —dijo ella con mucha guasa.

Estaba exactamente igual que la última vez que la había visto. Un poco más delgada, tal vez, con ese aspecto de eterna infanta. Emma nunca pasó del metro cincuenta y ocho ni se desarrolló lo suficiente para llenar un sujetador. A pesar de que tenía los hombros, la caja torácica y la cintura estrechos, tenía las caderas y las piernas tirando a gruesas, como su madre. Y siempre conservó una cara redondeada e infantil.

Reí. Me entraron ganas de darle un abrazo, igual que me pasó con Valeria. Ella se escurrió.

—¿Has visto qué follón ha montado mamá? —dijo sin darme tiempo a articular un simple «hola».

Se enzarzó en un discurso acelerado. El de Alejandra sería un auténtico bodorrio. La ceremonia religiosa se oficiaría en la iglesia de Llofriu, aquélla en la que Gonzalo robaba obleas sin consagrar mientras nosotras distraíamos al párroco. ¿Qué pensaba del festejo? Sólo a su madre se le podía ocurrir semejante locura. Se había empeñado, ¿qué se le iba a hacer? Su madre decía que las fiestas en

lugares privados tenían más entidad.

Alejandra ya me había explicado aquellos detalles, aunque la dejé hablar. Hasta cierto punto, me tranquilizaba su verborrea. Me hubiera gustado un reencuentro más emotivo, con menos lugares comunes y un gran abrazo. No obstante, consideré su cháchara un síntoma de paz.

Después de ayudarme a recoger mi equipaje y de comentar que los Minis de hoy le parecían utilitarios pretenciosos, una burda réplica de los antiguos, Emma me acompañó al interior de la casa. Volví a penetrar en aquellas estancias luminosas y cargadas de armonía. Muchas veces he replicado algunos de sus rincones para enriquecer proyectos rústicos o marinos. Vigas de madera envejecida recorrían los techos. En el suelo se extendían tobas grandes e irregulares elaboradas a mano. Colores neutros se prolongaban por la primera planta, donde convivían recibidor, salón, biblioteca y comedor. En aquella zona no había puertas, únicamente arcos. Los cuatro espacios se comunicaban y ofrecían un aspecto amplio y diáfano. Muchos de los muebles eran piezas antiguas que contrastaban con sofás de líneas actuales y estanterías metálicas; había jarros de flores diseminados por las estancias y cestas repletas de conchas y caracolas.

Por primera vez me instalé en una de las habitaciones de invitados. Siempre había ocupado el dormitorio de Emma.

—Aquí estarás más cómoda —dijo.

Me dio un poco de pena. Era cierto que estaría más tranquila. Sin embargo, interpreté el hecho de que Emma no quisiera compartir conmigo habitación como una forma de marcar su territorio. Aun así, me gustó el dormitorio que me adjudicó. Tenía vistas directas a la zona sur de la casa.

Emma me miraba mientras yo guardaba mis prendas en el armario.

—¡Caramba! —dijo, toqueteando mi traje de fiesta—. No te privas de nada.

Pregunté por el suyo.

—Secreto —respondió.

La miré. ¿No tenía nada importante que contarme?

Se lo pregunté.

—Ay, Lucía. La vida es muy puta.

A pesar de que indagué un par de veces el motivo de semejante aseveración, eso fue lo único que dijo tras cinco años de distancia. ¿Estaba decepcionada? Claro que sí.

Matilde, uno de los pocos miembros del servicio que quedó trabajando con los Doria después del descalabro económico, dio un par de golpes leves en la puerta.

—La cena se servirá dentro de diez minutos —dijo desde fuera —. Don Carlos acaba de llegar.

Salí a saludarla. No había cambiado ni un ápice. Era de ese tipo de mujeres que parece que siempre tienen la misma edad. Seguía con su moño tirante, sus gafas de pasta y ese tenue halo dramático de haber sido abandonada por un novio marino.

—He echado de menos tus mermeladas y tus tartas de frambuesa —dije.

—Me alegro de verla, señorita Lucía —respondió Matilde.

Añadió que no tardáramos en bajar. Don Carlos tenía mucho apetito.

A Carlos lo conocí la noche siguiente de llegar a Sa Punta, antes de que empezara la fiesta cubana que le había organizado Valeria para su cumpleaños. Había llegado con Gonzalo y con Ignacio. Emma y yo los estuvimos esperando en el porche, pero tardaron tanto que en aquel momento ya nos estábamos arreglando en la habitación. Mi amiga bajó un poco antes que yo. Creo que Valeria la había llamado para que la ayudara en algo, y yo me entretuve tapándome los granos con la pomada milagrosa que me había prestado Alejandra. Al final me vestí con el traje coral que ella me había sugerido. Era cierto que aquel color me sentaba estupendo. Lo comprobé varias veces ante el espejo.

Encontré a Carlos en el descansillo mientras dudaba entre acercarme a la glorieta o acudir a la cocina para ver si encontraba a Emma. Como no lo esperaba, el corazón me dio un vuelco. Tanto me había hablado Emma de él, que lo imaginaba un hombre pomposo e inasequible.

—Lucía, ¿sí? —preguntó amablemente.

Llevaba una americana blanca de seda y una corbata estampada en tonos rosados que realzaban su rostro bronceado. Él sabía que la americana le quedaba perfecta. Se notaba en cómo se subía

ligeramente las mangas.

—Sí, buenas noches —balbuceé.

Estaba a punto de tenderle la mano cuando él acercó la cara y me dio dos besos en las mejillas. Carlos tenía la cabeza grande, con una espesa mata de pelo liso y oscuro que me hizo cosquillas en las sienes. Olía a romero, albahaca y roble. Con el tiempo supe que era colonia Eau Sauvage. Dijo que estaba encantado de conocerme, después se puso a hablar. Mientras me explicaba que hacía pocas horas que había llegado de China, que sentía un *jet lag* espantoso y me contaba lo interesante que había sido aquel viaje, lo estudié con detenimiento. Era alto, esbelto y de piel muy morena. Su rostro, más bien alargado, se ensanchaba a la altura de la mandíbula. Era una mandíbula recia que le imprimía un aire seguro. En cambio, su sonrisa era dulce y se prolongaba mientras hablaba. El padre de mi amiga tenía el labio superior más fino que el inferior, que era abultado y carnoso. Tenía la nariz aguileña, la frente amplia y los ojos oscuros y amables. Habló bastante. Hilaba unos comentarios con otros. Me gustó su tono. Era sereno, con matices, muy próximo.

Se calló de golpe y sonrió.

—¿Qué hago yo aquí entreteniendo a una chica tan guapa? Vayamos a la fiesta a que disfrutes con los chicos de tu edad.

La verdad es que me hubiera quedado más rato allí, en el descansillo, escuchándolo, pero él me ofreció un brazo y yo me sujeté firmemente a él. Mientras nos dirigíamos hacia el jardín me sentí como una de esas princesas de los cuentos de mi madre acompañada de un caballero gentil.

—Me encanta presentarme en mi propia fiesta tan bien acompañado —dijo, inclinando la cabeza hacia mí.

Al jardín llegaban los primeros invitados. Una cohorte de camareros daba la bienvenida ofreciendo refrescos y champán.

—¿Te apetece una naranjada? —preguntó Carlos, deteniendo a uno de los camareros.

Le dije que sí. El padre de mi amiga agarró un vaso de una de las bandejas y me lo entregó.

En el centro del jardín había distribuidas varias mesas con sillas revestidas de fundas blancas. Las viandas se encontraban en diversos aparadores repartidos por las esquinas. Al fondo se divisaba la glorieta, iluminada con minúsculas bombillas de luz

blanca que caían como una cascada sobre el grupo de cantantes, que entonaban habaneras, boleros y canciones cubanas.

—Por fin te encuentro, ¿dónde estabas? —exclamó Emma al toparse con nosotros.

—Me he permitido acompañar a Lucía —contestó Carlos—. No deberías dejar sola a una amiga tan guapa.

Luego se disculpó. Tenía que marcharse a atender a sus amigos. Lo vi alejarse mientras mi amiga me decía que quería presentarme a su hermano.

—¿A que mi padre es increíble?

—Sí.

Los invitados llegaban a raudales. Hombres y mujeres bronceados, con la piel hidratada y el cabello vaporoso que en pequeños grupos comentaban y reían como si lo que acababa de decir la persona que tenían a su lado fuera lo más gracioso que hubieran oído nunca. Emma me arrastró hasta el otro extremo del jardín. Nos costaba avanzar porque los invitados se iban multiplicando y, a cada paso, se veía obligada a detenerse para saludar.

Mi amiga estuvo hablando un buen rato con una señora muy alta que tenía la cara tan estirada que apenas gesticulaba.

—¡Cómo has crecido! —dijo la señora.

Emma conversaba y yo seguía mirando. Fulares que ondeaban al viento, música suave, gestos medidos, sonrisas, muchas sonrisas, y un fotógrafo vestido de esmoquin inmortalizando las escenas. De pronto, cerca de la zona de las bebidas, descubrí a Gonzalo. Supe que era él porque se parecía mucho a su padre. Llevaba unos *jeans* y un polo amarillo a medio remeter. Me pareció muy guapo, más incluso de lo que se contaba en el colegio. Sostenía en la mano una copa de champán y fumaba. Contaba algo a un grupo de chicas de la edad de Alejandra. Ellas lo escuchaban embobadas arreglándose las melenas. Junto a él había otro chico que supuse sería Ignacio. No se parecían. Ignacio era rubio, fornido y de estatura baja. En cambio, Gonzalo era todo lo contrario. Al terminar su perorata las muchachas rieron. Y él, aparentemente ajeno al efecto que producía sobre ellas, dejó de prestarles atención durante unos minutos y se dedicó a mirar a su alrededor. Fue entonces cuando nos vio, abandonó el grupo y caminó hacia nosotras.

—¿Eres la amiga de Emma, no? —me preguntó.

—Sí, me llamo Lucía.

—Ya lo sabía. Yo soy Gonzalo.

—Ah.

Gonzalo se dio la vuelta y, dirigiéndose a Emma y a la mujer estirada, se inventó algo sobre que lamentaba mucho tener que interrumpirlas. Su madre necesitaba a Emma con urgencia.

—Ve a ayudar a tu madre, guapa —dijo la señora.

En cuanto la mujer se alejó, Emma dio las gracias a Gonzalo.

—Veo que ya os habéis presentado —siguió.

—Claro que sí —le aclaró él.

Gonzalo se quedó mirándome con fijeza y a mí se me aceleró el corazón.

—¿Nadie te ha dicho que podrías ser india? —dijo, tocándome un mechón de pelo.

Ladeó la sonrisa hacia la izquierda y me miró con guasa deslizando los dedos hasta el final del pelo. Mi larga melena oscura era uno de los atributos de los que más orgullosa me sentía. Como no acababa de discernir el grado de burla o de agasajo que contenía su observación, sonreí a medias.

—¡Burro! —lo amonestó Emma—. ¿Quieres dejarla en paz?

Gonzalo fingió sorpresa y objetó que no sabía por qué motivo Emma lo estaba insultando.

—Las mujeres indias son muy guapas —exclamó, encogiéndose de hombros—. ¿A ti no te gustan las indias? —preguntó a Ignacio, que acababa de sumarse a nuestro grupo.

Su amigo respondió que, efectivamente, a él le encantaban las indias, y las filipinas, y todas. Y empezó a estirarse las comisuras de los ojos.

—Idos a la mier… —espetó Emma.

En aquella época, mi amiga no se atrevía a soltar exabruptos con todas sus letras. Añadió que eran unos impresentables y me forzó a que nos marcháramos. Me resistí un poco porque Gonzalo me sujetó la muñeca pidiendo que no nos enfadáramos, pero ella prácticamente me arrastró.

—¡Qué muchacha tan soez! —Oí que decían ellos, entre risas, mientras nos alejábamos.

Durante un buen rato me quedé detrás de una columna. Apenas

me había acercado a los aparadores a probar aquellos manjares. Era tanto lo que veía que no sentía hambre. Alejandra coqueteaba con su traje malva de escote palabra de honor y los chicos la miraban embelesados. De vez en cuando se acercaba a su madre para que le arreglara una cinta de raso que se había puesto en la cabeza. Valeria llevaba un vestido de pedrería turquesa que se le ceñía al cuerpo marcándole la cintura y caminaba sobre los tacones de sus sandalias como si bailara una danza. Carlos sobresalía por encima de todos los invitados no porque fuera más alto, sino porque brillaba.

A media cena vinieron hacia nosotras acompañados del fotógrafo.

—Toca foto familiar —anunció Valeria.

Después de reunir a Alejandra y a Gonzalo, se dispusieron a posar. La familia se situó muy junta. Carlos estaba en un extremo sujetando a Valeria por el hombro, sonreía a la cámara y sus dientes blancos parecían muescas de cristal esmerilado.

—Lucía, ven con nosotros —me azuzó mi amiga.

Yo me había mantenido a una distancia prudencial e hice un gesto de duda.

—Claro que sí —dijo Carlos, tendiéndome la mano—. Haz el favor de ponerte a mi lado.

A pesar de que me sentía una intrusa, no tuve más remedio que acercarme. Me situé junto a Carlos, que ladeó la cabeza para decirme que le encantaba salir en las fotografías rodeado de mujeres guapas. El *flash* centelleó.

Cuando se deshizo el grupo, Gonzalo nos propuso a Emma y a mí ir en busca de un refrigerio.

—Seguro que todavía no has probado bocado —dijo Gonzalo, ofreciéndome una tostada con salmón ahumado y una copa de champán—. Bebe. Esto es más divertido que la naranjada.

Pasó un buen rato contando chistes y rellenándome la copa.

—Hoy vamos a emborracharnos —anunció.

Bebimos y bebimos y nos reímos de sus ocurrencias. Era difícil tomarlo en serio, pero era tan guapo y alegre que me resultaba imposible apartarme de él. Me dejé llevar por aquella noche tibia y estrellada que me provocaba la sensación de estar flotando unos centímetros por encima del suelo. Poco a poco, la realidad se iba

tapizando de nubes algodonosas y todo me parecía un sueño: aquel entorno, la música, el arrullo de las conversaciones, mi vestido coral, la fidelidad de mi amiga, la brisa suave de la noche batiendo entre las hojas de los pinos y la presencia de Gonzalo, que me provocaba una corriente eléctrica cada vez que se aproximaba.

Después de que Carlos soplara las velas del pastel, subió al estrado. Con voz modulada pronunció un pequeño discurso en el que agradeció a los invitados su asistencia y el enorme cariño con que su mujer había organizado aquel festejo.

—Valeria es lo mejor que me ha podido ocurrir —concluyó.

Ella, emocionada, se acercó a su marido. Los cantantes entonaron «Solamente una vez» y ambos abrieron el baile. Se sujetaban con ternura y danzaban con suavidad. Ella lo miraba insinuante y él la protegía dulcemente con sus brazos. En su danza adiviné una compenetración perfecta, como si su vida de pareja se resumiera en aquello, un amable y profundo abrazo. Si hubiera tenido la posibilidad de formular un deseo hubiera sido ése: parecerme algún día a Valeria y ser amada por un hombre como Carlos.

Qué lejos quedaba aquello la tarde que regresé a Sa Punta para la boda de Alejandra. Habían pasado nada más y nada menos que diez años. Ya había asistido a muchas fiestas y habían dejado de impresionarme los trajes ostentosos, los camareros y los ágapes bien presentados. Aun así, me sentía muy dichosa de volver a estar allí.

Emma y yo llegamos a la planta baja. La familia nos esperaba reunida en el porche. Alejandra estaba hablando por su móvil y me lanzó un beso a modo de saludo. Carlos sostenía en el antebrazo tres o cuatro corbatas, que dejó cuidadosamente sobre el respaldo de un sillón en cuanto me vio. Por primera vez en aquella tarde pude abrazarme a alguien. Carlos me apretó fuerte mientras repetía mi nombre.

—Papá, pareces un disco rayado —dijo Emma.

—Déjame en paz —se defendió él—. La presencia de Lucía no la disfrutamos cada día.

Me apartó un poco y me miró largamente.

—Estás soberbia —dijo, manteniendo las manos sobre mis hombros.

—Y tú estás exactamente igual —sonreí.

Carlos estaba incluso mejor que antes. Le habían salido algunas canas que le conferían respetabilidad. Mantenía intacta su figura esbelta y su gesto amable.

—No se lo digas demasiado —me aconsejó Valeria—. Se pone insoportable.

—Es que es verdad —insistí.

Matilde apareció con una bandeja. Nos sentamos a cenar y comenzamos a contarnos. Hubo un momento en que todos me hablaban a la vez. El lío que tenían montado; la distribución de las mesas; Gonzalo, que llegaría en el último momento y todavía no se había probado su chaqué; la dieta a la que se habían sometido ellas para caber en sus vestidos y lo mucho que añoraban comer un buen plato de lentejas.

Carlos dudaba de qué corbata ponerse.

—Estoy pensando en una de Hermès —comentó, dubitativo, escanciando vino en mi copa.

Por lo visto llevaba días hablando de aquello, porque Alejandra y Valeria se miraron con sorna.

—He dicho mil veces que el padre de la novia debe vestir discreto —sentenció Valeria, fingiendo que se ponía una pistola en la sien.

Emma, que llevaba un buen rato haciendo montoncitos con su comida, arrugó la nariz.

—¿Otra vez la dichosa corbata? —dijo.

Carlos me explicó que le haría mucha ilusión lucir una de las corbatas que, hacía poco, se había comprado en Heathrow y no había estrenado todavía.

—Cuando en el futuro mis hijos vean las fotografías de la boda dirán que su abuelo parecía un payaso —dijo Alejandra.

Carlos no parecía convencido. Pidió disculpas por levantarse en medio de la comida y fue a recoger las corbatas.

—Quiero que Lucía opine —dijo, mostrándolas. Las llevaba colgadas del antebrazo—. ¿Qué te parece ésta?

La corbata en cuestión me pareció preciosa. Estaba hecha de seda natural con mucho cuerpo, el fondo claro, casi blanco, estampada en tonos anaranjados muy vivos. Pensé que sería difícil de llevar, si bien estaba segura de que en Carlos quedaría

estupenda. Y así lo dije.

—Gracias —dijo Carlos mirando, triunfante, a los demás.

—Haces mal poniéndote en contra de las mujeres —apostilló Valeria.

Se oyó la voz de Matilde, que estaba recogiendo los platos del postre.

—Al señor todo le queda bien —dijo. Y miró a Carlos, feliz de haberse podido poner de su lado.

—¡Bravo, Matilde! Además de maravillosa cocinera, tiene usted un gusto excelente.

—Tres a tres —sentenció Emma mientras Matilde se dirigía, ufana, hacia la cocina.

La noche era clara. La luz de los farolillos iluminaba a mis compañeros de mesa, que empezaron a conversar sobre el modo de trasladar a los ancianos hasta la iglesia. Aunque estaban a mi lado, sus voces me llegaban suaves, como murmullos. Al finalizar la cena, las mujeres se marcharon a la carpa. Todavía les quedaba distribuir por las mesas algunas tarjetas. Yo me quedé con Carlos en el porche saboreando un sorbete de limón. Habíamos acercado un par de sillones al extremo, teníamos apoyados los pies en el murete y estábamos contemplando el exterior. El cielo estaba lleno de estrellas, se oía el ulular de los búhos y los aspersores llenaban la atmósfera de minúsculas gotas de agua.

—¿Sabes, Lucía? —dijo de pronto—. Estoy muy contento de que vuelvas a estar entre nosotros.

Tardé en responder.

—Os he añorado mucho —dije.

—Nosotros también.

Carlos se llevaba pequeñas cucharadas de sorbete a la boca. Lo hacía lentamente, procurando que ni una pizca de hielo quedara en el borde del vaso. Habló de lo importante que era mantener a los amigos.

—Los amigos se eligen —dijo—. Por eso es importante cuidarlos.

Estaba preocupado por Emma. Valeria también. La veían desubicada. Siempre supieron que el contacto conmigo le hacía mucho bien. A ver si conseguíamos dejarnos de pamplinas y retomábamos nuestra amistad en el punto en que la dejamos.

—Ojalá —dije.

No quería seguir con aquella conversación y le pregunté qué le parecía el novio de Alejandra.

Carlos se removió incómodo, tomó una cucharada de sorbete y rió.

—¡Qué te habrá contado mi hija! —murmuró como si hablara para sí mismo.

—Muy poco.

—No es a mí a quien debe gustar Eduardo, es a Alejandra —hizo un silencio—. Los padres no debemos intervenir en las decisiones de los hijos. Es importante que sean libres para acertar o equivocarse. Lo único que podemos hacer es esperar y estar preparados para recoger sus escombros si algo se les tuerce.

—Lo de los escombros suena fatal —dije.

Carlos me miró y volvió a hablar. Eduardo no le gustaba. Se sentía molesto por hablar mal de alguien que en breve formaría parte de su familia, pero conmigo tenía confianza para hacerlo. Nada tenían que ver los remilgos de Valeria. Era cierto que pertenecía a una familia de nuevos ricos, ¿y qué? El dinero cambiaba constantemente de manos. Sin ir más lejos, allí estaban ellos, intentando salir de la ruina. Valeria decía que prefería mil infidelidades a una suspensión de pagos. ¡Qué graciosa! ¿No era estupendo su sentido del humor? Y bravo por los espabilados que sabían enriquecerse. Aunque llevaran enormes y ostentosos relojes de oro y se hicieran nudos de corbata espantosos. Lo que no le gustaba de Eduardo eran sus celos. No eran otra cosa que una manifestación de intolerancia.

Miré automáticamente su reloj. Era un Breguet clásico y discreto, como todos los que llevaba él.

—Tal vez a medida que pase el tiempo se suavice —apunté.

—Ya me gustaría —respondió Carlos, acariciándose inconscientemente la esfera del reloj.

Alejandra pensaba que los celos eran una prueba de amor. Se mentía. El amor era generoso y los celos no suponían más que una manifestación de egoísmo. Lo dijo con gesto ligeramente duro del que está convencido de llevar la razón. No tardó en suavizar la mirada y preguntarme si deseaba más sorbete.

—No, gracias —respondí siguiendo los movimientos de sus dedos sobre el reloj.

Carlos tenía unas manos pequeñas alargadas, pulidas, con los dedos finos y hábiles.

—Ya ves, llevo tres años sin comprarme un reloj —dijo—. Con lo que a mí me gustan las cosas bonitas.

Habló de lo mal que lo había pasado durante la quiebra de Tejidos Doria. Cuando la empresa tuvo problemas, los empleados se revolvieron contra su patrón. En lugar de pactar acuerdos solidarios y beneficiosos para ambas partes, se declararon en huelga, exigieron compensaciones y pleitearon hasta que hundieron la empresa.

—Piensa que, en varios casos, trabajaban tres generaciones de una misma familia. No se daban cuenta de que, si la empresa desaparecía, ellos irían detrás.

Carlos dejó su vaso sobre la mesa de centro y se derrumbó contra el respaldo del sillón.

—Lo peor de todo —dijo—, peor que cerrar la empresa a la que tu abuelo y tu padre se dedicaron en cuerpo y alma, peor que la ruina, peor que el embargo de bienes, peor incluso que saber que un montón de familias que dependen de ti se van a quedar sin sustento, fue descubrir que los empleados, a los que quería y consideraba amigos, me odiaban. Ésa fue la gran decepción.

La mirada de Carlos se había enturbiado. Había en sus ojos un matiz de incredulidad. En aquel momento se me antojó un poco inocente. No eran fáciles de perdonar sus Aston Martin, sus colecciones de relojes y sus corbatas de Hermès.

—La envidia suele ser el origen de muchos odios —dije.

—Probablemente —respondió—. Es una lástima.

Su voz sonaba opaca. Pensé que esa ingenuidad que le había hecho querer y respetar a sus empleados era uno de sus rasgos más nobles, a pesar de que no entendiera los motivos por los que ellos nunca lo perdonarían.

—Ahora las cosas van mejor, ¿verdad?

No se podía quejar. Por lo menos, hacía todo lo que estaba en sus manos para llevar hacia delante los restos de una pequeña empresa que se salvó de la quema. No era fácil. Empezar de cero costaba mucho, y amoldarse a los cambios, todavía más. Nada tenía que ver con la vida que llevaban antes. Sin ir más lejos, había pedido un crédito para sufragar la boda de su hija. ¿Qué le iba a hacer? Confiaba en poder devolverlo.

—Todo volverá a su cauce —dije.

—No lo dudo. La vida está llena de cambios. Lástima que a Valeria le guste tanto gastar.

Al decir la última frase rió y cambió el tono de voz. Era como si le gustara aquella pequeña imperfección de su mujer y revelarlo le permitiera mantener a salvo sus pequeñas vanidades. En cuestión de unos instantes recuperó aquel talante mundano, un poco superficial, del que tanto le gustaba hacer gala y que tan bien le sentaba.

—¿Qué hago yo contándote calamidades? A las mujeres atractivas no se les tiene que aburrir.

Capítulo 4

El día de la boda de Alejandra amaneció radiante. Probablemente no fuera por la cesta de huevos que Valeria había llevado al convento de Santa Clara ni porque Matilde hubiera rezado a santa Bárbara la novena que anunció. Ambas reclamaron el protagonismo del éxito, pero lo más seguro era que la mañana despuntara clara y brillante porque las de mayo suelen ser extraordinarias. Lo comprobé al abrir la ventana de mi habitación. El sol empezaba a ascender y el cielo se divisaba liso y limpio. Aspiré hondo y me llené de aquel olor a campo intenso y vivificante. Luego me lavé el pelo. La noche anterior Alejandra me sugirió que fuera con ellas a la peluquería a primera hora. Rehusé porque nunca quedaba satisfecha cuando me peinaban otros.

Al cabo de un rato sentí el gusanillo del hambre y emprendí el camino hacia el porche. Mientras bajaba las escaleras oí el barullo de los empleados del *catering* que circulaban por la planta baja y el jardín. Allí los encontré, como un tropel de hormigas organizando la supervivencia en torno a su agujero. Nicolás estaba limpiando los vehículos que formarían parte de la comitiva. Carlos me había contado la noche anterior que, como habían tenido que prescindir de los servicios del antiguo chófer, se había ofrecido para acompañar a Alejandra y a él mismo hasta la iglesia. Nicolás me comunicó que había visto a las mujeres marcharse a la peluquería y no tenía ni la más remota idea de dónde estaba Carlos. Así que me instalé en la pérgola y me serví un par de tostadas y un zumo de naranja que encontré preparados sobre el aparador.

Terminé el desayuno y me fui a pasear por el campo. La hierba lucía un verde exultante, estaba sembrada de flores y musgo, los troncos rezumaban resina y el sol se filtraba entre las ramas de los pinos. Se oía a las aves piar y el zumbido de las abejas. Una brisa

muy leve cimbreaba las copas y activaba ese aroma a polen mezclado con pinaza que tan bien recordaba y que tantas emociones me despertaba.

El primer verano después de aquel fin de semana apenas pasé diez días con los Doria. Mis padres no me dejaron quedarme más tiempo. Papá decía que se me estaban subiendo los humos desde que asistía a fiestas privadas. Aunque me contrariaran sus planteamientos, acepté sus condiciones sin oponer demasiada resistencia. Era la época en que Rómulo preparaba su viaje a Houston para hacer prácticas en la clínica Mayo. Sospechaba que su ausencia iba a crear un vacío en mi casa y me apetecía estar con él durante el poco tiempo que permaneciera entre nosotros.

En los años siguientes ya me encargué yo de convencer a mis padres de que me dejaran pasar largas temporadas en Sa Punta.

—Pronto tendremos que colgar en el recibidor una fotografía tuya para recordar cómo eres —se quejaba mi madre.

No le hacía demasiado caso. Entre los Doria encontraba demasiados estímulos como para detenerme a buscar razonamientos que justificaran mi pequeña deserción. Las mañanas de mar guarecidos en lo más recóndito de una cala, nuestras risas arrulladas por el vaivén de las olas, el pícnic refrigerándose, nuestras pieles ardientes y el chorro de gotas saladas que nos salpicaba la cara mientras manteníamos el equilibrio sobre las tablas de esquí. Por la tarde, al regresar a la casa, saciados de sol y de sal, nos dábamos un baño en aquella piscina de agua fresca rodeada de sauces y adelfas. Sabíamos que disponíamos de muchas horas para holgazanear en bañador sobre la hierba esperando a que cediera el calor y perdiéndonos en aquella mezcla de aromas imposibles de disociar. Y beber horchata muy fría al borde de la piscina, y saborear trufas o pastelitos de la pastelería Xidors, que nos endulzaban el paladar, con los pies en el agua y el cuerpo sobre el bordillo.

La finca siempre estaba llena de gente, amigos de los padres o de los hijos; nunca se sabía quién iba a llegar o marcharse. Incluso en otoño, cuando los campos se vestían de tonos ocres y los árboles de hoja caduca quedaban desnudos, llegaban de todas partes para dar un paseo, hacer una excursión a caballo, jugar una partida de cartas

a la lumbre de la chimenea de la sala de juegos o pasar un rato charlando junto a las cristaleras del salón mientras el sol caía tras las montañas. En esa época pinté muchos paisajes. Utilizaba ceras y acuarelas de colores muy vivos. Casi siempre me acompañaba Emma. Ella hablaba al mismo tiempo que me miraba trajinar.

Los días que más me divertían eran aquéllos en que Valeria decidía que necesitaba un poco de ciudad. Eso decía: «Necesito un poco de ciudad». Y nos llevaba de compras por los barrios comerciales de Gerona. La madre de mi amiga parecía no cansarse de rebuscar entre los expositores de las tiendas, en los que siempre encontraba prendas que, según decía, no necesitaba, pero adquiría. Lo único que importaba era comprar. Siempre me caía algún regalo.

—¿Qué sería de la vida sin los caprichos? —Reía mientras revisábamos nuestras compras en alguna cafetería de la rambla.

Cuando Gonzalo aprobó el carné de conducir Emma y yo conseguimos libertad para salir por las noches. El placer de aquellos veranos se intensificó. Empezaron los bares, las carpas, las discotecas y los recorridos nocturnos por las carreteras de la zona. De Llafranc a Begur, de Begur a Platja d'Aro y luego otra vez hacia Llafranc pasando por Palafrugell. O al revés. Daba igual el orden o lo que hiciéramos, lo importante era movernos.

Los padres de Emma nos despedían con bromas, deseando que nos divirtiéramos.

—Protección, sobre todo protección —aconsejaba Carlos entre risas.

—¿Quieres no decirles gansadas? —replicaba Valeria.

Él respondía muy serio que tener relaciones sexuales era sano, divertido y no dañaba a nadie. De la maldad, la intolerancia y la mentira era preferible prevenirnos.

—Pasadlo bien, pero no hagáis tonterías —concluía Valeria.

Emma y yo íbamos muy vigiladas. Gonzalo y sus amigos, que rezumaban testosterona por cada uno de sus poros y acostumbraban a vivir en un estado etílico continuo, se ocupaban de nosotras por turnos. Emma y yo éramos testigos de primera fila de su deambular. Se acercaban en grupo a las chicas, generalmente extranjeras. Decían que eran más facilonas. Las cercaban, chapurreaban en un inglés macarrónico alguna lisonja convincente, esperaban con ansias a que ellas definieran sus preferencias y, en cuestión de poco

tiempo, unos y otros se esfumaban. Si alguno de ellos se llevaba el automóvil, los otros lo maldecían, aunque solucionaban sus urgencias rápido desapareciendo por playas y descampados. No se ausentaban demasiado tiempo. Solían regresar sonrientes y despeinados. Pocas veces traían consigo la pieza que habían cazado.

—¿Has mojado? —se preguntaban entre ellos.

El aludido no regateaba detalles sobre su hazaña.

Gonzalo adquirió fama de ser certero. Invictus, lo llamaban los amigos. Yo imaginaba lo que estaría haciendo con aquellas chicas y se me hacía un nudo en la boca del estómago. Imaginaba sus besos, sus caricias, esa pequeña entrega de cariño que exigiría la situación, y el nudo cada vez se me hacía más espeso. Ojalá todas aquellas rubias desvaídas desaparecieran de golpe, ojalá se volvieran feas, ojalá Gonzalo se fijara en mí. Pero él no tenía intención de vivir grandes amores. Podía darme con un canto en los dientes de que se aviniera a pasearme. Eso lo hacía muy bien. Nunca se olvidó de devolvernos a casa, a pesar de sus borracheras, y jamás permitió que ningún chico se nos acercara más de lo necesario.

—Te estoy vigilando —le decía con aires de matón.

En esos momentos pasaba el brazo por encima de mi hombro en un gesto protector y yo me derretía.

Lo que más me costó fue mantener en silencio mi desazón. No quería contarle a Emma que estaba chiflada por su hermano. Me lo impedía una especie de pudor. Ella siempre se mostraba reticente cuando hablaba de las chicas que se enamoraban de él. Afortunadamente, eran tantas las novedades que me rodeaban que mis aflicciones duraban poco.

Alguna vez, mientras esperábamos a que Gonzalo y sus amigos regresaran, nos encontrábamos con Alejandra en los locales nocturnos.

—¿Dónde está Gonzalo? —preguntaba.

—Volverá dentro de cinco minutos —respondíamos.

Nos miraba desconfiada.

—Espero que os cuide bien —decía con un gesto de duda.

Nosotras, temerosas de que Carlos y Valeria decidieran no dejarnos más en las manos de Gonzalo, le asegurábamos que nos atendía perfectamente. Alejandra nos abandonaba para sumarse a sus amigos y yo la observaba desde la distancia. La cabeza, ladeada;

la melena, brillante, caía ensortijada como una cascada sobre los hombros; la mirada, lánguida y entregada a cualquiera que le estuviera hablando, como si su misión en la vida fuera ésa, la de obsequiar con su admiración a quien tuviera algo que contarle. Entretanto, yo registraba en mi mente su forma de recogerse el pelo con un pasador de concha en una especie de moño un poco despeinado, el mohín pícaro, casi travieso, que acompañaba el encendido de un cigarrillo y el gesto gracioso con que se tapaba la boca antes de reír cuando le contaban algo que probablemente era una osadía.

—Es una cuentista —sentenciaba Emma.

A mi vuelta del paseo por el bosque, Valeria, Emma y Alejandra ya habían regresado de la peluquería. Me lo dijo Matilde, que salió a mi encuentro cuando pasé por delante de la cocina. Estaban reunidas en la habitación de Carlos y Valeria, donde habían improvisado una sala de maquillaje. Oí sus voces efervescentes mientras subía las escaleras. Llamé a la puerta. Ellas me invitaron a entrar.

—¿Te apuntas a maquillarte con nosotras? —preguntó Valeria.

Me dio reparo rehusar, una vez más, sus amables ofrecimientos, y dije que sí.

Habían dispuesto frente al tocador un par de sillas con cabezal reclinable. Las ocupaban Valeria y Alejandra. Emma se había sentado en una banqueta larga cerca de ellas. La maquilladora trabajaba inclinada sobre el rostro de la novia.

—Sobre todo, quiero quedar natural —decía Alejandra.

Me senté en la banqueta, junto a Emma, a la espera de mi turno. Mientras, me contaron que Gonzalo todavía no había dado señales de vida.

—Espero que no le haya pasado nada —comentó Valeria mirando su reloj.

—¿Qué le va a pasar? —dijo Alejandra sin gesticular ni un ápice para no entorpecer el trabajo de la maquilladora—. Lo que ocurre es que siempre hace lo que le da la gana, sin pensar en los demás.

Emma increpó a su madre que su hermano era un desastre y que la culpa la tenía ella porque siempre le había reído las gracias.

Carlos apareció por la puerta. Traía noticias de Gonzalo. Su

vuelo se había retrasado y acudiría directamente a la iglesia.

—¡Imposible! —exclamó Valeria—. Gonzalo y yo tenemos que ir juntos. Además, su chaqué está aquí. Y tiene que salir en el reportaje fotográfico.

Noté que todos hablaban de la llegada de Gonzalo en singular. Aquel pequeño detalle me hizo sentir cierto optimismo. Cuanto más cercano presentía el momento de volverlo a ver, más odiosa se me hacía la idea de que apareciera acompañado.

—Este niño está tonto —dijo Carlos, indignado.

Reí para mis adentros. Estaba claro que Gonzalo seguía tan anárquico como lo recordaba. Ya entonces, a menudo le reñían porque llegaba tarde a todos lados, porque echaba la ropa a lavar con tal de no doblarla y porque sus cosas aparecían desperdigadas por los rincones. «Hasta los preservativos», se lamentaba su madre.

Después de dar muchas vueltas al tema de Gonzalo, llegaron a la conclusión de que era preferible esperarlo, aunque les retrasara un poco. Valeria pidió a Carlos que lo llamara por teléfono.

—Dile que se dé prisa —instó Alejandra—. No quiero llegar tarde a la iglesia. A Eduardo no le gusta esperar.

Una vez estuve maquillada, me fui a mi habitación. Acababa de llegar la modista para vestir a Alejandra. Durante el rato que estuve intentando borrar algunos de los excesos que la maquilladora me había dejado en las mejillas me pregunté cómo debía de estar Gonzalo. Hacía tanto que no lo veía que su cara se me desdibujaba. Me daba rabia olvidar la claridad de sus facciones. Era como perder parte de mis recuerdos.

Al cabo de media hora oí las voces de los Doria, que bajaban por la escalera.

—¿La cola está bien puesta? —preguntaba Alejandra.

Imaginé que se encaminaban hacia los salones para posar para el reportaje y pensé que ya era hora de vestirme. Desenfundé el traje y lo extendí sobre la cama. Me pareció todavía más bonito que el día que lo compré. Tenía un matiz nacarado, como el suave anverso de una concha. Acaricié la tela. Era de textura delicada y volátil. Mientras me desvestía pensé en cómo abordaría a Gonzalo. «Hola, Gonzalo, ¿cómo estás?». «¡Gonzalo, qué alegría verte! ¿Sabes que te veo muy cambiado?». Después de tanto tiempo, sentí un pequeño

vacío. «¡Qué tonta eres!» me dije, enfundándome el vestido. Mi espejo devolvía la imagen de la mujer en la que me había convertido. Un cuerpo esbelto, unos rasgos regulares, unos ojos verdes y almendrados y una melena abundante. Me gusté. El vestido marcaba levemente mi silueta y el color realzaba mi piel bronceada. Me coloqué los pendientes largos, la gargantilla y el sombrero. Todavía me gusté más. Sabía que aquello no era más que un soplo de vanidad que en absoluto paliaba mis miedos, pero me gustaba estudiar mi imagen ante el espejo.

Recuerdo perfectamente la primera vez que me gusté ante el espejo. Ese tipo de cosas se descubren de repente y se recuerdan hasta la eternidad. Ocurrió el tercer verano que pasé en Sa Punta. Gonzalo nos había convencido para que le cuidáramos su huerto de marihuana. En mayo se había agenciado un espacio en el invernadero de Valeria. Por supuesto, su madre no lo sabía. O no lo quería saber. Ella, que cuidaba y mimaba sus flores como a las niñas de sus ojos, comentaba a menudo lo extraño que resultaba que a Gonzalo le diera por la jardinería. Durante aquel julio Gonzalo no podía cuidar personalmente su plantación. Por no faltar a la costumbre, Carlos lo había castigado con quedarse en Barcelona para asistir a un centro de verano donde intentaba recuperar ciertas asignaturas que le habían quedado colgadas.

—Tengo que ir a la academia de tontos —nos dijo Gonzalo a Emma y a mí con aire dramático—. Sólo podré venir a Sa Punta los fines de semana. Y las plantas necesitan riego diario.

Me costó bastante convencer a Emma para que colaboráramos con él.

—Sois perfectas —nos agradecía Gonzalo cuando los viernes por la noche iba directo al invernadero para constatar el estado de su cosecha.

La marihuana se pudo recolectar a mitad de mes. Lo ayudamos a cortar las hojas, que colocamos sobre cedazos para que se secaran. Después, las trasladamos al sótano. Era importante que no les llegara luz. En el momento en que el producto estuvo en óptimas condiciones lo envasamos en botes metálicos que él mismo nos suministró. Sólo restaba la distribución.

—Necesito pediros otro pequeño favor —nos dijo Gonzalo,

zalamero, con aquella sonrisa de medio lado que anulaba toda posibilidad de negarle nada.

Teníamos que ir a Begur para entregarle a Ignacio los botes de marihuana. Nos esperaría en el club nocturno La Luna. Su amigo se encargaría de la distribución.

—¿No puedes hacerlo tú mismo? —dijo Emma, reticente—. En agosto estarás aquí.

Gonzalo respondió que era imposible. Aquel verano se estaba cruzando continuamente con su amigo. Era imprescindible entregarle la mercancía cuanto antes. Si tardábamos en distribuirla, acabaría hecha una porquería. Nos miraba suplicante, como si su vida dependiera de aquello y salvarlo o condenarlo estuviera en nuestras manos.

Intenté convencer a Emma. Sería divertido. No corríamos ningún riesgo. Ignacio era de absoluta confianza. Además, no había dinero por medio. Gonzalo se había dedicado a aquella actividad por puro juego. El único objetivo de su cosecha de marihuana era regalarla a los amigos. Aquel gesto me parecía una excéntrica generosidad que lo llenaba de grandeza.

—¿A ti te gusta mi hermano? —preguntó mi amiga con recelo tras oír mis argumentos.

—No es esto. ¿Pero no te parece que ocuparse tanto de los amigos es una demostración de amistad?

Logré convencerla una vez más. El primer conflicto surgió por el desplazamiento. No disponíamos de vehículo y optamos por rogar a Alejandra que nos acompañara a Begur. A pesar de sus protestas, aceptó. El segundo problema que había que resolver era el atuendo.

—Es importante que no se nos vea como traficantes —dijo Emma.

No sé muy bien cómo imaginaba Emma que vestía una traficante, sólo sé que pasamos la mayor parte de la tarde probándonos conjuntos en su habitación. Ella eligió un vestido muy veraniego. Tenía una pieza de ganchillo asalmonada que quedaba suspendida, con tirantes, sobre el pecho. Del cuerpo del vestido caía una tela de flores.

—Tenemos que ir discretas —dijo.

Yo me estaba probando unos *shorts* tejanos que me encantaban y que todavía no había estrenado. Eran minúsculos y muy atrevidos.

—Pareces un putón —sentenció mi amiga mientras miraba cómo me ponía un cuerpo negro, muy ajustado, que se ataba en el cuello y dejaba la espalda al descubierto.

Me hizo dudar y me miré en el espejo. Probablemente Emma tuviera razón. Sin embargo, no me veía nada mal. Es más, me sentía muy favorecida. Fue entonces cuando fui consciente del cambio. La grasa que me había cubierto durante la pubertad había desaparecido milagrosamente para delimitar, conciliadora, mis formas. Mi carne se había puesto prieta, el vientre, plano, y la cintura, delineada por un círculo estrecho, se ensanchaba un poco, lo justo, a la altura de las caderas. Mi recién descubierto aspecto me producía tal satisfacción que me eché a reír.

—¿Por qué te ríes? —preguntó Emma.

Como respuesta le devolví otra risa. Y es que mis piernas se veían largas, ligeramente torneadas en las pantorrillas y en los muslos, y el busto había dejado de ser una masa demasiado grande. En aquel momento apuntaba, enhiesto, bajo el escote, generoso, pero equilibrado. Me gusté. Con aquellos pantalones exiguos y aquel cuerpo apretado me sentía capaz de emprender cualquier proyecto.

—Iré así —informé a mi amiga mientras me calzaba unas sandalias de plataforma.

Y de esa guisa, esa vez sin guardaespaldas, fuimos a La Luna.

Cuando nuestros ojos se acostumbraron a la oscuridad y al humo vimos a Ignacio apostado al final de la barra con la flema del que espera hacer algo importante.

—Caramba, Lucía, quién te pillara —dijo, estudiándome de arriba abajo, la sonrisa mantenida y un gesto de perdonavidas en los ojos.

—¿Quieres dejarla tranquila, guarro? —replicó Emma.

—Tranqui, Laura Ingalls, que a ti no te he dicho nada —dijo él.

Supongo que no era eso lo que quería oír Emma porque, después de decirle a Ignacio que no la llamara de ese modo, hizo una mueca de desagrado, sacó los tarros y se los entregó.

—Aquí están. El resto lo arreglas con Gonzalo. Nos vamos.

Contuve el aliento y miré a Ignacio con desmayo. Nada me apetecía menos que terminar la noche cuando todavía no había comenzado.

—No te enfades, Emma —dijo Ignacio, estirándole cariñosamente el pelo—. Sabes que hablo en broma.

Por fortuna, ablandó a mi amiga. Nos ofreció dos taburetes, nos invitó a un par de copas y nos presentó a varios amigos que no habíamos visto nunca.

—A ver si alguno de ellos se atreve con esa fiera —me dijo por lo bajo señalando a Emma.

Y del mismo modo casual y repentino que hacía poco se había revelado mi imagen en el espejo, degusté el dulcísimo sabor del éxito. Un postre intenso y bien combinado en el que se mezclan deseo, vanidad y una buena dosis de engaño. Los muchachos, libres de la protección que imponía Gonzalo sobre nosotras, se rifaban hacerme la corte. No me interesaba ninguno de ellos, pero me encantaban sus lisonjas. Aquella noche nos colaron en Rivelinos a pesar de no ser mayores de edad, nos invitaron a una fiesta en la playa de Calella, donde bebimos *rom cremat* arropados por el murmullo de las habaneras, nos bañamos desnudos y desayunamos ensaimadas en la cruasantería de Llafranc.

—No hemos tenido que pagar ni una bebida —decía Emma entusiasmada.

De vez en cuando intentaba explicar, a quien fuera que la escuchara, que ella sería actriz, pero nadie le hacía demasiado caso.

Ya me había dado los últimos retoques cuando Emma entró en mi habitación.

—Sofisticada, ¿no? —dijo, dando un par de vueltas sobre sí misma para que admirara su traje.

Era un vestido amarillo limón en forma de campana dura. No me costó imaginarla girando dentro de una caja de música.

Le dije que estaba estupenda. Ella me repasó de pies a cabeza. No hizo comentario alguno. Sólo que Luis Dasca nos estaba esperando para llevarnos a la iglesia. Me hizo ilusión que fuera precisamente Luis quien nos acompañara a la ceremonia. De todos los amigos de Carlos era al que más había tratado. Era un hombre de ciencias, discreto, directo, de pocas palabras y muy centrado en su trabajo. Ejercía la medicina en el hospital de San Pablo. En la época en que yo frecuentaba Sa Punta, él iba a menudo a pasar las tardes. Acababa de enviudar. Carlos y Valeria procuraban

organizarle planes para animarlo.

Mientras nos dirigíamos al exterior, Emma me explicó que el fotógrafo se había entretenido mucho con el reportaje de familia. Por suerte, Gonzalo había accedido a pasar por casa y había llegado a tiempo para las últimas tomas. Yo di un brinco interior. Gonzalo estaba en Sa Punta y no había noticias de su novia inglesa. Fuera, él y Valeria corrían hacia el Jaguar. Nos daban la espalda. Valeria hacía equilibrios sobre los tacones, que se le iban incrustando en la grava. Me costó reconocer a Gonzalo en el hombre que la sujetaba firmemente por los hombros cada vez que tropezaba. Se le veía un adulto de los pies a la cabeza. Cuando llegaron al automóvil, él abrió la puerta e inclinó la cabeza hacia su madre indicándole que entrara. Por unos instantes creí ver a Carlos en lugar de a él. Detrás de ellos, en un Bentley adornado con claveles blancos, esperaba Nicolás. Iba enfundado en su antiguo uniforme y miraba hacia la puerta, a la espera de que aparecieran Alejandra y su padre. Luis estaba al final de la cola. En cuanto nos vio puso el Mercedes en marcha y lo guió hasta nosotras.

Le costó reconocerme.

—¿Eres Lucía?

Luego se disculpó por el despiste y, muy amablemente, dijo que me veía tan estupenda que no me relacionaba con la chiquilla que recordaba.

—¿Y a mí no me dices nada, Luis? —reclamó Emma, simulando despecho.

—¡Qué cosas tienes! —Luis se volvió hacia ella—. Tú también estás guapísima, sólo que hacía mucho tiempo que no veía a Lucía. Y, francamente, va a dar mucho que hablar.

—De Lucía ya habla todo el mundo —replicó ella.

Llofriu estaba lleno de gente vestida de gala caminando por sus calles adoquinadas. Dejamos el automóvil a la entrada del pueblo para sumarnos a los viandantes. Los tacones resbalaban en el suelo irregular. El bullicio se concentraba en la plazoleta de la iglesia. Valeria y Gonzalo hacían tiempo dentro del Jaguar, aparcado en un rincón de la plaza. Un grupo de antiguos criados, muy serios y acicalados, los miraban emocionados. Un poco alejados, en el lado opuesto, se divisaba una larga fila de mirones.

Emma dijo que ella debía quedarse en la puerta principal para esperar a que llegara su familia. Luis y yo entramos en el recinto y tomamos asiento en una de las primeras filas, junto al pasillo central. El interior olía a incienso y jazmín. Las voces retumbaban en el ábside y llegaban a mis oídos multiplicadas, como el siseante zumbido de las abejas. Pude ver, por fin, a Eduardo. Esperaba de pie junto al altar. Era un chico recio, de pelo castaño, corto y rizado y de apariencia nerviosa. Echaba continuas ojeadas a su reloj de pulsera y a la puerta de entrada. Percibí que tenía un tic. Cerraba los ojos en un acto compulsivo cada vez que dirigía la mirada hacia el exterior. Lo hacía con insistencia, como si quisiera dejar muy claro que le molestaba que lo hicieran esperar.

De pronto se oyeron tañidos de campanas y los asistentes se callaron. Al terminar el repique, los Doria desfilaron. En primer lugar entró Emma acompañada de uno de sus primos. Caminaba estirando el cuello con aire de ceremonia, como si recorrer la alfombra que la llevaría a su banco la convirtiera en la protagonista del acto. Detrás iban Valeria y Gonzalo, que avanzaban lentamente, dirigiendo sonrisas a unos y otros. Valeria estaba soberbia con un traje de seda salvaje de color tostado. El ala de su pamela oscilaba al ritmo de su paso con la cadencia del vuelo de un pájaro. Gonzalo dejó a su madre junto a los asientos dispuestos al lado del altar y se dio la vuelta para dirigirse a su banco. Por fin pude contemplarlo, alto y espigado. ¿Habría pensado alguna vez en nosotros? ¿Recordaría lo que me dijo la última vez que nos vimos? No lo tenía claro. Gonzalo llegó a su banco y levantó la mirada. El corazón me dio un vuelco cuando me descubrió unas filas atrás y, después de sonreírme, me hizo un ligero guiño.

El coro entonó a tres voces la marcha nupcial de Mendelssohn. Los reunidos dirigimos la mirada hacia la entrada. El sol creaba transparencias al filtrarse a través del velo de Alejandra, que pendía de una diadema de brillantes y le cubría la cara. Padre e hija empezaron a caminar, lentos y compenetrados. Carlos, enfundado en su chaqué, se veía emocionado, y Alejandra, envuelta en seda y encajes, se me antojó una vez más como la protagonista de esos cuentos de princesas que me contaba mi madre, con su sonrisa dulce y el cabello recogido en un gran moño sobre la nuca. Me pregunté cómo me sentiría yo en un día semejante. ¿Estaría tan

segura como Alejandra? Me parecía un paso demasiado definitivo para no cargar con un sinfín de dudas. Dejar la casa de tus padres para fundar tu propia familia. ¿Era ese nuestro destino? Padre e hija pasaron por delante de nuestro banco. A Carlos le brillaban los ojos. ¿Y él, qué estaría sintiendo? Ese momento, el de la entrega de las hijas, siempre me ha parecido un poco trágico. Sangre de tu sangre en manos de un extraño. Al llegar al altar, Carlos inclinó la cabeza ante Eduardo y, tendiéndole el brazo, le ofreció la mano de Alejandra. Sonreía con ese gesto pacífico del que no tiene opción y su semblante reflejaba una punzada de dolor. Pensé en sus dudas y sus resquemores. Lo imaginé como el amo trémulo de un perro anciano que lo acompaña al sacrificio a la vez que se pregunta si podría haber hecho algo por evitarlo. Eduardo miró de nuevo el reloj y, después de devolver el saludo a su futuro suegro, tomó la mano de Alejandra y la guió con prisa hacia las banquetas destinadas para ellos. Carlos se quedó solo y titubeó un poco. Luego se volvió para dirigirse a su asiento. Fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba la corbata con el fondo blanco y el estampado naranja que yo le había aconsejado.

Capítulo 5

¿Dónde se habría metido Gonzalo? Me lo preguntaba una y otra vez desde que habíamos regresado a Sa Punta. Después de la ceremonia, el fotógrafo los había requerido a él y a su familia para tomar imágenes ante el altar. Estuvieron posando durante un buen rato mientras los invitados desfilábamos hacia el exterior. Luis y yo los esperamos en la plaza. Finalmente salieron, pero Gonzalo no estaba entre ellos. En cuanto Emma nos vio dijo que su madre le había encargado que controlara que las cuestiones más importantes del banquete estuvieran organizadas y nos pidió que la acompañáramos de vuelta a la casa.

Y allí estábamos, recibiendo a los que llegaban y saludando por doquier. No era extraño que no consiguiera localizar a Gonzalo: el jardín parecía un hervidero de figuras de colores que deambulaban sin orden ni concierto. Resultó divertido reencontrarme con amigos y familiares de los Doria que tanto frecuenté a lo largo de un periodo y que, de repente, un golpe del destino había hecho desaparecer de mi horizonte. Los volvía a tener reunidos delante de mí, con las mismas bromas e idénticos gestos, como si en la última fiesta a la que asistí hubieran quedado convertidos en estatuas de sal y una varita mágica estuviera despertándolos de su letargo.

Saludé, besé, reí, agradecí y devolví cumplidos a cualquiera que se acercara. Sin embargo, no lograba encontrar a Gonzalo.

Luis me trajo una copa de champán e hicimos cola, con Emma, en la zona de las delicias de *canard* esperando a que nos sirvieran un surtido de tapas de *foie gras*.

—Valeria se ha superado a sí misma —se oía decir.

Había ambientado la fiesta con motivos parisinos. Durante el aperitivo sonaba música de organillo. Cada uno de los puestos respondía a una *delicatessen* francesa que se anunciaba en un rótulo

con letra apaisada.

—Todo lo han organizado los chicos —decía Valeria con modestia.

No se lo creía nadie.

Un matrimonio entrado en años que coincidió con nosotras en la cola dio la enhorabuena a Emma por cómo había leído en la iglesia. Me adherí a la felicitación, igual que la mayor parte de las personas que nos rodeaban.

—¡Qué éxito! —agradeció Emma, esponjada, simulando una pequeña reverencia que hizo oscilar la falda en forma de campana de su vestido—. Recordad que yo iba para actriz.

Creo que el fin de las aspiraciones de ser actriz de Emma coincidió con la representación teatral del último curso de colegio. La señorita Blasco, nuestra profesora de Literatura, nos estuvo inculcando ese año la importancia de aquel evento.

—Es una especie de homenaje a un espacio que ha dedicado mucho tiempo a vuestra formación —explicó.

Aquel curso profundizamos en los grandes autores extranjeros. Shakespeare fue uno de los que leímos y analizamos con intensidad.

En abril, nuestra profesora nos comunicó que interpretaríamos *Romeo y Julieta.* Se oyó un clamor popular. Muchas eran las que se veían suspirando por el amor de Romeo en el balcón de un palacete veronés o recibiendo sus besos tibios en el sepulcro, Emma entre ellas. Estuvimos varias tardes encerradas en su habitación ensayando los textos de las pruebas de reparto.

—En tercero de básica hice de Virgen María —decía mi amiga.

Durante los ensayos, Emma se envolvía en una sábana y paseaba de un lado a otro de su dormitorio. «¡Romeo, te amo más que a mi vida!», gritaba. Aunque yo no tuviera grandes nociones de las bases de una buena actuación, algo me decía que mi amiga no iba por buen camino. Su voz salía impostada, sus gestos eran excesivos y sus gritos me inducían a pensar más en un gato que maúlla que en los modos dulces y cándidos que había imaginado en Julieta.

En la prueba de adjudicación de personajes no lo hizo mucho mejor. Se olvidó parte del texto y, en un par de ocasiones, se le escapó una risa nerviosa. Yo contenía el aliento cada vez que cometía un error y le indicaba con las manos que gritara menos,

pero ella estaba tan alterada que era incapaz de controlarse.

Para decepción de Emma, la señorita Blasco concedió el papel de Julieta a una muchacha menuda y discreta que se transformó en el momento de actuar y sorprendió a la mayoría con sus habilidades. El papel de Romeo cayó en manos de una chica larguirucha que también lo hacía bien. A mi amiga tampoco le asignaron los papeles de Lucrecia, Benvolio, Teobaldo, fray Lorenzo, Mercurio o conde Paris. Cada vez que la señorita Blasco leía una nueva adjudicación, mi amiga apretaba los puños y contenía el aliento. Sólo dejaba salir el aire, con un gesto de decepción, cuando nuestra profesora sugería el consabido aplauso para la elegida. A mí me dolía su derrota, pero de poco le sirvió mi compasión. Fuimos muchas las que tuvimos que conformarnos con interpretar a sirvientes, invitados, sacerdotes o a miembros anónimos de las familias Capuleto o Montesco que intervenían poco. Emma hizo de mensajero y dijo dos frases completas. Mi papel fue peor. Casi podría considerarse parte del decorado.

—Aquí hay enchufes —lloriqueó la tarde del reparto.

Ya habíamos salido del colegio. Tenía los ojos encendidos de indignación mientras se atiborraba de cruasanes de chocolate en la barra de la pastelería Bolet. No era la primera vez que veía a Emma calmar sus decepciones con un atracón y, más piadosa que sincera, hice alusión a los nervios de última hora, al pánico escénico y a que había muchos artistas que murieron sin que nadie hubiera reconocido su talento.

—Piensa en Van Gogh o en El Greco —apunté.

Creo que conseguí tranquilizarla. Es más, aseguraría que llegó a gustarle el parangón. Se quedó unos instantes callada. Luego sonrió.

—Y Jim Morrison y Allan Poe y Kafka —enumeró, dando fin al segundo cruasán—. Es fantástica la imagen de genio incomprendido. Está cargada de lirismo.

Me enterneció. Pedía poco y se conformaba con facilidad. Sólo necesitaba sentirse protagonista. Protagonista de algo. Aunque se tratara de un serial barato y terminara mal.

A medida que avanzaron los ensayos, Emma pareció olvidarse del oprobio que había sufrido su vocación. Igual que yo, disfrutó de los preparativos; sin embargo, nunca volvió a mencionar que sería actriz. Pensé que hacía bien en olvidarlo. A mi amiga le faltaba

templanza para enfrentarse al público y carecía de aptitudes para declamar, cantar o bailar. Por ese motivo, cuando después de aprobar selectividad sus padres le plantearon que debía estudiar una carrera práctica que le permitiera mantener un buen nivel de vida e incluso formar parte activa de los negocios de la familia, no les costó convencerla para que cursara Derecho, una carrera que nunca había suscitado el menor interés para ella.

—Al fin y al cabo, yo tengo mucha labia —decía, intentando convencerme y de paso convencerse a sí misma de que era una buena alternativa.

Yo discutí más que ella con mis padres por la elección de la carrera universitaria. Les resultaba difícil aceptar que no quisiera dedicarme a la salud. En aquello fui sorprendentemente firme. La sangre me daba reparo y mucho más el olor denso de los enfermos. Era algo visceral. Me repugnaba el color grisáceo que entelaba sus rostros, sus conversaciones opacas y la languidez que envolvía sus vidas empequeñecidas por el dolor.

—Necesito vivir de algo que me guste —les dije.

—Los pintores se mueren de hambre —sentenció mi madre.

Al final llegamos a un acuerdo. Estudiaría diseño, que, según mi padre, tenía un matiz infinitamente más práctico, y en paralelo recibiría clases de pintura. La fórmula me sedujo y no volvimos a discutir sobre el tema.

Aquel verano, el anterior a iniciar la universidad, llegué a Sa Punta conduciendo mi propio automóvil. Lo de «mi propio automóvil» es un decir. En realidad era el Seat 1430 vetusto que mi padre había guardado para mí al comprarse su nuevo Opel. Cuando bajé mis bártulos tuve la sensación de que me había perdido muchas cosas: Alejandra estaba enamorada; Emma, que había engordado bastante, estaba haciendo la dieta del pomelo, y Gonzalo se pasaba las tardes reparando motos en un taller improvisado. Lo había montado en el antiguo cobertizo de los jardineros. Por lo visto, era un negocio a medias con Ignacio. No obstante, era él quien más horas dedicaba.

Gonzalo silbó al verme.

Aunque Emma me informó de que el silbido era la nueva moda del verano, me gustó su recibimiento. Y a pesar de los presagios más bien agoreros de mi amiga, percibí con satisfacción que

Gonzalo, cuando se dirigía a mí, cambiaba su habitual sorna por un tono confidencial, como si le gustara hacerme partícipe de parcelas vedadas a los demás.

Había pasado un mal invierno. Lo de la marihuana acabó mal. Uno de sus amigos se olvidó un paquete de hierba en el bolsillo del pantalón y su madre lo descubrió mientras le ordenaba la ropa. En el momento en que el muchacho se vio interrogado cantó como un trovador. Como la madre del chico era amiga de Valeria, no tardó en advertirle de los trapicheos de Gonzalo. Emma me contó que se montó un buen sainete. Valeria lloraba. Decía que estaba harta de tantos disgustos y que esa vez no pensaba proteger al vándalo de su hijo como hacía siempre. Al enterarse, Carlos puso el grito en el cielo. Castigaron a Gonzalo a estudiar el Curso de Orientación Universitaria en un internado famoso por tratar con rigor a muchachos indisciplinados.

—Ha sido espantoso. Me vigilaban continuamente. Nos castigaban por cualquier imbecilidad. Sólo me han dejado pasar en casa cinco fines de semana. Yo jamás le haría a mi hijo una faena como ésta.

Gonzalo lo decía mustio y a mí me encantaba sentirme depositaria de su dolor.

Durante aquellos días Gonzalo me enseñó los detalles de su taller improvisado. Aunque la mecánica no me interesara ni lo más mínimo, me sentía tan agasajada de que quisiera mostrármelo que presté mucha atención y lo acribillé a preguntas. ¿De dónde sacaba las motos? ¿Quiénes eran sus clientes? ¿Qué eran aquellas matrículas amontonadas en un cubo?

Él dijo que las matrículas no servían para nada. Las guardaba porque nunca se sabía. Los conocidos le proporcionaban las motos.

—¿Tantos conocidos tienes?

Me respondió que si no los tenía, los buscaba. Tenía que espabilarse. Desde lo de la maría su padre lo tenía seco de pasta.

Aquél fue un estío atípicamente fresco y lluvioso. Gonzalo pasaba muchas horas en su taller. A menudo me pedía que le hiciera compañía y yo se la daba a pesar de que Emma me increpara que aquel verano no le estaba haciendo caso y me preguntara, tirante, que para qué había ido a Sa Punta si no me veía el pelo. Yo intentaba calmar a mi amiga con buenas palabras. Me

escudaba en el frío, en el viento o en la lluvia. Cualquier excusa era buena para justificar ante Emma estar el mayor tiempo posible en el cobertizo.

—La verdad es que no entiendo el placer que puedes encontrar metida en un agujero lleno de cachivaches —insistía.

Yo le respondía que era muy distraído ver trabajar a Gonzalo. No mentía. Me gustaba contemplar la energía con que doblegaba los metales, la paciencia con que atornillaba las piezas pequeñas y el gesto de satisfacción que se le reflejaba en la cara al dar el trabajo por concluido. Entonces se sentaba sobre la mesa de trabajo, junto a mí, se quitaba los guantes y me ofrecía un cigarrillo. Gonzalo entornaba suavemente los ojos cuando aspiraba y hacía volutas al exhalar el humo mientras me decía que era agradable sentirse cansado del esfuerzo físico.

Una tarde de aquéllas se me quedó mirando.

—¡Qué guapa eres! —murmuró, acercándose mucho.

Los ojos le brillaban. Diría que le tembló un poco la voz. Yo me quedé quieta. Creo que cerré los ojos con el convencimiento de que me iba a besar. En aquel momento, Emma entró en el cobertizo para anunciarnos que debíamos ir a cenar. Nosotros dimos un respingo y la magia se deshizo en un abrir y cerrar de ojos.

—Entre vosotros dos hay algo —me amonestó Emma.

—Sólo somos buenos amigos —expliqué.

—Espero que sea cierto —replicó amenazante.

Un día, no pude evitar que mi amiga se enfadara. Estábamos en la glorieta esperando a que Valeria se levantara de la siesta para ir de compras por Gerona. Gonzalo acudió a nuestro encuentro y nos propuso una excursión a caballo hasta el acantilado. Emma odiaba la equitación y se negó en redondo. Gonzalo sugirió que fuéramos nosotros dos.

Dudé un poco. No montaba demasiado bien. Había recibido algunas clases en el picadero que se encontraba justo al linde de la finca, pero nunca había salido al campo.

—Me da un poco de miedo —dije.

—No te preocupes —dijo él—. Yo estaré contigo.

Gonzalo no podía darme un argumento mejor y acepté la propuesta sin pensármelo ni un minuto. Emma empezó a poner impedimentos. ¿Me había vuelto loca? Me faltaba dominio. ¿No me

daba cuenta de que los caballos eran muy peligrosos? Gonzalo le dijo que se dejara de tonterías. Yo sabía lo suficiente para llegar al acantilado. Reforcé sus razones señalando que el lugar se encontraba muy cerca y el camino estaba muy bien marcado.

—Nunca se sabe —insistía ella.

—¿Quieres dejarte de tonterías? —le increpó su hermano.

A Emma se le encendió el rostro y pensé que iba a arremeter contra Gonzalo. No lo hizo. En su lugar se dirigió a mí y comenzó un discurso muy largo. ¿Qué me había pensado yo? ¿Ahora resultaba que iba a hacer lo que me viniera en gana? ¿No me había comprometido a ir a Gerona? ¿Todavía no había aprendido cómo debían comportarse las invitadas? Sus alfilerazos me retumbaron en la cabeza y me secaron la garganta.

Gonzalo se acercó a ella y le tapó la boca con firmeza.

—Mejor no digas cosas de las que luego te arrepentirás —dijo.

Emma hizo un gesto despectivo, aunque, sorprendentemente, se calló.

Pensaba en aquel episodio mientras veía a Emma rememorar sus antiguos sueños de actriz en la cola de las delicias *du canard*.

—Nunca es tarde —le dijo la mujer que la había felicitado por su lectura.

Emma le respondió que sólo fueron sueños de adolescencia. Tenía planes más ambiciosos.

—Reservo una sorpresa que revelaré durante el banquete —dijo misteriosa.

En el rato que estuvieron hablando yo seguía buscando a Gonzalo. Comenzaba a impacientarme. ¿Dónde se habría metido? El jardín estaba a rebosar y tenía sus recovecos, pero el espacio era limitado. Decidí dejar a Emma y a los demás para dar un paseo. Caminé unos pasos. Al pasar frente al tenderete de los quesos me crucé con un grupo de mujeres que reían con Carlos. Supuse que estarían ponderando la ceremonia e intenté pasar de largo. Carlos me vio y me instó a que me incorporara al grupo.

—Lucía es una gran amiga —dijo, apoyando la mano en mi brazo—. Ha sido la responsable de que me haya puesto esta corbata.

Por lo visto, la corbata había dado mucho que hablar en el

sentido más amplio de la palabra. Y ellas volvieron a reír. Miré la corbata. Pensé que, dijeran lo que dijesen aquellas mujeres, era preciosa y combinaba a la perfección con la sobriedad del chaqué. Carlos se había hecho un nudo pequeño y prieto alrededor de la solapa de la camisa, de la que emergía su cuello, largo y bronceado. Le daba luz al rostro y realzaba sus ojos oscuros.

—¿No encontráis que le queda elegantísima? —dije.

Las mujeres no tuvieron más remedio que darme la razón y Carlos recibió, agradecido, unos cuantos halagos.

Ellas bromearon porque sus tacones se hundían en la hierba del jardín.

—En la próxima boda sugeriremos a las invitadas que calcen botas de montaña —dijo Carlos, y levantó un coro de carcajadas.

Las mujeres aseguraron que jamás acudirían a una boda sin zapatos de tacón. Carlos replicó que las mujeres guapas no necesitaban artificios.

—Te decepcionaríamos —dijo una mujer bajita.

—Seguro que no.

Lo dijo lentamente, mirándolas una a una, como si quisiera grabar el mensaje en la mente de todas. Luego anunció que iba a hacerles una confesión.

—La imagen de una mujer con zapatos de tacón, liguero y *negligé* es una de mis grandes fantasías. Me gusta el modo lento y felino en que los tacones obligan a caminar. Alargan las piernas, estrechan la cintura y, lo más importante —hizo un silencio teatral—, hacen el culo respingón.

Parecía tener intención de continuar. No pudo hacerlo porque las risas ahogaron su voz.

En aquel momento pasó Valeria preguntando a los invitados si deseaban algo.

—¡Qué gracioso es tu marido! —dijo, entusiasmada, la mujer bajita—. Seguro que te diviertes un montón.

Juraría que Valeria frunció el ceño unos instantes. No tardó en sonreír.

—Siento defraudarte —respondió guasona—. Los hombres sólo son divertidos fuera de casa. Dentro, todos son un tostón. Aunque animad a mi marido. Se pone muy contento cuando se siente admirado.

La mujer pestañeó. Después forzó una risita. Creo que fue un buen día para ella.

—Gracias, Valeria —dijo Carlos—. Me gusta que seas así, generosa. —Luego nos miró a las demás—. ¿No es estupendo su sentido del humor?

Valeria le envió un beso por el aire. No era un gesto habitual. Tal vez quisiera dejar claro que, al fin y al cabo, ella era la legítima. Se volvió hacia mí y me preguntó si había visto a Gonzalo.

—¿A Gonzalo? —respondí—. Hace mucho que no lo veo.

El día que Gonzalo y yo fuimos a montar a caballo no tuve que buscarlo. Se presentó en nuestra habitación con el casco y el equipo de amazona de Alejandra entre los brazos. Dijo que había consultado con su madre la posibilidad de que yo lo acompañara y le había parecido una idea excelente. Enseguida me apremió para que me cambiara. Emma nos miraba mustia. Me vestí en menos de cinco minutos, y rápidos, como si el tiempo tuviera posibilidad de agotarse, nos encaminamos hacia las caballerizas.

Desde que salimos de las cuadras Gonzalo controló mis pasos, a horcajadas sobre su montura. Había repetido varias veces, mientras elegíamos cabalgadura, que galopar era lo más parecido que conocía a volar. Yo lo había creído, aunque cada vez estaba menos convencida. A pesar de que Gonzalo decía que *Soyace* era muy mansa, al principio tuve bastantes dificultades. Probablemente la yegua advertía mi inexperiencia y se detenía constantemente para comer hierba en el linde del camino.

—No permitas que baje la cabeza —me gritaba Gonzalo—. Tira más fuerte de las riendas. Debe entender que eres tú quien la gobierna.

Temía lastimar la boca del animal con el cabestro y me daba miedo que se encabritara. Sin embargo, seguí sus instrucciones y, en poco rato, sentí entre mis piernas que el ancho tórax de la yegua era un cuerpo caliente y brioso con una voluntad dispuesta a someterse a la mía. Una leve presión con el estribo y *Soyace* iniciaba el paso; un apretón contundente en los flancos y el animal empezaba a trotar; un suave tirón de las riendas y la yegua se detenía.

Cuando Gonzalo comprobó que había adquirido seguridad guió a su caballo por delante de *Soyace* y me ordenó que lo siguiera por

un sendero estrecho e irregular cercado por mucha vegetación.

A veces los caballos pasaban demasiado próximos a los árboles que lindaban el camino y las ramas nos golpeaban en la cara.

—¡Cuidado! —Advertía Gonzalo.

Los cascos sonaban como el redoble de un tambor y hacían crujir la maleza, los troncos y las cortezas. Miraba a Gonzalo jinetear delante de mí y pensaba en lo mucho que se parecía a su padre. El mismo porte, los mismos hombros cuadrados, el mismo tronco largo y erguido que se elevaba y descendía de la silla en sincronía con su caballo. Deseé saltar sobre la grupa de su montura, abrazarlo y pedirle que me llevara con él, pero bastante trabajo tenía para mantenerme sobre la mía. Al llegar al final de aquel túnel umbroso aparecimos en la explanada del acantilado, que relucía bajo el influjo del sol como un inmenso prado esmeralda. Nos detuvimos.

Aquel verano las lluvias habían mantenido intacta la capa de hierba rala que suele aparecer en mayo y se convierte en polvo y matojos en las postrimerías de junio. Ese día no había matojos, sólo una especie de alfombra verde y mullida salpicada de pinaza y de flores blancas. Si no hubiera estado sobre la yegua, me hubiera apetecido ponerme a rodar. Ésa había sido una de mis fantasías de niña. Rodar y rodar sobre los prados mientras mi ropa se iba llenando de briznas y mis sentidos se saciaban de campo.

—¿Qué, Lucía, te atreves a galopar? —dijo Gonzalo haciendo volverse a su caballo para encararse hacia mí.

Debí de titubear, porque me preguntó si tenía miedo.

—Por supuesto que no —respondí.

Gonzalo me explicó las normas del galope. No tenía que asustarme de la velocidad. Nada más debía intentar amoldar mi cuerpo al movimiento del caballo.

¿Y si el caballo se encabritaba? ¿Y si me caía? ¿Y si le daba por tirarse al mar?

—No tengas miedo. Tú puedes. Además, yo estoy contigo.

Esa breve aseveración, la de su proximidad, fue lo que me impulsó a arriesgarme. Gonzalo me pedía que fuera osada y no tenía ninguna intención de frustrar sus expectativas. Incité a *Soyace* a un paso lento, que mantuve durante un buen rato, para dar lugar a un trote ágil que también prolongué. Empezaba a conocer las

reacciones de la yegua, sus dudas, sus sobresaltos, sus caprichos, e intuía cómo debía anticiparme a ellas. A una señal de Gonzalo presioné los flancos de *Soyace* y la instigué con la fusta. La yegua se puso a correr, primero con un galope pausado que me permitió determinar la cadencia de su movimiento. Luego se aceleró. Sentía el gravitar de mi cuerpo, que quedaba unos segundos suspendido en el aire hasta que recuperaba su posición en la silla. El viento me golpeaba en la cara y un pequeño vacío acuciaba mi estómago. Cada vez que empezaba un ascenso sentía una embriagadora sensación de dominio que se mezclaba con los gritos de aliento de Gonzalo.

Al llegar al borde del abismo tiré de las riendas y detuve a la yegua.

—¡Bravo! —dijo Gonzalo, que había cabalgado hasta mí. Desmontó de un salto.

—¡Me ha encantado! —grité.

Gonzalo me tendió los brazos para ayudarme a desmontar. Dijo, entusiasmado, que había visto en mí la viva estampa de una amazona. Supe de la vanidad que produce la conciencia del logro, especialmente cuando uno sabe que se espera algo de él. Abrazándolo muy fuerte le di las gracias por haberme enseñado tanto. Gonzalo me agarró del talle, me suspendió unos centímetros por encima del suelo y comenzó a girar. Una, dos, tres. Gonzalo dio vueltas gritando que lo había hecho estupendo. Yo reí en sus brazos deseando que aquello no terminara nunca mientras la boca se me llenaba de aire y los ojos se me cargaban de sol, mar y campo.

De pronto, *Soyace* relinchó y Gonzalo se detuvo.

—Me había olvidado de ellos —dijo, dejándome en el suelo.

Corrió hacia los caballos, tomó las riendas, los condujo hasta la entrada del bosque y los ató al tronco grueso de un pino. Después me propuso que descansáramos y, tomándome de la mano, me guió hacia el acantilado. La mano de Gonzalo estaba caliente y cosquilleaba en mi palma. La notaba palpitar. Cuanto más palpitaba, más me apetecía apretarla. A nuestro paso revoloteaban las mariposas. Había cientos de ellas. Mariposas grandes y pequeñas, azules, amarillas, anaranjadas, pardas, rojizas. Unas eran de un solo color. Otras tenían motas. Muchas lucían extraños jeroglíficos en las alas. En su vuelo hacían acrobacias por el aire y

sus juegos recordaban una danza.

Cuando llegamos al borde del acantilado Gonzalo sugirió que nos quitáramos los cascos y nos sentáramos sobre la hierba. Él se había quitado el jersey y lo llevaba atado a la cintura. Lo tendió sobre el suelo y me sugirió que lo usara de manta.

—No vaya a ser que te pique un bicho —dijo, dejando su casco sobre un peñasco.

—¿Cómo me va a picar un bicho si aquí solamente hay mariposas? —Reí, dejando mi casco junto al suyo y acomodándome sobre su jersey.

Un par de ellas se habían posado sobre una de las flores que cubrían la explanada. Movían las alas suavemente, como si se estuvieran murmurando un secreto.

—¿Sabes que las hembras son las encargadas de tomar la última decisión en el rito del apareamiento? —dijo Gonzalo con ese tono un poco pomposo del que sabe de lo que habla.

—Pues sí que son listas.

—Ya ves —dijo, sentándose a mi lado—. Son igual de listas que la mayoría de las mujeres.

Se quedó en silencio. Un silencio un poco denso que me hizo pensar que estaba titubeando. Lo observé de reojo sin volverme. Estaba muy cerca de mí, aunque apenas me miraba. Veía su nariz aguileña y su pelo alborotado. Tenía las piernas recogidas entre los brazos y percibí que le temblaba ligeramente la barbilla. Su inquietud me supo a premio.

El mar estaba tan plano que se divisaban las sinuosidades de las corrientes. El sol brillaba alto y llenaba la superficie de millones de estrellas mientras las barcas se cruzaban unas con otras e iban dejando a su paso estelas largas y aceradas.

Gonzalo empezó a lanzar guijarros, que rodaban por el acantilado hasta perderse en el fondo.

—Muchas veces vengo aquí —dijo.

—¿Solo?

—Sí. Me gusta escuchar el sonido del silencio.

—El silencio no suena —dije.

—Sí suena —dijo, chasqueando los labios—. Sólo que no nos detenemos a oírlo.

Sus labios eran ligeramente abultados, muy lisos, de un color

achocolatado, como su piel, y me moría por besarlos. Me aproximé a Gonzalo. Él pasó un brazo sobre mi hombro. El contacto me produjo un escalofrío. Se oía el rumor grave, continuo y envolvente del oleaje y el leve susurro de la brisa sobre las copas de los pinos.

Me acomodé entre sus brazos y le dije que tal vez tuviera razón. Todos aquellos sonidos no eran más que un enorme silencio. Un silencio que lo abarcaba todo y nos aislaba del resto del mundo. Él me contó que muchas veces soñaba que era un pájaro que planeaba mudo sobre el mar.

—En este último año he descubierto el valor de la libertad.

Su voz sonaba entrecortada y a mí me palpitaban las sienes. Lo tenía tan cerca que podía oír el murmullo de su saliva descendiendo por su garganta y los latidos de su corazón. Estábamos solos, hablaba de libertad y me contaba sus sueños. ¿No sería yo quien soñaba?

—Deberías de comprarte un ala delta —dije, frotando la cara contra el dorso de su mano.

Me hubiera gustado decir algo ocurrente, pero sólo me salió eso acompañado de una risita muy tonta.

—Lucía, te estoy descubriendo demasiado prosaica —dijo impostando un tono de estar incomodado—. Yo te hablo de interioridades y tú te ríes.

No lo estaba. Lo delataba el amago de sonrisa que descubrí al apartarme de él para mirarlo. Aquella sonrisa de medio lado que siempre me aturdía un poco y que aquella tarde me cargó de brío.

—¿Sabes que yo también imagino cosas? —dije.

—¿Ah, sí?

Le conté mi fantasía de rodar sobre los prados. Lo hice despacio mientras él seguía el ritmo de mis palabras.

De pronto me soltó y se tumbó en el suelo.

—Pues rodemos —dijo, arrastrándome sobre él.

—¿Qué dices, loco? —repliqué, abrazándome a su cuello.

El cuerpo de Gonzalo desprendía calor bajo el mío. Sus brazos me rodearon con fuerza y sus labios achocolatados rozaron los míos. Luego empezamos a rodar sobre aquel lecho mullido que nos humedecía la ropa. Reíamos, gritábamos y nos llenábamos de vida. Los labios de Gonzalo sabían salados. Me recordaban a las gotas de mar. De pronto dejamos de rodar. El sol declinaba en el horizonte.

Sus rayos todavía nos caldeaban la piel y nos cubrían de un tenue halo rojizo. Olía a yodo, salitre, resina y tronco. Gonzalo me aprisionó con su cuerpo. Nos quedamos muy quietos, mirándonos a los ojos. Los suyos me parecieron dos enormes trozos de carbón. Me besó la cara, el cuello y los hombros. Su barba me raspaba la piel. No me importaba. ¿Qué iba a importarme, si sus besos encendían mis sentidos? Me desabotonó la ropa, la dejó caer sobre el suelo y buscó mis recovecos. Mi respiración se aceleró a la vez que la suya. Mi cuerpo estaba despierto. Más que despierto. El suyo olía a montura y a riesgo y apenas pesaba. Me encantaba llenarme de su olor. La aspereza de la pinaza me cosquilleaba en la espalda y se me enredaba en la melena mientras su aliento enardecido me resonaba en los oídos.

Y dejé de oír el batir de la brisa sobre las copas y el murmullo de las olas. Incluso dejé de sentir la caricia del sol y el olor a yodo, a salitre, a resina y a tronco. Aquel silencio no silencio del que hablaba Gonzalo se había quedado hueco, huérfano de cualquier elemento que no fuéramos él y yo. Sólo quedaban sus envites, nuestro sudor entremezclado y mi placer. También permanecían aquellas mariposas revoloteando sobre nosotros. Mariposas grandes y pequeñas, lisas, rayadas, moteadas. Mariposas del color del chocolate y del carbón. Mariposas jugueteando en el aire. Mariposas danzando suavemente al ritmo de la marea.

Capítulo 6

Los padres de Eduardo no cuadraban en Sa Punta. Lo pensé cuando Valeria los abordó durante el aperitivo para preguntarles si les apetecía una ostra. Una de las chicas que las repartía se había detenido junto a nosotros.

—Ya era hora de que nos tocara una ostra —dijo la madre de Eduardo—. Somos los padres del novio y, hasta ahora, nadie se había dignado a ofrecernos ninguna.

Valeria le dijo que lo sentía mucho e indicó a la muchacha que entregara a su consuegra la ostra que acababa de abrir. La chica se estaba demorando en rociarla con un chorro de limón y la madre de Eduardo dijo, impaciente, que nunca había visto tanta lentitud.

—Piensa que es todo un arte —suavizó Carlos.

Cuando la madre de Eduardo estuvo servida, ordenó a la chica que abriera otra ostra para su marido.

El padre de Eduardo se llevó la ostra a la boca con glotonería.

—Esto es el *summum* —dijo mientras la engullía.

Se llamaba Juan. A pesar de ser un hombre chaparro, de nariz roja y brillante, repleto de capilares en las mejillas y en el cogote, tenía mirada de avispado. Se notaba que era listo, aunque su forma de expresarse fuera tan elemental que uno dudaba de que hubiera cursado más estudios que los primarios. Llevaba un Rolex Daytona con correa de oro que era imposible no ver porque agitaba la muñeca cada vez que tenía oportunidad.

—¿Otra ostra, Francisca? —sugirió Carlos a su consuegra.

—Ni hablar —dijo la mujer con acritud—. Son muy indigestas. Siempre acaban sentándome mal.

Supongo que, como yo, la mayoría de los reunidos se preguntaron que, si tan mal le sentaban las ostras, no tenían ningún sentido sus exigencias del principio. Nos limitamos a obviar aquella

pequeña contradicción.

—Mi señora padece del estómago —explicó Juan.

Francisca tenía aspecto de tener problemas de estómago y de un montón de cosas más. Por lo menos, su facies avinagrada hacía suponer que había pocos placeres que la hicieran disfrutar. Era gruesa y de corta estatura. Llevaba un vestido azul pastel lleno de volantes. Parecía acostumbrada a mandar. Mientras su marido comía, bebía, hablaba y reía, ella se mantenía expectante, como si se preparara para defenderse de algo. Únicamente se dignó a comunicarse para decir a Valeria lo felices que veía a Eduardo y a Alejandra.

—Es que mi hijo es muy buen chico —dijo.

Inició un largo soliloquio sobre las virtudes de su hijo. Los reunidos nos mirábamos con tedio. Ella no se daba por aludida. De pronto, me pareció divisar a Gonzalo en el extremo opuesto del jardín. ¡Por fin había llegado! Así que, procurando no hacer ruido, me aparté del grupo y fui hacia él.

Sólo pude dar un par de pasos. Me topé con Emma.

—Veo que ya has conocido a don Juan y a doña Francisca —dijo con sorna—. ¿Qué te parecen?

—Sin palabras —respondí.

—Mójate, Lucía —me azuzó.

Emma sonreía con malicia y a mí me hizo mucha gracia. Nos pusimos a decir barbaridades y a reír a carcajadas. Pensé que, por primera vez desde que llegara a Sa Punta nuestras risas tenían algún atisbo de la complicidad de antaño.

Nuestra complicidad, la de Emma y la mía, sufrió una pequeña crisis al principio del idilio entre Gonzalo y yo. En esos días me sentí un poco desleal hacia ella. Nos habíamos prometido que, en cuestión de hombres y sexo, nos lo contaríamos todo. No lo hice. Un sexto sentido me dijo que aquello la alteraría.

Entretanto, Gonzalo se empeñaba en que recorriéramos todos los rincones de la finca. Los graneros, las antiguas caballerizas, las pequeñas azoteas, incluso los claros del bosque y las cuevas escarbadas en las rocas de la cala. Me excitaba cualquiera de las propuestas que me hiciera. Lo importante era huir, escapar de las miradas de los demás, como si cada vez que nos dispusiéramos a

visitar alguno de aquellos lugares emprendiéramos un largo viaje hacia tierras inexploradas. Nuestros periplos se forjaban de mañanas soleadas y de noches de estrellas, paja, hierba y arena. Gonzalo me proponía un lugar. Lo hacía susurrándome en el oído, esperaba mi reacción y se ponía a correr. Yo corría tras él. Nuestras correrías estaban cargadas de risas, improperios inventados y pequeños gritos. A veces uno de nosotros se escondía tras una bala de heno, en el saliente de una pared o a la sombra de un enorme pedrusco. El otro lo llamaba a gritos con el tono de reclamo del que no está dispuesto a esperar mucho rato. Siempre nos acabábamos encontrando. Nos abrazábamos y reíamos al mismo tiempo que nos besábamos. Luego escapábamos y nos volvíamos a esconder para volver a encontrarnos. Y así infinidad de veces hasta que, cansados de perseguirnos, nos alcanzábamos definitivamente. A veces nuestro refugio era un pequeño arbusto bajo el cielo raso o el altillo de tablas de un pajar en desuso que nos sumía en una invisible soledad de isla desierta. Allí saciábamos las ansias que teníamos el uno del otro. Era una saciedad transitoria, porque tan pronto la colmábamos, volvíamos a sentir el apremio de nosotros mismos. Sólo el viento, el mar y los pájaros fueron testigos de nuestro entusiasmo. En alguna ocasión lo fue una ristra de hormigas o algún perro que, sorprendido de nuestro regocijo, nos había seguido. Pusimos nombres a muchos de nuestros paraísos. A un roble que tenía un enorme panal lo llamamos el árbol de la miel. Una cueva que estaba justo al pie de la cala, donde nuestros suspiros se oían redoblados, recibió el nombre de la gruta de los susurros. Y un pequeño lagar cubierto por un chamizo que se encontraba junto a un campo de vides lo denominamos la casa de Baco. Al referirnos a aquellos espacios nuestras alegrías resonaban como los campanilleos de los monaguillos, tenían la música del beso, del apremio y del deseo y hacían promesas de eternidad.

Cuando, después de aquel aislamiento de correteos y retoces, regresábamos a la casa, los habitantes de Sa Punta nos recibían con condescendiente ironía. «¡Caramba, sí que llegáis acalorados! ¿Dónde os habéis metido, que estáis rebozados de paja? ¿Decís que habéis dado un paseo? Pues vaya paseo tan largo. Parece que en lugar de caminar con los pies lo hayáis hecho con la cabeza». Nosotros inventábamos excusas increíbles: que habíamos estado

haciendo carreras, que las briznas de paja nos habían caído sobre las ropas porque el guardés estaba aventando los rastrojos o que mi pelo se había enredado en unas zarzas mientras recogíamos moras. Nadie se tragaba nuestras explicaciones y se carcajeaban entre ellos. Emma no participaba del jolgorio y me miraba tirante. Alguna vez me amonestó que estaba haciendo el ridículo. Por eso convencí a Gonzalo de no demorar el momento de hacer público nuestro noviazgo.

Emma fue la primera en ser informada. Pensé que le debía una explicación. Insistió bastante en que me estaba metiendo en un lío y que acabaría llorando. Pero con paciencia, mano izquierda y muchas aclaraciones, conseguí que mi «falta» quedara definitivamente perdonada.

Los demás tomaron nuestro amorío, el de Gonzalo y el mío, con mucho más escepticismo. «Los tortolitos», nos llamaba Alejandra. «Los amantes de Teruel», nos apodó Valeria. Ella contaba a sus amigas que estábamos viviendo una especie de pasión turca. A nosotros no nos importaba. De ese modo podíamos estar continuamente pendientes el uno del otro, tomar el sol en la piscina agarrados de la mano, achucharnos en cualquier rincón y hacer planes por nuestra cuenta sin necesidad de justificarlo ante los demás.

Matilde era la más entusiasta con nuestra historia.

—¡Son tan guapos! —decía.

Valeria respondía que sí, éramos muy guapos, aunque esperaba que también fuéramos suficientemente inteligentes para saber que era preciso no hacer tonterías. No fuera a ser que se nos ocurriera reproducir nuestra bella especie en un momento inoportuno.

Matilde se sonrojaba y Valeria se nos quedaba mirando.

—Va por vosotros —advertía.

Nosotros hacíamos ver que no la entendíamos.

A quien creo que no le gustó aquel noviazgo fue a Carlos. No es que manifestara una reticencia clara, pero no nos embromaba como los demás. Un día Emma me contó que su padre había dicho que esperaba que aquella fiebre se nos pasara rápido, sólo le faltaba a Gonzalo andar atontolinado detrás de mis faldas para prestar menos atención a sus estudios. Me dolió aquella oposición. Que considerara una fiebre lo que había entre Gonzalo y yo me hacía

pensar que no me tomaba en serio, y que deseara que lo nuestro acabara representaba una desagradable manifestación de que me apreciaba menos de lo que yo pensaba.

—No te preocupes —dijo Gonzalo cuando se lo conté—. Él no tiene nada en contra de ti. Lo único que le ocurre a mi padre es que no soporta verme feliz.

Me costaba imaginar a Carlos negándose a aceptar la felicidad de su hijo. No obstante, aquella posibilidad aligeraba el peso de que su desacuerdo fuera dirigido a mí.

Una de aquellas tardes Gonzalo me pidió que lo acompañara a entregar una moto que había reparado en el taller. Yo debía seguirlo con mi vehículo y después regresaríamos juntos. Así lo hicimos. Lo seguí hasta la carretera general, por donde alcanzamos Palafrugell. Él me iba indicando con la mano los desvíos. Una vez en el pueblo, penetramos en la calle principal. Después de unos cuantos metros viramos por una calleja pequeña que desembocaba en otra y en otra y en otra hasta que llegamos a un callejón sin salida, donde nos detuvimos. Gonzalo bajó de la moto y me pidió que lo esperara. Se acercó a la puerta desvencijada de una casa muy vieja y llamó al timbre. Pronto apareció un hombre delgado vestido con un mono azul. Hablaron durante unos minutos. El hombre llevaba el pelo largo y engrasado y se rascaba continuamente el cogote con unas uñas muy negras. Debería de tener unos treinta años. Hablaban con voz queda. Hacía calor y había abierto la ventanilla. Sin embargo, fui incapaz de identificar una sola palabra. No sé cómo ocurrió que, sin darme cuenta, me apoyé en el claxon y lo hice sonar. Ambos se volvieron hacia mí. Gonzalo levantó la mano indicándome que esperara. El hombre se percató de mi presencia, frunció los labios y comenzó a hablar fuerte. Me señaló varias veces con su dedo largo y sucio y le dijo a Gonzalo algo que no conseguí descifrar. Cerré rápido la ventanilla. Gonzalo no pareció ponerse nervioso. Apoyó las manos en los hombros del hombre pidiéndole calma. Me entraron ganas de desaparecer debajo del asiento. Afortunadamente, no sé qué le dijo Gonzalo, pero el rictus del hombre se suavizó y acabó soltando una carcajada. Ambos cruzaron la calle y se pararon frente a lo que parecía la puerta de un almacén. Gonzalo condujo la moto al interior seguido del hombre. Cerraron la puerta y tardaron un buen rato en salir. Tal

vez no fueran más de veinte minutos, pero se me hicieron eternos. Por fin, se despidieron delante de la puerta con un apretón de manos.

Cuando Gonzalo subió al automóvil le pregunté quién era aquel hombre espantoso.

—No lo conozco bien —respondió, apoyándose en el respaldo.

—¿Cómo no vas a conocerlo si le has entregado una moto?

Gonzalo me contó que se trataba del amigo de un amigo que conoció en el internado y lo había puesto en contacto con él.

Sonaba bastante enredado y lo miré con recelo.

—No me mires así —dijo sonriendo—. Me consigue muchas motos para reparar. No creo que sea el momento de andarme con remilgos para elegir mis clientes.

Se acercó a mí, tomó una guedeja de mi cabello y se puso a juguetear con ella.

—¿Por qué se ha enfadado tanto al verme? —insistí, para que no me tomara por tonta más que por ganas de discutir.

Gonzalo se echó a reír. Dijo que estaba haciendo una montaña de un grano de arena. El hombre era un poco tosco, pero en absoluto estaba enfadado. El soplo de su respiración cosquilleaba en mi cara, y a pesar de que no veía nada claros sus argumentos, me esforcé por creerle.

—Reconoce que todo es muy raro —murmuré.

Gonzalo se acercó más para besarme. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó un sobre arrugado del que extrajo un par de billetes de mil pesetas.

—¿Tú confías en mí? —dijo, cimbreando los billetes.

—Claro que sí.

—Pues pienso gastar todo esto en ti. Olvida lo que has visto y vayamos de compras por Gerona.

En la ciudad no me costó olvidar mis reparos. Paseamos por las calles y entramos en todas las tiendas que se me antojaron. Había rebajas y los comercios estaban a rebosar. Se notaba que a Gonzalo le aburría detenerse a rebuscar entre los montones de prendas que estaban apelotonados sobre los mostradores, pero yo me había obstinado en encontrar unos *jeans* lavados a la piedra y él mostró una enorme paciencia.

—¿No te gustarían otros pantalones aunque no estén

desgastados? —preguntaba de tanto en tanto.

Yo le decía que no, que llevaba todo el verano con la idea de comprar esos *jeans*. Él intentaba distraerse mirando hacia el exterior. El movimiento rítmico de sus piernas delataba que esperaba con ansias el momento de escapar. Me gustaba sentir que Gonzalo hacía esfuerzos por complacerme y le lanzaba, de vez en cuando, un prometedor beso a través del aire, que él solía devolver.

Encontré los *jeans* de mis sueños: unos pantalones llenos de agujeros de un azul tan desgastado que casi parecían blancos.

—Me encantan —dije.

Gonzalo lanzó un largo suspiro de alivio.

Gastamos el dinero que sobró en una de las terrazas de la rambla. Mientras lamíamos un helado, nos entretuvimos viendo a los transeúntes desfilar. En la acera de enfrente había un ambulatorio de la Seguridad Social. Nos llamó la atención que en el exterior, bajo una especie de marquesina, habían montado un tenderete donde dos mujeres informaban de algo a los viandantes. La mayoría las esquivaba. Al principio pensamos que estarían postulando para alguna causa benéfica y comentamos, entre nosotros, que la gente era muy desconsiderada. Al poco rato descubrimos que de la marquesina colgaba un cartel que anunciaba algo relacionado con donaciones de órganos.

A mí siempre me había dado aprensión lo de los trasplantes. Mis padres y mi hermano eran donantes. A menudo les había oído decir que sería conveniente que yo hiciera lo mismo en cuanto alcanzara la mayoría de edad. Al escucharles me decía que afortunadamente todavía era menor, pero acababa de cumplir dieciocho años y ese argumento había dejado de servir.

Le conté mis escrúpulos a Gonzalo y él pareció sorprenderse.

—¿Por qué? En el caso de que en alguna ocasión te extirparan los órganos, serías un «fiambre» y no te enterarías.

Lo dijo cerrando los ojos y dejando caer los brazos alrededor del cuerpo como si estuviera muerto. No me apeteció reír.

—No sé —contesté—. Eso de que me abran y me corten a trocitos no me hace ninguna gracia.

Gonzalo se rió de mis pobres argumentos. Dijo que le produciría satisfacción saber que, gracias a él, alguien se pudiera salvar. Lo dijo en un tono extrañamente serio. Pensé que era mucho más

generoso que yo. Me sentí mezquina y no me gustó. Para paliar ese sentimiento le dije que un día de aquéllos me plantearía hacerme donante.

—¿Por qué no nos hacemos ahora mismo? —dijo él, señalando el tenderete.

No esperaba aquella propuesta y titubeé.

—Vete a saber si algún día lo necesitarás tú —insistió—. ¿A que entonces estarás muy contenta?

No tuve más remedio que acceder. Llamamos al camarero, pagamos la cuenta, cruzamos la calle y preguntamos a aquellas mujeres por el protocolo que había que seguir.

El trámite era tan sencillo como rellenar un cuestionario con nuestros datos, dar un listado de enfermedades padecidas y firmar. Gonzalo completó el informe en un abrir y cerrar de ojos y rubricó con ímpetu. Yo expliqué lo de mi antigua hepatitis y pregunté si aquello suponía un impedimento. Las mujeres me informaron de que si la hepatitis había sido del tipo A no tenía ninguna repercusión para el resto de órganos. No obstante, sería oportuno registrarlo en el informe. Como mi hepatitis había sido de ese signo, dejé nota del dato, cumplimenté el cuestionario y firmé. Las mujeres nos felicitaron por nuestro gesto. Dijeron que no era habitual encontrar a jóvenes tan desprendidos.

Mientras caminábamos hacia el vehículo con nuestros carnés provisionales de donantes en el bolsillo sentí que estaba muy satisfecha de haber dado aquel paso tan altruista. Se lo debía a Gonzalo. Él sabía extraer lo mejor de mí. Y, abrazándome a él, le dije que era muy feliz.

Sí, el Gonzalo de mi adolescencia hacía que me sintiera mejor persona. Ése debía de ser el motivo por el que tanto me urgía hallarlo en la boda de Alejandra. Seguía diciéndome que la inquietud por reencontrarlo que se había despertado desde que había llegado a Sa Punta era absurda, y mucho más esa urgencia que me azuzaba a medida que pasaban las horas. No lo podía evitar. Y es que en el rato que estuve bromeando con Emma sobre los padres de Eduardo, Gonzalo se había vuelto a esfumar.

Ignacio y unos amigos se habían sumado a nosotras cuando llegaron los novios al aperitivo. Alejandra estaba radiante

repartiendo sonrisas y agradecimientos, mostrando su alianza y ostentando su nueva condición. Eduardo iba tras ella un poco encogido, casi taciturno. Se notaba que no se sentía cómodo en medio de tanto agasajo. Imaginé que era tímido y me compadecí de él. Pensé que debería acercarme a los novios para felicitarlos y presentarme a Eduardo. Al salir de la iglesia era tanta la gente que los rodeaba que me había sido imposible. Estuve a punto de encaminarme hacia ellos, pero observé que, a cada paso, alguien los detenía. No quise importunarlos y decidí esperar a que su presencia dejara de ser una novedad.

Estuvimos divirtiéndonos durante un buen rato con Ignacio, que recordaba la época en que Gonzalo y él cultivaban marihuana para distribuirla entre los amigos.

—¿Y cuando nos convertisteis en «camellas»? —le recordé yo.

—¡Mira que éramos pringados! —dijo él.

De pronto oí a mis espaldas la voz de Alejandra. Pensé que aquélla sería mi oportunidad de felicitarla y me volví de repente. Fue un gesto apresurado y brusco que hizo que los tacones se incrustaran en la tierra y me desestabilizaran. Para recuperar el equilibrio di un par de zancadas y, sin quererlo, me precipité sobre Eduardo, que estaba justo detrás de mí.

—¡Cuidado! —gritó él.

Quedé abrazada a su cuello con los pies colgando a un par de centímetros del suelo y derramé sobre su chaqué la copa de champán que llevaba en la mano.

—Lo siento —intenté disculparme.

Me aparté de él y miré a los que me rodeaban para que trajeran algo con que solucionar el estropicio. El líquido descendía por las mangas y el pantalón y goteaba sobre los zapatos. Eduardo se había quedado quieto, muy serio, con los brazos colgando, abriendo y cerrando los ojos.

Los demás reían.

—Salud —decía Emma, empapando sus dedos en el chaqué de Eduardo y frotando las frentes de los que nos rodeaban.

—Empezar tu vida de casado regado de champán, ¿qué más puedes pedir? —sentenció Ignacio.

A Eduardo no le hacían gracia los comentarios. Me miraba con resentimiento y yo no sabía que más excusas ofrecer. Intenté

arreglar el desaguisado frotando la tela con unas servilletas de papel que me había traído un camarero, pero se rompían en trozos y quedaban pegados, como motas blancas, sobre la tela oscura.

—Déjalo, muchacha —dijo la madre de Eduardo apartándome de un codazo—. Ya me encargo yo.

Obedecí. Ayudó a su hijo a quitarse la americana, la dobló con cuidado y se la colgó de un brazo.

—Estas cosas las arreglamos las madres mucho mejor —dijo, alejándose.

Se había creado un silencio incómodo y nos mirábamos unos a otros sin saber qué decir.

Alejandra tomó la mano de su marido y la puso sobre la mía.

—Cariño, discúlpala, es Lucía —dijo conciliadora—. ¡Qué forma más tonta de conoceros!

Eduardo forzó una sonrisa y sujetó mi mano unos instantes.

—Lo siento —volví a decir.

—No te preocupes —dijo él por fin.

Sus ojos formaban una línea horizontal que me cargó de inquietud.

—¿No es un amor? —me susurró Alejandra.

Yo dije que sí con la cabeza. Pensé que para Alejandra todo el mundo era un amor.

Pocos días después de que Gonzalo y yo nos hubiéramos hecho donantes de órganos, Alejandra dijo lo mismo de uno de sus novios de turno. Jugábamos un partido de waterpolo en la piscina de Sa Punta con varios amigos y lo estábamos pasando muy bien. Carlos también participaba. Valeria nos contemplaba desde la tumbona, protegida por un sombrero y un gran toldo.

Alejandra estaba eufórica presumiendo de novio ante nosotros.

—¿No te parece que es un amor? —me dijo, señalándolo con la barbilla en un momento que nos habíamos apartado del grupo para recoger la pelota, que había caído fuera de la piscina.

Recuerdo muy bien esa frase porque justo entonces vi llegar un vehículo de la policía. Lo detecté a través del seto de ciprés. Discurría lento. Redujo todavía más la marcha al entrar en el recinto. Por fin se detuvo en la entrada. Aparte de mí, nadie se percató. Me sorprendió aquella aparición, pero no hice ningún

comentario y me reincorporé al partido.

Gonzalo estaba persiguiendo la pelota cuando vi aparecer a Matilde. Su moño tirante le estiraba las comisuras de los ojos más que nunca. Se acercó a Valeria, se inclinó hacia ella y le murmuró algo.

Valeria se incorporó de golpe, se quitó la pamela, se la quedó mirando y dejó escapar un bufido. Después llamó a Carlos

—¿Qué pasa? —preguntó desconcertado.

—Ven, por favor —indicó ella con gravedad.

—Lo siento, chicos —se disculpó Carlos.

Subió por las escalerillas de la piscina y se acercó a su esposa. Hablaron durante unos minutos. Parecían consternados. Carlos se llevó la mano a la frente. Alrededor de sus pies se iba formando un charco de agua. Los vi calzarse las chancletas y apresurarse hacia la casa. Valeria se anudaba el pareo mientras subía los escalones. Carlos se envolvía con la toalla. Los seguí con la mirada hasta que desaparecieron en la planicie del umbral.

Matilde no tardó en regresar con las mejillas arreboladas para solicitar la atención de Gonzalo.

—Tus padres dicen que vayas inmediatamente al salón.

Gonzalo miró a Matilde, inquisidor. Ella se encogió de hombros y le dijo que no sabía de qué se trataba.

—Lo siento —nos dijo Gonzalo, emprendiendo el camino hacia la casa—. Mis viejos me reclaman.

Tuve la certeza de que allí estaba pasando algo importante y desagradable que, por supuesto, implicaba a Gonzalo. Dije a los demás que yo también me retiraba del juego y corrí tras él. Alejandra se quejó de que se estaban quedando sin jugadores e Ignacio respondió que daba igual, que podían continuar sin los desertores.

—¿Te acompaño? —dije a Gonzalo.

—No hace falta, seguro que será una tontería.

Y me dirigió una de esas sonrisas un poco ladeadas que desdecían la seguridad que aparentaba.

Viendo cómo se alejaba envuelto en esa flema que tanto le gustaba utilizar en los momentos difíciles me dije que no podía dejarlo solo y lo seguí a unos metros de distancia. Cuando entró en la casa me quedé sin saber qué hacer. ¿Qué podía estar ocurriendo?

Lo de la patrulla me daba muy mala espina, y las caras de sus padres todavía más. Paseé por los alrededores de la entrada, dibujé figuras sobre la tierra, incluso busqué un rastrillo y me puse a recoger hojas y pétalos secos con la intención de que el tiempo pasara rápido. El tiempo no pasaba. Al contrario, se hacía lento e insidioso. ¿Qué diantres habría hecho Gonzalo? ¿En qué lío se habría metido? El único sonido que me llegaba eran los gritos y vítores de los jugadores de la piscina. La casa parecía un mausoleo que me cargaba de malos presagios.

Finalmente, los vi salir. Gonzalo caminaba custodiado por dos policías. Llevaba las manos esposadas a la altura del espinazo y la cabeza baja. Detrás de ellos desfiló Carlos, con el rostro contraído y la mirada fija en la espalda de su hijo. Ambos habían cambiado los bañadores por ropa de calle. Caminaban con lentitud, como si les pesaran los pies. Gonzalo y los policías subieron al vehículo celular. Carlos lo hizo en el Jaguar de Valeria. Se pusieron en marcha y, uno detrás del otro, se alejaron por el camino hacia la carretera.

Aquel día no volví a ver a Gonzalo. Pasó la jornada en comisaría acompañado de su padre. En Sa Punta caminábamos de puntillas sin atrevernos a hablar, ni siquiera a suspirar. Valeria, que había pedido a nuestros amigos que se marcharan, nos contó que cursaba sobre Gonzalo una denuncia por robo. Por lo visto, habían desarticulado una red de ladrones de motos y su nombre había salido a relucir. Pensé en el hombre de las uñas negras y el pelo engrasado. ¡Qué tonto había sido Gonzalo! Intenté explicar que él sólo reparaba las motos que le entregaban.

—Dios te oiga —dijo Valeria—. Han encontrado en el cobertizo bastantes matrículas de origen turbio.

Luego se excusó que tenía jaqueca y, lagrimosa, desapareció en su dormitorio.

A media tarde apareció Carlos. Después de hablar un rato con Valeria, se encerró en la biblioteca. Se le oía hablar por teléfono. No se entendían las conversaciones, aunque se oía su voz rotunda de tanto en tanto. Al cabo de un par de horas salió. Sus ojos echaban chispas. Me resultaba difícil mirarlo. Dijo, con ademán adusto, que intentaría traer a Gonzalo aquella misma noche y se volvió a marchar.

Oí que regresaban de madrugada. Emma dormía. Oí sus pasos

subiendo por las escaleras y deteniéndose en el rellano. Estuve a punto de abrir la puerta para recibir a Gonzalo, pero lo pensé dos veces. No me apetecía enfrentarme a la mirada indignada de Carlos y decidí asegurarme de que él hubiera entrado en su habitación. Cuando supuse que Gonzalo estaría solo, me acerqué a su dormitorio y llamé un par de veces. No obtuve respuesta. Me aventuré a abrir la puerta. No estaba allí.

De vuelta a mi habitación oí las voces de sus padres, que discutían. Me tentó quedarme en el pasillo a escuchar. Valeria recriminaba a Carlos que siempre solucionaba los problemas quitándose al niño de encima.

—¿Niño, dices? Si no tardará en tener canas en los huevos —replicó él—. No sabes la cantidad de favores que he tenido que pedir para que no pasara la noche en comisaría. Ya veremos si puedo evitar que lo sometan a juicio.

Se quejaba de que la culpa era de Valeria por haberlo mimado tanto. Siempre le reía las gracias y le protegía las gamberradas. Allí tenían el resultado: un hijo con el que no sabían qué diablos hacer. Bajaron el tono y dejé de oírlos. Los pies se me estaban quedando fríos. Como Gonzalo no aparecía, regresé a mi habitación.

Pasé la noche en blanco. ¿A qué se refería Valeria cuando le increpaba a Carlos que siempre se sacaba al niño de encima? ¿Qué pensaría Carlos hacer con Gonzalo? Al internado no podía volver porque aquel año Gonzalo empezaba la universidad. No quería ni imaginar de lo que se trataría. Ojalá le diera la oportunidad de defenderse. Era imposible que Gonzalo fuera culpable. Él jamás se atrevería a robar. ¿Para qué? Si tenía unos padres que le podían comprar lo que quisiera. Seguro que lo habían embaucado. En caso contrario, me lo habría dicho. ¿O no? ¿Cómo me iba a contar una cosa así?

A la mañana siguiente bajé a desayunar antes que Emma. Me encontré con las maletas de Gonzalo dispuestas, una al lado de la otra, junto a la puerta de entrada. A él lo hallé en el porche con una taza de café en la mano y las ojeras propias del que ha pasado la noche en vela.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunté, quedándome de pie—. ¿Dónde te metiste anoche?

Dijo que había estado un rato en una de las tumbonas del jardín

mirando las estrellas y dejó la taza sobre la mesa sin mirarme.

—Mi padre me manda a la London Business School —añadió exagerando un ridículo acento inglés—. Dentro de unas horas me llevará al aeropuerto.

Se volvió lentamente hacia mí. Sus ojos siguieron huyéndome.

—¿Hoy mismo? ¿Por qué?

Me parecía tan irreal que le sujeté la cabeza para buscarle los ojos.

—El viejo quiere perderme de vista. Allí ya han comenzado el curso. Dice que si no me da la gana estudiar, por lo menos aprenderé un idioma.

Su tono sonaba a derrota.

—No digas tonterías. Tu padre te quiere, pero haces cosas tan raras…

—¿Tú también estás con ellos?

—Claro que no —dije, acuclillándome entre sus piernas para abrazarle la cintura.

Gonzalo me acarició el pelo. La mano le olía a jabón.

—La he vuelto a cagar —murmuró.

No le pregunté de qué lo acusaban. Sabía perfectamente lo que había ocurrido. ¿Cómo no iba a saberlo, si yo había sido testigo de primera línea?

—Tú no has robado, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

Me contó que el contacto que le proporcionaba las motos era quien las robaba. Él nada más que las recibía, las arreglaba y las entregaba. No me atreví a preguntarle si él conocía el origen del producto. Me daba miedo la respuesta y no quería tener motivos para reprocharle nada.

Indagué cuánto tiempo se marchaba. Él contestó que estaría ausente, como mínimo, un año.

—¿Un año?

Me habían entrado ganas de llorar. ¿Qué iba a ser de nosotros? Un año era una eternidad y Londres me parecía un destino remoto. ¿Durante un año no íbamos a poder vernos, ni hablar, ni tocarnos? Gonzalo me alzó por los brazos, hizo que me sentara sobre sus rodillas y me abrazó muy fuerte.

—No te preocupes. Volveré en Navidad, en Semana Santa y

algún fin de semana.

Me lo dijo en el oído, con voz muy suave, y yo apoyé la cabeza sobre su hombro. No nos mirábamos. Sólo nos balanceábamos mientras me susurraba que un año pasaría rápido. Pondría una fotografía mía en su mesilla de noche, la besaría a diario, pensaría en mí cuando sonara el despertador, cuando estuviera en clase, cuando se encerrara para estudiar y cuando se acostara. Me escribiría, me llamaría por teléfono. Ni la distancia ni su padre podrían separarnos.

Capítulo 7

La madre de Eduardo no tardó en regresar con la americana de su hijo. La trajo impoluta y le ayudó a ponérsela. Él dejó que Francisca le ajustara las mangas de la camisa y le palmeara las solapas.

—Perfecto —dijo, satisfecha.

Brown apareció correteando entre los invitados. Supuse que se había escapado de la casa de los guardeses. Iba de un lado a otro husmeando las entrepiernas y los tenderetes. Movía el rabo como si aquella fiesta repleta de aromas y comida fuera uno de esos sueños que jamás llegan a cumplirse.

—¿Qué hace este chucho aquí? —dijo Eduardo, señalando al perro.

Valeria, que no lo había visto porque estaba de espaldas, miró hacia donde señalaba Eduardo. Dio un pequeño grito al descubrir a *Brown*. Después miró a su yerno. Lo hizo con un leve gesto de hastío.

—Lo siento. ¿Cómo habrá llegado? —dijo, dirigiéndose al perro.

Valeria dio un pequeño traspié y Carlos la detuvo.

—No te preocupes, Valeria. Ya me encargo yo.

Pensé que tanto para uno como para otro sería un trastorno abandonar el aperitivo y me ofrecí a llevar al perro a casa de los guardeses. Ellos accedieron. Mientras tanto, *Brown* se había encaramado sobre el tenderete de los quesos y metía el hocico en una de las bandejas.

—Que vaya quien quiera, pero daos prisa —dijo Eduardo.

Corrí hacia el perro. Cuando llegué había tirado la bandeja al suelo, había devorado su contenido y lamía los restos. Intenté apartarlo asiéndolo por el collar. Él se resistió. Era un perro manso, aunque corpulento, y podía conmigo. Un par de camareros trataron de ayudarme. Tampoco consiguieron doblegarlo. La gente se

apelotonó a nuestro alrededor. «*Brown, Brown, Brown*», se oía. Busqué a Valeria con la mirada para pedirle socorro. Fue Carlos quien acudió a auxiliarme. El perro levantó las patas delanteras y las colocó sobre sus hombros a modo de saludo.

—*Brown,* tunante. ¿Cómo puedes ser tan gamberro? —dijo él con dulzura.

El perro le dio un lametón en la cara. Carlos lo apartó sin brusquedad, lo obligó a descender y lo sujetó del collar. *Brown* le lamió las manos.

—¡Cómo te quiere! —exclamó una mujer.

Carlos respondió que era cierto y que no entendía el motivo. Él tenía muy poco tiempo para ocuparse de *Brown.* Sería que los perros ofrecían su cariño a todo el mundo. Yo pensé que se equivocaba. Los perros no expresaban sus afectos a todo el mundo. Se me ocurrían muchos motivos para sentir afecto por Carlos.

***

Cuando Carlos envió a Gonzalo a Londres estuve un buen tiempo enfadada con él. Me resultaba difícil perdonarle que lo hubiera apartado de mí. Pensaba a menudo si no lo habría hecho con doble intención. Recordaba lo que me había revelado Emma sobre que su padre no era partidario de que mantuviéramos nuestro noviazgo y me preguntaba qué razón le habría pesado más para enviar a Gonzalo tan lejos.

Supongo que lo notó, y una mañana que me encontró tomando el sol en la piscina se sentó a mi lado. Después de algún rodeo me dijo que me percibía triste y que no le gustaba verme en aquel estado. Yo no tenía ganas de hablar y respondí, con educación, que no me pasaba nada. Creo que ni siquiera me incorporé para situarme a su altura. Sólo me puse las gafas de sol.

Él me miró con seriedad.

—Sí, te pasa algo. Estás mustia y siento que me evitas. Sé que echas de menos a Gonzalo.

No esperaba que un adulto abordara una cuestión como aquélla; mis defensas se tambalearon y me entraron ganas de sincerarme. Así que me senté en la tumbona y le dije que sí, que añoraba mucho a Gonzalo y que pensar que estaría un año fuera me apesadumbraba. Él me miró un rato. Imaginé que iba a tratarme con condescendencia, perorando sobre la vehemencia de los

adolescentes, lo efímero de los primeros amores y que me exhortaría a olvidar. No lo hizo.

—Imagino lo duro que está siendo para ti —dijo—. No te preocupes. El tiempo pasa rápido. Si lo que hay entre Gonzalo y tú es fuerte, superará el tiempo y la distancia.

—Ojalá.

Como no añadí nada más, él siguió hablando. Dijo que suponía que yo no entendería el motivo por el que él había tomado aquella decisión. Aquello era lo mejor para su hijo. Insistió en que no quería verme triste. La vida era muy corta para andar con malas caras. Y por favor, debía entender que a veces era preciso tomar decisiones que no nos gustaban.

Me gustaron su claridad y su forma de enfocarlo.

—¿A ti te molesta que Gonzalo y yo seamos novios? —me animé a preguntar.

Carlos rió.

—¿Por qué tendría que molestarme?

—No sé. Por eso te lo pregunto.

Él movió la cabeza y dijo que por nada del mundo se opondría a lo que había entre Gonzalo y yo. ¿Cómo iba a oponerse, si yo era un encanto? Inteligente, equilibrada, simpática, sensible y guapísima. ¿Qué más podía pedir para su hijo?

Yo escuchaba su retahíla de elogios con la vanidad del que desea creerlo.

—Quizá lo que le tengo es un poco de envidia —bromeó.

Así fue como perdoné su pequeña culpa. Carlos siguió siendo para mí ese hombre amable y tolerante que estaba por encima de cualquier discordia.

A mi regreso a Barcelona di muchas vueltas a aquella conversación. En especial a lo que Carlos había dicho respecto a la intensidad de lo que había entre Gonzalo y yo. No lo hice al principio. No había ningún motivo. Durante las primeras semanas de septiembre Gonzalo me llamaba continuamente. Yo no había comenzado todavía mis clases y procuraba no salir de casa más de lo imprescindible. Me gustaba estar localizable y responder el teléfono en cuanto sonaba.

—Calma, que no se escapa —se burlaba mi madre cuando me

veía correr hacia el aparato.

Gonzalo decía que me añoraba. Londres era precioso y estaba lleno de lugares divertidos, pero no veía el momento de regresar. Yo le pedía paciencia y lo animaba a que resistiera. Era preciso que se tomara en serio sus estudios. De esa forma, su padre no tendría ninguna excusa para obligarlo a permanecer allí. Él se mostraba de acuerdo conmigo y me prometía trabajar. Navidad era nuestra fecha anhelada. En Navidad tendría vacaciones, estaríamos todos los días juntos y habríamos rebasado un tercio de nuestra separación.

Al poco tiempo, me dijo que se estaba quedando sin dinero y me llamaría menos.

—No sabes lo rápido que los teléfonos de las cabinas se tragan los *pennies*.

No tardaron en llegar sus cartas. Me contaba cómo era la residencia donde vivía, su universidad, sus profesores, los lugares que frecuentaba y sus nuevos amigos. Parecía ir adaptándose bien a su nueva vida. Decía que aquella ciudad ofrecía más estímulos de los que jamás hubiera imaginado. Yo me veía recorriendo con él los espacios que describía y lo animaba en mis cartas a disfrutar. Gonzalo siempre terminaba diciendo que me quería y que por mucho que le atrajera lo que veía a su alrededor nunca se olvidaba de mí. Aquellos párrafos me derretían y los releía cientos de veces.

—Pues vaya sarampión te ha dado con ese Gonzalo —decía mi madre.

Sobre la tercera semana de septiembre, sus cartas empezaron a espaciarse. Pensé que estaría muy ocupado con sus estudios y acepté, paciente, su parquedad. No tardaron en ser sustituidas por postales. Llegaban sólo de vez en cuando. Eran postales con imágenes preciosas en el anverso y escaso texto en el reverso. «Recuerdos desde Cambridge». «Pienso en ti en el Castillo de Windsor». «¿Qué te parece Warwick?». Comprobé que los estudios no eran la causa de su sobriedad. Era evidente que viajaba continuamente y temí que Gonzalo encontrara demasiados intereses al margen de mí.

Le envié una carta muy extensa en la que le pregunté qué le ocurría. Tardó varios días en responder. Lo hizo de nuevo por teléfono. Se excusó en que estaba muy ocupado y no tenía tiempo de escribir. Se estaba tomando muy en serio su carrera

universitaria.

—Piensa en la Navidad —dijo—. Está a la vuelta de la esquina.

Sus palabras sonaban lejanas y sus excusas socorridas, pero me esforcé por creerlo.

Creo que me llamó un par de veces más. Luego, el teléfono de mi casa quedó mudo. ¿Hay algo más perturbador que un teléfono que no suena? Se oye el repique de los pasos de los vecinos del piso de arriba, el bullir de un hervido en la cocina, el desagüe de las cisternas, el llanto de un bebé que pasea con su madre por debajo de tu ventana, el chirriar de los autobuses, se oye incluso el pálpito burlón del teléfono en silencio mientras el tiempo se va espesando.

Cuando la primera semana de octubre empecé la universidad llevaba dos semanas sin noticias de Gonzalo. Durante una época mantuve la esperanza de recibir de nuevo una llamada o una postal. Asistir a clase se convirtió en una preocupación porque no podía controlar el correo. ¿Y si su postal se traspapelaba? ¿Y si desaparecía junto a la propaganda? Pedí a mi madre que me hiciera una copia de la llave del buzón. Le dije que a partir de aquel día me encargaría personalmente de recoger la correspondencia.

—Llave del buzón para doña Agonías —dijo burlona, entregándomela.

Revisaba el buzón con religiosidad cada mañana antes de partir hacia la universidad. A esa hora el cartero ya había pasado. Me temblaba la mano al introducir la llave en la cerradura. La bisagra del buzón de mi casa estaba un poco oxidada y chirriaba si se forzaba la puertezuela. Recogía las cartas sin atreverme a mirarlas mientras el corazón se me desbocaba. Las tocaba, las sopesaba. «Hoy llegarán noticias», me decía. Solamente cuando las campanas de la iglesia de Santa Gema me indicaban que eran las nueve menos cuarto y que si no me daba prisa llegaría tarde a clase me obligaba a mirar el remitente.

Fue una lástima comenzar la universidad con tanta desazón. Había fantaseado con el principio del curso. Me hacía mucha ilusión conocer a profesores y compañeros, hacerme con los nuevos espacios, informarme sobre el programa de cada una de las asignaturas y sentir que estaba a punto de incorporarme a la vida de los adultos. Elisava, la universidad de Diseño a la que asistía, tenía mucho prestigio. Mis padres estaban muy orgullosos de que

me hubieran admitido. Las pruebas de acceso no eran sencillas y las pasé sin dificultad, y tenía un arsenal de material de trabajo que me impacientaba utilizar. ¿Qué más podía pedir? Ni eso me reconfortaba cuando me preguntaba qué estaría haciendo Gonzalo. Cada vez tenía más claro que su mutismo no se debía a la falta de tiempo. Sabía perfectamente que si uno tenía ganas de hacer una llamada, encontraba el momento. ¿Quién no ha experimentado alguna vez el deseo casi enfermizo de saber de alguien que no te está prestando atención? El apetito cede y el cuerpo pesa. Uno deja de sentir interés por lo que antes le conmovía, no hay estimulo que le sacuda ni placer que le sacie. Sólo la idea fija de la obsesión que se repite, que tritura la mente, que deja a uno exhausto y sin recursos.

Me planteé la posibilidad de preguntar a Emma por él. La deseché rápido. No me apeteció dar pábulo a sus juicios. Además, últimamente nos frecuentábamos menos. El fin del colegio había supuesto una pequeña separación a la que tuvimos que amoldarnos. Aunque el vínculo de nuestra amistad se mantuvo estable, cada una de nosotras hizo nuevos amigos entre sus compañeros de clase. Cambiamos el contacto diario por llamadas telefónicas en las que nos contábamos primicias sobre nuestros nuevos entornos. De tanto en tanto, quedábamos en alguna cafetería para conversar. En las noches de los fines de semana salíamos en grupo con nuestros compañeros de clase. A veces con los suyos, otras con los míos. En alguna ocasión intentamos juntarlos, pero no salió bien y resolvimos que mezclar grupos era demasiado incómodo.

Por fin acepté que Gonzalo hacía su vida al margen de la mía. El orgullo desempeñó un papel importante y procuré arrinconarlo en un lugar de mi conciencia donde su deserción me provocara el mínimo dolor. Me esforcé en adaptarme a la universidad y volcarme en mis estudios. Por suerte, me encantaban y me ocupaban la mañana entera. Las asignaturas teóricas eran interesantísimas, mientras que las prácticas me permitían pasar horas concentrada en ellas sin pensar en nada más. Mis padres me habían comprado una mesa alta de arquitecto y un taburete con respaldo, que instalaron en mi habitación. Me sentía bien diseñando planos, combinando colores, ideando proyectos. Me gustaba imaginar un futuro volcado en crear cosas bellas. Además, me apunté a una escuela de pintura

adonde acudía dos tardes por semana, y las horas pasaban sin enterarme. Aprendí de alzados, perspectivas, volúmenes, colores y texturas. Procuré intimar con mis compañeros e hice buenos amigos: Jorge, Samuel, Enrique, Rita, Blanca y Bruno. Formábamos un buen elenco de alumnos trabajadores y disciplinados.

Faltaban tres o cuatro días para Nochebuena cuando asistimos a la cena navideña que organizó el grupo de la universidad. La celebramos en Flash Flash, donde intercambiamos regalos, bebimos de lo lindo y reímos sin parar. Al terminar la cena, Blanca propuso que fuéramos a tomar unas copas al Dos Torres. Ese lugar nos encantaba para copear, con su terraza, sus cipreses, sus mesas de mármol y sus bancos corridos en los que se apelotonaba la farándula de Barcelona. Aquella noche hacía demasiado frío y tuvimos que entrar. Estaba a reventar. La gente se apretujaba y costaba lo indecible moverse. Intentaba avanzar cuando el corazón me dio un vuelco. Primero vi su cabeza oscura y el perfil de su nariz. Luego sus rasgos. Era Gonzalo y estaba a escasos metros de mí. El brillo de las luces tamizaba el volumen de su cabello y yo intentaba controlar mis palpitaciones. Como si me hubiera convertido en una estatua, así es como me sentí, como si hubiera perdido la capacidad de hablar o de gesticular, como si la sangre se hubiera helado en las venas y amenazara con no circular nunca más. Gonzalo estaba con un grupo de amigos y reía. Reía con esa tranquilidad del que tiene la conciencia en paz. Supongo que debí de mirarlo con tanta insistencia que no tardó en descubrirme.

—¡Lucía! —exclamó con alegría, empujando a las personas que nos separaban para acercarse a mí—. ¡Menuda casualidad!

Gonzalo me abrazó fuerte y me alzó un poco. Dijo que acababa de aterrizar en Barcelona. Había viajado con tres amigos de su universidad, a los que había invitado a pasar unos días en su casa. ¡Qué suerte habíamos tenido de haber coincidido! Hablaba con tal desenfado, con tal ausencia de culpa, que me costó reaccionar y me quedé estática mientras pasaba por mi mente el teléfono, el buzón de correos, las cartas que no llegaban, las postales sin apenas texto y el miedo a que se hubiera olvidado de mí.

—¿Qué te pasa? —preguntó, dejándome en el suelo.

—¿Por qué no me has dicho que llegabas hoy? —Volqué en

cuanto recuperé la capacidad de hablar.

Pareció sorprenderse de mi acritud y se me quedó mirando. Todavía me abrazaba. Un amigo le preguntó si quería un *gin-tonic*. Él le dijo que sí. Inmediatamente me repitió que acababa de llegar y me aseguró que pensaba llamarme al día siguiente.

—Además, ¿qué más da? Ya nos hemos encontrado.

—No es lo mismo —repliqué.

—Alégrate —dijo, abrazándome con más brío—. Tenemos un montón de días para vernos.

Lo aparté con cierta energía. No se trataba de que tuviéramos o no todas las fiestas navideñas para nosotros. Aquello todavía estaba por ver. ¿No lo entendía? En los últimos meses prácticamente se había evaporado. ¿Cómo tenía que entender aquello? Se quedó pensativo. Supongo que estaría evaluando mi estado de ánimo. Por último, movió la cabeza con disgusto y me propuso que nos fuéramos de allí.

—*Are you leaving?* —le preguntó uno de sus amigos.

Él le contestó que no tardaría en regresar y el amigo le dijo que lo esperaría.

Mis amigos se mostraron menos comprensivos. ¿Por qué me tenía que escapar? Yo les dije que me urgía poner en orden mis ideas con Gonzalo y, aunque a regañadientes, no tuvieron más remedio que transigir.

—No te dejes tomar el pelo —me advirtió Blanca.

No pensaba dejármelo tomar. Lo había pasado demasiado mal aquel trimestre. Que Gonzalo se presentara en Barcelona sin avisarme, como si nada hubiera ocurrido, era más de lo que estaba dispuesta a soportar.

Permanecimos dos horas encerrados en su vehículo en una planicie de la carretera de Vallvidrera. Dos horas en las que grité, maldije y recriminé. La dignidad no era más que un valor remoto en aquellos momentos.

—¿Por qué te has esfumado? ¿No decías que me querías?

Gonzalo intentaba explicarme. Claro que me quería. ¿Cómo no iba a quererme?

—No es suficiente —replicaba yo.

Gonzalo no perdía la calma. ¿Cómo podía estar tan tranquilo? Decía que teníamos que ser coherentes y tomar la vida como nos

viniera. ¿Qué más daba una llamada más o una menos? Vivíamos en países diferentes. Sería absurdo pretender pasar los cinco años que durarían sus estudios pendientes el uno del otro.

—¿Cursarás toda la carrera en Londres? —dije con desmayo.

Él respondió que sí. Me estaba acariciando el cuello, pero lo dijo con una inflexión de cansancio. Le gustaban sus estudios, le fascinaba Londres y allí le iba fenomenal. Su padre se había empeñado en que se quedara. ¿Qué podía hacer él?

No me había gustado mi tono ni el que provoqué en él y me obligué a serenarme. Una voz interna me decía que hasta cierto punto Gonzalo tenía razón. Éramos demasiado jóvenes para guardarnos las ausencias durante tanto tiempo.

Gonzalo me había puesto una mano sobre la pierna cuando le dije que era imposible continuar de aquel modo.

La mano se puso rígida.

—¿Dices que me quieres dejar? —dijo, apartándola.

Contesté que jugar a estar juntos sin estarlo socavaría mi temple.

Se había hecho el silencio entre nosotros. Lo recuerdo como un momento de dolor. Me hubiera gustado que Gonzalo intentara disuadirme de algún modo, pero no lo hizo. A nuestros pies palpitaban las luces de la ciudad. Sus haces coronaban los edificios con una neblina brillante. Yo lo miré a los ojos y él me acarició la mejilla. Un vehículo rodó por la carretera y dejó un leve murmullo de asfalto. Cuando desapareció, se oyó el maullido de un gato. Por la ventanilla entraba un aire frío que hablaba de un diciembre truncado. Era viernes y faltaban tres o cuatro días para Navidad.

Me costó superar la ruptura. A menudo me preguntaba si habría sido demasiado drástica, pero Gonzalo no hizo nada por convencerme de que había cometido un error. Me vino bien viajar a Toronto con mis padres para asistir a la boda de Rómulo y recorrer los alrededores. Fue una estancia muy agradable que me permitió distraerme. Mi hermano acababa de firmar un contrato fijo en el departamento de investigación de la clínica Mayo y mi madre estaba exultante.

—Ver triunfar a un hijo es un regalo —decía.

A la vuelta, mis amigos de la universidad también me ayudaron mucho.

Blanca y Rita me felicitaron por la decisión que había tomado.

—Así me gusta, que seas «ama» —dijo Blanca.

Los chicos opinaron menos, aunque también me apoyaron. Alguno de ellos intentó ocupar el lugar de Gonzalo. Yo me dejé querer, pero no resultó.

Emma tampoco andaba demasiado boyante en aquella época. Empezó el segundo curso en la universidad con muchos problemas. Había pasado la mayor parte del verano estudiando, le habían quedado cinco asignaturas y en septiembre sólo consiguió recuperar una. Se cuestionaba a menudo si sería capaz de aprobar las demás alguna vez. Se matriculó en un par de asignaturas de segundo curso para no tener la sensación de que estaba atascada, pero eran tantas las pendientes que no sabía por dónde comenzar.

—Odio esta carrera —decía Emma, enseñándome montones de folios repletos de artículos que tenía que memorizar—. Me pongo a estudiar y en un pispás se me va la cabeza para otro lado.

Yo miraba aquellos apuntes y me compadecía de ella. ¿Cómo pretendía nadie que retuviera aquellos párrafos densos y áridos sobre derecho canónico, mercantil, penal, marítimo y un montón más?

—¿Y si cambias de carrera? —sugerí.

—Mi padre me asesinaría.

Parecía difícil imaginar a Carlos asesinando a nadie; sin embargo, yo no era quién para insistir. De todas formas, a Emma le ocurría algo más: estaba inquieta, malhumorada y se picaba con facilidad. Lo pensé una tarde que me citó para merendar en la cafetería del hotel Balmoral. Me había dicho que tenía antojo de tortitas. Apenas llevábamos un mes de curso y ya anunciaba que las nuevas asignaturas eran más áridas que las del curso anterior.

Siempre que pienso en un lugar decadente me viene a la mente la imagen de la vieja cafetería Balmoral, con sus asientos tapizados en poliuretano granate, los altos techos con artesonados, sus rancios salones y esa amplitud antigua en la que se oye el temblequeo de los pasos resonando en las paredes.

Cuando llegué vi a Emma sentada ante una de las mesas del fondo. Me saludó. Tenía delante un plato de tortitas repletas de nata sobre las que esparcía un chorro de chocolate.

—Lo siento —dijo—. No he esperado a que llegaras porque me

moría de hambre.

Sospeché que habría preferido que me retrasara para disfrutar de aquel manjar sin testigos. Le dije que no tenía importancia y me senté frente a ella.

—Pide lo que quieras —sugirió mientras se llevaba a la boca un pedazo que chorreaba chocolate.

Pregunté al camarero si servían medias raciones. Él respondió que sí. Emma me animó a que pidiera un plato completo, ya me ayudaría ella a terminarlo. Aquel apetito era sinónimo de alguna preocupación, por eso le pregunté si le pasaba algo. Al principio intentó esquivar la pregunta, pero ante mi insistencia claudicó.

—Estoy harta de que los hombres me traten como si fuera una muñeca —resumió, arrugando un poco su nariz chata.

Me contó más detalles. Le gustaba un chico de su clase que estaba empezando a salir con otra compañera. No era la primera vez que le pasaba. ¿Qué ocurría con los hombres, que siempre preferían a otra? Eso lo dijo en voz muy baja, como si hablara para sí misma.

—A lo mejor no has dado con el adecuado —dije.

No era eso. Notaba que ni la veían. Y el que le gustaba, menos que ninguno.

—¿Has intentado insinuarte?

Por supuesto que no. ¿Cómo se me podía ocurrir? Ella no era una buscona. Además, cuando pensaba en el sexo, le daba una pereza tremenda.

No pude evitar una risa. Lo del sexo y la pereza parecía que saliera de la boca de una mujer en pleno climaterio.

Emma frunció el ceño y se apoyó en el respaldo.

—No todas somos iguales, Lucía —dijo airada—. Es lógico que te sorprenda porque tú eres como eres.

Me pregunté qué querría decir con aquello, pero no se lo tuve en cuenta e intenté tranquilizarla. Emma no me lo permitió y siguió hablando. Dijo que ella daba prioridad al intelecto. Tal vez yo no la entendiera porque era más carnal, eso se notaba con sólo mirarme. Ni siquiera ella estaba segura de necesitar algo más que un buen amigo con quien conversar. Era un alma fría, ¿y qué? Eso lo dijo rebanando con el último trozo de tortita el chocolate que quedaba en su plato.

Al cabo de un rato, se excusó para ir al aseo. Se sentía empachada.

—Demasiadas tortitas —dijo.

Después de aquella merienda le pregunté en alguna ocasión cómo avanzaba en sus escarceos amorosos. A veces evitaba responderme. Otras, se lo tomaba a chacota.

—Ya me conoces. No necesito a los hombres para nada —reía—. Lo único que preciso es hacer lo que me venga en gana.

Quizás hubiera debido insistir, como mínimo intuir que, detrás de sus contradicciones, su autoestima andaba muy baja. No lo hice. A mitad de aquel curso empezó a decir que el Derecho acabaría con ella. Le dolía la cabeza en cuanto se ponía a estudiar, se le pelaban las manos y perdía mechones de pelo. Se negaba a participar en cualquier plan que le propusiera. Sólo comía. Lo hacía de forma compulsiva.

—¿Has visto qué culo se me ha puesto? —decía—. Me doy asco.

—Deberías airearte —le aconsejaba yo.

—¿No ves que necesito tiempo para estudiar? —Lo decía llorosa y encrespada.

Pasé bastantes meses intentando animarla. Le sugería que se sumara a mi grupo para salir por la noche. Ella prefería que hiciéramos planes por nuestra cuenta.

—Lo que quieras —accedía yo.

Ella agradecía mi apoyo.

A veces me pregunto si la entrega a los demás tendrá una faceta innoble. La de sentir el privilegio de estar un poco por encima del sufrimiento de los otros. Una excelente fórmula para minimizar nuestras propias insatisfacciones.

Todavía dudo de que el problema real de Emma fueran los estudios. Es evidente que actuaron como detonante. No obstante, sospecho que cualquier otro motivo le hubiera servido de estímulo para explotar. Generalmente no son los conflictos los que marcan nuestros desajustes, sino la forma de abordarlos. Y Emma, en aquellos días, carecía de recursos.

Con el final de curso su desasosiego se recrudeció. Adquirió un color macilento y sus pequeños ojos miraban extraviados. Lloraba y se atiborraba, nada más. Un día descubrí que después de los excesos vomitaba. Ella lo negó.

—No se te ocurra ir por ahí contando majaderías —me advirtió amenazante.

Fueron malos días para mí. Sabía que hacía mal silenciando los desórdenes de mi amiga. No me atrevía a ponerles nombre. En el colegio nos habían asaeteado con charlas sobre el tema y anunciaban desenlaces fatales.

Durante las semanas siguientes la llamé a menudo. La mayoría de las veces no se ponía al teléfono.

Al terminar la época de exámenes me volví más insistente.

—Lucía, no seas plasta —dijo en una ocasión.

Aquella noche se lo conté a mi padre. La responsabilidad me estaba agotando y él supo tomar las riendas del asunto manteniéndome al margen.

—Has hecho bien en decírmelo —sentenció.

Citó a los padres de Emma en un momento en que yo no estaba en casa. No sé qué debieron de hablar. Mi padre era muy riguroso con el secreto profesional. Sólo me dijo que no me preocupara más, que se había ocupado de poner en contacto a Carlos y Valeria con los profesionales oportunos. Emma estaría en buenas manos. Al cabo de pocos días, un mensajero trajo un paquete para mi padre. Venía de la joyería Rabat. Era un IWC de oro rosado con cuerda manual y doble cronógrafo.

No sé si Emma ha sabido alguna vez que fui yo quien la delató. A veces pienso que sí y que no me lo ha perdonado. Otras creo que son imaginaciones mías. No volvimos a hablar del asunto, aunque a partir de entonces su actitud conmigo cambió. No fueron cambios espectaculares, pero yo los noté. Supongo que durante una época estuvo en manos de psicólogos. Ella nunca hizo alusión a ello y sus padres tampoco. Desconozco el tiempo y la intensidad de su tratamiento. Dejó de atracarse y de vomitar. Por lo menos, no volví a darme cuenta de que lo hiciera. De todas formas, nunca he sabido si consiguió cortar de raíz los motivos que la llevaron a ello. Emma se mantuvo siempre en el linde que separaba los buenos y malos hábitos alimenticios, la sensatez y las rarezas, exactamente igual que un funambulista.

Con todo, aquello no era privilegio de Emma. ¿Quién de nosotros no hacía equilibrios sobre la cuerda floja?

Capítulo 8

Pensaba en los laberintos de aquellos días mientras llevaba a *Brown* a la casa de los guardeses. «¡Qué apasionados éramos!», me dije sin poder evitar una sonrisa. En la primera juventud todo era grande, importante y dramático. Los sentimientos nos devastaban y las ansias por encauzarlos parecían una causa perdida. Era bonito, aunque muy cansado. Con los años, las aristas habían ido perdiendo agudeza y los dramas apuntaban a convertirse en comedias. Era más cómodo. Sin embargo, no estaba segura de haber ganado alguna batalla. Revolcarse en las emociones todavía me seducía y la posibilidad de reencontrarme con Gonzalo avivaba esa languidez en la que se había convertido mi vida. Lo único que en apariencia permanecía era su capacidad de evaporarse. No lo había vuelto a ver desde que lo divisé en el otro extremo de la fiesta. Ni siquiera en el rato que *Brown* tiró la bandeja y todo el mundo se arremolinó a nuestro alrededor. ¿Qué más daba? En algún momento tendría que aparecer.

El perro caminaba sereno a mi lado. De tanto en tanto husmeaba los matojos. Estaba siendo un paseo muy agradable, una pausa en medio de tantas emociones.

Ya habíamos llegado al sendero que llevaba al recinto vallado donde estaban los perros cuando me encontré con Luis, que se dirigía al aparcamiento.

—¿Te vas? —pregunté extrañada.

—Me han llamado para una urgencia —contestó.

Tenía que asistir un parto. Se presentaba difícil y la comadrona le había pedido que acudiera de inmediato. Como mínimo, necesitaría una hora y media para recorrer el trayecto hasta el hospital. Tendría que darse prisa. No le importaba. Pondría música.

—¿No podría encargarse otro médico? —pregunté.

Luis negó con la cabeza.

—Imposible. A las parturientas les gusta que sea su ginecólogo quien las atienda.

En su voz había cierto orgullo de profesión que me hizo pensar en mi padre.

Brown y yo lo acompañamos hasta el aparcamiento.

—Ve con cuidado —dije.

—Por supuesto —respondió él.

Mientras seguía mi ruta pensé que me gustaba el talante de aquel hombre llano y pacífico. Todavía no sabía el papel que desempeñaría en mi futuro.

El futuro mental de Emma sanó bastante con un gran cambio. Por lo menos, eso fue lo que pareció. Me lo contó a mediados de septiembre, en la playa, mientras tomábamos el sol. Yo estaba a punto de incorporarme a tercero. Ella, no sé. Tenía tal caos de asignaturas que nunca llegué aclararme sobre el punto de la carrera en que se encontraba.

Ese día pensé que la terapia le había sentado de maravilla. Había adelgazado mucho y estaba relajada.

—Bueno, ¿qué tienes que contarme? —pregunté.

Emma sonrió con la malicia del que tiene la seguridad de que va a sorprender al contrario.

—He decidido que mi vida va a cambiar —sentenció.

Siguió sonriendo, consciente de que cuanto más tardara en revelarme lo que tenía intención de contar más interesante resultaría.

La insté a que me lo explicara.

—Es fácil de adivinar —dijo—. ¿Qué he deseado durante toda mi vida?

—¿Viajar?

—¡Error! —dijo, agarrando un puñado de arena.

Empezaba a cansarme del misterio y la acucié a que hablara.

—Lo diré de otra forma. ¿Qué he querido «ser» durante toda mi vida? Ser, ser, ser.

—¿Actriz?

—¡Premio! —gritó, lanzándome unos cuantos granos de arena.

Había dejado la carrera de Derecho. Lo había pensado muy bien.

Ella no se veía una jornada laboral completa encerrada en un despacho. Se acabaron los largos listados de leyes y los nervios de los exámenes. ¿Cómo no se iba a sentir mal intentando memorizar aquellos tostones? Gracias a Dios, aquel horror había terminado. Ella había nacido para vivir entre artistas, recibir aplausos, tener la seguridad de que cada día se sucedería diferente del anterior.

—¿Vas a estudiar Arte Dramático? —dije.

—No exactamente.

Había conocido a un director de cine en una fiesta que dio su tía. Era un hombre interesantísimo. El día que lo conoció, mientras le oía contar algo sobre técnicas de doblaje, se le ocurrió una idea estupenda: pedirle que le hiciera el favor de aceptarla como observadora en su estudio. Él dijo que, si no molestaba, la dejaría quedarse el tiempo que deseara.

—Seguramente aceptó por compromiso, pero yo le tomé la palabra —dijo, con un guiño de picardía. Sus pecas bailaron en la punta de la nariz—. Comenzaré el próximo lunes.

La miré un rato sin decir nada. No sabía si alegrarme por ella o considerarlo una locura.

—¿Qué harás allí?

—Lo que se tercie, Lucía —dijo—. Prefiero servir cafés y bocadillos que pasarme la vida lamentando no haberme arriesgado a dar el paso.

Le pregunté qué pensaban sus padres de aquello.

—Están que trinan. No obstante, ya tengo veintidós años y estoy capacitada para decidir lo que quiero o no quiero hacer.

Tenía razón y la felicité. Era una gran noticia, a pesar de que un sexto sentido me dijera que aquello iba a cambiar más cosas de las que Emma y yo podíamos imaginarnos.

Mi intuición no falló. Pasados los primeros meses, en los que Emma me hacía un informe diario y minucioso de cada uno de sus descubrimientos —«la gente es encantadora, adoro ese mundo»—, dejó de bombardearme con noticias. Yo la llamaba a menudo. Casi nunca lograba hablar con ella. Cuando lo conseguía, oía su voz eufórica que me contaba lo fenomenal que se sentía en ese universo que ella llamaba «arrebatador». Aprendía mucho, había conocido a personas interesantísimas, un día me los presentaría.

Nunca llegaba el día de que me los presentara. Tampoco pude

aclararme sobre la función que cumplía en su nueva profesión.

—Hago un poco de todo —decía.

Emma se hizo un moldeado en el pelo y empezó a vestir faldas largas y jerséis anchos. Se aficionó a los mercadillos de ropa de segunda mano. Decía que encontraba prendas de lo más *cool.*

—Original, ¿eh?

En poquísimos meses, su discurso también cambió, tanto en los vocablos que utilizaba como en su contenido. Sus conversaciones versaban sobre feminismo, injusticias sociales, sexo duro y sociedad de consumo e incluyó en su léxico exabruptos que en su boca sonaban extraños. Estaba metida en proyectos que eran «la hostia», asistía a fiestas «de puta madre», conocía a «tipos» que «follaban de cojones», el mundo estaba lleno de «mierda» y ella estaba harta de que, desde que dejara Derecho, sus padres no dejaran de «joderla».

Yo tenía la sensación de formar parte del público de una pantomima. Nunca sabía con qué extraña historia me sorprendería. Cada vez contaba cosas más extravagantes. Decía que había aprendido a hacer comer a los hombres en la palma de su mano.

—¡Son tan simples!

Contaba procacidades sobre hombres que la sodomizaban contra las paredes de locales públicos o en los baños del vagón de un tren de cercanías. También explicaba historias sobre tríos y orgías que a mí me extrañaban mucho; es más, ponía en entredicho su veracidad por lo poco que cuadraban con la Emma que yo conocía.

En esa época parecía tener un único objetivo: demostrarme a mí, y de paso a ella, que la Emma insegura ante los hombres se había desintegrado. Le gustaba puntualizar que los que buscábamos el amor no éramos más que ilusos atados a sentimientos vulgares.

—Me he tirado a Antonio Banderas —me contó un día.

Supongo que debió de advertir mi escepticismo.

—Lo he hecho por fetichismo, no vale un pito en la cama —dijo con aire de estar por encima de lo humano y lo divino.

En aquellos días comenzó nuestro duelo definitivo. Ella me tachaba de conservadora y yo me revolvía por dentro. Aunque me saturaban sus excentricidades y no me creía ni la cuarta parte de lo que me contaba, no ponía en entredicho sus fantasías. Era consciente de que me dedicaba personalmente su farsa, pero temía desorganizar su equilibrio. No dejaba de ser un eficaz mecanismo

de defensa. Además, quizás eso era lo más importante, ella era el único lazo que me ataba a Gonzalo y por nada lo hubiera puesto en peligro.

En aquellos tiempos hablaba mucho de Mirta, una amiga argentina que había conocido en el estudio cinematográfico donde hacía prácticas. La boca se le llenaba de grandezas.

—Es superválida, canta como los ángeles y es una excelente actriz.

Conocí a la famosa Mirta en Sa Punta durante un puente de Pentecostés. En aquella época Pentecostés era un día festivo. No fue Emma quien me invitó en aquella ocasión, ella ya no me invitaba nunca. Lo hizo Alejandra, que se había matriculado en un posgrado de Administración de Empresas en la Universidad de Dayton y no tardaría en marcharse a Estados Unidos.

—Será una especie de despedida —dijo Alejandra.

Le anuncié a Emma la invitación de su hermana. Dijo que la casa estaría abarrotada. Ella también había convidado a un grupo del trabajo. Luego rectificó. Al fin y al cabo, daba igual, nos apretaríamos; de esa forma tendría la oportunidad de conocerlos de una vez.

—¿Te he dicho que estoy loca por un guionista?

Por supuesto, fui. Me comía la curiosidad por conocer a los amigos de Emma. No sé qué esperaba encontrar. Después de haber oído tantas historias sobre «tipos cañón» que la dejaban «a cuadros», imaginaba que vería desfilar una tropa de varones de cuerpos esculturales, verbo fácil y grandes dotes amatorias acompañados de mujeres espectaculares. Los amigos de Emma no respondían en absoluto a ese perfil. El guionista que le gustaba era una especie de gigante con la cabeza rapada que no hacía el menor caso a mi amiga. Mirta, por el contrario, siempre estaba pegada a ella. Era un poco mayor que nosotras, atractiva, sí, con mucha labia, un cuerpo menudo y renegrido y el talante del que ha aprendido a defenderse sólo desde muy pronto. Llevaba un par de años instalada en España y alternaba sus estancias entre Ibiza y Barcelona. Presumía de haber vivido en más países de los que podía recordar. Los demás formaban un colectivo variopinto. Actores, cámaras, guionistas, técnicos de iluminación, de vestuario, de sonido, *scripts,* maquilladores. Eran tantas y tan variadas las

funciones de cada uno de ellos que me perdía. Unos lucían un *look* muy moderno y bastante sofisticado. A la mayoría les envolvía un aire arrugado, un poco desaliñado. Exhibían la tez blancuzca del que vive mucho la noche y ve poco el sol.

—Éstos son compañeros de trabajo —me aclaró mi amiga—. Los que están como un queso son los que encuentro en las fiestas.

Los peinados eran de lo más variado, especialmente los de las chicas, la mayoría teñidas de colores muy vistosos. Rojo fuego, naranja zanahoria o negro noche. Crestas altas y nucas rasuradas, algún recogido y muchas permanentes. Cabelleras castigadas por tintes de supermercado y peluquerías baratas.

Emma me presentó como su pasado. Eso dijo: «Os presento a mi pasado», como si le avergonzara haber tenido contacto conmigo y precisara justificarlo. Algunos rieron con pocas ganas de la ocurrencia. Otros, ni siquiera eso. Mirta hizo ver que no la oía. La mayoría me examinaba de arriba abajo con el gesto insolente que se utiliza cuando algo no merece el menor respeto. Yo me preguntaba qué mosca le habría picado a mi amiga para presentarme con aquella fórmula.

—Nos conocemos del colegio —aclaraba.

Fueron días curiosos. Aunque poco acogedores, los amigos de Emma resultaron ser buenos demagogos. La mayoría de ellos tenía gran sentido del humor. Tal vez hicieran ostentación de un humor un poco agrio, bastante cínico, pero ameno. Creadores de sueños, pensadores impenitentes, críticos mordaces, los amigos de Emma solían reírse de su propio ingenio mientras fumaban canutos y engullían latas de cerveza.

—¿No te parecen inteligentísimos? —me decía ella.

Yo asentía ligeramente con la cabeza por no decirle que cada cual era inteligente a su modo.

Igual que había hecho conmigo, mi amiga les mostró con orgullo los espacios de Sa Punta. Pasearon por el invernadero, el bosque, el acantilado y la playa. Carlos los llevó a recorrer las calas de los alrededores en su Riva, muchos se marearon. Probaron las mermeladas de Valeria y los suculentos manjares de la cocinera mientras miraban a su alrededor como si se encontraran en un parque de atracciones.

«*Flash,* qué lindo», decía Mirta de tanto en tanto. Los demás

forzaban ademanes de controlado escepticismo, como si dejarse arrastrar por el entusiasmo no fuera más que una muestra de debilidad que su dignidad no estuviera dispuesta a permitir.

Me pregunté más de una vez cómo se les habría ocurrido a los padres de mi amiga aterrizar allí aquel fin de semana. Es probable que se arrepintieran. Los amigos de Emma liaban porros, tiraban colillas al suelo, dejaban latas de cerveza sobre los muebles, chupaban las cucharitas de servir las mermeladas y colgaban los bañadores mojados en las barandillas del jardín mientras Valeria repartía ceniceros, distribuía posavasos, renovaba cucharitas y se apresuraba a recoger los bañadores mojados.

—Los he colgado en el tendedero que hay en la parte de atrás —les decía con la mejor de sus sonrisas.

A veces, Carlos intentaba departir con ellos.

—Habladme sobre ese trabajo tan creativo que desarrolláis.

Ellos, tan amigos de conversar, se volvían reservados y respondían de manera lacónica con monosílabos y vagas aclaraciones que de forma indefectible terminaban en un silencio embarazoso que Carlos intentaba llenar.

—Papá, ¿quieres dejarte de batallitas? —Solía concluir Emma.

Él la miraba un poco dolido y ella decía a sus amigos que no debían darle cuerda a su padre porque se ponía insoportable.

A ellos nada parecía trastornarlos. Mucho menos nosotros, pequeños estorbos que los obligaban a mantener la compostura y a quienes toleraban con fingida benevolencia. Emma reía sus chistes, copiaba sus modos, defendía posturas y de vez en cuando alzaba mucho la voz para entonar un pequeño discurso que le costaba defender.

—¡Macanudo, pibe! —exclamaba Mirta.

—Sí, Emmita, lo que tú digas —decían los demás con indulgencia.

Fue interesante ver desenvolverse a aquel grupo tan dispar.

—¡Sorpresa! —canturreaba Emma cuando su madre aparecía con una bandeja de refrescos.

—¡Sorpresaaaa! —La imitaban ellos.

El límite entre el cariño y la burla quedaba muy difuminado, pero Emma no se daba cuenta.

Pillé una conversación en un momento que pensaban que nadie

podía oírlos. Estaban reunidos en la glorieta tomando un té. Yo me acercaba por la parte de atrás.

—Chico, qué ordinario eres —dijo el guionista imitando a Valeria—. ¿No sabes que no se chupa la cucharilla de servir el azúcar?

—¿Ah, no? ¿Y si lo hago elevando el pulgar? —respondió el aludido, erigiendo un dedo.

Todos corearon la parodia. Una chica comentó que aquella casa parecía una cárcel de cristal y el guionista le respondió que no se anduviera con remilgos. Él firmaría por pasar sus vacaciones en un lugar como aquél.

—Vos lo tenés macanudo —dijo Mirta riendo—. Sólo debés comerle el chichi a la nena de su papá y a vivir del suegro.

Se disponían a continuar. Alguien advirtió mi presencia y empezó a toser. Los demás enmudecieron.

No me gustaron los nuevos amigos de Emma. Tampoco el influjo que estaban teniendo sobre ella. Supongo que yo tampoco fui santo de su devoción. Ellos no tuvieron ningún miramiento en demostrármelo. No me hablaron. Mirta fue la única que se tomó alguna molestia. Intercambiaba miradas con Emma y le cuchicheaba al oído e inmediatamente me miraba, retadora.

¡Ay, Mirta! A ella fue a la que menos gusté. También estaba en la boda de Alejandra. Fue la primera persona que encontré cuando regresé al jardín. Hizo ver que no me reconocía.

—Se conoce a tanta gente —dijo, fingiendo confusión.

Luego apareció Emma y nos instó a que desfiláramos hacia la carpa.

Al sumarme a la multitud seguía preguntándome dónde estaría Gonzalo mientras buscaba mi ubicación en el croquis que había sobre un aparador. Era una especie de mapa de los monumentos más emblemáticos de París.

—Te ha tocado Le Sacre Coeur —oí la voz de Gonzalo detrás de mí.

El corazón se me aceleró. Sin embargo, tuve la flema de contar hasta tres antes de darme la vuelta. Allí estaba, con Ignacio, a dos palmos de mí, con los brazos cruzados y esa sonrisa de medio lado con la que parecía carcajearse de todo. Lo vi muy cambiado. Sus

hombros se habían ensanchado, igual que su tórax y su cuello. Era como si de pronto el hombre en el que se había convertido ocupara más volumen en el espacio. Un hombre de rasgos definidos, pelo muy corto y un inicio de clareo en las sienes. Lo más diferente era su mirada, directa, segura. Sólo el brillo irónico de sus pupilas remitía al eterno zumbón que yo había conocido.

—¿Dónde diablos te habías metido? —dije.

Supe que aquella frase me acababa de poner en evidencia, pero el corazón me latía tan fuerte que no se me ocurrió otra.

—Estás muy inquisidora, Lucía —respondió—. ¿No sería mejor que nos abrazáramos?

Lo dijo lentamente y con suavidad. Mi nombre sonó bien en su boca. Articuló lentamente las sílabas impostando la voz en la «i». Por su tono parecía que todavía quedara algo muy íntimo entre él y yo. Respondí que por supuesto deseaba que nos abrazáramos y me encontré de nuevo rodeada de aquellos brazos que me alzaban medio palmo por encima del suelo mientras me decía que estaba guapísima, que se sentía muy contento de volver a verme y que tenía un montón de cosas que contarme. Pensé que si se hubiera mantenido en contacto conmigo no tendríamos ese desfase de información, aunque un sexto sentido me dijo que en aquella ocasión las suspicacias servirían de poco.

—No sé si tendremos tiempo suficiente —bromeé.

Él sonrió de nuevo y, acercando los labios a mi oído, dijo que lo tendríamos. La vida era larga y el tiempo no se acababa. Además, ya se había encargado él de pedirle a Alejandra que nos sentara en la misma mesa. Hablaba con el aplomo del que guarda todos los ases en la manga, como si verme después de tanto fuera algo que incluyera en sus planes, como si haber pasado cinco años sin comunicarnos no fuera más que un accidente fácilmente salvable, como si no hubiera olvidado que al marcharse me dijo que me quería y tuviera intención de compensarlo.

—Chicos, conteneos, que estáis en público —dijo Ignacio.

Nos tocó una mesa muy divertida. Todos éramos solteros. Conocía a la mayor parte de los comensales. Gonzalo estaba sentado justo en el lado opuesto de la mesa, frente a mí. Mirta estaba a su lado y le contaba no sé qué historias sobre Buenos Aires con ese deje tan azucarado que utilizan los porteños. Más que hablar,

parecía que cada una de sus frases fuera una declaración de amor. Gonzalo reía y ella me lanzaba miradas de desafío a las que yo intentaba no prestar atención. No sé si conocía nuestro romance. Aseguraría que sí. Durante un rato maldije a quien fuera que hubiera organizado la disposición de los comensales.

Gonzalo era una copia de su padre. Idéntico porte, idéntico colorido, la misma nariz aguileña. No era sólo una reproducción del físico, lo era también de la forma pausada de sujetar la copa de vino entre el índice y el pulgar, del modo de hacerla girar antes de llevársela a los labios, de cómo ladeaba la cabeza hacia Mirta haciéndole ver que su conversación era lo más interesante que pudiera oír, de cómo me miraba, de vez en cuando, provocando un instante de complicidad. Busqué en mi interior una esquirla, aunque fuera minúscula, de rencor. Fui incapaz de encontrarla.

Tan absorta estaba en observar a Gonzalo que no me di cuenta de que Emma se levantaba de su asiento para dirigirse al centro de la sala y alcanzar el micrófono que había pasado de mano en mano para amplificar varios discursos improvisados.

—Chist —se oyó por la sala.

Poco a poco, las voces se fueron atenuando.

Emma inhaló aire antes de hablar con la voz impostada, grave, y cierta precipitación. Después de felicitar a Alejandra y a Eduardo y de decir que era un placer para ella contar con un hermano más, dijo que quería comunicar una excelente noticia.

—Todos sabéis de mi romance con el cine. Os quería informar de que he montado una productora. En enero empezaré el rodaje de mi primera película.

No pudo continuar porque una sarta de aplausos la interrumpió.

—¡Qué callado lo tenías! —se decía por doquier.

Ella sonreía satisfecha y hacía reverencias en señal de agradecimiento sujetándose la falda amarilla del vestido.

Así que Emma iba a producir una película. Emma, productora. Sonaba a algo grande. Me alegré por ella. Se le veía muy contenta.

Luego hizo señales a Mirta para que se acercara.

—Os presento a mi socia —dijo—. Actriz, cantante, guionista y ahora productora.

Mientras Mirta, con sus dotes de actriz, hilvanaba un excelente discurso, Gonzalo rodeó la mesa y se sentó junto a mí.

—Me parece que la aportación de mi padre ha tenido mucho que ver en esta empresa —dijo con sorna.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. Sólo que Emma es experta en pedir y Mirta sabe bien a quién debe arrimarse.

Podría aducir que Mirta o el resto de los amigos del cine fueron la causa de que Emma y yo nos distanciáramos en el pasado, pero sería una falacia. Los desencuentros nada más atañen a quienes los protagonizan. Es cierto que cuando aquel puente de Pentecostés los vi partir en el tren de cercanías que los llevaría a Barcelona sentí un gran alivio. También es cierto que vagaba sobre mi autoestima una sombra de despecho por el trato que me habían dispensado. Pero no fueron ellos el motivo.

Conducía Emma mientras regresábamos a Sa Punta después de dejar a sus amigos en la estación. Los demás teníamos previsto marcharnos dos días más tarde. Era la última hora de la tarde y los rayos del sol incidían perpendiculares sobre nuestros ojos.

—Gracias por haber sido tan antipática con mis amigos —dijo, pestañeando.

Me volví hacia ella. No bromeaba.

—¿Qué dices? —respondí con sequedad—. Son ellos los que han sido insoportables conmigo.

—¡Ja! —exclamó, acompañando el monosílabo con un gesto de incredulidad.

¿Cómo podía ser tan obcecada? ¿No se había dado cuenta de que me había pasado el puente intentando ser amable con sus amigos? ¿No había visto que cada vez que me acercaba ellos cambiaban de conversación?

—Tienes envidia de verme feliz —dijo, bajando el protector solar de un manotazo.

Me sobresalté. ¿Cómo podía acusarme de aquello? ¡Si últimamente me pasaba la vida midiendo las palabras y los gestos para que ella no se desequilibrara!

—Eres muy injusta —dije.

Emma forzó una risa irónica.

—Hasta Mirta se ha dado cuenta —insistió.

Mirta, tenía que salir. Empezaron a latirme las sienes. Le

pregunté qué tenía Mirta que decir de mí. No debía engañarse: Mirta era una farsante como los demás.

—¿No te das cuenta de que se ríen de ti?

Emma detuvo el vehículo en el arcén.

—¿Por qué dices que se ríen de mí? —dijo con voz hueca, subiendo el freno de mano.

Le temblaban las manos. Se le veía repentinamente insegura. Casi me dio pena. Estuve tentada de explicarle la conversación que había oído, pero su temblor me disuadió. Le dije que se trataba de una percepción, algo que se palpaba en el ambiente, imposible de describir.

—Se burlan cuando dices «sorpresa» —apunté.

—¡Vaya ofensa! —Emma forzó una risa agria.

Me sentí torpe.

—¿No estarás celosa de Mirta? —dijo con retintín.

—¿Celosa, yo?

El corazón cada vez me latía más fuerte, incluso sentí el pálpito en la yugular. Removimos el pasado y discutimos. Emma me recriminó que siempre me había aprovechado de ella, que solamente había aceptado su amistad para acceder a Gonzalo. Yo le repliqué que no dijera estupideces, que cuando me hice amiga de ella ni siquiera conocía a su hermano. Ella siguió acusándome. Y yo, cansada de escucharla, le increpé que estaba harta de soportar sus incoherencias. A ella sí que le molestaba verme feliz. A menudo calvario me sometió durante mi noviazgo con Gonzalo.

Supongo que, si hubiéramos sido capaces de tomarnos un periodo para reflexionar, habríamos omitido alguno de los improperios que nos dedicamos. Es fácil determinar lo que se debería o no haber hecho una vez los acontecimientos forman parte del pasado. En aquel momento, nuestras emociones estaban candentes y las dos nos sentíamos poseedoras de la verdad, acreedoras de un trato más favorable por parte de la otra.

—Mira, Emma, estás muy rara. Si de verdad piensas esto de mí, será mejor que vuelva a Barcelona ahora mismo y acabemos de una vez —concluí, instándola a que arrancara.

—Haz lo que quieras —dijo, encogiéndose de hombros mientras giraba la llave de contacto.

Regresar de aquel puente fue duro. Sabía que Emma y yo

habíamos llegado demasiado lejos y estaba convencida de que no había marcha atrás.

—¿Ya te vas? —preguntaron Carlos, Valeria y Alejandra, extrañados por la precipitación de mi partida.

No me acuerdo de qué excusa puse, tampoco sé que me contestaron. Únicamente recuerdo un deseo intenso de pedirles que no me dejaran marchar.

Luego llegó aquella carrera en busca del olvido. Borrón y cuenta nueva. Construir una nueva vida. «Aprender, aprender, aprender», me decía. Me especialicé en diseño de interiores y me gradué. Logré mi primer contrato fijo en el gabinete de decoración de Lola Prat, en aquella época una de las interioristas más punteras de Barcelona, y tripliqué mis clases de pintura. Una sola idea prevalecía en mi mente: avanzar y no pensar, olvidarme de los Doria, de su alegría, de su mundo rutilante y de las emociones que me despertaban. Cualquier actividad era preferible a aquel vacío que me atenazaba. Perfeccioné idiomas, hablé con profesores, acudí a tertulias sobre música y literatura y me apunté a clases de danza, de maquillaje y de yoga.

—¿No te estarás pasando? —decía mi madre.

Yo le contestaba que tenía energía suficiente para abordarlo todo.

En aquella época pinté como una obsesa. Garabatear febrilmente sobre los lienzos me proporcionaba el mayor de los placeres y la peor de las angustias. A veces me despertaba a las cinco de la mañana, recogía mis aperos y me iba en busca de espacios. Me dio por la naturaleza muerta y los colores opacos, campos de tierra yerma y troncos carbonizados, parques vacíos donde las hojas secas bailaban danzas siniestras y un sinfín de rostros, sin rasgos definidos, que parecían espectros. Corregía y retocaba mis cuadros, los contemplaba, no me gustaban y seguía intentándolo. Podía pasar meses perfeccionando un proyecto.

Mi madre los miraba con reparo.

—¿Y si intentaras dibujar cosas alegres? —decía.

Busqué el amor con el mismo frenesí con el que pintaba mis cuadros. Salí con hombres jóvenes y maduros, jocosos y serios, complacientes y egoístas, algunos se enamoraron de mí y para otros no fui más que un simple pasatiempo. Todos tenían idéntico signo,

ninguno de ellos era Gonzalo. Él, que se había mantenido durante un tiempo aletargado en no sé qué rincón de mi inconsciencia, irrumpió con la intensidad con que se anhela lo que se considera definitivamente perdido. Lo busqué en cada uno de los hombres que conocía, en la avidez de las manos que me acariciaban, en el deseo que reflejaban los ojos que me contemplaban, en las bromas que me dedicaban y en el sexo, en ocasiones urgente, otras pausado, que a veces no me proporcionó placer. Busqué el goce en mantener el equilibrio sobre las aristas de mi insatisfacción y aprendí, aprendí, aprendí. Cuanto más aprendía más cuenta me daba de lo poco que sabía.

Un día me encontré con Alejandra por la calle, reímos un rato recordando el pasado y reanudamos cierto contacto. Fue entonces cuando empezó a informarme puntualmente de lo que iba ocurriendo en su casa: «Gonzalo ha conseguido trabajo en Londres; Emma se ha trasladado a vivir al barrio del Borne; Tejidos Doria ha quebrado; mi madre está deprimida porque ha tenido que sacrificar a *Cooper;* la última novia de Gonzalo es hija de un lord; mamá se ha comprado un cachorro de *setter*; papá está en un nuevo proyecto; la empresa de papá está prosperando; me he enamorado de Eduardo; Lucía, por favor, dime que vendrás a mi boda».

Afortunadamente, aquellos duelos habían quedado muy lejos. Estaba entre los Doria, dominaba cuatro idiomas y tenía un buen trabajo. Acababa de ganar un concurso de pintura que me había proporcionado una pequeña mención en una revista de arte como «una revelación en ciernes», me sentía razonablemente en paz con mi físico y mi integridad moral, había adquirido el suficiente sentido del humor para responder con donaire a las picardías y llevaba un vestido precioso. ¿Qué más podía pedir? No podía sospechar lo irrelevantes que eran aquellos atributos ni lo sencillo que es perder la integridad moral. ¿Cómo iba a imaginarlo? Aquel atardecer, la orquesta entonaba el *Danubio Azul* y Alejandra bailaba con Eduardo. El sol se abatía sobre las lonas y cuajaba el recinto de sombras blanquecinas mientras los invitados se levantaban de sus asientos y el ambiente se llenaba de murmullos. Unos pedían copas en el mostrador de las bebidas; otros, infusiones; la mayoría se aglomeraba en torno a la pista de baile contemplando a los novios.

A media pieza, los familiares más próximos se sumaron al baile y las parejas cambiaron. Gonzalo bailó con Valeria y Carlos con Alejandra. Los padres de Eduardo también se incorporaron. Ignacio se reía a mi lado porque Gonzalo pisaba las sandalias de su madre. Yo le dije que deberíamos agenciarle unas clases de danza.

Al terminar el primer vals, las parejas se deshicieron. Los novios fueron a hablar con los convidados y a Gonzalo lo rodearon un grupo de chicas que le proponían que pidiera a la orquesta no sé qué canción. Carlos se acercó a mí, me ofreció el brazo y me sugirió que bailáramos. Yo le respondí que sería un placer y nos adentramos en la pista. Me rodeó la cintura y me dijo que estaba espléndida.

—Eso se lo dirás a todas —sonreí, apoyando las manos sobre sus hombros.

Carlos tampoco era un gran bailarín, pero se movía con suavidad y guiaba con firmeza. Se notaba que era un hombre acostumbrado a dirigir con extrema delicadeza. Siempre le había oído decir que era preferible convencer que vencer. Creo que era aquél el modo como hacía todo.

—Me encantan los lentos porque permiten achuchar con impunidad —dijo, simulando que me apretaba.

Reí de su ocurrencia. Me gustaba bailar con él mientras la seda de mi vestido se enredaba entre las piernas. Su proximidad trasmitía amparo, como si la promesa de una vida en paz fuera algo que estuviera al alcance de su mano.

—Aprovecha, Carlos —bromeó Valeria, que bailaba a nuestro lado con su consuegro.

—Qué cosas tiene mi mujer —suspiró Carlos.

Al finalizar la pieza, Gonzalo se plantó ante nosotros.

—Lo siento, padre, ha llegado mi turno —dijo.

Tal vez fueran imaginaciones mías, pero creo que hubo un instante minúsculo en que su mirada se nubló.

—¿Ahora? —respondió Carlos fingiendo contrariedad.

Gonzalo hizo un gesto extraño. Extraño por la impaciencia con que lo ejecutó. Me sujetó el brazo y me instó a que lo siguiera. Por supuesto, lo seguí. Mientras me dejaba arrastrar por Gonzalo hacia el jardín le dije a Carlos que me esperara. No tardaría en regresar. En cuanto a su hijo le pasara aquel arrebato le dedicaría otro baile.

—Lástima que habrán terminado los lentos —dijo Carlos simulando pesar.

Aquella tarde Gonzalo y yo hablamos mucho. Nos habíamos instalado en el balancín de la glorieta. Yo no le conté gran cosa. No me apetecía hablarle de mis nostalgias, mis insatisfacciones ni mi búsqueda frenética de algo que no encontraba. De pronto, el pasado se había convertido en algo muy remoto. Únicamente hablé a grandes rasgos de mi trabajo, mi pintura, mis aficiones y mis amigos. Gonzalo me miraba con atención, a veces sonreía y con cada nueva sonrisa se acercaba un poco. Yo dudaba entre apartarme y provocar el acercamiento. Ese día varias voces me hablaban a la vez. Una, la más prudente, me decía que me protegiera, Gonzalo era demasiado volátil. Otra, bastante inocente, argumentaba que no era cierto. Gonzalo seguía queriéndome, era imposible que no sintiera lo mismo que yo, sólo que la vida nos había separado. La más impulsiva era la que hablaba más fuerte. Me indicaba que me dejara llevar, la vida estaba para disfrutar. Tantas voces oía que opté por quedarme donde estaba.

Gonzalo me habló de su experiencia en Londres, de la mezcolanza de razas que pululaban por aquella ciudad, de su apartamento en Hampstead, de los restaurantes que frecuentaba, de su trabajo de marchante en una galería de arte, de su afición por el polo y por la caza del zorro, de que le encantaba practicar *jogging* en invierno cuando los parques se llenaban de escarcha y la humedad del Támesis inundaba las calles. Le gustaba Londres. Decía que era una ciudad bonita y limpia, tan cosmopolita que uno se sentía libre para vivir como le diera la gana.

—Me encantaría enseñártela —dijo, tomándome de la mano.

Retiré la mano sin precipitación. Él me miró, conciliador. Empezaban a encenderse las farolas. La orquesta entonaba en la carpa los acordes de un pasodoble, *Doce cascabeles,* creo, y soplaba una brisa muy tenue.

—Ojalá pudiera creerte —respondí.

—Aunque no lo creas, durante este tiempo te he añorado mucho —dijo, aproximándose.

Entre nosotros no había más que un resquicio minúsculo de aire. Sentía el calor que desprendía su cuerpo y el latido de su pulso. También el bamboleo del balancín, que a ráfagas acercaba nuestras

pieles. Mis voces le hablaron a él. No, Gonzalo, no. No debía confundirse. Lo que él había hecho no era añorarme. Quien añora intenta solucionarlo, busca una continuidad, se comunica de alguna manera, no deja un teléfono mudo que nunca vuelve a sonar.

—Lo has manifestado poco —dije.

Gonzalo se quedó en silencio, jugueteando con un tirante de mi traje. Creo que meditaba mientras me hacía cosquillas en el hombro. Su contacto me estremecía y mis voces le pedían que, por favor, no me tocara, ni siquiera me rozara. No debía acercarse ni un centímetro, ni un milímetro más. Gonzalo no oía mis voces. Acarició lentamente el contorno de mi óvalo. Su proximidad me trajo recuerdos de nuestras correrías: cielo raso, paja, arena y hierba. Olor a campo y a sal. Y los murmullos de nuestro acantilado.

—Encontraré el modo de demostrarte que nunca he dejado de quererte —susurró.

Sus dedos se detuvieron en mi barbilla. Notaba sus yemas firmes y el apremio de su contacto e intenté creer en su franqueza. La busqué en la seriedad de su gesto, en el brillo de sus ojos oscuros, en el modo un poco inseguro con que esperaba mi reacción. Me agarró la mano de nuevo. En esa ocasión no me zafé. Tal vez Gonzalo fuera un enorme embaucador, ¿qué más daba? Tenerlo cerca me despertaba emociones antiguas, aquellas que se graban en lo más profundo del alma y se recuerdan hasta la eternidad. Sentí como si apenas hubieran pasado unos instantes desde el día que nos despedimos y que aquel largo periodo de separación, aquella huida hacia delante, aquella búsqueda infructuosa del amor, del amor de Gonzalo en brazos de otros hombres, quedara reducida a un mal sueño. Por primera vez en mucho tiempo volví a sentirme viva. Apoyé la cabeza en el respaldo del balancín y cerré los ojos.

Pronto el jardín se llenó de gente. Unos tomaban el aire; otros fumaban; algunos, los más mayores, se disponían a marcharse.

Valeria pasó por delante de nosotros. Cargaba con un álbum de fotografías. Dijo que habían quedado estupendas y se sentó con nosotros a revisarlas. Eran las que el reportero había tomado en el interior de la casa por la mañana, antes de la boda, aquéllas en las que Gonzalo estuvo a punto de no salir porque llegó tarde. Las que crisparon los nervios de todos y obligaron a los Doria a salir pitando

hacia la iglesia. No se notaba. Parecían muy tranquilos. El fotógrafo había sido muy hábil con la iluminación. Había creado unos contrastes de luces y sombras preciosos y perfectos encuadres. Los Doria habían quedado soberbios en los retratos de grupo. Se les veía guapos, elegantes, cómplices y compenetrados. Por encima de todo destacaban sus sonrisas, unas amplias sonrisas de familia en paz. Alguien llamó a Valeria, ella se marchó y el balancín siguió columpiándonos. También quedó muy bonita la fotografía que, más tarde, el fotógrafo nos tomó allí.

Segunda parte

Capítulo 9

La víspera de mi treinta cumpleaños pasé una noche muy extraña. Habían transcurrido cinco años desde mi reencuentro con los Doria y sobre mí habían devenido numerosos cambios. Unos, estupendos. Otros, muy complicados. Por ahora prefiero no recordar los segundos, me inquietan demasiado. Tal vez lo haga más adelante, cuando logre enfrentarme a ellos.

De los buenos, lo más remarcable era que tenía mi propio hogar con Gonzalo. La fotografía del balancín presidía la cómoda de nuestra habitación. Juntos habíamos pasado altibajos, épocas de euforia y de desolación. Suele ocurrir con las parejas. No había motivo para que nosotros nos saltáramos la norma. Otro aspecto positivo era que había comprado un diez por ciento del estudio de decoración de Lola Prat y que el negocio iba viento en popa. En los primeros años del dos mil la bonanza económica propició que la gente gastara con avidez lo que tenía y lo que imaginaba que podría tener. Se adquirían casas como quien se compra un vehículo nuevo y se redecoraban las viviendas igual que se renuevan los adornos de un árbol de Navidad. Cuando Lola aprovechó el cierre de una tienda de colchones que lindaba con su estudio y decidió ampliarlo, me ofreció aportar capital. No le apetecía cargar con aquello sola. Dijo que a mí me iría bien implicarme. La idea me sedujo. Pedí un crédito con el aval de mi padre y, de un día para otro, me convertí en su socia. Al principio, sentirme dueña de mi propio negocio, aunque fuera en una minúscula proporción, me hizo mucha ilusión. Pronto supe lo que era devolver plazos y trabajar para uno mismo, sin hora de apertura ni de cierre. Dispuesta en toda ocasión, incluso en festivos, a adelantar proyectos. Empezaba a preguntarme si una parte tan pequeña de la empresa justificaría un esfuerzo semejante, a pesar de que me encantara mi trabajo y con Lola me llevara

estupendamente. También me gustaba mi casa, una pequeña torre alquilada de tres plantas con vistas sobre Barcelona situada por encima de las rondas. Era una vivienda orientada al mar, con balcones enrejados, un pequeño jardín en la entrada y muchísima luz.

Aquella noche, la de la víspera de mi treinta cumpleaños, me sentía agotada. No era raro si teníamos en cuenta que me pasaba el día de una obra a otra intentando compatibilizar planos, clientes y operarios, que Gonzalo y yo salíamos noche sí y noche también y que llevaba un mes y medio durmiendo muy mal. Eran muchas las sombras que se agazapaban tras mis insomnios. Generalmente procuraba alejarlas de mi cabeza. Creía que si las ignoraba, conseguiría hacerlas desaparecer. En las noches aparecían vivas, aguijoneantes, y a medida que pasaban las horas se iban convirtiendo en gigantes.

Sin embargo, no era sólo aquello. Esa noche me aquejaba algo diferente. Al cansancio se sumaba una incómoda destemplanza y un profundo malestar de estómago. Aquellos síntomas ya me habían incordiado los últimos días. A partir de media tarde se habían hecho insoportables. Pensé que la inminencia de mi cumpleaños me estaba alterando demasiado. La treintena me parecía una barbaridad. «Treinta años», me decía. «A esa edad, mi madre ya tenía dos hijos y mi abuela paterna cuatro». A esa edad Cézanne había pintado *Los bañistas* y Picasso había concluido su etapa azul. ¿Qué había hecho yo? Al descubrirme cavilando en aquellos términos me enojaba conmigo misma e intentaba no pensar. A veces lo conseguía.

Mientras me preparaba la cena pensé que una noche tranquila me iría bien para serenarme. Gonzalo estaba en Madrid. Lo habían invitado a la inauguración de la temporada de otoño de Gabana. Regresaría a última hora del día siguiente para asistir a la celebración que habíamos organizado con nuestras familias por mi cumpleaños. Sí, necesitaba una noche de zapatillas, bata y una cena muy ligera. Crema de verduras, merluza a la plancha y yogur, un pequeño lujo en medio de tanto frenesí.

Dispuse la cena en una bandeja y me acomodé ante el televisor. Pulsé el mando a distancia y elegí el primer canal. Proyectaban *Cinema Paradiso.* La crema de verduras me sentó bien. Estaba caliente y me templó el estómago. La merluza me costó más. Pese a

que tenía sensación de hambre, el olor a pescado me dio asco. Corté un pedazo y me lo metí en la boca. Me forcé a masticar e intenté tragar. Aquella carne blanda y viscosa me produjo una arcada. «No pasa nada, Lucía. No pasa nada».

En la época de Londres, cuando me pasaba los fines de semana recorriendo con Gonzalo la ciudad, tampoco pensaba demasiado. El motivo era muy diferente. Simplemente ocurría porque los acontecimientos me desbordaban. Después de la boda de Alejandra, Gonzalo decía que volver a verme era lo mejor que le había pasado desde hacía mucho tiempo e insistía en que fuera a visitarlo. Aunque yo me derretía, al principio formulé reservas poco convincentes. Los hombres saben que el «no» de las mujeres a menudo clama un «sí». De forma que, días antes de un puente de San Juan, recibí un pasaje de ida y vuelta.

—Espero que no lo rechaces —me dijo aquella noche por teléfono.

—¿Por qué crees que no lo haré? —le pregunté.

—Porque me muero por pasar unos días contigo.

Aterricé en Londres un veintitantos de junio; hacía sol y la ciudad resplandecía.

Gonzalo vivía en el barrio de Hampstead. Estaba instalado en una casa de dos plantas con escalinata en la entrada y vidrieras donde sentarse a leer o ver llover. Él ocupaba la primera planta. En el piso de arriba vivían los dueños del edificio. Una pareja madura, de alta alcurnia y economía inestable que disfrutaba charlando con Gonzalo sobre antiguas grandezas.

Hampstead, construido sobre una colina, me pareció un distrito encantador para vivir. Gonzalo decía que había elegido aquel barrio porque le encantaba abrir la ventana y tener la sensación de estar en el campo.

—¿Sabes que aquí han vivido lord Byron, Agatha Christie y Stevenson?

Se tomó unos días de vacaciones para enseñarme la ciudad. El primer día visitamos algunos puntos de la zona histórica. Luego dijo que los museos, las plazas, las iglesias y los autobuses de dos plantas eran para turistas; él quería mostrarme la urbe que no salía en las guías.

Conocí el Londres de los *clubs* privados, de los partidos de tenis, de las reuniones a media tarde para tomar el té, de las carreras de caballos, de los restaurantes con varias estrellas en la guía Michelin, de las tiendas caras, de las personas que se hacían camisas y zapatos a medida y que, en lugar de reír, hacían una ligera mueca. Durante aquellos días paseamos por los parques, compramos ropa y calzado, asistimos a dos fiestas particulares y a un partido de polo. Gonzalo decía que me quería y yo a veces pensaba que soñaba. De madrugada nos encerrábamos en su dormitorio y nos amábamos con urgencia. Fue bonita la sensación de recuperar un cuerpo largamente esperado. Su cercanía aportaba el sosiego de lo conocido, un *déjà vu* que ponía en orden mi alma. Resultó agradable volver a atender sus confidencias, saborear sus besos, sentir el estremecimiento que me producía el contacto con su piel, reír de las pequeñas obscenidades que me decía al oído y creer en sus promesas de amor mientras el alba traía, voluptuosa, los primeros sonidos de la ciudad.

El último día de aquella estancia fuimos de compras por la calle New Bond. Gonzalo se detuvo en la tienda Louis Vuitton y me regaló una maleta de fin de semana.

—Quiero que la utilices siempre que vengas a verme —dijo.

Volví a Londres muchas veces. Llegué a conocer la ciudad como la palma de mi mano. También conocí a los amigos de Gonzalo. Eran muchos, hombres y mujeres, jóvenes y maduros, británicos y extranjeros. Unos tenían residencia permanente allí y otros eran gente de paso. Estar con Gonzalo era una fiesta continua. Siempre había alguien dispuesto a invitarnos a un *lunch* en su mansión de campo, a un partido de tenis en el Holland Park Tennis Club, a una cena en el Hilton o tomar una copa en algún club privado. Pese a que los horarios británicos no permitían trasnochar, apurábamos la noche hasta que cerraban los bares. Siempre había alguien que nos ofrecía una última copa en su casa. Gonzalo devolvía los agasajos. Invitaba a cenas con muchos comensales o alquilaba locales para sus amigos.

También conocí a los Payne, los dueños de la galería de arte donde trabajaba Gonzalo. Era un matrimonio de mediana edad. Él, alto, enjuto y reservado. Beryl, su esposa, bastante más joven, era

muy atractiva. Mister Payne Gallery era un espacio muy frecuentado. Sólo exponían pinturas y esculturas de autores muy reconocidos. Los Payne se nutrían de coleccionistas del mundo entero y de potentados que consumían arte como escaparate de su riqueza.

Beryl decía que Gonzalo tenía tal atractivo, tal capacidad para convencer, que ninguna mujer que pasaba por la galería se marchaba con las manos vacías.

—What does he give them that drives them crazy?

Gonzalo reía. Decía que era importante tentar a las mujeres. Al fin y al cabo, eran las que acababan tomando las decisiones en los hogares. Ya se encargaban ellas de convencer a sus maridos.

Resultaba curioso que Gonzalo hubiera terminado vendiendo cuadros y esculturas. Había estudiado una carrera corta que le había proporcionado un leve barniz sobre economía y dirección de empresas y nunca había manifestado un interés excesivo por el arte.

—Tanto da vender jamones, secadores, telas o cuadros —decía Gonzalo—. Lo importante es saber convencer al contrario de que lo que le ofreces es lo que necesita. Anticiparte al comprador para intuir sus gustos, sus obsesiones y sus veleidades. Si te equivocas, es imprescindible tener humildad para reconocerlo, rapidez para rectificar y capacidad de improvisación para ofrecer una alternativa eficaz. La venta no es más que un juego de seducción.

Durante un par de años, aquella casa de dos plantas fue nuestro refugio. Miraba sus paredes empapeladas con flores sepia, sus techos abuhardillados, sus cortinas de volantes y las sentía como si fueran mías. Pasaba los fines de semana arrastrando mi maleta Louis Vuitton de un lugar a otro. Había aprendido a ser práctica para preparar el equipaje. No necesitaba demasiado. En la casa de Gonzalo tenía repuesto de todo.

No sólo iba a Londres. Gonzalo y yo nos encontrábamos en cualquier punto de Europa que nos apeteciera. Resultaba tan fácil como formular un deseo. A lo largo de aquellos dos años escuchamos conciertos en Viena, paseamos en góndola por Venecia, compramos ropa en Milán y circulamos en bicicleta, entre tulipanes, por los alrededores de Ámsterdam. Estuvimos en París, Florencia, Estambul, Praga, Bucarest, Estocolmo y Ginebra. Seguro que me olvido de alguna ciudad. A veces nos tomábamos unas largas

vacaciones que aprovechábamos para hacer viajes intercontinentales. Solamente necesitábamos eso, formular un pequeño deseo para que se hiciera realidad.

En cualquier lugar donde aterrizáramos encontrábamos amigos de Gonzalo. Siempre había alguien dispuesto a agasajarnos y mostrarnos los lugares más emblemáticos. A veces echaba de menos un poco de intimidad.

—¿De dónde sacas tantos amigos? —le preguntaba.

Él sonreía misterioso mientras el mundo se rendía a nuestros pies.

En aquella época dejé de pintar. El premio que me habían concedido y el artículo que se publicó en la revista de arte al principio levantaron bastante revuelo, pero al cabo de pocos meses nadie hablaba de aquello. Aunque ésa no fue la causa. Gonzalo y su vida me arrastraban. A veces miraba el caballete vacío y sentía una leve sensación de falta. Entonces agarraba un lienzo y esbozaba apresurada los inciertos trazos de un dibujo. Luego pasaban meses hasta que lo retomaba.

Sólo terminaba algún cuadro cuando deteníamos nuestro galope en Sa Punta. Eran días suspendidos sobre la velocidad de nuestras vidas. Entre la paz de los campos y la influencia del mar la vida discurría despacio. Me reencontré con unos Doria más pausados. Si uno se detenía a observarlos percibía cierta resaca de la ruina que habían sufrido. Menos servicio, más hablar sobre el precio de las cosas, cierto recelo sobre el futuro. Aquello era una ligera impresión. Valeria seguía consumiendo conjuntos de Armani, Prada y Christian Dior y cada dos por tres aparecía con un bolso o unos zapatos nuevos.

—¿Otro? —preguntaba Carlos.

—Un chollo —respondía ella.

En aquella época, Emma me llamaba «cuñi». La veíamos poco. Vivía con Mirta en un piso del barrio del Borne y estaba enfrascada en su película. Tampoco frecuentábamos demasiado a Alejandra y su marido. Más de una vez les propusimos que se sumaran a nuestros viajes. Ellos solían rehusar.

—Eduardo tiene mucho trabajo y yo también —se excusaba Alejandra, que llevaba medio año trabajando con Carlos en CDtex.

Sospecho que nos evitaban. Eduardo se tomaba fatal las ironías

de Gonzalo y Alejandra se sentía incómoda. A veces me preguntaba qué habría visto Alejandra en aquel hombre tan serio que la perseguía a sol y sombra. «¿Has comido suficiente? ¿A dónde vas? ¿Has revisado el automóvil?». Y pronto dejamos de proponerles planes.

Al principio mis padres no se pronunciaron sobre mi romance con Gonzalo. Ellos solamente eran testigos mudos de mi deambular.

—¿También te vas este fin de semana? —preguntaba mi madre.

—Sí.

—Parece que vivas en una pensión.

A veces me sentía cruel, pues la veía triste. No era sólo por mi deserción. Mi hermano acababa de tener un hijo y ella se moría por tenerlo en brazos. Aquel niño era la prueba de que Rómulo estaba enraizando fuera de España. Aun así, yo no estaba dispuesta a cargar con los platos rotos.

—¿Te molesta?

—No sé. ¿Ese chico va en serio contigo?

Sus dudas se disiparon la noche que invité a Gonzalo a cenar a mi casa. Él llegó con un ramo de lirios espectacular.

—No hacía falta que trajeras nada —dijo mi madre complacida.

Gonzalo le respondió que una dama como ella se merecía lirios y mucho más.

Durante la cena Gonzalo elogió su turnedó, escuchó con atención los progresos de mi hermano en Houston, alabó sus ojos verdes de gata y la hizo reír imitando los modales estirados de los ingleses.

—Vaya Jaimito estás hecho —decía ella.

A partir de entonces, mi madre me preguntaba a menudo cuándo volvería a invitar a Gonzalo. Afirmaba que con un chico como él tenía garantizado pasarlo bien.

Mi padre no se dejó seducir con tanta facilidad. Era correcto con Gonzalo, lo recibía con cordialidad, pero nunca coreaba sus ocurrencias. A veces lo pillé contemplándonos con un halo de preocupación. Estaba acostumbrada a su pesadumbre y procuré no hacerle caso. No fue difícil, dada su parquedad. Sólo en una ocasión que comíamos solos dijo una frase que me impresionó.

—Estás deslumbrada por un estilo de vida que se volverá contra ti.

Y yo, entre risas, le respondí que lo que le ocurría era que nunca había sabido divertirse.

Recordaba aquellas miradas de mi padre cuando me acosté la víspera de mi treinta cumpleaños. Seguía sin encontrarme bien. El pedazo de merluza me subía y bajaba por el estómago y su frase sobre un estilo de vida que revertiría sobre mí me martilleaba la conciencia. A pesar de que estaba cansada, me costó mucho conciliar el sueño. Di vueltas y vueltas, me tapé y me destapé, cambié la almohada de posición varias veces hasta que lo conseguí.

Aquella noche, una sucesión de imágenes inconexas me asaetearon sin cesar. Una boca llena de dientes me mordisqueaba los tobillos, una serpiente se enroscaba alrededor de mi vientre, mis pies fijados al suelo por un peso inespecífico y el deseo inútil de avanzar por una calle muy empinada. Llamaba a mi padre a gritos cuando logré despertarme. El sudor me descendía por la nuca, se pegaba al pelo y al camisón y una asfixia que nacía en la garganta me cortaba el resuello. Di varias vueltas a la cama buscando una porción fría. A mi alrededor todo era tibio. El cansancio me venció por fin. Entonces caí en una especie de duermevela que todavía resultó más tormentosa. Gonzalo, sentado en una silla de árbitro, contemplaba mis suplicios desde las alturas. A través de un enorme megáfono repetía una frase en inglés.

—You've got what you deserve, bitch.

Luego dejaba caer el megáfono, que rebotaba por el suelo haciendo un ruido ensordecedor.

Capítulo 10

Tenía la nuca rígida y las mandíbulas contracturadas cuando penetraron los albores del día por las rendijas de la persiana. Era una luz blanca e hiriente que se clavaba en los ojos. Me cubrí la cara con la sábana y me froté contra ella. La sentí suave y liviana como la pluma de un ave y poco a poco me fui tranquilizando. La tela me devolvía el soplido de mi respiración, que me calentaba la nariz y la frente. Soplé varias veces. Mi propio resuello me aseguraba que la noche había pasado y que yo estaba en mi cama.

De la calle me llegaron sonidos de una ciudad que despierta. Me pregunté qué hora sería. Saqué la mano del embozo y pulsé la luz. El reloj de mi móvil marcaba las ocho. Pensé que ya era hora de levantarme. Mientras me incorporaba volví a sentir aquella extraña sensación de vacío en el estómago. Me quedé sentada durante un rato en el borde de la cama, intentando comprenderme. «¿Qué te pasa, Lucía?». Probablemente tuviera hambre. Agradecí no tener que apresurarme para acudir al trabajo y poder desayunar con tranquilidad. Había citado a la primera clienta a media mañana y la perspectiva de empezar el día con calma me alivió.

Conseguí levantarme al fin. Busqué la bata, me puse las zapatillas y me dirigí al cuarto de baño. Lavarme los dientes y la cara con agua fresca me sentó bien. Oí a Marlén, la asistenta, pasando el aspirador en el piso de abajo. Hacía un ruido ronco que retumbaba por la casa. Había tenido suerte con ella. Era una dominicana gruesa con rasgos mestizos, un poco cachazuda, aunque muy alegre y voluntariosa. Me la había proporcionado Valeria. Ella era única para ese tipo de cometidos. Siempre sabía de amigas, hermanas o madres de sus empleadas que necesitaban colocarse. Marlén era hermana de una mujer que acudía a casa de Valeria, de tanto en tanto, para ayudar a Matilde.

Había detenido el aspirador cuando bajé las escaleras y aparecí en la cocina.

—¡Qué susto! —dijo sobresaltada.

Le conté que no me encontraba bien. Ella me dijo que no tenía buena cara. Casi inmediatamente sonó el interfono de la cocina.

—¿Lucía Romagosa? —dijo una voz joven.

—Soy yo —respondí.

—Traigo flores.

De pronto recordé que era mi cumpleaños. Tantos sueños y tantas elucubraciones me lo habían hecho olvidar. Me hizo ilusión el anuncio de las flores, pulsé el botón del interfono e invité a la voz a entrar. Miré por una de las ventanas de la cocina y vi al muchacho de la floristería, que ya había traspasado el umbral del jardín. Para ser fiel a la verdad, no lo vi. Más bien lo intuí. El enorme centro que cargaba lo ocultaba. Le di un par de euros a Marlén para que se los entregara y le pedí que fuera a ayudarlo.

—Es un ramo precioso —dijo muy contenta a su regreso.

Había dejado el centro de flores en la entrada. Decía que era tan grande que no sabía dónde colocarlo. Fui hasta el recibidor seguida de Marlén. Me encontré con una cascada de rosas blancas y rojas. Me quedé unos instantes bajo el dintel, sin acercarme. Tal era su exuberancia que la única forma de abarcarlo en toda su perspectiva era manteniendo cierta distancia. Marlén me acercó la tarjeta de felicitación. Venía de parte de Carlos y Valeria.

—La señora Valeria es buenísima —dijo Marlén con veneración.

Pensé en lo poco que a Valeria le hubiera gustado oírse llamar «señora Valeria», a pesar de que fuera en aquel tono rendido de devoción. Decía que lo de «señora» le sonaba a provincias. Supongo que a Marlén le hubiera compungido saberlo. Adoraba a Valeria, igual que su hermana y los maridos de ambas. Era una especie de benefactora para ellos. Además de remunerarlos con unos sueldos altísimos, muy superiores a los que pagábamos la mayoría, se ocupaba de proporcionarles ropa y comida y de acompañarlos a gestionar asuntos legales; los llenaba de regalos. No lo hacía únicamente con ellos. A Valeria le encantaba agasajar, siempre lo hacía a lo grande. A menudo me pregunté qué debía de esconderse tras esa entrega. Los patrones de conducta suelen ocultar razones. ¿Asegurarse el aprecio de los demás? ¿Su admiración? ¿Cumplir con

su conciencia? No sé. Valeria a menudo me desconcertaba.

Me disponía a llamarla para darle las gracias cuando el teléfono sonó.

—Felicidades.

Era la voz de Alejandra.

—¡Qué alegría! —respondí.

Ella me preguntó cómo me sentaban los treinta años y yo le conté que estaba un poco abatida.

—¿Y tú, qué me cuentas? —dije.

Alejandra se quedó unos instantes callada. A continuación, soltó un leve suspiro.

—¿Qué quieres que te cuente? —replicó.

Su tono era monótono, sin matices, muy diferente al de antaño. No canturreaba ni alargaba las últimas vocales. La voz de Alejandra hacía mucho tiempo que había dejado de tararear.

Tres años atrás, en el estreno de la película de Emma, pensé por primera vez que Alejandra había perdido luz. No era que tuviera mal aspecto, al contrario. Llevaba un jersey sin mangas de color azulón de cuello alto, muy ceñido, que realzaba su silueta espigada y casaba a la perfección con sus ojos claros. Estaba guapísima, como la dulce protagonista de los cuentos infantiles. No sé qué me hizo pensar que la veía deslucida. Sería aquel titilar inquieto de sus pupilas, o ese ligero desinterés por la conversación de los demás, o la carga de melancolía que destilaba cuando batía las pestañas mientras nos escuchaba con una seriedad impropia en ella. A su lado, Eduardo tampoco hablaba demasiado.

Emma estaba exultante ejerciendo de anfitriona. Conversaba alto con unos y otros y abrazaba a todo aquel que convergiera en su camino.

—No sé dónde vamos a meter a tanta gente —decía con satisfacción, señalando a la concurrencia que se apelotonaba en los pasillos y empujaba para conseguir una buena ubicación—. Ha venido Sandoval. ¿Lo veis? Está cinco filas por delante de vosotros. A ver si nos incluye en la columna del domingo.

Afortunadamente, nosotros no habíamos tenido que lidiar por el asiento. Emma nos había reservado las butacas centrales. Entre los Doria y los Blumer ocupábamos tres filas completas del cine Aribau.

—¿Nadie les ha explicado cómo se debe asistir a un estreno? ¿No saben que los macutos y las botas Camper son para pasear por el campo? —decía Valeria, guasona.

—Debe de ser que los que no sabemos asistir a los estrenos somos nosotros —contestó Carlos, ajustándose el nudo de su corbata.

Gonzalo, que acababa de llegar de Londres para el acontecimiento, les dijo que tendrían que prescindir de remilgos si querían triunfar entre los modernos.

Lo cierto es que la indumentaria era de lo más heterogénea y que nuestro grupo disonaba de la mayoría.

La película nos gustó. Se llamaba *Noche*, una sórdida historia de cariz intimista ambientada en un suburbio. Contenía un trasfondo de denuncia social: cinco días en la vida de una prostituta aderezados con hijo natural, mafia, droga, pervertido y suicidio. Una buena puesta en escena, si se tenía en cuenta que tanto Emma como Mirta eran novatas en esas lides y que dispusieron de un presupuesto muy reducido.

Durante el ágape en la recepción del cine estuvimos comentando lo feliz que se veía a Emma recibiendo felicitaciones mientras Mirta hablaba con los miembros de la prensa.

—Esas cosas se las dejo a Mirta —decía Emma—. Ella lleva mucho mejor lo de hacerse la sublime.

Mirta iba enfundada en un sinuoso traje de lamé con la espalda escotada. Su minúsculo cuerpo lanzaba destellos igual que la piel escamada de un reptil. A su lado Emma parecía una colegiala. Cuando nos descubrió se acercó a saludarnos.

—Es un honor que te hayas desplazado para asistir a nuestro estreno —le dijo a Gonzalo con ese acento melifluo prometedor de paraísos.

Le agarró ambas manos y le hizo mil preguntas sobre la galería de arte y los Payne. Creo que los había conocido en una ocasión que fue a Londres con Emma. Como vi que no tenía intención de soltar a Gonzalo, me inmiscuí con la excusa de felicitarla. Mirta no tuvo más remedio que departir conmigo durante un rato. No tardé en oír, con alegría, que se despedía.

—Besa a Beryl de mi parte —dijo a Gonzalo.

Cuando la mayor parte de los familiares y amigos se hubo

marchado, Carlos propuso que picáramos algo. Emma pensaba ir de celebración con el equipo de producción, y los demás optamos por ir a La Flauta a comer un planchado de jabugo y unas patatas bravas.

En el restaurante ocupamos una mesa muy pequeña que nos obligó a apretujarnos. El lugar se había llenado de gente. Nuestra cháchara se confundía con los murmullos de los demás. Fue allí donde Eduardo nos explicó sus propósitos.

Valeria acababa de preguntar a Alejandra si se encontraba bien.

—Alejandra está cansada porque trabaja demasiado para ti, Carlos, y quiere comunicaros algo —contestó Eduardo en lugar de Alejandra.

Lo dijo con una sonrisa menuda, un poco postiza.

Lo miramos extrañados. ¿Qué tendría que comunicarnos? Alejandra hacía los horarios que le daba la gana. Es cierto que era responsable, perfeccionista y puntual y que no le costaba ofrecerse para solventar imponderables. No obstante, aquello no la cargaba de una actividad extraordinaria.

—¿Estás embarazada? —preguntó Valeria.

Alejandra negó con la cabeza.

—No es eso, aunque viene al caso —intervino de nuevo Eduardo, acariciando la mejilla de su mujer—. ¿Cariño, quieres que lo explique yo?

Alejandra se encogió de hombros. Los demás nos miramos todavía más intrigados. Creo que Eduardo contaba con nuestro desconcierto. Hizo un gesto teatral con la cabeza y, como si tuviera un discurso preparado, empezó a hablar. Dijo que llevaban tiempo queriendo hablar de aquello con Carlos. Hubiera tenido que ser Alejandra quien lo expusiera, pero era tan sufridora, tan respetuosa con su padre y tan indecisa, que nunca encontraba el momento de hacerlo.

—¿Hacer qué? —preguntó Gonzalo.

Carlos no decía nada. Sus dedos tamborileaban inquietos sobre el mantel.

—Alejandra necesita un periodo de descanso. El trabajo la desborda —sentenció Eduardo.

Carlos pareció aliviado.

—¿Es cierto, hija? ¿Quieres tomarte una semana de vacaciones?

Alejandra no contestó. En su lugar esbozó una mueca.

No era exactamente eso, respondió de nuevo Eduardo. Se trataba de algo más importante. Precisamente estaba relacionado con la capacidad de engendrar de Alejandra. Llevaban casi un año queriendo concebir un hijo sin conseguirlo. Estaban sometiéndose a pruebas para diagnosticar el motivo. Había razones para sospechar que Alejandra tenía dificultad para que los embriones se implantaran en su útero. Él había leído que eso ocurría, a menudo, en mujeres que tenían exceso de actividad. Ojalá solamente se tratara de aquello. Se quedó en silencio, mirándonos uno a uno, a la espera de nuestra reacción.

Durante unos instantes permanecimos callados.

—Hay mujeres que tardan más que otras en quedarse embarazadas —apuntó Valeria—. A la larga, la mayoría lo consigue. Alejandra es sana, joven y tiene mucho tiempo por delante.

Eduardo acariciaba la mano de su mujer. Dos años era mucho tiempo. Y sí, era joven, pero el tiempo pasaba y un día dejaría de serlo. Era obvio que, fuese cual fuese el problema de Alejandra, el estrés estaría contraindicado.

—Una mujer debe estar en su casa, como lo estuvo mi madre o tú misma, Valeria —dijo, dirigiéndose a su suegra.

Eduardo no había dejado de sonreír. Me pregunté por qué un hombre tan huraño sonreía mientras hablaba de aquello. Mirábamos a Alejandra a la espera de que dijera algo. Ella simplemente pestañeó un par de veces.

—No digas tonterías —reaccionó Gonzalo—. Estamos en el siglo veintiuno.

—¿Tú crees que son tonterías? —replicó Eduardo.

Carlos pidió a Gonzalo que se callara. Lo hizo con suavidad. Después preguntó a Eduardo qué era exactamente lo que proponía.

—Gracias, Carlos —dijo Eduardo tomando de nuevo la palabra.

Lo que intentaba plantear era que Alejandra dejara el trabajo durante cierto tiempo. ¿Por qué socialmente se premiaba que las mujeres trabajaran? ¡Con lo necesarias que eran en el hogar! Sabía que sería una contrariedad para Carlos. Alejandra cargaba con un peso importante en la gestión económica de la empresa. Aunque nadie era imprescindible.

—Entiéndelo, Carlos. La maternidad es el mayor tributo de las

mujeres —terminó.

Y besó a su esposa, que llevaba un rato con la mirada fija en el mantel.

—¿Tú qué piensas, Alejandra? —preguntó Carlos muy serio.

Alejandra levantó la mirada. Luego suspiró. Sus ojos estaban matizados con una especie de velo turbio. Titubeó un poco y, forzando un tono jovial, dijo que no le parecía mala idea dejar de trabajar. Así dispondría de tiempo para ella. Cuando lograra quedarse embarazada podría dedicarse a sus hijos.

—Me apetece involucrarme en la maternidad —añadió.

No nos convenció y ella lo sabía.

La decisión de Alejandra dio mucho que hablar. Gonzalo decía que nunca se había enfrentado a un imbécil de aquel calibre. ¿De dónde había sacado que una mujer tenía que quedarse en su casa para quedarse embarazada? ¿Acaso quería matarla a polvos a cualquier hora del día? Emma no tardó en enterarse de la escena. Dijo que le hubiera gustado estar presente para mandar a aquel tipo a la mierda. Su hermana terminaría con una depresión. Lo raro era que con aquel marido no estuviera deprimida ya. ¿Qué habría visto en aquel *parvenue* retrógrado y engreído? Quería que Alejandra dejara de trabajar para que se dedicara a mimarlo, a prepararle la cena y a lavarle los calzoncillos. Como si su hermana no cuidara lo suficiente a su estúpido maridito.

Yo les decía que la dejaran tranquila. Poco le beneficiaría tener a la familia soliviantada. Al fin y al cabo, la que tenía que tomar las riendas de su vida era ella. Pensé que un día de aquellos intentaría coincidir con Alejandra. Le iría bien hablar con alguien que no la juzgara.

Gonzalo olvidó rápido el asunto, tan pronto como regresó a Londres. A Emma le costó más. Durante aquella temporada me llamó mucho para conversar sobre su hermana. Luego aprovechaba para relatarme nuevas historias sobre sus lances y amantes, que, como antes, nunca llegaba a presentarme, o para hablar de los pequeños progresos de la publicidad de su película.

—¿Te leo el artículo que se ha publicado en *El círculo de arte*?

—Claro.

—«*Noche,* una película realizada por mujeres. Almas jóvenes y

emprendedoras. Emma Doria se estrena en producción, mientras que la guapísima Mirta cambia escena por dirección. Por lo visto, cualquiera que sea el cometido, Mirta sabe salir airosa…».

—¿De ti no dicen nada más?

—Es lógico. Los directores siempre se llevan la gloria. Aunque a mí no me importa, lo único que necesito es seguir paseándome entre las cámaras.

Me gustó que Emma se acercara de nuevo a mí, a pesar de que no me pasara por alto que lo había hecho justo cuando los acontecimientos jugaban a su favor. Al fin y al cabo, todos preferimos exhibirnos en los buenos momentos. Eso nos permitió olvidar temporalmente los desencuentros. Sabía que ante las contrariedades se encerraría de nuevo en sí misma y desaparecería como hacen algunos animales durante el invierno. Luego reaparecería con el buen tiempo y sus palabras llegarían cargadas de nuevas ideas y nuevos amantes.

Durante aquellas conversaciones entendí que Emma había sufrido más de un chasco con sus amigos del cine. La mayoría de los que conocí, a excepción de Mirta, habían desaparecido de su espectro de amistades y sustituidos por otros. A esos nuevos contactos los mantenía al margen, ubicados en un espacio diferente del que compartía con nosotros. Ya no hablaba de ellos con la pasión de antaño. Más de una vez se quejó de que eran engañosos, le ponían trabas y le lanzaban pocos capotes.

—Desengáñate, la cuna marca diferencias que la gente no perdona —decía a menudo—. No obstante, esa gente, con sus envidias y sus complejos de clase, es la que me divierte.

Llamé a Valeria para agradecerle el ramo antes de preparar el desayuno. Después de decirle que las flores me habían encantado, comentario que ella recibió con grandes muestras de satisfacción, me contó que acababa de comprar un pasaje de avión para irse a Estambul con unas amigas.

—¡Lo que nos vamos a reír! —dijo—. Viajar con las amigas es lo más saludable que una puede hacer. Los hombres se pasan la vida abducidos por sus trabajos. Nosotras tenemos que espabilarnos.

También hicimos conjeturas sobre la celebración de mi cumpleaños aquella noche. Gonzalo se había encargado de

organizarla. Valeria me preguntó si necesitaba su ayuda para algo. Le respondí que sería mejor que llamara a su hijo y se lo preguntara.

Al contarle que Gonzalo estaba en Madrid para inaugurar la temporada de otoño de una discoteca y que llegaría justo para la cena, se echó a reír.

—¡Estos hombres Doria! —dijo—. Siempre están ausentes en los momentos importantes.

Recordó que Carlos sólo asistió al parto de Alejandra. Los otros dos le pillaron de viaje. Tampoco estuvo con ella cuando se fracturó la tibia ni cuando Gonzalo, de niño, se abrió la cabeza en los columpios. Valeria seguía riendo como si lo que me contaba formara parte de una comedia muy divertida. Yo me pregunté si sería cierto que esas ausencias le importaban tan poco.

Al cabo de un par de semanas del estreno de la película de Emma, Gonzalo me llamó para preguntarme si sería posible que me tomara una semana de vacaciones. Quería que nos encontráramos en Courchevel. Me sorprendió que dispusiera de una semana para ir a esquiar. Últimamente se había tomado bastantes días libres. Mucho lo debían de apreciar los Payne para permitirle tantas licencias. En mi caso, resultaba más complicado, pero justo aquella semana acababa de entregar dos obras y pude organizar el viaje.

El sábado siguiente partí en avión hacia los Alpes. Gonzalo acudió a recogerme al aeropuerto de Grenoble acompañado de Marcel y Pascal, dos hermanos franceses que habían estudiado en la misma universidad que él. Yo no los conocía y me molestó que no me hubiera avisado de que ellos formarían parte del plan. Últimamente discutíamos a menudo por ese motivo. Yo tenía necesidad de intimidad y él siempre aparecía con extraños.

—En cuanto vivamos juntos te hartarás de mí —decía.

Habíamos hablado bastante de vivir en pareja, incluso habíamos evaluado la posibilidad de que uno de los dos se trasladara de ciudad, aunque nunca nos poníamos de acuerdo sobre quién debería renunciar a su trabajo.

Supongo que aquel día Gonzalo advirtió mi contrariedad. En cuanto tuvo oportunidad me explicó que Marcel y Pascal no se habían sumado a nosotros. Éramos nosotros los que habíamos sido

invitados por ellos: sus padres eran dueños del Relais & Châteaux donde nos alojaríamos.

—Ya encontraremos momentos para estar solos —dijo zalamero.

La contrariedad inicial pasó rápido; era imposible estar demasiado tiempo enojado con Gonzalo. Marcel y Pascal eran divertidísimos. Ambos sonrientes, atléticos, chistosos, bebedores y un poco piratas. Aunque muy educados, tenían la rusticidad del que pasa mucho tiempo entre las montañas: rostros curtidos, narices protuberantes y manos recias. Hablaban un francés muy cerrado, difícil de entender cuando se aceleraban o hacían juegos de palabras. Nos agasajaron con mil detalles e hicieron que la estancia resultara muy agradable. Nuestro hotel era un pequeño palacio situado a pie de pistas con fachada y balcones de madera y vistas sobre las cumbres. Estábamos a finales de marzo y tuvimos suerte con el tiempo y la temperatura. Sol y frío, combinación perfecta para asegurar la buena calidad de la nieve. Durante seis días recorrimos los tres valles que rodean Courchevel dejándonos deslizar por sus pendientes mientras el viento nos azotaba en las mejillas y se nos colaba entre los dientes.

A veces hacían carreras entre ellos.

—¡Maricón el último! —gritaba Gonzalo.

Y se lanzaban en trío hacia el vacío. Yo los veía desaparecer confundidos en una nebulosa de polvo blanquecino.

A mediodía nos deteníamos en los refugios que aparecían en medio de los bosques o en el linde de los caminos. Nos gustaba ocupar los bancos de las terrazas y pedirnos una *raclette* Saboyard, *tartiflette* o un surtido de crepes saladas que engullíamos acompañadas de vino caliente mientras el sol templaba nuestras caras. Comer allí era como caminar descalzo sobre polvos de talco, como echarte al mar en un día de calor, el cuerpo agotado por el esfuerzo y el espíritu henchido, limpio y libre.

El último día, mientras ascendíamos en uno de los remontes del valle de Meribel, Gonzalo me acarició la mejilla con el guante y me anunció una sorpresa. Seguro que me gustaría. Nos encontrábamos en el punto más alto de la estación. A nuestros pies se divisaba el macizo de Arbres.

—Cuéntalo ya —azucé.

Era un día especialmente limpio. La noche anterior había caído

una pequeña nevada y las ramas de los abetos estaban cuajadas de copos que chispeaban bajo los rayos de sol.

—Vuelvo a vivir a Barcelona —lo dijo rápido, sin detenerse.

Durante unos instantes me quedé sin palabras.

—¿A Barcelona? —repetí como una tonta.

—Sí —rió él.

Resultaba difícil de asimilar, Gonzalo viviendo en la misma ciudad que yo, Gonzalo y yo viéndonos a diario, con tiempo para estar solos y la posibilidad de crear un proyecto común. Él reía viéndome cavilar. Me acerqué para besarlo. Nuestros cascos chocaron y me tuve que conformar con colgarme de su brazo.

—No lo esperabas —dijo, aflojándose la cinta del casco.

Desde luego, no. ¿Cómo iba a imaginarlo? Me explicó que había sido un impulso. Se había cansado de la ciudad así, de repente. Ya había comunicado a los Payne que se marcharía al cabo de un par de semanas. Al nombrarlos, su voz adquirió una modulación extraña que se apresuró a rectificar. No me pasó por alto, pero él siguió hablando y no tuve oportunidad de preguntarle. De pronto se había dado cuenta de que no deseaba vivir eternamente en una ciudad donde apenas brillaba el sol, aunque fuera la más cosmopolita del mundo.

—¿Cómo no me lo habías dicho antes? —le decía, apretujándole el brazo.

«Gonzalo se instala en Barcelona», me repetí una y otra vez a lo largo de aquel día. Tenía ganas de gritar. Con gusto se lo hubiera contado a los *pisters* de la estación, al recepcionista del hotel, a los turistas que me encontraba en el ascensor, incluso a la masajista que aquel día me cubrió de barro y me dejó en barbecho durante una larga media hora.

Esa noche, en Chez Chabichou, brindamos con champán por el futuro. Fue una cena opípara: ostras, caviar, bogavante azul, pichón de Bresse aderezado con polenta y trufa y muchísimo alcohol.

De regreso al hotel estábamos bastante achispados. Mientras me lavaba la cara, Gonzalo se preparó un *gin-tonic* con un botellín de ginebra que encontró en el refrigerador de la habitación.

—¿Otro?

—El último —respondió, apoyándose en el quicio de la puerta del cuarto de baño.

Me estaba untando la cara con crema. Veía a Gonzalo mirarme risueño a través del espejo.

—En cuanto me organice nos iremos a vivir juntos —dijo.

—¿Tienes algún proyecto? —pregunté.

Gonzalo dejó el vaso sobre una pequeña repisa que había junto al lavamanos y me abrazó por detrás. Era un vaso largo y fino de cristal. Me besó la nuca. Dijo que, de momento, no había pensado en nada. No obstante, se pondría en marcha pronto. Tal vez montaría algo por su cuenta. Ignacio llevaba tiempo proponiéndole negocios. También Marcel y Pascal. No quería precipitarse.

—Ahora sólo deseo abrazarte —dijo bajando la voz.

Veía nuestras caras reflejadas en el espejo y pensé que formábamos una bonita pareja. Sí, una bonita y joven pareja. Me volví hacia él y le pasé los brazos alrededor del cuello. Su aliento olía a tónica y a limón.

—¿No te da pena abandonar el trabajo en la galería? —dije.

—Todo tiene su principio y su fin —murmuró, escondiendo la cara en mi escote.

Sus labios recorrieron lentamente el borde de mi clavícula. A veces se detenían unos instantes y dibujaban círculos concéntricos. De pronto tuve la sensación de que evitaba mirarme. Fue un resquemor que me atravesó la mente a la velocidad del rayo. Me hizo recordar el cambio de inflexión que experimentó su voz cuando aquella mañana había nombrado a los Payne.

Le sujeté la cabeza con las manos y lo obligué a alzarla.

—¿Qué han dicho los Payne de tu marcha? —pregunté, mirándolo a los ojos.

Gonzalo me sonrió. Aseguraría que en sus ojos repuntaba una chispa de turbación A continuación, volvió a esconder la cara en el ángulo de mis senos. Me disponía a insistir. Él empezó a desabotonarme la blusa. Primero el botón superior, el más próximo al escote, luego el siguiente. Al llegar al tercer botón, Gonzalo hizo un quiebro con el brazo que me obligó a cambiar de posición. No sé cómo ocurrió. Creo que fue mi codo lo que desplazó el *gin-tonic* hacia el borde de la estantería. Durante unas décimas de segundo el vaso se tambaleó al filo del vacío. Finalmente, se precipitó hacia el suelo y, tras hacer un ruido sordo, quedó convertido en añicos.

Más de una vez he pensado que un objeto que se estrella contra

el suelo tiene un poder catártico y, hasta cierto punto, redentor. Consigue interrumpir acciones y cortar conversaciones. Incluso permite olvidar. Debe de ser por ese sonido explosivo, por esos instantes de no pensar, por ese balance rápido que hace nuestra mente sobre lo que acabamos de perder, a veces insignificante, otras valioso, por ese aire que se libera y por ese contemplar los fragmentos esparcidos a nuestros pies haciéndonos conscientes de que no hay marcha atrás. Sobre todo eso, saber que se trata de algo irreversible es lo que nos debe de redimir.

No es que pensara en ello aquella noche. Aquella noche, tras unas risas, nos limitamos a sortear los fragmentos de vidrio que flotaban esparcidos dentro del charco de *gin-tonic* para salir del baño, cerrar la puerta y dirigirnos al dormitorio mientras mi pregunta quedaba flotando en el aire como una nube difusa, incompleta, hasta que se evapora.

Aquello lo pensé al cabo de unas semanas, cuando visité a Alejandra para mostrarle unos filtros solares en sustitución de unos visillos que me dijo habían amarilleado a causa del sol. Lo de los filtros fue la excusa. El motivo que me llevó a casa de Alejandra fue hablar con ella. Era la asignatura que llevaba pendiente desde el día del estreno de *Noche*.

Mientras me encaminaba a su casa pensaba que era curioso que en un solo mes se hubieran sucedido dos ceses laborales en una misma familia. Esa tarde ya hacía algunos días que Alejandra había dejado su puesto de directora financiera en CDtex.

Alejandra vivía en un ático cerca del paseo San Gervasio. No era un piso excesivamente grande, pero estaba muy bien distribuido. Las habitaciones daban a una amplísima terraza, con buenas vistas, que rodeaba la casa. El piso era regalo de boda de los padres de Eduardo. Supongo que ellos, o su hijo, algo tuvieron que ver con la decoración. No estaba a la altura de la calidad del piso. No era tanto el tratamiento de las paredes, las telas o el mobiliario —de un estilo muy clásico, pero correcto— como una enciclopedia con encuadernación en piel repujada y adornos dorados, una reproducción de tres palmos de alto de la torre Eiffel o el tétrico busto de un hombre con bigote sobre una peana en el recibidor. Aquello era imposible que lo hubiera elegido Alejandra.

—¿Lo cambiarías de sitio? —me preguntó ella, señalando el busto.

—Quizá si lo pones en un rincón no parecerá que está recibiendo a los invitados —sugerí.

También tenía problemas con la iluminación y los cerramientos. El edificio no era de obra nueva y los materiales de las ventanas habían quedado obsoletos. Al montar el piso no recurrieron al consejo de un profesional. Eduardo decía que un hogar debía decorárselo uno mismo. No le gustaba que nadie metiera las narices en su casa. Emma opinaba que su cuñado era un tacaño y no había querido contratar a ningún interiorista para ahorrarse los honorarios. No sé cuál debió de ser el motivo. Lo cierto es que en algunos aspectos se notaba la ausencia de una mano experta.

Y allí estábamos las dos, estudiando los espacios, tomando notas y medidas, reorganizando libros y objetos, cambiando la distribución de algunos muebles, comprobando el estado de las luces y de los cerramientos y probando el efecto de los filtros solares. Mientras lo hacíamos pensé que notaba a Alejandra contenida. No sé si «contenida» es la palabra exacta. No se me ocurre otra. Se notaba en el cuidado con que abría y cerraba los cajones y las puertas de los armarios: despacio, con pulcritud, asegurándose de que el interior hubiera quedado impecable, en la atención que prestaba a ir apagando las luces a medida que salíamos de las estancias y en la reserva con la que hablaba.

Me llamó la atención el orden que reinaba en aquella casa. La organización rebasaba todos los límites en los espacios adjudicados a Eduardo. Sobre todo, en su mesa de despacho. Las carpetas aparecían dispuestas con simetría, los lápices estaban colocados en un cubilete de cuero y los bolígrafos en otro. Las plumas reposaban aparejadas junto a un abrecartas en una bandeja de plata. Cada uno de los elementos estaba a idéntica distancia de los demás. Se trataba de un orden tan milimétrico, tan perfectamente jerarquizado, que sentí cierta asfixia.

Le indiqué que aquella disposición correspondía a una mente muy perfeccionista.

—No me hables —rió.

Su risa también me pareció contenida.

A media tarde preparamos una limonada y nos sentamos en el

sillón de mimbre de la terraza. Todavía quedaban por revisar el salón y el recibidor.

—¿Qué tal estás? —pregunté al fin.

—¿A qué te refieres? —dijo, ofreciéndome la bandeja de los bizcochos.

—A todo —respondí.

Alejandra se encogió de hombros.

—¿Cómo quieres que me sienta con el lío que se ha montado?

Le dije que no se agobiara. Todo acabaría pasando.

—No sé —dudó—. Emma me tiene atosigada. Ya sabes lo que va diciendo: que me voy a enterrar en vida, que voy a convertirme en una esclava. ¿Tú crees que hay para tanto? Sé que mis padres piensan lo mismo, aunque no lo digan. ¿Crees que no me duele que se hayan tomado mi cese como un asunto personal? Pobre papá, él quería que fuera su sucesora. Mamá no sabe qué opinar. O no quiere decirlo. Ella sabe lo que es depender económicamente de un marido.

Le aconsejé que no se preocupara por lo que pensaran los demás y ella me miró agradecida.

—¿Y tú, qué piensas? —pregunté.

Alejandra echó la cabeza atrás y suspiró. Era como si la vida se le escapara. Su ideal no era ejercer de ama de casa, pero Eduardo había insistido mucho.

—Por favor, no lo juzgues —me pidió.

Era cierto que Eduardo estaba chapado a la antigua. Era absorbente y tan tenaz que solía conseguir de ella lo que se propusiera. Sin embargo, aquello que tanto molestaba a su familia lo hacía por ella. Quería cuidarla, ¿tan malo era?

Le pregunté si habían terminado de hacerse las pruebas de fertilidad.

—Sí —dijo.

Tenían los resultados. Sus funciones ováricas y la morfología de su aparato reproductor estaban perfectamente. El contenido positivo de la información no cuadraba con su tono de preocupación.

—¿Y? —pregunté.

Alejandra suspiró una vez más.

—Júrame que lo que voy a decir quedará entre nosotras.

—Por supuesto.

—El líquido seminal de Eduardo tiene baja concentración en espermatozoides —dijo de un tirón.

Me apeteció reír, pero no lo hice. Resultaba gracioso imaginar a un hombretón como Eduardo, con sus sentencias y sus vanidades, enterándose de que tenía unos espermatozoides pobres. ¿Cómo lo habría encajado? Hacían bien en no ventilarlo. Emma y Gonzalo lo hubieran acribillado.

Alejandra me miraba seria.

—No quiero que nadie lo sepa —dijo—. Eduardo no lo soportaría. La única vía posible es la fecundación *in vitro*. Ya tenemos hora concertada para la semana próxima.

Temía el proceso. No era sencillo. Llevaban unas semanas administrándole estrógenos para estimular la función ovárica. El tratamiento solía provocar bastantes efectos secundarios. De momento se sentía muy hinchada. La fecundación se realizaría en laboratorio. En la implantación del embrión no quería ni pensar.

Como percibí que empezaba a flaquear le propuse continuar con nuestra tarea.

Tal y como había supuesto, el busto del hombre con bigote se lo había regalado la madre de Eduardo. Alejandra me contó que su suegra llegó una tarde con un enorme paquete, dijo que se trataba de una pieza numerada y dejó aquella escultura espantosa sobre la peana.

—No te preocupes —reí—. En todas las casas hay algún objeto espantoso que a uno le regalan y no tiene más remedio que exhibir. En el estudio los llamamos «pongos». «Dios mío, ¿dónde lo pongo?». Si uno lo piensa un rato termina por encontrar un lugar adecuado.

Alejandra también rió. Dijo que ella tenía un montón de «pongos» distribuidos por la casa.

—Mi suegra, mes sí y mes también, aparece con un regalo —dijo, pinzándose la nariz con el índice y el anular.

Confesó que estaba harta de su suegra. Se pasaba el día intentando instruirla sobre cuestiones domésticas. Decía que a Eduardo lo había adelgazado el matrimonio. Menuda bobada. Ya sabía, ¿no? Eduardo era hijo único. ¿Por qué le habría dado a aquella mujer por regalarle cosas?

—La verdad es que son unos objetos horrorosos —confesé,

estudiando un par de jarrones adornados con motivos chinos.

—Mamá dice que debería ir rompiendo las «maravillas» de mi suegra a medida que llegan a casa —contó.

—No sería mala idea —dije—. Podrías decir que ha sido un accidente.

Alejandra se quedó pensativa.

—No serviría de nada. Seguro que mi suegra lo repondría.

Durante un buen rato nos dedicamos a ubicar los «pongos» en lugares discretos y a realzar las piezas bonitas. Relegamos los objetos más atroces a habitaciones de poco uso e intentamos camuflar los que consideramos pasables en las zonas menos visibles del salón. Trasladamos el busto al despacho de Eduardo y, confiando en que él y su madre no la echaran en falta, confinamos la torre Eiffel al fondo de un armario. Poco pudimos hacer con la enciclopedia.

—Los libros nunca quedan mal —consolé a Alejandra.

No fue tarea fácil, aunque, a medida que avanzábamos, el salón y el recibidor fueron cambiando de aspecto. En ese rato, Alejandra reía cada vez que nos deshacíamos de un nuevo «pongo».

Cuando llevábamos casi una hora de un lado a otro, Alejandra apareció con una figura de barro esmaltada en amarillo.

—¿Qué hago con esto? Dime, ¿qué hago?

Miré la figura. Se trataba de una anciana ataviada con un sombrero de paja y una pañoleta de tela de cuadros.

—Haz caso a tu madre —ordené muy despacio.

Se quedó pensativa y me miró con dudas. Luego contempló la figura. Y de nuevo a mí. De pronto sonrió y dijo que sí con la cabeza, lo iba a hacer. El labio superior le temblaba por debajo de la nariz.

Salimos a la terraza. Había declinado el sol. La luz indirecta del salón nos iluminaba. Alejandra se había convertido en una sombra en medio del ocaso.

—¿Me ayudas?

Me acerqué a ella y le agarré la mano con la que sujetaba la figura. Después alzamos los brazos, cerramos los ojos y contamos hasta tres.

—¡Ya! —grité.

Primero se oyó el sonido sordo y contundente del objeto al

golpear contra el suelo. Luego el estallido. Finalmente, esa especie de murmullo, ese rumor leve mezcla de polvo y aire arremolinados que perdura en los fragmentos despedazados. Y un instante de no pensar y un soplo que se libera. Por encima del golpe, el estallido y los murmullos, se oía la risa de Alejandra. Una risa compulsiva, fuerte, interminable.

Capítulo 11

El desayuno que al final tuvo que prepararme Marlén logró asentarme el estómago. El teléfono no había dejado de sonar. Después de hablar con Valeria, me llamaron un par de compañeros de los cursos de pintura. Luego lo hizo uno de los carpinteros del estudio para confirmar la entrega de una cómoda. El reloj de la cocina avanzaba sin conmiseración recordándome que era preciso apresurarme. A las once en punto había citado a una clienta que nos había presentado un proyecto de envergadura. Eran casi las diez. Me parecía imposible tener que correr con el tiempo que veía ante mí al levantarme.

Mientras me duchaba pensaba en la clienta. Quería renovar su casa de campo.

—Una choza de dos mil metros cuadrados —me había explicado Lola cuando me pidió que la atendiera en su lugar—. Por favor, mímala.

El agua de la ducha caía templada sobre mi cabeza, descendía por el cuerpo y consiguió tonificarme. Durante el rato que estuve arreglándome oí en dos o tres ocasiones el sonido del timbre de la calle. También oí los pasos parsimoniosos de Marlén caminando hacia la puerta y algunas voces seguidas de un trasiego de bultos. Imaginé que estarían llegando nuevos regalos. Ésas eran las pequeñas ventajas de cumplir años.

Me miré en el espejo y volví a sentirme extraña. Era mi cara, que había cambiado. La edad nada tenía que ver con aquello. Los años te afilan los rasgos y, con el tiempo, te llenan de arrugas. No tenía edad de arrugarme y el contorno de mi cara, en lugar de afilarse, se había redondeado como los suaves trazos de una luna llena. Eso parecía mi rostro, una luna pálida, evanescente, surcada de montículos. Mis mejillas abotargadas parecían dos colinas en

medio de la planicie y mis labios, excepcionalmente abultados, formaban un pequeño corazón, como una minúscula caja de pastillas. Volvió a invadirme la congoja que me había ahogado en la noche. ¿Qué me pasaba? El teléfono volvió a sonar y corrí para responder.

Sonó la voz de mi padre, que dijo un parco «felicidades». Tras cruzar un par de frases intrascendentes dijo que llegaba tarde al consultorio y me emplazó para la noche.

Cuando mi madre se puso al teléfono exhaló un largo suspiro.

—Ya ves… Tiene prisa —dijo con disgusto—. Bueno, hija, treinta añazos.

Estaba tejiendo un abriguito para mi sobrino. Azul claro, con ribetes blancos y botones nacarados. Una preciosidad. En la tienda de labores le habían vendido una lana muy cara, cuarenta euros el ovillo, ¿qué me parecía? Creía que la habían timado. Aquella lana hacía borlas. Lo había comprobado a medida que trabajaba. Lo peor era que ya había tejido tres cuartos del jersey. Si se hubiera dado cuenta antes, la habría devuelto. ¡Buena era ella para que le tomaran el pelo! Además, quería enviarlo a tiempo para que mi sobrino lo recibiera el día de su santo. Ya le gustaría a ella entregárselo personalmente. ¡Estaba tan rico! Pero mi padre se negaba a ir a Houston. ¿Por qué le gustaría tan poco viajar? Decía que no podía dejar la consulta. ¡Excusas! ¡A ver si el mundo iba a detenerse porque se marchara! Él le daba largas diciendo que irían en agosto. Ella sabía que si no lo achuchaba, no se moverían de casa. ¡Con lo que le costaba a mi padre apartarse de sus libros! ¿Por qué sería tan pesado? Un tostón, eso es lo que era mi padre. Y más raro que un perro verde. Ni un cine, ni un teatro, ni un mísero fin de semana. Estudiar, estudiar, estudiar. ¿No sabía hacer nada más?

En los momentos en que mi madre se disparaba solía dejarla hablar, sabía que lo necesitaba. Normalmente, ella misma se iba apaciguando con su propio discurso. Al final incluso se desdecía y yo aprovechaba para terminar de calmarla.

Esa mañana le recordé la cena que habíamos organizado por la noche. Y algo tan sencillo como el traje que se pondría le hizo olvidar su berrinche. Luego me preguntó por Gonzalo. No le hizo tanta gracia como a Valeria que Gonzalo no estuviera conmigo el día de mi cumpleaños.

—Deberías atarlo más corto —me aconsejó.

No me reí de su sentencia por no desairarla.

Después de colgar, mientras llenaba el depósito de la cafetera, pensé en lo difícil que era vivir en pareja. ¿Dónde estaría la clave del equilibrio entre dar, exigir y tolerar? ¿Dónde? Tal vez no existiera y cada cual sobrevivía como podía. Las relaciones humanas se me antojaban un combate igual, exactamente igual, que los deportes de competición.

Fui consciente de ello una tarde de otoño que Valeria, Emma, Alejandra y yo asistíamos al partido de tenis que lidiaban Carlos y Gonzalo en la pista de cemento de Sa Punta. Hacía ocho meses que Gonzalo estaba instalado en Barcelona. Todos habíamos acudido a la finca aquel fin de semana. Nos lo había pedido Valeria. Era su aniversario y decía que el mejor regalo que le podíamos hacer era celebrarlo en familia. No sé cuántos años cumplía, hacía tiempo que la edad de Valeria se había convertido en un tabú. Aunque mantenía impecables su arreglo y compostura, había perdido aquel aire de *femme divine* que tanto me había turbado durante la adolescencia. Y ella lo sabía. En aquellos días decía que la temperatura la estaba matando, y no era para menos. A todos nos afectaba aquel calor a destiempo. Estábamos a finales de noviembre, pero parecía que nos encontráramos en plena canícula sumidos en un bochorno denso, húmedo, atosigante.

Llevábamos un buen rato siguiendo el juego sentadas en un banco. Gonzalo ganaba holgadamente. Tenía una técnica excelente. En el primer set había ganado seis a cero sin dificultad y llevaba dos juegos ganados del segundo. Iban por el tercer juego. Él lanzó una pelota que cayó justo detrás de su padre y cantó ventaja de saque a su favor.

—¡Abusa ancianos! —gritó Valeria.

En Gonzalo se dibujó un gesto de contenida satisfacción.

Siempre que presencio un partido de tenis me viene a la cabeza la película *Match Point*. Especialmente la primera escena, la que recrea la imagen de una pelota que queda oscilando durante unos segundos al filo de la red mientras una voz en *off* expone, con modulación radiofónica, una teoría sobre la versatilidad de las contingencias.

Gonzalo conocía la técnica para provocar ese tipo de voleas. Decía que a veces le salían bien y otras no.

—Si logro meter una jugada como esta pido perdón al contrario —me contó una vez—. «Te jodes», pienso por dentro.

—Suena impúdico —le dije ese día riendo.

Gonzalo lanzó una bola *liftada* que Carlos apenas vio.

—Este niño se está pasando —comentó Valeria.

Tenía razón. ¿A qué venía aquella exhibición? Gonzalo era infinitamente mejor tenista que Carlos, ¿hacía falta que lo vapuleara? Los veía lidiar y me invadía una ligera sensación de absurdo. Ese gesto de concentración que se dibujaba en sus rostros en el momento del saque, como si de ello dependiera la salvación o condena definitiva, un poco amenazador en el que se disponía a sacar y expectante, inquieto, preparado para reaccionar en el contrincante. Esa sacudida rápida que ponía sus músculos en tensión cuando la pelota se ponía en marcha mientras ambos intentaban calibrar, en décimas de segundo, lo que el contrario pensaba hacer. Ese precipitarse a responder y ese baquetear la bola, a uno y otro lado, prohibiéndose errar. Un error equivalía a un punto menos. Un punto que lo situaba en una vertiginosa pendiente hacia el fracaso. Por supuesto, ninguno de los dos quería perder. Se notaba en la atención de su mirada, en la seriedad de su faz, en la crispación.

Todos andábamos un poco crispados esos días, igual que aquella atmósfera asfixiante que se empeñaba en cortejarnos. Gonzalo se había tomado los ocho meses que llevaba instalado en Barcelona para madurar sobre su futuro laboral. Decía que no corría ninguna prisa. Por supuesto, descartaba contratarse como empleado. Había valorado varias y muy diferentes posibilidades. De Courchevel regresó con la intención de crear un sistema de servicios relacionados con los deportes de invierno. Decía que los Pirineos estaban flacos en infraestructuras si se comparaban con los Alpes. Después de pasar un fin de semana en una finca de Extremadura, invitado por un amigo veterinario, acarició la idea de orientarse hacia el área de la salud animal. Algo relacionado con el ganado equino. Lo último que se le había ocurrido era un proyecto relacionado con la restauración. Nada de trajinar con menús. Los alimentos eran un material caduco.

—Compras lubinas y todos te piden solomillo —decía.

Lo rentable eran las copas. Sí, las copas. Abrías una botella de *whisky* y multiplicabas su precio por diez o quince. Sería una excelente idea montar una sala de fiestas.

Ideas no le faltaban; unas parecían buenas; otras, un tanto fantasiosas. En cada uno de los casos seguía idéntica pauta. Al concebir un proyecto se llenaba de entusiasmo. Hablaba sobre ubicaciones, estudios de mercado y balances de rendimiento. Después se sumergía en un periodo esquivo durante el que apenas mencionaba el proyecto. Nada más respondía con monosílabos escurridizos si le preguntaba por los avances. Aquél era el síntoma de que la idea estaba haciendo aguas. Yo lo corroboraba cuando un día lo oía hablar sobre un nuevo proyecto y al preguntarle por el anterior me miraba como si no lo recordara.

—Ah, sí, lo de la sala de fiestas. Inviable.

Aquel periodo lo recuerdo acompañado de una eterna sensación de caminar de puntillas. Dispuesta a escuchar a Gonzalo en los momentos que su discurso se llenaba de proyectos, animosa para estimularlo y analítica para detectar posibles riesgos, preparada para la prudencia en los periodos de reflexión y presta a la comprensión cuando aquello que días antes había sido tan prometedor se desintegraba. Era como si en mis manos se encontrara el equilibrio que Gonzalo necesitaba para avanzar y de ese equilibrio dependiera nuestro destino como pareja. A aquellas alturas sentía una necesidad vital de que aquel capítulo se resolviera. Esos meses de incertidumbre estaban siendo muy incómodos. Gonzalo inactivo laboralmente era agotador. No pasaba una sola noche en que no quisiera salir de fiesta. A mí me encantaba fiestear, pero por la mañana, cuando sonaba el despertador a las siete y media, lo maldecía.

—Claro, tú no tienes que madrugar —le decía, con regusto de resaca, cuando nos citábamos a mediodía para comer en un restaurante cercano al estudio y él me anunciaba que aquella noche nos habían invitado a tal o cual inauguración.

Él se había levantado tarde, había pasado un par de horas en el gimnasio y se presentaba ante mí sonriendo, recién duchado, como un brazo de mar, mientras yo consumía aspirinas sin dejar de bostezar. No eran únicamente las salidas nocturnas lo que me tenía

en vilo. Lo que más me urgía era resolver el tema de la vivienda. Llevaba demasiado tiempo acariciando la idea de independizarme sin acabar de decidirme. Cada vez que me lo cuestionaba pensaba en la soledad de mi madre y en su necesidad de mí. Sabía que no llevaría bien mi marcha. Necesitaba una excusa que me espoleara.

En aquellos momentos veía lejano vivir con Gonzalo. Al llegar a Barcelona, Ignacio lo invitó a que ocupara su apartamento durante el tiempo que deseara. Ni siquiera le habló de compartir gastos. A Gonzalo le pareció una idea estupenda. Aunque aquello me supuso un pequeño disgusto, porque había imaginado que él alquilaría un apartamento que en breve sería nuestro, lo admití sin reproches. Por supuesto, me quejé de que en aquellas circunstancias nos resultaría muy difícil encontrar momentos para estar solos. Gonzalo dijo que no me preocupara, que aquel acuerdo sería temporal. No quería meterse en dispendios hasta que no hubiera resuelto su vida laboral. Tal y como la expuso, la opción me pareció coherente y prudente, atípicamente prudente en él. Sería cuestión de tener paciencia. Tampoco me seducía vivir con un hombre al que tuviera que mantener. Gonzalo iba justo de dinero. Al marcharse voluntariamente de Mister Payne Gallery no había cobrado finiquito y no tenía un solo céntimo ahorrado.

Me estaba diciendo que era imposible que Gonzalo hubiera ahorrado algo con la vida que llevaba cuando oí a Carlos protestar.

—¿Quieres dejar de hacer gansadas? —dijo a su hijo.

Carlos se quejaba de que Gonzalo, desde el campo contrario, imitaba su golpe de revés. El revés de Carlos era bastante precario y Gonzalo lo exageraba.

—Siento desconcentrarte, padre —dijo Gonzalo con guasa, agarrando la raqueta con ambas manos para indicar que se preparaba para recibir el ataque.

Carlos sirvió su saque y continuaron el juego. Mientras los veía disputar pensaba en lo mucho que se parecían y en lo diferentes que eran. No podía evitar compararlos cada vez que los veía juntos. Idéntico colorido, gestos y cadencia, incluso su forma de mirar y el volumen de la voz eran exactamente iguales, sólo que los rasgos de Carlos se veían consolidados. En cambio, en Gonzalo se manifestaban con menos cohesión y lo convertían en una versión joven o inmadura, tal vez en una especie de plagio, de su padre.

—¿Necesitas oxígeno? —preguntó Gonzalo desde su campo después de colarle a Carlos un mate.

Carlos no respondió. Solamente le lanzó una mirada torva en la que se leía que estaba a punto de perder la paciencia. No era para menos, Gonzalo era capaz de hacer perder la paciencia a un santo. A pesar de la ilusión que nos había hecho, su regreso no sólo me había trastornado a mí. Una vez terminó la euforia por tenerlo en la misma ciudad empezaron a surgir los primeros resquemores. Sobre todo cuando pasaron los meses y Gonzalo no daba muestras de tener intención de meterse de lleno en un proyecto.

—¿No te habrás precipitado dejando la galería? —le decía su madre.

—¿No te estarás relajando demasiado? —observaba Carlos.

Gonzalo no se alteraba. Los miraba con esa sonrisa de medio lado del que lo tiene todo controlado.

—Mira que sois pesados —reía.

Durante aquellos meses le insistí a menudo que se dejara de proyectos fantasma y se metiera en el negocio de su padre. Estaba segura de que Carlos estaría encantado de que uno de sus hijos colaborara con él. En aquel momento CDtex funcionaba estupendamente. En el año dos mil corrían buenos vientos en España. Además, Carlos había sido muy hábil y se había adaptado bien a las nuevas demandas del mercado. CDtex iba en cabeza de las nuevas empresas textiles. Cada año abría nuevos mercados en diferentes puntos del planeta.

—Ni hablar —respondía Gonzalo tajante—. Mi padre sólo vive por y para su trabajo. Créeme, no es ése el tipo de vida que quiero para mí.

No negaré que Gonzalo tuviera su razón. Las jornadas laborales de Carlos no se acababan nunca y pasaba buena parte del año viajando. En los últimos tiempos se quejaba de que los viajes cada vez le pesaban más.

—Los madrugones, las esperas en los aeropuertos, los aires acondicionados, el *jet lag* —decía Carlos—. Antes ni me enteraba. Ahora me agotan.

Valeria le decía que se estaba haciendo mayor para llevar aquel ajetreo, que debería aprender a delegar.

—¿En quién quieres que delegue? —preguntaba él.

Por ese motivo pensaba que Gonzalo haría bien en introducirse en CDtex. Era el momento óptimo. Dispondría de años para formarse junto a su padre y el peso del trabajo se podría dividir entre los dos.

—Te he dicho mil veces que no —concluía Gonzalo cuando me oía insistir.

Gonzalo acababa de ganar otro juego. Tanto él como Carlos estaban empapados en sudor. Cada uno en su campo se secó la cara con una toalla, se cambió de polo y bebió agua.

—Bebe más, abuelo —gritó Gonzalo—. Te voy a machacar.

Carlos hizo como que no lo oía, aunque lo oyó, estoy segura. No le gustó. El golpe de su servicio fue enérgico y contundente. Su pelota salió rasa, directa y veloz hacia el fondo del campo contrario. Botó justo en el límite de la línea. Gonzalo estaba demasiado relajado para devolverla.

—¿Qué te parece? —dijo Carlos satisfecho.

—¡Bravo, papi! —chilló Emma—. ¡Meriéndatelo!

Emma tampoco estaba en buena racha. *Noche* solamente había durado un mes en cartelera. Creo que incluso adelantaron el plazo previsto para retirarla. Después de los discretos artículos que fueron apareciendo en prensa durante las primeras semanas, la película cayó en el olvido. Emma se quejaba del poco apoyo que ofrecían las instituciones a los jóvenes emprendedores. Ella y Mirta intentaban vender *Noche* a alguna televisión. De momento no habían tenido éxito. Creo que una cadena de poca monta acababa de ofrecerles cuatro chavos.

—Se creen que somos idiotas —decía Emma.

La anterior no fue la única buena bola de Carlos. Durante un buen rato peleó con una energía que Gonzalo no esperaba. Creo que confiaba en que su padre no tardara en cansarse y no se esforzó demasiado. Pero Carlos no se cansó. Envió pelotas imprevisibles a puntos estratégicos que consiguieron desconcertar a su hijo. Optimizó su *drive* y mejoró el revés. En poco rato remontó su puntuación. Cuando Gonzalo comprendió que era imprescindible reaccionar ya había perdido la ventaja que llevaba. Empezó a lanzar pelotas muy fuertes que caían fuera de la pista o se estrellaban contra la red.

—Papá, aprovecha —dijo Alejandra.

Alejandra seguía en el arduo proceso de intentar quedarse embarazada. En aquel periodo se había sometido a dos fecundaciones que se habían malogrado y estaba preparándose para la tercera. El efecto de los tratamientos le sentaba bastante mal. Se la veía todavía más abatida que tiempo atrás. Al final todos se enteraron de la esterilidad de Eduardo. Alejandra tuvo la debilidad de confesárselo a Emma en una noche de confidencias, y lo que había intentado salvaguardar con tanta discreción se convirtió en un secreto a voces. «Así que el problema no estaba en los horarios esclavizantes de CDtex», se dijo a menudo con sorna.

Carlos continuaba golpeando muy bien. Había logrado ganar el segundo set. Iban por el último juego del tercero y las puntuaciones discurrían muy parejas. A medida que Carlos se había involucrado en el partido se le percibía más preciso, más seguro y colocó varios buenos tantos. Gonzalo se lo estaba poniendo fácil, desde su primer fallo no había parado de cometer dobles faltas y de intentar efectos que acababan con la pelota fuera del campo. Estaba contrariado, era evidente, aunque adoptara esa actitud indolente de perdonavidas tan propia de él, como si se estuviera aburriendo un poco y lo único que justificara su presencia allí fuera aumentar la autoestima de su anciano padre.

Gonzalo lanzó una pelota *liftada* que Carlos devolvió con un golpe de *drive*. A continuación Gonzalo envió un globo y se apresuró a subir a la red. No esperaba que Carlos le devolviera una pelota rasa y veloz que ni siquiera pudo rozar.

—Empate a seis —cantó Carlos con satisfacción.

Gonzalo le hizo una reverencia que nos hizo reír.

Quedaba desempatar y acordaron reñir un juego más. Carlos dijo que se estaba haciendo tarde y pronto se quedarían sin luz.

—¿No será que te quieres escaquear? —Le embromó Gonzalo mientras cambiaban de campo.

Carlos estiró un poco el cuello y le dijo que no se riera tanto.

—Gonzalo pierde la energía por la boca —dijo Emma.

—No sé por qué está jugando tan mal —redundó Alejandra.

Valeria hizo una mueca imprecisa. Sabía perfectamente lo que le ocurría a su hijo. Yo también. Tenía mucho que ver con la discusión que habíamos mantenido aquella mañana, durante el viaje a Sa Punta. Comenzó por una pequeña torpeza que cometí yo. Digamos

que fue una desafortunada intromisión.

Estábamos a medio recorrido y él no dejaba de hablar sobre escritorios virtuales.

—¿Escritorios virtuales? —le pregunté yo.

—Sí, has oído bien —respondió él.

En los escritorios virtuales radicaba el nuevo proyecto que Gonzalo llevaba entre manos. Me lo explicaba agitado. Se lo acababa de proponer Ignacio. Decía que era un negocio muy interesante y sobre todo novedoso, con muchísimas posibilidades. El mañana estaba en manos de la tecnología. Además, su puesta en marcha apenas exigiría costes. El producto era intangible. El escritorio virtual no se encontraba dentro de los ordenadores, sino en un ente impalpable, en una especie de nube de información.

—¿En una nube?

—Lo de la nube es un símil para indicar algo que no está en un soporte físico —me aclaró Gonzalo.

Realmente sonaba a algo muy nuevo. Tanto que no entendía nada, y eso que Gonzalo ponía tanto énfasis en hacérmelo comprender que apenas miraba la carretera.

—Por favor, concéntrate —le pedí.

No me hizo caso y siguió contando. Se trataba de un producto orientado a facilitar la organización de los archivos de las grandes compañías. Una magnífica ayuda. Sería pan comido dar a conocer el sistema. Volvió a mencionar su teoría sobre que era lo mismo vender telas que obras de arte o jamones. Ignacio ya estaba buscando un local para instalarse.

—Lo mejor es que el mercado todavía está virgen.

A Gonzalo le brillaban los ojos mientras hablaba con la pasión propia de la fase inicial de los proyectos. Luego se quedó callado a la espera de mi reacción.

No sabía qué decirle. Ya era hora de que se tomara algo en serio, pero aquello no lo veía claro. ¿Qué sabía él de tecnología? Lo de las nubes me parecía tan difuso como el propio concepto que representaban, más volátil incluso que los demás proyectos que había barajado.

—Me cuesta entenderlo —dije.

Gonzalo intentó explicármelo un par de veces más sin grandes

resultados. Lo único que me quedó claro fue que su implicación estaba orientada a la actividad comercial, que tendrían pocos gastos al comienzo y que estaba entusiasmado. No era demasiado. A medida que lo oía hablar confiaba menos en que aquello fraguara. Una nube en el espacio. ¡Qué cosa más extraña! Tal vez fuera que a lo largo de aquellos meses había oído hablar de demasiados proyectos que se habían convertido en humo.

Entonces cometí mi torpeza volviendo a hablar de CDtex.

—¿Lucía, tú confías en mí? —preguntó un poco áspero.

No era eso. ¿Cómo explicárselo? Claro que confiaba en él. ¿Cómo podía dudarlo? Sólo que me parecía más práctico que se involucrara en un negocio próspero que ya estaba en funcionamiento y que además pertenecía a su padre. ¿Qué le pasaba con su padre?

Gonzalo escuchó, una vez más, mis argumentos sin rechistar. No me miraba. Sus ojos estaban concentrados en el parabrisas, que se había llenado de mosquitos reventados. Esperó a que terminara. Luego carraspeó.

—De mi padre no me gusta hablar —dijo—. Además, ¿quién te ha dicho que mi padre quiere tenerme con él?

La pregunta me sorprendió tanto como el chorro de agua que salió de repente de la base del parabrisas. Gonzalo había pulsado el mando de las escobillas, que oscilaron y aplastaron el caparazón de los insectos. Miré su perfil. Aquel perfil tan similar al de Carlos. En lugar de la indolencia que le caracterizaba, su rictus reflejaba gravedad. Una gravedad que le confería una extraña indefensión.

—A todos los padres les gusta colaborar con sus hijos —dije.

—Pues al mío no —respondió Gonzalo, activando de nuevo el sistema de limpiado.

La acción de las escobillas emitía un chirrido grimoso. Convertía el agua en una capa viscosa y sanguinolenta que emborronaba el cristal.

—¿Quieres dejar de jugar con los botones? —pedí.

Gonzalo retiró las manos de los mandos y las dejó sobre el volante.

—A sus órdenes —dijo con hastío.

Le dije que era tonto. ¿Cómo podía dudar de que Carlos quisiera introducirlo en su negocio? Lo que pasaba era que él se había

mostrado tan reacio que su padre ni siquiera se había atrevido a proponérselo.

—Te equivocas, Lucía —dijo tajante—. A mi padre lo pongo nervioso.

Motivos no le faltaban a Carlos para ponerse nervioso con él. Sin ir más lejos, hacía una semana que Gonzalo había dejado como unos zorros la puerta de su nuevo Porsche. Gonzalo se ofreció para pagar el desperfecto, pero su padre no lo admitió. Sólo le dijo que no le volviera a pedir el automóvil. «Nunca más, ¿me oyes? Nunca más».

Era lógico que Carlos se hubiera irritado en aquella ocasión. Lo que me parecía de locos era lo que acababa de decir Gonzalo. Precisamente una de las grandes virtudes de Carlos era que no juzgaba.

—Sí que juzga, Lucía. Lo que ocurre es que no lo dice. Pero se nota en la manera de mirar, en esa forma reconcentrada de contenerse, como si sufriera en silencio. Y eso, te lo aseguro, es mucho peor.

¿Que Carlos juzgaba? Gonzalo no estaba bien de la cabeza. Que me diera un ejemplo. A ver si lograba entender algo.

—¿No percibes que en cuanto tiene oportunidad se me quita de encima? ¿Quién se empeñó en enviarme a Londres? Dime, ¿quién? Yo no era más que un crío.

Gonzalo se volvió un instante y me clavó la mirada. Tenía los ojos enrojecidos. Me incomodó verlo tan alterado.

—Eres injusto —dije—. Efectivamente, eras un crío. Un niño malcriado. Mira lo bien que te ha ido. Te has cultivado, has aprendido idiomas, has establecido contactos y sabes lo que es vivir solo. ¿Qué más quieres?

A aquellas alturas de la discusión había empezado a sudar. Gonzalo también sudaba. Lo notaba en las pequeñas gotas que chispeaban en la punta de la nariz. Busqué en la guantera un paquete de pañuelos de papel y le ofrecí uno. Él lo atrapó al vuelo sin darme las gracias. Siguió rememorando aquellos episodios que yo me sabía de memoria. Su padre no lo iba a ver jugar los partidos de futbol del colegio ni asistía a sus fiestas de cumpleaños, ni tan siquiera le había enseñado a montar en bicicleta.

—¿Sabes cuándo intentó hacerse mi amigo? ¿Lo sabes? Cuando

empecé a salir por las noches. Entonces me sugería que nos fuéramos juntos de copas. Vaya plan. ¿Qué se supone que teníamos que hacer? ¿Ligar juntos? ¿Presentarme a sus amiguitas? Muy divertido. Hagan apuesta, señores, a ver quién liga más. ¿El padre? ¿El hijo?

Luego se pasó el pañuelo por la nariz.

Algún rumor me había llegado sobre las infidelidades de Carlos. Nunca le había dado demasiada credibilidad. Tenía éxito con las mujeres, era innegable, pero mimaba mucho a la suya y a ella no se la veía afectada. Además, no era yo quién para juzgar. Mientras sacaba otro pañuelo para mí le dije que era un exagerado. Seguro que lo único que quería su padre era buscar un punto de conexión para hacerse amigo de él.

—Lo que ocurre es que lo tienes idealizado —dijo agitado—. Él, tan elegante, tan afectuoso, tan buen conversador, tan responsable, tan trabajador, tan fiel a sus principios. La perfección apesta.

Me quedé un rato en silencio. Pensaba que, sin necesidad de cavilar demasiado, podría añadir un montón de virtudes a la lista que enumeraba. Gonzalo me miraba por el rabillo del ojo. Tal vez yo tuviera idealizado a Carlos, ¿y qué? Precisamente me encantaban los atributos de Carlos que a su hijo tanto molestaban. De pronto sentí que necesitaba aire y abrí la ventanilla. Me llegó un penetrante olor a tierra mojada que me reconfortó parcialmente. Pensé que no valía la pena que nos alteráramos por discutir si Carlos era mejor o peor. ¿Qué más daba? No debía de ser fácil ser hijo de un hombre como él.

—¿Y qué me dices de… —había empezado a decir Gonzalo cuando le coloqué la mano en la boca para silenciarlo.

—Ya está —dije en un susurro.

Los ojos de Gonzalo me miraron desconcertados; interpretaron con rapidez.

—De acuerdo —dijo.

Gonzalo abrió su ventanilla y aspiró una porción de mañana. Coloqué una de mis manos sobre la suya. Él suspiró. Después extendió el brazo y me acarició el cabello. Estuvimos sin hablar durante un buen rato, inmersos en la misma calma que sucede a las batallas. Pensé en lo torpes que son las palabras.

Al cruzar el umbral de la finca, Gonzalo rompió el silencio con

suavidad. Únicamente le quedaban dos cosas por pedirme. Me las pedía por favor.

—Confía en mí y no vuelvas a sugerirme que recurra a mi padre —dijo despacio.

Prometí que lo haría y me propuse cumplirlo.

Aquel último juego estaba resultando muy reñido. Carlos mantenía su estrategia y estaba dando mucha guerra. Gonzalo había entendido que era preferible arriesgar menos. Sin embargo, la confianza en sí mismo había mermado tanto que había perdido la capacidad de reacción. Le tocaba sacar. Me miraba de tanto en tanto haciendo botar la pelota con la raqueta.

—Adelante, Gonzalo —lo animé.

Él ejecutó un servicio tan preciso que su pelota fue rauda y directa justo al límite del campo y Carlos no la pudo devolver.

Gonzalo alzó el puño y yo le devolví el gesto. Luego marcó un par de tantos estupendos.

—A buena hora Gonzalo se dispone a lucirse —comentó Emma.

Asentí con la cabeza, aunque algo me decía que había llegado tarde.

Estaban en el que podría ser el último tanto. Gonzalo llevaba un punto de ventaja sobre su padre y le tocaba sacar. Su servicio fue prudente. Carlos contestó con un globo que a Gonzalo no le costó devolver. Pelotearon un buen rato. Gonzalo había recuperado la tranquilidad, a Carlos se le veía cansado. De pronto percibí un brillo un poco ladino en los ojos de Gonzalo mientras esperaba a que le llegara la pelota que su padre acababa de enviarle. Fueron sólo unas décimas de segundo las que necesitó para acercarse a la bola, lanzarla con un suave quiebro de muñeca y situarla sobre la red. La pelota quedó oscilando durante unos instantes como una peonza. En cada vuelta perdía una porción de energía. Todos contuvimos la respiración. La pelota se decantó hacia el campo de Gonzalo. Fue una caída mustia, semejante a un desmayo.

—Lo siento, hijo, podría haberte salido bien —dijo Carlos.

No sé qué debía de pensar Gonzalo cuando erraba una de aquellas voleas. Tampoco sé lo que pensaba Carlos cuando el tanto se marcaba a su favor. Solamente sé que a continuación Gonzalo cometió dos dobles faltas seguidas y que Carlos, sin demasiados

aspavientos, se proclamó vencedor.

Capítulo 12

Cuando me despedí de mi madre y miré el reloj eran ya las diez y media. Tuve que empezar a correr. Por suerte, Blanca llamó al poco rato para avisarme de que mi clienta se retrasaría.

—¡Bien! —dije.

Hacía poco que Blanca trabajaba en el estudio. En la época que Lola lo agrandó también amplió la plantilla. Contrató a una becaria para que ayudara a la secretaria y me habló de incorporar a un par de decoradores. Propuse a Samuel y a Blanca. Los conocía bien, no en vano habíamos estudiado juntos interiorismo y sabía que eran responsables y creativos. A Lola le gustaron y ellos estuvieron encantados de colaborar con una decoradora de prestigio. Así que mi lugar de trabajo se había convertido, además, en una reunión de amigos.

—Una hora —puntualizó Blanca.

Después de arreglarme, mientras bajaba las escaleras de mi casa, Marlén subió a mi encuentro. Me explicó que habían llegado tres nuevos centros de flores.

—Los he dejado en el recibidor —dijo.

Al dirigirnos a la entrada le sugerí que los trasladara al salón.

—Pesan mucho —se quejó.

Miré el reloj una vez más. Todavía me quedaba algo de tiempo. El retraso de la clienta me iba de perlas.

—Yo la ayudaré —dije, deteniéndome en el descansillo para contemplar el recibidor.

Aquella mañana la estancia me pareció un jardín. Un desbordante jardín. Azulinas, gladiolos, lirios, tulipanes, rosas de pitiminí, petunias, gardenias, girasoles, todas tan diferentes con sus perfiles irrepetibles y aquella explosión de color. Crucé el vestíbulo y avancé hacia las flores con intención de recoger las tarjetas de

felicitación. Al acercarme me llegó una mezcla de olores dulzona y empalagosa que me obligó a detenerme de golpe.

—¿Le pasa algo? —preguntó Marlén.

—No —mentí, haciendo esfuerzos por sobreponerme.

Como vio que no me movía, Marlén se acercó a los centros, recogió las tarjetas y me las entregó. «Gonzalo, Lola» leí distraída intentando controlar el efecto que me producía aquel aroma penetrante que se clavaba en el olfato y me llenaba la boca de saliva.

—¿Los movemos? —sugirió Marlén.

—Bien —dije sin demasiada convicción.

Tragué saliva e intenté no respirar. Avancé unos pasos hasta encontrarme en el centro de la habitación. Fue entonces cuando sentí un conato de náusea. Marlén ya estaba intentando levantar el centro que había enviado Valeria y me dio lástima permitir que lo hiciera sola. Me acuclillé junto a ella, cargamos el canasto entre las dos y nos dirigimos al salón. Mi solidaridad le sirvió de poco a Marlén: sólo traspasar la puerta del recibidor sentí la primera arcada y tuve que abandonarla bruscamente sin dar ninguna explicación.

Tres años atrás, el invierno que siguió a aquel otoño tan denso también irrumpió con brusquedad. Afortunadamente, trajo consigo la resolución de algunas de las cuestiones que tanto nos habían trastornado. Debía de ser que necesitábamos el efecto vivificante del frío que limpiaba la atmósfera y nos devolvía las ganas de movernos.

A principios de enero, tras cuatro intentos de fecundación fallidos, Alejandra se quedó embarazada.

—Gemelos —canturreaba exultante después de la primera ecografía.

Ninguno de nosotros lo decía, pero todos nos esforzábamos en creer que aquel embarazo gemelar tendría la capacidad de sobreponerla a ese matrimonio carcelario que tan sumisamente aceptaba.

Emma, por su parte, tras pasar una temporada atiborrándose de chocolate y bollos, había asimilado el fracaso de *Noche*. Fue importante para ella. Carlos le decía que aprender a aceptar las

decepciones era una forma de crecer. Emma daba muestras de estar camino de ello. Vendió la película a un par de cadenas de segundo orden a un precio irrisorio, sin quejarse, y empezó a idear la producción de un cortometraje.

—A grandes males, grandes remedios —decía.

Durante un tiempo estuvo bailando el agua a su padre para que la ayudara a costear los gastos. Carlos, receloso de los impulsos cinematográficos de su hija, le sugirió que buscara otra fuente.

—Te producirá más satisfacción si lo consigues por tus propios medios —le dijo.

Creo que Carlos hizo bien en no ceder. Emma no tardó en ponerse en contacto con organismos institucionales y privados que pudieran interesarse en sus ideas. A medida que gestionaba las entrevistas se le veía más ilusionada.

En cuanto a Gonzalo, ¿qué decir de él? Por suerte, mis pronósticos sobre la inconsistencia de la idea de los espacios cibernéticos no se cumplieron y, en pocos días, Ignacio y él se pusieron a trabajar en el proyecto. En realidad no era una empresa tan descabellada como me pareció al principio. Ignacio había estado trabajando en un centro de alta tecnología, disponía de contactos y de conocimientos sobre la materia. Me gustaba verlos dirimir. Con el tiempo también comprendí el concepto del producto que manejaban. Los escritorios virtuales no eran más que una base de datos que controlaba una empresa madre que disponía de un sistema tecnológico muy sofisticado capaz de actualizar los ficheros de las grandes compañías y hacer copias de seguridad con inmediatez. La labor de Gonzalo e Ignacio radicaba en crear una red comercial en España.

Una vez comenzaron a colaborar pensé que formaban un buen equipo. Incluso me reproché haber sido tan alarmista en relación con los tiempos que Gonzalo había necesitado para ponerse en marcha. La verdad es que había apurado hasta el límite. Cuando montaron el despacho ya se había quedado sin fondos y tuve que prestarle dinero para sufragar su parte. Por supuesto, no le sugerí que se lo pidiera a su padre. Por fortuna, no fue demasiado costoso: sólo el alquiler de los dos primeros meses, parte de la fianza del local y los gastos de constitución de la empresa. Escubós & Doria, la llamaron.

—Suena bien, ¿verdad? —me preguntaban los dos.

Alquilaron un pequeño despacho amueblado en un edificio de oficinas que compartían secretaria. En pocos días se pusieron en acción.

—Ventajas de comerciar con un producto volátil —decía Gonzalo.

Fue precisamente durante aquella época cuando Lola decidió ampliar su estudio y me ofreció que comprara acciones del negocio. Mi inversión fue más importante que la que había necesitado Gonzalo, por eso tuve que recurrir al crédito avalado por mi padre. Tanto Gonzalo como yo anduvimos justos de dinero y muy atareados. Nos veíamos muy poco. Solíamos quedar a última hora de la tarde para correr un rato por la carretera de las Aguas. Ver Barcelona a vista de pájaro mientras generábamos endorfinas nos relajaba. Luego nos dábamos una ducha y comíamos algo en algún restaurante sencillo. A veces, ni siquiera eso. En la primera etapa de Escubós & Doria él e Ignacio tuvieron que viajar bastante. Solían regresar muy contentos. Decían que estaban haciendo buenísimas gestiones y que su cartera de clientes iba en aumento. En breve empezaron a percibir ingresos.

El día que firmaron un contrato para cuatro años con Telefónica, Ignacio, Gonzalo y yo lo celebramos con unas tapas en el barrio del Borne.

—Si logramos fidelizar tres o cuatro clientes como éste, pronto podremos tumbarnos a echar una siesta —dijo Gonzalo, alzando una copa.

—No lo veas tan fácil —replicó Ignacio.

—No seas agorero —le recriminó Gonzalo.

Ignacio le respondió que prefería ser realista a construir castillos en el aire.

Gonzalo, lejos de incomodarse, respondió encogiendo los hombros y con una enorme sonrisa.

—Te advierto que es muy enriquecedor ser optimista —dijo.

Sí, para Gonzalo todo parecía sencillo. Tan sencillo como vivir cada día sin plantearse qué ocurriría el siguiente.

—Pronto podré devolverte el dinero que me prestaste —decía muy animado al explicarme los avances.

Yo le decía que no se preocupara, que no tenía ninguna prisa.

Era cierto. Me importaba poco el plazo de la devolución del préstamo. Había algo que me preocupaba mucho más, el estancamiento en que se hallaba nuestra relación. Empezaba a cuestionarme si esperar, mientras contemplaba pasar el tiempo, era lo que debía hacer.

No solía hablar de mis cuitas, sólo en alguna ocasión insinué mi impaciencia a Lola. Ella era gata vieja y le gustaba ponerme contra las cuerdas.

—A ver, Lucía. ¿Tienes claro que Gonzalo es el hombre con el que quieres compartir tu vida? —me dijo un día que nos habíamos quedado solas en el despacho.

Estábamos sentadas, una frente a la otra, ante su mesa de trabajo. El foco del techo, la única luz que en aquellos días funcionaba, iluminaba los planos y las partículas de polvo que a causa de las obras flotaron en el ambiente durante meses.

—¿Por qué me lo preguntas? —dije.

Lola tenía en la mano un lápiz de carbón, bajó la vista y se puso a esbozar garabatos en su bloc.

—Lo digo porque los hombres como Gonzalo, aunque encantadores, no suelen ser buenos maridos —respondió, levantando la mirada del papel—. Te lo dice una experta con muchas canas y tres fracasos sentimentales a cuestas.

Reí por lo de las canas y le respondí que nunca cambiaría estabilidad por pasión.

—¿Tanta pasión hay entre vosotros? —dijo con ironía, quitándose las gafas.

Cuando me hablaba en aquellos términos y me miraba de esa forma, los ojos achicados y las pupilas danzando, me hacía dudar. Una cosa era la emoción que me despertaba Gonzalo. Otra, muy distinta, el tipo de vida al que me arrastraba. La vida era divertida y trepidante con él; sin embargo, no tenía nada que ver la emoción que generaba. Por supuesto, era un sentimiento menos intenso que en la época en que dudaba de su amor y deseaba crear un vínculo con él del modo que fuera. El vínculo ya estaba creado. Lo que en otro momento punzó se había convertido en algo más sereno. Menos emocionante, también.

Le dije que cuando uno conocía a fondo a la otra persona, cuando descubría sus limitaciones, sus puntos vulnerables y

anticipaba sus reacciones, las emociones quemaban menos.

—¿Deberían quemarme más? —pregunté.

—No sé si deberían quemarte más. Lo que sería importante es que te cuestiones qué te ata a Gonzalo.

La miré unos instantes. Me entró sed y di un sorbo de mi botellín. Supongo que había muchas más razones que me ataban a Gonzalo que las que reconocía. Mi amor trascendía a él mismo. Gonzalo era él con sus señas de identidad, pero además era su entorno. Era ese especial concepto de libertad del que me había impregnado desde que traspasé el umbral de Sa Punta, el positivismo del que me embebí durante las comidas familiares, la ausencia de dramatismo en la búsqueda de soluciones y la capacidad para disfrutar de los placeres. Gonzalo era una síntesis de lo que le rodeaba.

—Lola, no me líes —respondí.

—Eso quiero —dijo Lola—. Generarte dudas para que pienses y minimices la posibilidad de equivocarte.

Levantó la vista y la mantuvo clavada en mí. Sus dedos, gruesos y con las uñas recortadas, todavía sujetaban el lápiz. Simuló desperezarse, estiró los brazos y los movió varias veces como si quisiera apartar aquel polvo que flotaba entre nosotras. Volví a beber. Lola tenía un punto de agorera que me daba miedo. Había puesto demasiada carne en el asador para plantearme, a aquellas alturas, mis sentimientos por Gonzalo. Ponerlos en duda era como echar por la borda mi juventud.

—Quiero a Gonzalo y es preciso que nuestra relación avance —dije, dejando la botella sobre la mesa.

—Pues si es así, pelea —dijo Lola.

El día de mi treinta cumpleaños, mientras me dirigía hacia el estudio, me encontré con un atasco. Llevaba prisa, las arcadas que había sufrido antes de salir de casa me habían retrasado. Maldije no haber ido en moto. El reloj marcaba las doce menos cuarto. Veía imposible llegar al despacho antes que la clienta. «Dichosa clienta», me dije. Lo peor era que mi estómago parecía una bayeta estrujada. Tenía un hambre atroz, hambre de algo muy azucarado, pero consistente. Arroz con leche o torrijas espolvoreadas con canela. Canela, sabor a canela, textura de canela, exactamente era eso lo

que me estaba pidiendo el cuerpo. Casi podía saborear aquella mezcla dulce, amarga y perfumada con toques de madera que me hacía salivar como a los perros de Pávlov. ¡Pobres perros! Menudo destino, salivando, día tras día, en una jaula de laboratorio. Hubiera pagado una fortuna por tener una pastelería a mano para comprarme un dulce. Un par de tocinillos de cielo, una porción de tiramisú o unos buñuelos de viento. Lo que fuera, con tal de que estuviera sazonado con canela. Pensé que en cuanto ventilara a la clienta me acercaría a la pastelería Foix, a pocos pasos de nuestro despacho. Buñuelos de canela espolvoreados con azúcar. Eso compraría. Casi me relamí. Estaba acariciando la idea de llamar al estudio y pedirle a la becaria que me comprara una docena de buñuelos cuando el móvil volvió a sonar.

Respondí sin ganas.

—¡Felicidades, cuñi! —dijo Emma.

—¡Oh, Emma! Qué ilusión. Gracias.

—¿Te pillo en mal momento? —preguntó.

—No —dije con hastío—, sólo me encuentras atrapada en las rondas.

Le expliqué que llegaba tarde al despacho y me encontraba fatal, pero me alegraba de oírla. Me iría de perlas hablar con ella para distraerme.

—Pues ya puedes espabilarte y ponerte bien —dijo zumbona—. A ver si vamos a tener que celebrar tu cumpleaños sin ti.

Le dije que asistiría a la cena aunque fuera en ambulancia. Emma rió. Después puso voz de misterio.

—Haces bien, porque Gonzalo se ha currado mucho tu regalo.

—¿Ah, sí?

—Claro, ¿no lo sabes? No ha parado de darle la lata a mamá para que le sugiriera ideas. Al final lo acompañó a Froushman. Dijo que allí seguro que encontraría algo que te gustara. Creo que han hecho tres excursiones a la peletería. Mamá está hasta la coronilla del regalito.

—Así que Gonzalo me regalará un abrigo de pieles —dije.

—¿No lo sabías? —dijo impostando sorpresa—. Se me ha escapado. Lo siento.

Pese a que no la podía ver, la imagine tapándose la boca con una sonrisa bailando en los ojos.

—Pues si se enteran de que me lo has contado te van a matar —dije con sorna.

—Olvídalo. No he dicho nada.

Tuve que jurarle que cuando recibiera el regalo simularía sorprenderme. En cuanto arrancó mi juramento se despidió.

Al colgar el teléfono di un largo suspiro. Las rondas todavía eran una densa y quieta selva de acero. No sé qué tenían las conversaciones con Emma que siempre me dejaban un regusto a absurdo. Esa Emma. Era muy propio de ella asumir el cargo de emisaria de secretos. Le daba igual el cariz de la noticia y lo comprometida que fuera. Lo importante era ser el centro, darse por enterada. ¿Cómo iba yo a estar al corriente del regalo de Gonzalo si lo había fraguado con su madre? ¿Con qué derecho estropeaba la sorpresa de su hermano? ¿Y la mía? Claro que me mostraría sorprendida con el abrigo que me regalara Gonzalo. Con lo que a él le gustaban las sorpresas, ¿qué necesidad tenía ella de desvelarlo?

En una ocasión Sevilla me deparó una sorpresa. Me la anunció Josete, un pedigüeño repeinado con la raya al lado. Precisamente estaba comiendo buñuelos. Fue en el abril que siguió a aquel invierno de tantísimo trabajo. Gonzalo dijo que se le estaba poniendo color de oficinista, que necesitaba un poco de jolgorio, y organizó un pequeño viaje a Sevilla. La ciudad estaba en fiestas. Sería divertido y muy relajante. Unas vacaciones más que merecidas.

—Nos lo podemos permitir —decía—. Escubós & Doria se ha convertido en una mina.

Yo sabía que aquella mina era mucho menos mina de lo que Gonzalo aseguraba. No obstante, verlo optimista me cargaba de energía. Y nuestra pequeña salida se convirtió en un oasis en medio de tanto caos.

Gonzalo también tenía amigos en Sevilla, aunque estaban tan enfrascados en su feria que, a pesar de que nos invitaban continuamente a sus casetas, nos permitieron deambular a nuestro libre albedrío. Dormíamos hasta tarde, desayunábamos despacio, paseábamos durante horas por Sierpes, Tetuán, el parque de María Luisa o la orilla del Guadalquivir. Cuando nos cansábamos de callejear acudíamos a la feria. Me encantó vivirla, sobre todo por

aquella explosión de color que irrumpía, de repente, al cruzar la puerta mayor. Los toldos de las casetas adornadas con farolillos y banderines, los lunares de los vestidos de las mujeres, las bombillas, los ribetes de las faldas, las mantillas, las peinetas, los flecos, los grandes pendientes, los claveles, los niños endomingados, los trajes y las corbatas de los caballeros, las galas de los caballos y aquellas carrozas ornamentadas con guirnaldas paseando entre la multitud. Todo reventaba, mezclándose con aroma a pescado frito, a paella y a jamón mientras la música llegaba de cualquier rincón y nos llenaba los sentidos. Me encantó aquella sensación de domingo que duraba una semana. Sobre todo me gustó la hospitalidad de los sevillanos y el entusiasmo con que vivían su fiesta. No sólo nos invitaron a sus casetas los amigos de Gonzalo, también lo hicieron los amigos de los amigos y los amigos de los amigos de los amigos. Allí era sencillo confraternizar con la gente. Comimos carne mechada, queso y lomo embuchado y bebimos vinos finos y manzanillas. También paseamos en calesa entre las calles polvorientas, saturadas de espectáculo. Incluso nos animamos a bailar alguna sevillana.

—Tendríamos que hacer más cosas por nuestra cuenta —decía yo, colgándome del cuello de Gonzalo.

Él me respondía que hablarle de aquel modo le producía un ligero escalofrío.

La última noche, después de despedirnos de nuestros amigos, nos detuvimos en los tenderetes de las gitanas que servían chocolate con buñuelos. Ya era una costumbre antes de regresar al hotel. Si uno se ha pasado el día bebiendo finos y manzanillas, los buñuelos rociados de azúcar y mojados en chocolate sientan como mano de santo. Ocupamos una mesa próxima a un organillo y alejada de las freidoras, que desprendían un intenso olor a aceite recalentado. Las gitanas también daban espectáculo con sus moños, sus claveles y sus delantales blancos y encañonados.

A nuestra mesa se había acercado un chiquillo que canturreaba y recitaba poemas de grupo en grupo. Era un crío renegrido, muy salado, que declamaba con lengua de trapo. Josete, se llamaba. Era hijo de una de las gitanas que tenía fama de adivina. Vestía un traje campero con chaquetilla corta y sombrero cordobés. Le iba tan pequeño que apenas podía gesticular. Gonzalo le pedía que nos

cantara algo cada noche. Luego le daba un par de monedas. Me daba lástima verlo contar, con la concentración de un financiero, el dinero que le entregaba Gonzalo. Después lo metía cuidadosamente en el bolsillo. Entonces se quitaba el sombrero, hacía una pequeña reverencia seguida de un par de palmas y reía. Gonzalo decía que, pese a su condición de pedigüeño, no le daba pena, al contrario, tan crío y tan espabilado. A mí se me escapaba un poco el alma cuando lo tenía delante. Sólo era eso, una remota fuga de la placidez interna, el escozor de los escrúpulos forjados por la conciencia de las diferencias de oportunidades, quizá también por la certeza de que yo tampoco haría nada para evitar que aquel pequeñajo siguiera mendigando.

Ese día, Josete se empeñó en leerme la mano. Yo se la extendí y él entornó los ojos para examinarla con atención. Habló de una larga vida y de mucho trabajo.

—Veo una sorpresa en las alturas —añadió muy concentrado—. Una sorpresa que te hará llorar.

Gonzalo, mientras se hurgaba un bolsillo, le dijo que no fuera aguafiestas. Josete tomó el dinero que le entregó Gonzalo y respondió que él sólo decía lo que leía. Luego hizo un gracioso requiebro y se escabulló.

A la mañana siguiente, al despertarme, Gonzalo no estaba en la habitación. Me extrañó que se hubiera levantado tan pronto. Nuestro avión saldría a última hora de la tarde y habíamos hablado de dedicar aquel día a holgazanear. También me sorprendió que no me hubiera revuelto el pelo hasta arrebatarme el sueño. Era lo que solía hacer en cuanto abría los ojos. Pensé que tal vez se hubiera vuelto considerado y hubiera decidido dejarme descansar.

Imaginé que estaba desayunando y, después de ducharme, acudí a su encuentro, pero no estaba en el comedor. El chico de recepción me informó de que, un par de horas antes, Gonzalo había pedido un taxi. Bastante intrigada, ocupé una de las mesas.

Estaba a punto de apurar el último sorbo de café cuando Gonzalo apareció por el umbral cargado de bolsas.

—¿Ha dormido bien la señora? —preguntó, sentándose frente a mí.

—¿Dónde estabas?

—No seas impaciente —respondió.

Abriendo una de las bolsas, sacó un par de botas de montar que colocó, satisfecho, sobre la mesa.

—¿No son estupendas? —dijo al mismo tiempo que revolvía en otro de los paquetes.

—¿Por qué te has ido sin avisarme? —insistí, examinando las botas.

Eran un par de botas de caña alta, negras, de un cuero muy flexible, rematadas con tres hebillas en la parte superior. Gonzalo explicó que se había despertado temprano, con mucho apetito, y no había querido molestarme. Mientras desayunaba se le había ocurrido que podría acercarse a Arcab para ver si encontraba unas buenas botas de montar. Las suyas estaban hechas una porquería. Después se probó cascos, abrigos, pantalones y corbatas de plastrón. No había resistido la tentación de comprar un montón de cosas.

—Ya sabes… —dijo, mostrándome unos pantalones de color *beige* con refuerzos de cuero marrón en la parte interior de los muslos—. La mejor forma de evitar la tentación es caer en ella.

Sacó un casco, una fusta y una chaqueta de concurso.

—Eso es todo —concluyó, complacido.

Miré sus compras. Hice un cálculo aproximado de lo que podrían haber costado. Una pequeña fortuna si teníamos en cuenta el estado de sus finanzas y que tenía montones de fustas, cascos y prendas de montar arrinconadas en los armarios de la casa de sus padres.

—Eres un derrochón —dije sin acritud.

—He salido a mi madre —respondió con una sonrisa—. No te enfades. También tengo un regalo para ti.

—No quiero regalos, quiero que ahorres para que podamos vivir juntos —repliqué medio en broma, medio en serio.

—¿Ah, no? —dijo, dejando un par de folletos sobre la mesa—. ¿Qué te parecería sobrevolar Sevilla en globo?

Miré los folletos y luego a él. Si pensaba que compensaría el despilfarro con un paseíto en globo se equivocaba. Gonzalo no se dio por enterado. Contó que había pasado por una agencia de viajes y le había llamado la atención la oferta que presentaban. Ya había comprado los pasajes.

—Racanita, te prometo que han salido muy baratos —dijo, dándome un cachete en la mejilla.

No tardé en olvidar el despilfarro de Gonzalo. Volar en globo fue

espectacular. En el proceso de montaje la esfera se iba hinchando lentamente a medida que le insuflaban helio. Parecía un animal dormido que, poco a poco, se fuera desperezando hasta convertirse en una inmensa vela de color. Recuerdo perfectamente aquel despegue lento y suave mientras la tierra se iba empequeñeciendo a nuestros pies y el viento impactaba en nuestras caras. Y ese dejarse flotar al albedrío de las corrientes en un desplazamiento ligero, tan leve que apenas se percibía, como si en lugar de nosotros fuera la tierra la que circulara. Y aquel sonido envolvente que nos llegaba desde el suelo y nos cubría como un eco junto al bramido de los quemadores. Por encima de todo, esa sensación de poder, de dominar el mundo, de estar cerca de los pájaros. Cuando estábamos en el momento álgido del ascenso y los bosques se divisaban como diminutas motas de color me abracé a Gonzalo.

—Gracias —le dije al oído.

Gonzalo me apretó fuerte. Aunque viajábamos con el conductor, nosotros estábamos apartados en un rincón de la cesta.

—Me alegro de que te guste —murmuró.

Me separó un poco, me miró a los ojos y esbozó una sonrisa. Después metió la mano en el bolsillo de su parca y extrajo una bolsa pequeña y alargada de papel marrón. Me la entregó. Le temblaba ligeramente la mano y su gesto se tornó repentinamente formal. Recogí el paquete y lo sostuve sobre la palma unos instantes, lo justo para calibrar su peso. Era un bulto liviano. Lo miré interrogadora.

—Ábrelo —dijo con suavidad.

El corazón me palpitaba. ¿Sería lo que imaginaba? Es intenso ese estado en que las expectativas son casi una realidad, pero todavía falta un pequeño paso para que se cumplan. La ilusión todavía no ha empezado a debilitarse porque no se ha materializado. Para prolongar el momento, acaricié, durante unos segundos, el envoltorio. Tenía un tacto suave, ligeramente granuloso. Volví a mirar a Gonzalo, que me sonrió con expectación. Luego miré el paquete: «Joyería Abrines», rezaba en la etiqueta. Es una lástima que los envoltorios a menudo denuncien su contenido.

—Se me ocurrió esta mañana en el desayuno —me explicó Gonzalo.

Intuía el mundo muy pequeño a nuestros pies mientras

desanudaba la pequeña lazada que sellaba el borde de la bolsa. Era una cinta finísima de color paja que coleteaba por los envites del viento. Abrí el orificio, metí los dedos hasta el fondo y saque una pequeña caja aterciopelada. La sostuve unos segundos, tragué saliva y apreté el dispositivo de apertura. La caja quedó abierta igual que una concha. El interior estaba forrado de una tela de seda de color nácar. Entre ambas valvas, sobre un minúsculo cojín, como si fuera una ofrenda, reposaba una sortija de oro blanco con un precioso brillante de talla redonda.

Capítulo 13

No tuve tiempo de llamar al despacho para que me compraran buñuelos. Las rondas se despejaron de repente y pude tomar la salida de Sarriá. A aquellas horas apenas había circulación por la avenida Foix y las calles lindantes. Tomé atajos y me salté semáforos en rojo mientras mi estómago se iba retorciendo. A las doce y seis minutos entré como una tromba en el estudio. La clienta me esperaba paciente conversando con Blanca.

—Ya está aquí —dijo Blanca, aliviada.

—Lo siento —dije.

—No tiene importancia —me aseguró la clienta.

Afortunadamente resultó ser un encanto. Tenía muy claras las cuestiones básicas de su demanda. Qué estilo deseaba imprimir, de qué presupuesto disponía y qué esperaba de nosotras. Pensé que sería muy fácil trabajar con ella. Como me había anunciado Lola, el proyecto que presentaba era muy suculento: una casa de campo de dos mil metros cuadrados para convertirla en residencia rural. Los cambios arquitectónicos estaban resueltos y tenía prisa por meterse en los interiores. Mientras duró la reunión me encontré relativamente bien. Cuando la despedí volví a sentir aquel runrún en el estómago. Me hubiera acercado con gusto a Foix para comprarme los buñuelos con los que llevaba soñando toda la mañana, pero Blanca y Samuel habían desaparecido, y la becaria, que solía concluir a mediodía su jornada laboral, me dijo que tenía prisa.

Mientras esperaba a que llegara alguien para ocuparse del teléfono, aproveché para poner en orden las notas que había tomado sobre el proyecto, pero me sentí incapaz de terminar la tarea. Sólo deseaba comer algo. Miré unos minutos a través de la ventana. En la calle no se divisaba un alma. En vista de que ni

Samuel ni Blanca daban señales de vida, me acerqué al *office* y busqué en la alacena algo que comer. Encontré una bolsa de medialunas que estaba abierta. No era lo que más me apetecía, pero no tenía opción. Saqué una, le di un mordisco y mastiqué lentamente. Al principio, el sabor a edulcorante me agradó. Pronto la áspera textura de las harinas industriales me impregnó el paladar y me dio asco. Lo escupí en una servilleta de papel y lo tiré a la basura. Después me entró una especie de fatiga y resolví que necesitaba descansar. Regresé a recepción y me acomodé en el sillón de la entrada. Era un orejero blando y mullido con un respaldo muy alto. Apoyé la cabeza sobre el reposacabezas y puse los pies sobre el puf. En aquella postura me encontraba mucho mejor. «Menuda mañanita», me decía mientras los músculos se aflojaban y los párpados me empezaban a pesar. Era extraño. Tan extraño como el sopor que me estaba invadiendo, como esa especie de bruma que avanzaba lenta sobre mi conciencia, como aquella blandura en la que me sumergía y que tanto se parecía a la suavidad del vuelo de los aviones cuando cruzan las nubes.

Dos años atrás, desde mi butaca de la compañía Thai, tuve la sensación de que estaba a punto de tocar las nubes. No las nubes que desfilaban ante mi ventanilla como si fueran retazos deshilachados, sino un estado vaporoso, plácido, casi sublime. Gonzalo dormitaba a mi lado, recostado sobre mi hombro, convertido en mi marido. ¿Felicidad? ¿Era eso lo que sentía? No sabía, ya entonces la felicidad me parecía un concepto demasiado impreciso para identificarlo. De lo que estaba segura era de que sentía paz. Y es que los últimos meses, los que nos ocuparon preparar mi boda, habían sido largos, agitados, casi demenciales. Gonzalo se empeñó en, ya que había decidido casarse, hacerlo cuanto antes.

—No vaya a ser que me arrepienta —amenazaba.

Y fijamos fecha para el penúltimo sábado de septiembre.

Sólo dispusimos de cuatro meses y medio para encontrar iglesia, un lugar donde celebrar el banquete, elegir trajes, elaborar listas de invitados, probar menús, encargar centros de flores, seleccionar piezas musicales, probar peinados, tocados y maquillajes, contratar fotógrafos, coro y orquesta y más cosas que seguro que me olvido.

Si a esto le sumamos la tarea de encontrar vivienda, reformarla y pretender tenerla lista para aquella fecha, no era raro que en más de una ocasión me encontrara deseando que las horas se multiplicaran.

—Podríais haberlo planeado con más tiempo —me decía mi madre—. Cualquiera diría que te casas encinta.

Afortunadamente, Valeria me ayudó mucho. Recorrió locales, floristas, *caterings* e iglesias. La información de sus pesquisas llegaba a mí completamente cribada.

—He pensado en un coro góspel para la ceremonia. Es infinitamente más original que cualquier orfeón. Queríais una boda diferente, ¿no?

Yo le decía que sus propuestas me parecían estupendas. Me aligeraban trabajo y estaba segura de que su gestión sería impecable. A veces me preocupaba que se escapara de nuestro presupuesto, pero ella decía que los gastos corrían de su cuenta.

En lo único en que me mantuve firme fue en celebrar la ceremonia religiosa en la iglesia de mi antiguo colegio. Era una capilla que me traía recuerdos muy entrañables. Además, me apetecía que las pocas religiosas que quedaban de mi infancia asistieran al acto.

—Buena idea —dijo Valeria—. Nos vincula a todos.

Cuando se lo expliqué a mi madre, hizo un arrumaco de desaire.

—Suerte que a la señora le ha parecido bien que te cases en tu colegio.

Siempre hay ofensores y ofendidos cuando los nervios están a flor de piel. Pobre mamá, fue un periodo duro para ella. Preparar mi marcha, saber que se quedaba sola. A veces la descubría mirándome con fijeza, como si intentara retenerme en su retina, como si viera un poco más allá de las líneas de mi cuerpo. No me veía, estoy segura. Vete a saber por dónde discurrían sus pensamientos.

—¿Mamá? —le decía, pasando la mano por delante de sus ojos.

Ella se sobresaltaba.

Mi padre también se quedaba ensimismado de vez en cuando. En su caso me sorprendía menos. Alguna vez me hacía alguna pregunta concreta.

—¿Contáis con suficientes ingresos para vivir?

Yo le respondía que más o menos. Él me miraba con aquella expresión indescifrable que tanto podía expresar la más honda preocupación como el mayor de los desapegos.

—Bien, bien —decía.

Igual que Carlos, sólo se pronunció al saber que estábamos buscando una casa unifamiliar para alquilar.

—¿No te parece un exceso? —preguntó.

No supe bien qué responder. Eso mismo le había dicho yo a Gonzalo. Como a mi padre, aquella decisión me preocupaba. Tenía en mente la devolución del crédito y sabía que no encontraríamos ninguna casa que no exigiera reformas, aunque fueran las mínimas. ¿Qué pasaría si más adelante no podíamos mantenerla? ¿No sería preferible meternos en un proyecto más asequible?

—¿Te ves viviendo en un cuchitril de barrio? —Se reía Gonzalo —. Además, yo necesito espacio para respirar.

Contagiada de la euforia de Gonzalo, empecé a buscar vivienda. Me costó poco dar con la que me flechara. Una casa a cuatro vientos, llena de luz, en lo alto de una calle empinada desde la que se divisaba la ciudad. Una casa con su pequeño jardín, tres plantas, barandillas de hierro torneado en los balcones y una buhardilla amplia y diáfana que miraba hacia el Tibidabo. Fue la buhardilla lo que me animó a decidirme. Un espacio de techos altos, abierto, con grandes cristaleras. Imaginé el taller de pintura que podría montar. Instalaría una mesa larguísima donde trabajar sin apreturas y muchas estanterías para colocar los pinceles, las escarpas y las pinturas. En aquella estancia tan amplia cabrían varios caballetes que permanentemente sujetarían lienzos y láminas que se encontrarían en diferentes momentos de elaboración. De pronto me di cuenta de lo mucho que añoraba pintar y, por unos instantes, imaginé, casi percibí, aquellas sensaciones que tan olvidadas tenía. Los olores, sobre todo los olores. Porque cada material tenía un aroma diferente. Los lápices olían a madera, los óleos a aceite y las acuarelas a tierra. Por encima de ellos dominaba el aguarrás. Me di cuenta de que deseaba aquella casa igual que la deseaba Gonzalo, y a pesar de las advertencias de mi padre y de Carlos, nos embarcamos en ella.

Me ocurrió lo que suele pasar cuando se entra en reformas. Uno siempre piensa que con una mano de pintura será suficiente, pero

luego descubre que los sanitarios se ven anticuados, igual que la cocina y el revestimiento de los armarios. Lo pasé estupendo distribuyendo habitaciones, buscando materiales y telas, eligiendo colores y matándome con los operarios. Utilicé tonos cálidos para las paredes y las tapicerías de los elementos básicos. Apliqué toques de color en algunos detalles, como el marrón chocolate de los frisos del techo y las listas de los almohadones. Incluí algún mueble antiguo y revestí las ventanas con visillos venecianos. Finalmente, quedó justo como siempre deseé que fuera mi casa. Un lugar suave y cálido, repleto de rincones donde generar recuerdos, equilibrado, acogedor, íntimo y, sobre todo, mío.

Por fortuna, mientras volábamos rumbo a Bangkok, todos esos temas estaban resueltos y nuestra boda había quedado impecable. En la última semana Valeria había añadido más y más detalles hasta convertir el evento en una organización casi perfecta. Una tras otra, como en un proyector antiguo, las imágenes desfilaban por mi memoria. Los nervios de última hora, mi sobrino preguntando qué era aquello de hacer de paje, las mangas de organza de mi vestido, que aleteaban levemente, mi madre desesperada porque se había olvidado de meter un pañuelo en su bolso, la emoción de mi padre llevándome al altar, mi emoción, el larguísimo velo que amenazaba con atascarse en las ranuras de las baldosas, las palabras del sacerdote que apenas oí, los cantos del coro góspel, el avemaría que entonó la soprano, mi madre secándose las lágrimas con el dorso de la mano, las miradas de complacencia de la madre Benilde y de las demás religiosas, Gonzalo que no atinaba a colocarme el anillo, los enhorabuenas, el jaleo que se organizó para subir a los autocares, la risa de Gonzalo cuando los amigos le recordaban que él también había sucumbido a la esclavitud del matrimonio, su alegría, las palabras de complicidad que me iba susurrando al oído, la vista de aquellos jardines que parecían prados floridos donde se ofreció el aperitivo, la luz del ocaso que se cernió sobre los invitados, la panorámica de la sala de banquetes desde lo alto de las escaleras, el cono espigado que formaban los cestos de frutas que adornaban las mesas, los guiños de mis amigos, la obertura del baile, Gonzalo pisándome el vestido, los velones color magenta que iluminaron los senderos del jardín durante la noche, las copas, las bandejas de cruasanes de sobrasada que desfilaron a partir de las tres de la

mañana, las despedidas, las recomendaciones y mi hermano deseándome que fuera muy muy feliz.

Mientras nuestro avión surcaba las nubes me parecía mentira que todo aquello hubiera ocurrido solamente un día y medio antes.

Gonzalo farfulló algo.

—¿Qué dices? —pregunté.

Él se revolvió sobre el asiento y siguió durmiendo.

Lo miré. Tenía la boca entreabierta y la barbilla floja. Su respiración era suave y acompasada, como la de los niños. El sueño de Gonzalo siempre tuvo algo infantil. En realidad, en él había mucho de niño. Sus amaneceres, su entusiasmo, incluso esa forma tan simple de amarme. Pensé que sí, era felicidad lo que me embargaba mientras miraba a Gonzalo dormir a mi lado, bajo el arrullo de una manta, y lo descubría como mi marido.

La azafata me preguntó si deseaba una bandeja. Eché un vistazo a su carrito, le dije que sí, dispuse el cajetín que pendía del asiento y me la entregó.

—¿Le doy también la bandeja del caballero? —preguntó.

Miré a Gonzalo. La profundidad de su sueño no parecía indicar que en poco tiempo fuera a tener hambre. Le dije que no. Coloqué mi asiento en posición vertical y miré el contenido del recipiente. Una ensalada de judías verdes, remolacha y tomate con un salmón ahumado de aspecto más que sospechoso y un pollo guisado de color gris.

De pronto, Gonzalo gritó. Fue un grito ronco y quejumbroso que llamó la atención de los pasajeros que ocupaban los asientos próximos.

—¿Qué te pasa? —pregunté.

Gonzalo no respondió. Sólo murmuró unas cuantas palabras ininteligibles.

—¿Gonzalo? —insistí.

Estaba cubierto de sudor y resoplaba. Lo zarandeé un par de veces hasta que logré despertarlo. Abrió los ojos y movió la cabeza, desubicado. Le conté que probablemente había sufrido un mal sueño. Respiró hondo, incorporó el asiento, se apartó la manta y se frotó la cara.

—No sé qué me ha pasado —dijo con voz entrecortada.

Lola me había dicho que los viajes de novios se vivían de una

forma diferente, sabía de lo que hablaba. A lo largo de su vida había realizado tres. Más tarde, los matrimonios se le complicaban, pero por lo menos le quedaba el dulce recuerdo de tres lunas de miel. Eran viajes cargados de ilusión y de intensidad. Precisamente aquella intensidad potenciaba las percepciones y la fascinación que despertaban los lugares que se visitaban. Siempre perduraba en la mente algo de la magia que generaron.

—Disfruta —me dijo pocos días antes de que me marchara—. Cárgate de sensaciones.

En lo relacionado con los lugares que fuimos visitando, el viaje resultó tal y como Lola había vaticinado. Eran tan exóticos, tan cargados de colorido y de novedad, que sólo con contemplarlos uno se percataba de lo diverso que era el mundo. Después de haber barajado varios destinos, optamos por Vietnam, Tailandia, Indonesia y Camboya. Un mes y medio de periplo, según lo previsto. Recorrimos las calles bulliciosas de Hanói, Siem Riep, Bangkok y Bali. Nos saciamos del colorido de las frutas, de las flores exóticas de los mercados y del olor especiado que desprendían los tenderetes ambulantes. Visitamos templos dorados y vimos budas de piedra, de oro, de esmeralda y de jade. Paseamos en triciclo. Admiramos los graciosos movimientos de las bailarinas tailandesas, las delicadas curvas que dibujaban con los brazos y las manos, sus peinados increíbles y sus tocados. Escuchamos música de percusión en espectáculos balineses y nos sometimos a masajes realizados con los pies. Nos adentramos en aldeas, lagos y bancadas de arrozales. Vimos hombres y mujeres descalzos que nada más comían arroz y parecían no tener preocupaciones. Hablamos con los nativos, entramos en sus cabañas y degustamos los sabores picantes de sus guisos. Vimos juncos, peces exóticos y sampanes surcando aguas de color esmeralda. Asistimos a cremaciones, a peleas de gallos y a luchas de serpientes y nos alojamos en hoteles excepcionales donde sacudirnos el polvo que habíamos recogido en los caminos, recuperar el sentido de civilización y convertir en pintoresco lo que habíamos visto durante el día.

Fueron días intensos, saturados de sensaciones y repletos de lugares nuevos. Alguna vez contratamos a un guía particular, aunque en general nos apuntábamos a visitas organizadas para grupos. Gonzalo decía que eran más divertidas. Lo pasábamos bien,

sólo que algo falló. Empecé a percibirlo en los momentos de inactividad, cuando regresábamos de las excursiones y descubríamos ante nosotros una o dos largas horas sin hacer nada hasta la cena. Yo solía tumbarme sobre la cama con pretensión de descansar. Esperaba que Gonzalo se acostara a mi lado, sentirlo cerca y amarnos o reír o hacer planes o comentar lo bonito que había sido esto o aquello. No obstante, tan pronto como llegábamos a la habitación del hotel, Gonzalo empezaba a dar vueltas.

—¿Te ocurre algo? —le preguntaba.

—No —respondía como un animal enjaulado—. Me pone nervioso quedarme quieto.

—¿No puedes parar ni media hora? —insistía yo, indicándole su lado de la cama.

En alguna ocasión se acostaba junto a mí y me hacía un par de arrumacos apresurados. La mayoría, ni siquiera eso. Generalmente me sugería que fuéramos a tomar una copa. Yo le contestaba que no me apetecía beber con el estómago vacío. Quería recuperarme y arreglarme un poco antes de salir a cenar.

—¿Ni siquiera un daiquiri? —decía él.

A veces, con mucha pereza, terminaba accediendo. Otras no. Él me preguntaba si me importaba que se fuera solo. Yo le decía que hiciera lo que quisiera.

Generalmente regresaba muy contento, me contaba que había conocido a tal o cual persona, a tal o cual pareja.

—Te caerán bien —decía.

Casi siempre organizaba cenas con los nuevos conocidos de viaje. Muchos de ellos también estaban en su viaje de novios. Gonzalo lo pasaba bien en esas veladas. Con aquella naturalidad tan suya, desplegaba las plumas multicolores de sus abanicos.

—¡Qué marido tan divertido tienes! —Solían decirme.

Yo acostumbraba a sonreír, aunque me saturaba tratar continuamente con desconocidos, buscar conversaciones y ubicar lugares comunes. ¿Para qué, si no los volvería a ver? Solían ser cenas repletas de miradas acarameladas y de caricias públicas.

—Se me indigesta que los demás me hagan testigo de sus merengues —dije a Gonzalo alguna vez.

—Mira que eres poco sociable —respondió él.

Se me hizo difícil aceptar que Gonzalo necesitaba público para

sentirse bien. Él siempre proponía alargar las veladas y los amigos ocasionales aceptaban encantados. Nos acostábamos tarde y saciados de alcohol. Gonzalo caía como un plomo sobre la cama y yo lo miraba dormir sumido en aquel sueño profundo e inconsciente preguntándome qué tipo de bálsamo encontraría en trasnochar.

Duraba poco aquel estado. A medianoche Gonzalo se despertaba angustiado y empapado en sudor, como ocurrió en el avión.

—¿Te encuentras mal? —le preguntaba sobresaltada.

—No, no —decía él con voz entrecortada, saltando de la cama y corriendo hacia el cuarto de baño—. Duerme.

Lo oía abrir el grifo y dejar el chorro manar. No sé qué debería de hacer allí dentro. A veces el arrullo del agua conseguía hacerme dormir. Otras lo oía dar vueltas por la habitación. Si el dormitorio tenía terraza, salía un rato a tomar el aire. Si, por el contrario, las ventanas eran herméticas, se marchaba un rato. Algunas noches tardaba en volver. De regreso empujaba la puerta con cuidado para no molestarme. Era inútil. Yo me enteraba y percibía la incierta sensación de una sombra que se deslizaba en mi cama.

—¿Estás bien?

—Sí, sí, perfectamente.

Se acurrucaba a mi lado, sus brazos ciñéndome la cintura y su cabeza contra la mía, y yo me llenaba de preguntas.

En el aeropuerto de Bangkok, cuando partíamos hacia Bali, Gonzalo se agenció unas zapatillas deportivas.

—Me proporcionarán una buena distracción —dijo, mostrándomelas.

Le pregunté para qué necesitaba distracciones con la cantidad de actividades que nos iba deparando el viaje. Él dijo que añoraba la actividad física. Me gustó la idea de que cambiara las cenas en compañía y las copas hasta altas horas por el deporte. No esperaba que salir a correr se convirtiera en una obsesión. Se enfundaba sus zapatillas por la mañana, a primera hora, mientras yo todavía me desperezaba. Tardaba, como mínimo, una hora en regresar. Llegaba congestionado, sudoroso y sonriente.

—Estoy nuevo —decía.

Y juntos nos íbamos a desayunar.

También encontraba un hueco para correr por la tarde, de regreso al hotel, después de haber pasado el día circulando por los

caminos.

—¿Otra vez? —le preguntaba.

—¿Te molesta?

—No. Haz lo que quieras.

A pesar de las carreras, siguió encontrando tiempo para entablar nuevas amistades ocasionales que iban cambiando a medida que nos trasladábamos de lugar.

Una tarde, cuando regresó de correr, le pregunté qué era lo que le pasaba. Estaba tumbada sobre la cama y él se había apostado junto a la ventana abierta de la terraza. Atardecía sobre los jardines del hotel de Bali. Nuestra habitación daba a una glorieta donde cada tarde se organizaban espectáculos. Estaba a punto de empezar una representación de danza *kekac*.

—¿A mí? Nada —respondió sorprendido. Su perfil se recortaba sobre el fondo rojizo del ocaso—. ¿A qué viene semejante tontería?

—A que te veo tenso y escurridizo —dije—. A que parece que evites encontrarte a solas conmigo.

Gonzalo se quedó callado y miró por la ventana. En la glorieta ya sonaban los ritmos del *kekac*. Un coro de hombres repetía *Chak —uno— achakti —chak* como si se hubieran convertido en instrumentos de percusión.

—¿Has visto? —dijo, señalando el jardín—. Parecen monos enmascarados y están encendiendo una hoguera.

—¿Puedes responderme? —repliqué.

Gonzalo se volvió hacia mí y se apoyó en la pared.

—Ay, Lucía. Qué complicada eres. ¿Por qué darás tantas vueltas a los asuntos?

Abandonó la ventana y se sentó a mis pies. *Chak —uno— achakti —chak— a. Chak —uno— achakti —chak— a* nos llegaba desde el jardín junto a un intenso olor a tronco quemado.

—¿Te aburres? —insistí, apartando los pies.

—No.

—¿Pues qué te pasa? ¿Por qué tienes pesadillas? ¿Por qué te pasas horas corriendo como un obseso o buscando amigos que nunca volveremos a ver?

—¿Te parece mal que haga lo que me gusta?

No era eso. ¿Cómo explicárselo? Lo peor era aquel mutismo, aquella negación a aceptar que algo estaba cambiando entre

nosotros.

—¿No será que eres tú la que se está cansando de mí? —dijo.

Me miraba con seriedad. Todavía no era cansancio. Era decepción. Sospechar que Gonzalo y yo no nos bastábamos para ser felices.

—Me acabo de casar y tengo que acostumbrarme —añadió—. Dame tiempo.

Me levanté de la cama y me asomé a la terraza. ¿Tanto esfuerzo le suponía acostumbrarse a vivir conmigo? Abajo, un mundo de criaturas enmascaradas se agitaba en la vorágine de su danza. *Chak —uno— achakti…* Eran sonidos sordos, medio frustrados por la lejanía. Subían hacia mí en espiral como un torbellino dispuesto a arrollarme. Un guía nos había explicado que *kekac* representa la lucha del bien y del mal. ¿Dónde estaba el bien? ¿Y el mal? Imposible saberlo. Imposible conocer los motivos de las personas, aunque vivan contigo. Imposible saber cómo somos y cómo reaccionaremos.

Mezclada con el humo de las hogueras entró una mariposa negra. Sus alas eran enormes y opacas, las batía con lentitud. Dio varias vueltas a la estancia sin encontrar su lugar. Su vuelo tenía una belleza inquietante, como la de una viuda joven que busca un refugio para detenerse a llorar. Finalmente, se posó sobre la hoja de un bambú y allí se quedó, quieta, petrificada, como si no respirara.

Gonzalo se acercó lentamente y la agarró por las alas.

—No la lastimes —le advertí.

—No soporto los insectos —dijo, lanzándola fuera de la terraza.

La mariposa aleteó un par de veces, desconcertada. Su sombra se proyectaba en la cristalera recortada entre las llamas del *kekac*. Luego ganó seguridad, emprendió el vuelo y desapareció, dejando tras sí una estela brumosa.

Cuando todavía quedaban dos semanas para que terminara el viaje, Valeria llamó al teléfono de Gonzalo. Fui yo quien respondió. Una vez más, él estaba corriendo. Yo me había quedado en la piscina del hotel con su móvil.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí, perfectamente —mentí.

Llevaba dos horas inmersa en el libro que tenía entre las manos,

El perfume, de Patrick Süskind. Me había involucrado tanto que tenía las mandíbulas acartonadas. «Menuda mente calenturienta tiene el tal Süskind», me había dicho varias veces mientras me adentraba en el inquietante mundo de los aromas. Es probable que en otro momento el libro me hubiera perturbado menos, pero en aquellos días todo adquiría una dimensión descomunal. De nada había servido la conversación con Gonzalo. Por si fuera poco, la piscina estaba repleta de parejas que se besaban, se hacían ahogadillas o tomaban el sol con las manos entrelazadas, como si aquella actitud fuera un anticipo de su futuro.

—¿Hasta en su luna de miel tiene que hacer lo que le da la gana? —dijo Valeria cuando supo que Gonzalo llevaba dos horas corriendo.

Le contesté que en las lunas de miel había tiempo para todo y ella me comunicó que Alejandra había dado a luz.

—Dos niños sanos y fuertes.

—¡Bien! —dije.

Valeria contó que había sido necesario practicar una cesárea a Alejandra.

—Dos cordones umbilicales, cuatro brazos, cuatro piernas. ¡Un lío!

Valeria hablaba rápido. Alejandra estaba agotada, aunque feliz. Las cesáreas solían dejar a las mujeres hechas una piltrafa. Los niños eran preciosos, rubios, como la madre. Estaban en la incubadora. El médico había dicho que sería por unos días. Por supuesto, Alejandra estaba dispuesta a darles de mamar. ¡Pobre Alejandra! Dos boquitas succionando a la vez. Eduardo se empeñaba en que los amamantara. Todos estaban muy contentos. A Carlos se le caía la baba.

—Recuerdos a Gonzalo y dile que no te deje sola —dijo antes de colgar.

Cuando Gonzalo regresó le comuniqué la noticia. Traía dos daiquiris. Se había sentado a mi lado, en la tumbona doble con toldo que había estado ocupando, y se frotaba la pantorrilla.

—Así que soy tío —dijo ufano, entregándome un daiquiri.

Recuerdo que a su lado jugueteaba una pareja especialmente empalagosa. Él estaba untando con crema de coco la espalda de ella y besaba cada trecho por el que pasaba la palma.

—¿Mi madre te ha dicho si los niños son iguales? —Siguió Gonzalo, pensativo.

Le dije que no lo sabía y le conté que eran muy rubios y la intención que tenía Alejandra de amamantarlos.

—Me alegro de que se parezcan a mi hermana —dijo Gonzalo—. Aunque tengan un padre gilipollas, serán guapos. Tengo curiosidad por conocerlos.

Gonzalo había puesto una pierna sobre la mía. Dijo que tenía una contractura y me pidió que lo masajeara. Yo le friccioné la pantorrilla. Era fuerte, con un músculo duro y alargado. Una bonita pantorrilla.

—Así, muy bien —dijo, dando un sorbo a su daiquiri.

Levanté la vista. A través de la copa de Gonzalo vi a los enamorados besarse con tal pasión que casi se caen de la tumbona.

—Serán imbéciles —exclamé, golpeando la pierna de Gonzalo.

—¿Qué demonios te pasa?

Me pasaba que llevaba dos largas horas esperando a que él regresara, que *El perfume* me había puesto la piel de gallina, que me incomodaba mirar a aquella pareja, que estaba harta de beber daiquiris y de aquel simulacro de felicidad.

Gonzalo se incorporó y me rodeó con los brazos.

—No sé lo que nos está pasando —dije.

Gonzalo me meció un rato.

—¿Quieres que vayamos a ver a los niños? —susurró.

—Te mueres de ganas, ¿verdad?

Se moría de ganas. Era evidente. Yo también.

Fue un buen pretexto ir a conocer a los hijos de Alejandra para acabar la luna de miel dos semanas antes. Nunca lo reconocimos como excusa, pero lo fue. Desconocía los motivos que movían a Gonzalo. Los míos, sí. Necesitaba regresar a mi estudio, mis planos, mis amigos y mis rutinas. Era preciso que estrenara mi casa y comprobara cómo iba a ser mi vida de casada. De vuelta, en el avión, las imágenes que reproducía el proyector de mi memoria se me antojaron como estampas detenidas, un poco estereotipadas.

Nada más aterrizar fuimos directamente a la clínica.

—Ya los han sacado de la incubadora —nos dijo Alejandra, sonriente—. No tardarán en traerlos a la habitación.

Sus ojeras grisáceas contrastaban con el camisón color champán

y con los centros de flores que poblaban la antesala de la habitación. Si no fuera por aquella mirada lánguida que se había convertido en permanente, hubiera dicho que se le veía feliz.

La habitación estaba rebosante. Todos se sorprendieron al vernos aparecer.

—¿Estáis locos? —dijeron uno detrás de otro—. ¿Cómo se os ha ocurrido adelantar el regreso?

—Nos impacientaba conocer a los niños —expliqué.

—¡Vaya tontería! Si tenéis toda la vida para verlos.

Gonzalo contó varias anécdotas sobre nuestro viaje aderezadas con su particular sentido del humor. Los demás rieron. Aquel día todos tenían ganas de reír. Sólo Carlos nos contemplaba concentrado desde uno de los extremos de la sala. Su mirada fluctuaba de Gonzalo a mí y de mí a Gonzalo. Era una mirada inquieta que traté de evitar varias veces. De pronto se oyó un circular de ruedas por el pasillo, se abrió la puerta, entraron dos enfermeras empujando las cunas y, en cuestión de unos instantes, la habitación se convirtió en una fiesta de llantos, muecas y exclamaciones.

Los niños pasaron de mano en mano. Eran preciosos. Sonrosados, pelones, con la cabeza redondeada y los ojos muy claros. No habían sufrido en el parto. Estaban tersos y relajados. Estiraban las manos, minúsculas, como si se desperezaran, y abrían, exigentes, la boca igual que dos pajarillos a la espera de un gusano.

—A ver cuándo os animáis vosotros —nos dijo la suegra de Alejandra.

—Todo requiere su tiempo —respondió Gonzalo.

De aquel día recuerdo la euforia de las conversaciones, las miradas de ternura, a Eduardo dando órdenes a todo el mundo y las pocas ganas que tenía yo de hablar de nuestra luna de miel. Estábamos reunidos alrededor de la cama de Alejandra, discutiendo los parecidos, cuando los niños empezaron a berrear. Primero uno e inmediatamente el otro.

—Menudos pulmones —dijo el padre de Eduardo.

Eduardo miró el reloj y dijo que había llegado la hora de darles de mamar.

—Lo siento, señores. Tendrán que marcharse —nos dijo, indicándonos el camino hacia la salida.

La mayoría ni lo oyeron y siguieron achuchando a los niños, que a medida que pasaba el rato lloraban más. Eduardo iba echando ojeadas a su reloj de tanto en tanto. Su tic marcaba los espacios entre mirada y mirada. Temí que dijera alguna inconveniencia y desfilé hacia la salida. Fui la única que lo hizo. Cuando me di cuenta de que estaba sola me quedé a esperar en la antesala.

Carlos no tardó en abandonar el rincón donde se encontraba para acercarse a mí.

—¿Todo bien, Lucía? —preguntó.

Sentí el peso de sus ojos oscuros clavándose en los míos. Era un peso insidioso que casi me dolía.

—Sí, sí —respondí apartando bruscamente la mirada.

—¿Estás segura? —preguntó Carlos buscándome los ojos.

El corazón me latía deprisa. ¿Qué iba a decirle? ¿Qué debía decirle? ¿Que Gonzalo y yo habíamos vuelto antes porque nos aburríamos? Le aseguré que todo iba estupendamente. Alguna disonancia debió percibir entre mis palabras y el tono que las acompañó, porque hizo un gesto indescifrable con la boca.

—Sea lo que sea lo que haya adelantado vuestro regreso, no debe preocuparte —dijo sin dejar de mirarme—. Las parejas son como los engranajes de las máquinas. Es preciso que el roce lime las aristas para que se adapten.

Me gustó la frase y me agarré a ella.

—Bonita reflexión —dije.

—No es mía —confesó—. La leí no sé dónde.

En aquel momento llegaron los demás. Hablaban alto y le aseguraban a Alejandra que no tardarían en regresar.

—Eduardo nos ha echado —nos comunicó Valeria con sorna.

Y propuso que fuéramos al bar.

Capítulo 14

No sé cuánto tiempo debí de permanecer dormida aquel mediodía en el sillón del estudio. Supongo que poco; sin embargo, soñé mucho. Estaba soñando con aquel viaje fallido, con aquella vuelta silenciosa, con los llantos de los gemelos y con Carlos preguntándome si todo marchaba bien. Creo que Gonzalo contaba algo sobre las serpientes en los bancales de arrozales y Valeria decía que le encantaría que la hubiéramos llevado con nosotros en una maleta cuando me sobresaltó una presencia.

Abrí los ojos y me encontré con las caras de Samuel, Blanca y la becaria a dos palmos de la mía.

—Vaya sueñecillo te acabas de echar —comentó Blanca, divertida.

Me incorporé y sacudí la cabeza.

—Estoy rarísima —dije.

No me hicieron el menor caso y entonaron, a trío, *Cumpleaños feliz.* Al terminar, Samuel sacó un pequeño ramo de violetas.

—Nuestro presupuesto no da para más —dijo, dejándolas sobre mi regazo.

Y de nuevo aquella sensación de un aroma que me trepaba por el tabique, me recorría la garganta, se detenía en el estómago y lo revolvía. De nuevo las náuseas inexplicables y la necesidad de vomitar.

Aparté el ramo y corrí hacia el cuarto de baño. Samuel y Blanca me siguieron, preguntando qué me pasaba. A pesar de que tuve un par de arcadas, no logré expulsar nada. ¿Qué iba a sacar, si parecía que las paredes del estómago estuvieran a punto de pegarse? Al volver les dije que necesitaba comer. Ellos me contaron que habían reservado en Tram Tram para celebrar mi cumpleaños. La becaria se había ofrecido a quedarse en el estudio y atender el teléfono.

Pensé en Tram Tram; era el restaurante al que solíamos acudir en las grandes ocasiones. Estaba muy próximo al despacho. Recordé sus croquetas de *ceps,* su canelón de pintada y su *coulant* de chocolate con helado de vainilla y me relamí.

—Vamos ya —los azucé.

Mientras me ponía el abrigo, el móvil volvió a sonar. Vi en la pantalla que era Carlos. No contesté. Me sentía incapaz de demorarme un solo minuto más, aunque fuera por él.

Durante los primeros meses de casados, pensé a menudo en la reflexión que Carlos había formulado en la antesala de la habitación que Alejandra ocupó en el postparto. Analizaba los elementos que lo componían, las parejas, las aristas por limar, el roce que facilitaría su ajuste; luego estudiaba nuestra actitud, la de Gonzalo y la mía, y me decía que no había ningún impedimento para que nuestra empresa fuera hacia delante. Sin proponérmelo, me iba llenando de una tenue confianza. Y es que al principio de nuestra convivencia, pese a lo que pudiera presagiar aquel final repentino de nuestra luna de miel, nuestras aristas no fueron demasiado difíciles de limar. Es cierto que descubrí que por mucho que hubiéramos viajado juntos aquello no había sido más que un simulacro de convivencia. La convivencia llega más tarde, con las rutinas, cuando uno deja la tapa del inodoro levantada y el otro pretende que la baje o cuando a uno le molesta la luz y el otro dice que necesita dormir con la ventana abierta. Ese tipo de tropiezos no crearon ningún conflicto entre nosotros. Ambos éramos tolerantes y capaces de respetar la individualidad del otro. Además, sentirme dueña de mi casa y gobernarla a mi antojo me llenaba de satisfacción.

Aquellos meses fueron amenos y variados. Me apunté a un curso de cocina y organizamos muchas cenas para presentar nuestra casa a los amigos.

—¡Vaya casaza! —decían, contemplándola con admiración.

Yo les mostraba orgullosa cada una de las estancias.

—Éste es mi vestidor. Éste, el de Gonzalo. Esta habitación la he dejado vacía por lo que pueda llegar.

Al nombrar la habitación vacía, Gonzalo fingía accesos de tos.

Mi estudio era una de las estaciones de parada obligada. Había quedado precioso con sus techos abuhardillados, aquella invasión

de luz, las estanterías repletas de materiales nuevos y los caballetes distribuidos por la estancia ajustándose al orden que yo había establecido. Después ofrecía una pequeña muestra de mi aprendizaje culinario y nuestros amigos elogiaban mis menús.

—Lucía se ha convertido en una perfecta ama de casa —decía Gonzalo con guasa.

Como era de esperar, en lo que Gonzalo y yo encontramos serias dificultades para llegar a un acuerdo fue en lo relativo a las salidas nocturnas. Le obligué a hablarlo detenidamente e intenté pactar.

—Una noche en días laborables y al completo los fines de semana —propuse.

—Mira que eres convencional —respondió él, esbozando esa sonrisa de medio lado que le procuraba tantos laureles—. ¿Qué te parecen dos?

Al principio, durante el tiempo que los planes se mantuvieron en una frecuencia de una o dos noches en días laborables, resistí. ¿No era lo que había hecho hasta entonces? Sería mi pequeña concesión.

—No estoy segura de que te esté sentando demasiado bien el matrimonio —decía Lola con ironía cuando me veía llegar al estudio adormilada sin haber retocado aquellas ojeras de ave nocturna que denunciaban falta de sueño.

Le contaba que la noche anterior me había acostado a las tres o a las cuatro.

—Vamos, Lucía, enciérrate cinco minutos en el aseo y píntate un poco.

Yo me lavaba la cara e intentaba recomponerme. Pasaba un par de horas atontada. Una vez me había tomado el café de media mañana, me espabilaba. Si el trabajo me lo permitía, procuraba comer en casa. Hacía una siesta pequeña en el sillón, el rato que duraba el telediario del mediodía, y me levantaba nueva. Con algún pequeño esfuerzo hubiera podido continuar con aquel ritmo, sólo que el par de noches que habíamos pactado pronto se convirtieron en tres o en cuatro, según se presentaran las semanas.

—¿Y tú qué esperabas? —me preguntaba Lola cuando me oía quejarme de aquel frenesí.

Yo sabía que tenía razón y le respondía con una risa tonta. No me atrevía a confesarle que había albergado la esperanza de que Gonzalo cambiara en cuanto empezáramos a convivir. Tal vez fuera

ese uno de mis grandes errores. Nadie cambia a nadie, nadie está dispuesto a transigir, ni siquiera por amor.

A menudo pregunté a Gonzalo cómo era capaz de rendir en el trabajo.

—Uno, que tiene labia —reía.

—Eso no es suficiente —le decía yo.

—Quizá sea que el deporte me limpia la mente.

Tal vez fuera eso. Corría diariamente. Solía hacerlo por la mañana, antes de ir al despacho. A última hora de la tarde siempre apañaba algún partido de tenis. Cuando lo veía llegar sudoroso y acalorado, tirar las prendas de deporte en un barreño, ducharse con rapidez, vestirse en un periquete y disponerse a fiestear, no podía evitar pensar que la vida de Gonzalo se reducía a dos cosas: salir y hacer deporte. Y en medio de aquella vorágine, buscar algún espacio para trabajar. Aun así, los negocios no le iban mal. Aunque Escubós & Doria todavía no proporcionaba beneficios, Gonzalo, mes a mes, iba percibiendo un buen sueldo. En alguna ocasión el dinero no le llegaba a fin de mes y me pedía prestado. Ocurría poco y lo reponía rápido.

En aquellos días se desplazaba menos que antes por cuestiones de trabajo. Decía que no hacía falta, Escubós & Doria funcionaba solo. Los contactos importantes estaban hechos, sólo era cuestión de alimentarlos. Alguna vez le oí discutir con Ignacio por ese motivo. Ignacio increpaba a Gonzalo que se movía poco y Gonzalo le respondía que no ejerciera de padre con él, que ya tenía uno. Él sabía bien cómo mimar a los clientes. Luego se tranquilizaban y seguían tan amigos como siempre. A veces miraba a Gonzalo y me preguntaba cómo lograría salir airoso de la mayoría de las batallas. Me decía que sería ese atractivo que lo hacía invulnerable. Tal vez simplemente tuviera suerte.

A menudo me encontré contemplando mi estudio de pintura. Lo hacía al llegar a casa por la tarde, Gonzalo todavía no había regresado. En alguna ocasión no me quitaba ni el abrigo. Dejaba el bolso sobre la primera silla que encontraba y subía las escaleras deprisa, como si estuviera a punto de perder la posibilidad de llegar. Después me detenía en la puerta, la abría lentamente y me quedaba en el umbral mirando aquel espacio que casi se me antojaba sagrado. Los caballetes, la mesa de trabajo, los materiales.

Revisaba mis láminas y mis lienzos. Muchos de ellos todavía eran páginas en blanco y pensaba en cómo los convertiría en cuadros. En aquella época me venían muchas ideas a la cabeza. A veces incluso bosquejaba un proyecto. Al poco rato llegaba Gonzalo y me decía que tal o cual amigo nos había invitado a cenar, que nos diéramos prisa, en una hora teníamos que encontrarnos con él. Y los caballetes fueron llenándose de esbozos incompletos que parecían mofarse un poco de mí.

Como siempre me ocurrió, sólo conseguía concluir alguna obra cuando deteníamos nuestro frenesí en Sa Punta.

—Deberías pintar más —me dijo Valeria un día que estaba retratando a *Brown*.

Se había situado detrás de mí para contemplar el esbozo.

Le respondí que nunca encontraba la ocasión para hacerlo y ella se me quedó mirando.

—Pues búscalo. —Y, como si intentara justificar aquella respuesta tan brusca, continuó—. Hazme caso, pinta. Es un don que tienes. Nunca dejes de hacerlo. Las mujeres debemos mantener firmes nuestros espacios. Espacios que nos llenen y nos hagan grandes ante nuestros propios ojos. Si no nos otorgamos la importancia que tenemos, nadie lo hará por nosotras. Los hombres están metidos en otros frentes: lograr negocios importantes, conseguir poder, buscar admiración. Preocuparse por cómo nos sentimos nosotras ocupa un nivel muy bajo en su lista de prioridades. Ellos siempre consiguen sus objetivos, claro que los consiguen. Sus necesidades son tan precisas y ponen tanto empeño en ellas que serían muy ineptos si no las lograran. Nosotras debemos dividir nuestras fuerzas, eso es lo que se nos exige. Sin embargo, jamás deberíamos perder la posibilidad de sentirnos, alguna vez, grandes.

Valeria nunca me había hablado en aquellos términos. Me pregunté si ella se sentiría grande. En su tono intuí mucha fragilidad, también sabiduría.

Aunque Gonzalo dijera, cada vez que acudíamos a Sa Punta, que nos íbamos de retiro espiritual, a mí aquellas estancias me redimían. Allí se mostraba más pausado.

—Ya que te veo poco, haz el favor de no ofrecerme tu versión de «tronado» —le decía Valeria.

Ella conseguía lo que yo era incapaz de lograr. Ver a Gonzalo activo a primera hora de la mañana, dispuesto a ayudar a su madre a trasladar una cómoda o a regar las flores, me llenaba de sosiego. A veces íbamos galopando hasta el acantilado y contemplábamos aquel abismo que tantas evocaciones me traía.

—¿Te acuerdas? —le dije una mañana de mayo.

—Sí —dijo él.

Le propuse que desmontáramos y nos sentáramos en el borde del barranco. Él accedió. Cerré los ojos e intenté rescatar nuestra adolescencia. Busqué el rumor de las olas y el silbido del viento entre las hojas, pero sonaron distintos. Elevé la nariz para escudriñar el olor del salitre y del yodo mezclados con la pinaza y sentí que habían dejado de saciarme. Me quedé quieta rastreando en mi cuerpo el estremecimiento que solían provocarme las vibraciones del mar y me descubrí flemática. Abrí los ojos, me acerqué a Gonzalo, que permanecía silencioso a mi lado, y me forcé en aprehender algún resquicio de su calor. Fue inútil. Los matices que nos rodeaban habían perdido esplendor.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Gonzalo, al cabo de poco rato, poniéndose de pie.

Yo lo seguí, pensando en lo absurdo que era pretender recuperar tiempos pasados.

A partir de aquella primavera, Alejandra y su familia frecuentaron a menudo Sa Punta. Eduardo decía que el aire puro del campo sentaba a los niños estupendamente. Emma decía que ésa sería una de las razones, pero había un segundo motivo. Criar a dos bebés, sin más ayuda que una asistenta dos veces a la semana, debía de ser agotador.

—Aquí se encuentran las cuestiones domésticas resueltas. Ni menús ni limpieza y un montón de canguros siempre dispuestos —enumeraba Emma ayudándose de los dedos.

Alejandra se pasaba la vida preparando baños, cambiando pañales y dando biberones. Al final su leche no fue lo suficientemente rica para nutrir a los dos bebés y Eduardo no tuvo más remedio que acceder a que se alimentaran con leche artificial. Lo que no consintió fue contratar a una niñera. Decía que los niños debían ser atendidos por su propia madre.

En aquella época Emma dejó el apartamento que compartía con Mirta y volvió a vivir con sus padres.

—Probablemente suene a dar un paso atrás, pero tener unos papis dispuestos a pagar tus facturas es la vía más rápida para ser feliz —decía con cierto cinismo.

Aparentaba indiferencia, pero todos sabíamos que le había costado mucho tomar aquella decisión. Le faltaba solvencia. Sus proyectos se reducían a cortometrajes de poca monta, con dudable comercialización, y ello la volvía huraña. Quién más la sacaba de quicio era Eduardo, que se pasaba el día dando órdenes a Alejandra sobre el cuidado de los niños.

—Las cosas se piden «por favor» —solía recriminarle Emma.

Por suerte para Alejandra los niños volaban de mano en mano cuando estaban en Sa Punta. Hasta Emma, tan poco prolija en demostrar afecto, los achuchaba en cuanto podía. Valeria decía que era una lástima que Carlos se estuviera perdiendo aquella etapa de sus nietos.

Durante aquel año viajó mucho. Estaba por la labor de abrir una nueva línea de producción en Brasil que le obligó a ausentarse largas temporadas. Esas ausencias se notaban. Era un vacío similar al que dejaría el capitán de un barco que abandona a su tripulación en altamar. Nuestras vidas evolucionaban igual que siempre, pero se echaba de menos ese estar alerta en las necesidades, esa observación atinada en los momentos de duda, ese espíritu contemporizador que diluía las discusiones y la tranquilidad que proporcionaba saber que había alguien velando por todos.

Sí, fue una lástima que Carlos se perdiera aquella etapa de sus nietos. Los niños eran dos soles. A partir de los cinco meses sus cabecitas se cubrieron de una pelusa fina y dorada que resplandecía cuando los rayos de sol incidían sobre ellos. Eran pacíficos, dormilones y glotones, ¿qué más se podía pedir a unos bebés? Sus mejillas parecían el contorno de un melocotón y se les formaban pequeños pliegues en forma de acordeón en los muslos y en las muñecas. Eran niños que habían aprendido a esperar. Así de sencillo. Sabían que debían esperar su turno antes de comer, ser bañados o mecidos. Podían pasar horas semitumbados en sus hamaquitas intercambiando sonidos. Eran tan pequeños y se comunicaban. Me encantaba acariciar aquellas pieles tan suaves que

parecían un ovillo de algodón y sus pies, y sus manitas gordezuelas, y olerlos. Sus cabezas olían a colonia de bebé.

Muchas tardes sugerí a Alejandra que se fuera a pasear con Eduardo, durmiera la siesta o descansara un rato. Ya me quedaba yo al cuidado de los pequeños. Más que ayudar a Alejandra, deseaba tenerlos en brazos.

—Agárralos —le pedía a Gonzalo.

Él los alzaba en volandas sobre su cabeza y jugueteaba con ellos. Los niños reían y estiraban los brazos hacia él. Después Gonzalo los besaba y los dejaba en su hamaquita.

—Qué bonitos son para un rato —decía.

En aquellos días recuerdo a Valeria bastante abatida. Se notaba que tenía necesidad de hablar y muchas veces daba en el clavo.

—¿Sabes, Lucía? Me dais envidia —me dijo un día que holgazaneábamos en la piscina—. Me dais envidia porque todavía tenéis la convicción de que la felicidad os durará siempre. Un matrimonio recién estrenado, una casa nueva, la promesa de unos hijos. Creéis que cuando lleguen tocaréis la dicha. Y es probable que eso ocurra, pera será tan corta como el tiempo que preciséis para acostumbraros. Las ilusiones pasan rápido. Igual que el éxito y la belleza. Todo queda reducido a simples imágenes que alimentan los recuerdos y nos enfrentan a lo que nos hemos convertido. Mira a Alejandra, sin ir más lejos. Esa fatiga continua por la que transita. ¿Para qué? Para criar dos niños que le chuparán la energía y luego se marcharán. Desengáñate, los hijos son de uno cuando son pequeños, después son de la vida. Ésa es la ley. Tenemos hijos para regalarlos a la vida, ¿y la vida qué te devuelve a cambio? ¿Experiencia, madurez? ¿De qué sirven, si no es para anticiparte a los acontecimientos, dejar de sorprenderte y aceptar con resignación lo que tenga que venir? Una ruina, una mentira, una decepción. ¿Qué más da? Por mucho que te opongas, la vida te devorará, te dejará sin capacidad para emocionarte. Por eso os envidio. Porque todavía sentís emociones que os agitan. Aprovechadlo, es mi consejo.

Valeria soltó esta parrafada acariciando lentamente la cabeza de *Brown.* Sus uñas largas se detenían en las orejas del perro mientras él suspiraba. A continuación se quedó mirando al vacío.

—Qué rollo te he soltado, ¿no?

—No es ningún rollo —dije.

A pesar de los vaticinios más bien agoreros de Valeria sobre la maternidad, una noche descubrí que deseaba ser madre. Gonzalo me había propuesto asistir a una fiesta en Up & Down. Yo le había dicho que me era imposible acompañarlo. Tenía que presentar un proyecto la mañana siguiente y me había llevado trabajo a casa.

—¿No lo puedes terminar mañana? —preguntó.

—Imposible, Gonzalo.

Como vi que en su rostro empezaba a dibujarse una ligera expresión de decepción, le propuse que fuera solo.

—¿No te importa? —dijo con una enorme sonrisa.

Yo le respondí que se marchara tranquilo.

No tuve que repetirlo dos veces. Gonzalo voló al cuarto baño, se peinó y se roció de colonia. Silbaba mientras se acicalaba. Luego se enfundó una cazadora de cuero, se metió el móvil en el bolsillo, comprobó el dinero que llevaba y me dio un beso.

—Que trabajes mucho —dijo risueño.

Y por primera vez desde que nos casamos salió sin mí.

Cuando oí el sonido del automóvil de Gonzalo por la rampa del garaje pensé en lo contento que se le veía mientras se preparaba para salir. ¿Sería mi ausencia en su noche la causa de aquella alegría? No estaba segura, pero llevaba tiempo sin percibirlo tan triunfal.

Aproveché bien la noche, me concentré a fondo y terminé el proyecto sobre la una. Me sentía muy despejada y me entraron ganas de subir a la buhardilla para pintar. Se acercaba el cumpleaños de Alejandra. Tenía en mente regalarle una acuarela de los gemelos. Sabía que guardaba unas fotografías que había tomado Gonzalo el último fin de semana que coincidimos con ellos. Las encontré junto a los lienzos y seleccioné una en la que ambos aparecían tumbados junto a *Brown*.

Lo pasé muy bien con aquel dibujo. Primero esbocé a lápiz la figura del perro, que me sirvió de fondo. A continuación, introduje las formas suaves y redondeadas de los niños. Luego tomé las acuarelas y empecé a colorearlos. A medida que imprimía con pequeños trazos la tersura de sus pieles rosadas, la suavidad del vello dorado que cubría sus cabezas, el relieve de los dobleces que se les formaban en los muslos y en las manitas, me iba impregnando

de ellos. Casi podía percibir su textura de algodón, su aroma a colonia de niño, la tibieza de sus cuerpos elásticos y aquella ternura que se me despertaba sólo con verlos. Fue como una revelación, una idea que de pronto adquirió sentido. Un bebé, eso era lo que necesitábamos Gonzalo y yo. Un bebé de los dos, únicamente nuestro. Aquello cambiaría nuestras vidas. Sería lo que nos convertiría en una familia de verdad. A Gonzalo le iría bien tener una responsabilidad.

Cuando regresó, yo todavía estaba pintando. Tan enfrascada estaba en el cuadro que ni siquiera oí sus pasos subiendo por las escaleras. Fue al oír el estruendo de un objeto que se estrellaba contra el suelo cuando me di cuenta de su presencia y bajé a recibirlo. Lo encontré en el rellano de los dormitorios rodeado de los restos de un macetero que hasta entonces había adornado el descansillo.

—He tropezado sin querer —explicó.

Estaba acuclillado recogiendo los fragmentos de loza, que iba dejando sobre un mueble rinconero. Le dije que no se preocupara y me agaché junto a él para ayudarlo. Me preguntó que había hecho hasta tan tarde. Contesté que había descubierto lo mucho que deseaba tener un bebé.

Me quedé mirándolo.

—¿Qué te parece?

—¿Qué te ha dado ahora por los bebés? —dijo sin levantar la cabeza.

Tardé en responder. Desear un hijo no me parecía que exigiera una justificación.

—¿Por qué te extrañas? —repliqué.

—Porque los niños son un tostón.

La penumbra y la posición en que estábamos me impedían ver a Gonzalo bien y seguí hablando de lo estupendo que sería convertirnos en padres. De pronto, se incorporó, encendió las luces y se apoyó en el quicio de la puerta. Tenía los ojos turbios y enrojecidos. Su cuerpo se decantó, pesado, contra el borde de la hoja. Ésta osciló y le obligó a hacer un par de quiebros.

—Estás derrotado —dije.

—Qué va —respondió, intentando despegarse de la puerta—. Nada más he bebido dos *gin-tonics*.

Dudé de que sólo hubiera sido eso, pero me abstuve de insistir.

—Ya hablaremos de niños otro día —dije entre dientes.

Gonzalo me miró ausente.

—¿No tendrías suficiente con un perro? —dijo bostezando.

Lo miré agria y no le respondí. Él dijo que tenía sueño y, en vista de mi silencio, me propuso ir a dormir.

A veces me pregunto por qué tuve tan claro que la responsabilidad que necesitaba Gonzalo era la de tener un hijo. Supongo que debió de ser una de esas cosas que se piensan cuando uno no tiene ni la más remota idea del asunto que trata. Estuve bastantes días tirante con él. «¡Vaya estupidez, comparar a un perro con un niño!», me decía. Él intentaba paliar mi inquina con mimos y arrumacos que no me suavizaban.

Los gemelos de Alejandra aprendieron a gatear, a caminar y a decir sus primeras palabras. Solía visitarlos a menudo. A medida que los niños iban adquiriendo autonomía, ella andaba más atareada.

—Nada más sé hablar de pañales y papillas —se lamentaba—. Apenas dispongo de tiempo para ducharme.

Aunque su agotamiento despertara cierta compasión, yo la envidiaba.

Una tarde acompañé a Gonzalo a correr por la carretera de las Aguas. Volvía a ser invierno. Aquel día los lindes de aquel sendero plano que serpenteaba entre pinos y encinas estaban llenos de escarcha. Gonzalo no paraba de hablar sobre un viaje a Mongolia que llevaba tiempo queriendo hacer.

—En cuanto me sobren cuatro duros lo organizaré —decía cada dos por tres.

Me preguntaba como lograría correr y hablar al mismo tiempo sin ahogarse.

Debíamos de llevar media hora de carrera cuando llegamos a la altura de una fuente y le pedí que nos detuviéramos.

—¿Cansada ya? —preguntó con sorna, sacando un botellín de agua de su riñonera.

Bebí un buen sorbo y me mojé la cara. A continuación, busqué una piedra seca con la intención de descansar. Gonzalo se sentó a mi lado, sacudió el barro que había quedado prendido en mi

calcetín, me dio un beso, agarró la cantimplora y bebió también. A nuestros pies se veían minúsculos los trazos de la ciudad con sus calles rectilíneas, sus edificios, sus farolas y esa bruma oscura y espesa flotando sobre los tejados.

—¿Estás seguro de que no quieres tener un hijo? —Lo abordé.

Gonzalo se me quedó mirando. Sonreía. Se notaba que llevaba tiempo preparándose.

—¿Tan importante es para ti? —preguntó con calma.

Le respondí que sí. Gonzalo se quedó en silencio.

—¿Sabes el berenjenal que supone? —dijo.

Se disponía a continuar. No se lo permití. ¿Qué importaba? Todo exigía un esfuerzo. ¿Qué sentido tendría la vida sin descendencia? ¿No le apetecía desayunar cada mañana en una mesa repleta de niños? Que pensara en su madurez. ¿Se imaginaba lo que sería nuestro futuro si nos quedáramos solos? Bonita escena, él y yo mirándonos eternamente a los ojos.

Gonzalo dijo que no le preocuparía pasar el resto de su vida mirándome a los ojos. Después empezó a juguetear con la cinta que colgaba de mi sudadera.

—Tal vez tengas razón —admitió.

Por primera vez lo vi dubitativo. ¿A qué teníamos que esperar? ¿A envejecer? ¿Qué motivo había para retrasarlo? Estábamos sanos y éramos jóvenes, teníamos solvencia económica, habíamos viajado y fiesteado. Era preciso avanzar. Los hijos debían tenerse cuando uno era joven y sobraban las energías.

Gonzalo escuchó mis argumentos sin rechistar. Esperó a que terminara y carraspeó.

—Sí, Lucía. ¿Pero sabes la carga de responsabilidad que suponen?

Claro que tener hijos era una responsabilidad. La vida estaba llena de responsabilidades. Todo tenía su cara y su cruz, ¿no sería mejor asumirlas que perder la oportunidad de sentir lo que era ser padre?

Se me estaban terminando los argumentos. Oscurecía. A nuestros pies, las luces de la ciudad se encendieron. No lo hicieron de una vez. Primero se iluminó la zona más próxima al mar mientras los demás barrios continuaban sumidos en la sombra. Luego le siguió el este y luego el oeste hasta que Barcelona se convirtió en una

enorme explanada de luz. Miré a Gonzalo, que parecía confuso.

—¿No me vas a responder?

Pensó unos instantes y soltó un largo suspiro.

—Haz lo que quieras, Lucía —dijo en un tono que me sobrecogió.

Fue la primera vez que formuló esa frase. No era aquello lo que me hubiera gustado oír, aunque quise tomarlo como un sí. Una equivocación más que se sumó a mi larga lista de desaciertos.

Le di las gracias y le dije que en cuanto terminara el blíster de anticonceptivos que había empezado me dejaría de medicar.

—Lo que tú quieras —volvió a decir.

De regreso, mientras recorríamos el camino inverso hacia la planicie del aparcamiento, Gonzalo apenas habló. La oscuridad se había cernido sobre nosotros. Sólo se divisaba una luna menguante recortada en el cielo como un haz de luz. Formaba una inmensa C que resplandecía en la negrura de la noche. Una C curvada y suave, sin aristas, que proyectaba las sombras erectas de los pinos y las encinas. Una C centinela que convertía en manchas los matojos que delimitaban aquel sendero largo y umbroso.

Capítulo 15

En Tram Tram lo pasamos estupendo. No recuerdo el menú, aunque estaba delicioso y me sentó relativamente bien. Blanca y Samuel pasaron la comida conjeturando sobre lo que me podía ocurrir. ¿No me habría intoxicado? ¿No sería una pancreatitis? ¿Una gastroenteritis?

Lola ya había llegado cuando regresamos al estudio. Estaba sentada tras su mesa y fumaba un Ducados. Su figura recia parecía difuminada por el humo que la envolvía. Era fumadora compulsiva, la única de nuestra plantilla que no había dejado el tabaco. El gobierno nos asaeteaba con su ley, pero ella se negaba a acatarla.

—No soporto las prohibiciones —decía—. En mi estudio fumará quien le pase por las narices.

Esa tarde el humo afectó directamente a mi estómago.

—¿Qué te pasa, Lucía? —dijo cuando vio mi intento de controlar las náuseas. Samuel y Blanca le contaron que estaban preocupados. Tal vez deberían llamar a mi padre. Lola los hizo callar y me incitó a que le explicara. Me escuchó atenta mientras apuraba el cigarrillo hasta el filtro. Después lo aplastó en el cenicero, se puso de pie, rodeó la mesa, se plantó delante de mí y me escudriñó.

—¿Esperas la regla?

No supe qué responder. Excepto en los periodos en que consumía anovulatorios, mis ciclos siempre habían sido muy irregulares y más bien tendentes a alargarse. De hecho, me había pasado la vida esperando mis menstruaciones.

—No tengo ni idea —dije.

—Pues sí que estás organizada.

Le aclaré que era probable que en breve me bajara la regla. Lo estaba notando. Llevaba días con los pechos tensos y doloridos y

con contracciones en el abdomen.

—A mí me pasa lo mismo los días previos a la menstruación —apuntó Blanca.

Lola rió y cruzó los brazos. Me molestó su risa y sus aires de profetisa. Tal vez me molestara más lo que anticipaba que insinuaría.

—Cómo se nota que nunca habéis estado embarazadas —dijo socarrona.

La palabra me produjo una sacudida.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que manifiestas todos los síntomas de un embarazo —dijo sin miramientos—. Además, no sé si te has fijado que se te ha puesto cara de pan.

—Imposible —dije.

—¿Ah, sí? ¿Cómo lo sabes?

Blanca y Samuel me miraron. Yo me volví hacia uno de los espejos de recepción. No sé por qué, tuve la necesidad de hacerlo. Ya lo había comprobado por la mañana, mientras me arreglaba. Supongo que buscaba algún indicio que me permitiera negar la evidencia. Era lo que llevaba intentando a lo largo del día.

—Imposible —repetí.

Lola sugirió que me hiciera una prueba de embarazo. En aquel momento ya no la escuchaba, sólo oía un sinfín de voces que me decían que aquello no podía ser. No podía, no debía, no quería estar embarazada.

Es asombroso cómo mutan nuestros deseos según las circunstancias que nos rodean. ¿Quién hubiera adivinado tan sólo unos meses antes que algún día me asustaría la posibilidad de ser madre? Nadie, probablemente nadie. Una muestra más de la inconsistencia de nuestros anhelos. La evidencia de la debilidad de nuestras aspiraciones. Y es que desde que Gonzalo accediera a involucrarse en mi pretensión de tener hijos, la sombra que planeaba sobre nosotros desde la luna de miel había avanzado despacio hasta cubrirnos como un manto de limo pegajoso que emponzoñaba nuestra cotidianidad.

La primera vez que apunté a Gonzalo que estaba en días fértiles sufrió una crisis de jaqueca que le duró un fin de semana. Nunca

había padecido dolores de cabeza, sin embargo, esos días se encerró en el dormitorio, apagó las luces y allí se quedó durante horas. Así pasó el sábado y parte del domingo hasta que pedí ayuda a mi padre, que logró aliviarlo con una inyección de Nolotil.

En cuanto Gonzalo se recuperó, anunció que necesitaba aire fresco y me propuso que nos fuéramos a cenar.

—¿Estás seguro?

Gonzalo respondió que la casa se le caía encima. Nos fuimos de tapas, bebimos un par de copas y dijo que se sentía como nuevo. Regresamos muy tarde y a ninguno de los dos nos apeteció enredarnos en procesos amatorios.

El día siguiente, al marcharme al estudio, él todavía dormía. Por la tarde le recordé lo de mis días fértiles, pero él había quedado para jugar un partido de tenis. Se cambió de ropa y se fue corriendo.

—Después —me aseguró antes de marcharse.

A su regreso dijo que se había comprometido a cenar con unos clientes. Siempre había algún compromiso por medio. Accedí de mala gana y le advertí de que los días fértiles pasaban rápido.

—Sí, perfecto —respondió con un guiño—. Esta noche.

De vuelta, Gonzalo volvió a estar demasiado achispado para ponerse a la labor de engendrar un hijo.

—Mañana sin falta —advertí.

—Lo que tú quieras —respondió, derrumbándose en la cama.

«Lo que tú quieras» fue el latiguillo que introdujo Gonzalo en su vocabulario desde la tarde en que creí haberlo convencido de lo importante que sería para nosotros ser padres. Lo decía cuando le preguntaba si le gustaba la tinaja de arcilla que había comprado para colocar al lado de la verja del jardín; también lo decía cuando le indicaba que me gustaría asistir al estreno de alguna película o cuando le sugería que aquel fin de semana deseaba quedarme en casa para pintar.

—Lo que tú quieras.

Parecía sincero. Después, lo cumplía o no.

Utilizaba la fórmula sobre todo cuando me proponía ir a tal o cual inauguración y yo le respondía que estaba cansada, que el día siguiente tenía mucho trabajo, que fuera solo.

Salir sólo fue otro de los hábitos que estableció en su vida. El

pacto de fiestear una, a lo sumo dos noches en días laborables, había quedado olvidado. Como mis energías me impedían acompañarlo y comprobaba que él no estaba dispuesto a otorgarme concesiones, en muchas ocasiones me negué a seguirlo. Él no se alteraba.

—No te preocupes —decía.

A veces pensaba que era imposible que se le presentaran tantos planes a lo largo de la semana. La ciudad era finita y nuestro entorno trabajaba. Llegué a sospechar que en algunas ocasiones salía sin haber quedado con nadie y paseaba sin rumbo esperando a que amaneciera. Fue a partir de entonces que dormir mal se convirtió en una práctica instaurada en mis noches. Me costaba conciliar el sueño y, si lo conseguía, me despertaba al poco rato llena de angustia. Respiraba hondo intentando serenarme. Luego estiraba el brazo para comprobar si Gonzalo había llegado. Lo hacía con resquemor. Palpaba la cama. Sólo encontraba una porción de sábana fría. Daba vueltas y más vueltas. De pronto encendía la luz, arrebujaba un par de almohadones bajo la cabeza e intentaba leer. Imposible concentrarme. Tiraba los almohadones con rabia y me tumbaba plana, con la nuca rígida y los puños apretados, mirando al techo. Siempre la vista fija en el techo. Llegué a odiar aquella porción de color piedra con sus grietas incipientes y su friso marrón chocolate.

Aunque simulara estar dormida, solía oírlo regresar. No le decía nada. Sabía que en aquellas condiciones era imposible hablar con él. Llegaba bebido. No achispado, sino borracho. Lo notaba en los trompicones que daba por la habitación hasta alcanzar la cama sin lavarse los dientes ni desvestirse. Se desplomaba como un saco lleno de arena y se sumía en un sueño pesado, inamovible y hermético. La fetidez de su aliento me llegaba desde el otro extremo de la almohada. Así solía permanecer, sin moverse durante toda la noche, hasta bien avanzada la mañana, como si estuviera muerto.

A menudo, al verlo atrapado en ese sueño absurdo me culpaba de haberlo precipitado a aquel estado. ¿Debería apurar la noche con él? ¿Debería decirle que ya no deseaba tener hijos? ¿Debería…? Pronto mi maternidad se convirtió en una preocupación que ocupaba un puesto muy inferior en la jerarquía de mis angustias. Intuía que los hijos lo empeorarían todo. Tenía claro que en aquella

situación no quería, no debía tenerlos. No había peligro, Gonzalo se pasaba semanas sin tocarme. Ni me tocaba ni nos veíamos. Por las mañanas no coincidíamos nunca; por las tardes, tampoco. Al llegar del estudio, él estaba corriendo o jugando al tenis o en el gimnasio. Sobre las nueve regresaba para darse una ducha. Después se marchaba. Ésas eran nuestras jornadas, sin palabras ni roce. Sin roce para discutir ni roce para amarnos.

Pronto empezó a pronunciar nuevos nombres: Fredi, Fran, Armando, Sami. Eran personas que no conocía y nunca llegué a conocer. Supongo que se convirtieron en indispensables para acompañarlo en sus noches. Lo miraba y lo veía ausente, inmerso en sus pensamientos, casi a punto de huir. Sabía que huía de mí, de mis deseos de ser madre, tal vez de ese desamor que notaba germinar dentro de mí. En más de una ocasión intenté forzar una conversación: «¿Estás mal? ¿Quieres que hablemos?». Él me miraba distraído, se encogía de hombros y me dedicaba una de sus sonrisas de medio lado que ya no me encandilaban.

—No pasa nada, Lucía.

Su mirada me parecía más lejana, más vacía, más indolente que nunca.

Lo que más me desesperaba era su negativa a hablar. Ese hermetismo amable que me incapacitaba incluso para discutir, ese miedo a estar descubriendo que Gonzalo no estaba cambiando, simplemente me enseñaba el que siempre había sido y yo me negaba a ver. Y esa conciencia de error. De error flagrante. Lo peor de no subsanar los errores a tiempo es que un error te lleva a otro y a otro y a otro peor hasta que tu vida se convierte en un error. Probablemente hubiera tenido que forzarlo a tomar la decisión: cambiar o romper con él. Pero estaba aturdida. Además, por extraño que parezca, en mi fuero interno siempre pensé que Gonzalo era merecedor de oportunidades y que yo debía ser tolerante.

Uno de aquellos días me planteé seriamente que debía actuar. Ocurrió una mañana que Gonzalo tardó más de lo habitual en regresar. Me di cuenta de que no estaba cuando sonó el despertador a las ocho. Aunque a medida que transcurría el tiempo llegaba cada vez más tarde, aquélla era la primera vez que se retrasaba tanto.

Miré el móvil por si me había dejado algún mensaje, pero él no solía dejarlos las noches que fiesteaba. Tampoco contestó al teléfono, a pesar de que lo llamé varias veces. Comuniqué a Lola que me retrasaría. Afortunadamente, aquella mañana no tenía ninguna visita concertada y ella me sugirió que me tomara el día libre.

—Ya sabes. Si me necesitas, no tienes más que decirlo.

Desayuné, me duché, me vestí y miré infinidad de veces por la ventana. Gonzalo no aparecía. Repasé mentalmente los amigos con los que pudiera encontrarse, pero ahora sólo salía con desconocidos. ¿Qué teclas tocar? Me sentía absurda esperando su regreso sin hacer nada, así que me metí el móvil en el bolsillo y empecé a trasplantar los geranios rojos que había comprado el día anterior. Eran cuarenta y cinco. Cavar y plantar, cavar y plantar y de tanto en tanto otear la verja del jardín. Eso hice, sin guantes ni protección, hincando las rodillas en la tierra, desollándome los dedos. Lo hacía a tal velocidad y con tan poca precisión que los esquejes quedaban sepultados en la tierra y las corolas se tronchaban mientras los pétalos se escapaban formando remolinos rojizos que se mezclaban con el polvo cuando el viento los azuzaba. Cavar y plantar geranios, menuda ocupación cuando tu vida se está haciendo pedazos.

Estaba aplanando la tierra alrededor de los tallos cuando me llamó Ignacio.

—¿Se puede saber dónde se ha metido ese cabronazo? —bramó como saludo.

Le expliqué que no tenía ni idea.

—Me tiene hasta los cojones —añadió.

Después de formular varios exabruptos por el estilo, me contó que Gonzalo debería haber recogido a unos clientes en el aeropuerto. Lo esperaban a primera hora de la mañana.

—Unos gallegos forrados hasta los dientes —matizó.

Habían esperado una hora. Por fin, hartos, habían llamado a Ignacio para decirle que no hacía falta que los fueran a buscar. No tenían tiempo para entrevistarse con ellos. Tomarían un taxi para que los llevara a otros compromisos.

—Se estaban cagando en todo —dijo Ignacio—. ¿Me oyes? ¡En todo! ¡A la mierda! ¡Otro contacto a la mierda! Estoy hasta los huevos de sacarle a tu marido las castañas del fuego.

Intenté calmarlo. Le aseguré que Gonzalo no tardaría en aparecer. Ignacio no se tranquilizaba. Me gritaba que tenía que poner los puntos sobre las íes a Gonzalo. Últimamente no daba pie con bola y lo que acababa de pasar era injustificable. Me quedé muda. Ignacio tenía tanta razón que no sabía qué argumentos darle. ¿Cómo explicarle que no atinaba a saber qué debía hacer?

—Puede que tenga una justificación —apunté.

—Espero que sea así. Si no, me lo cargo.

Gonzalo regresó al cabo de un par de horas dando tumbos y arrastrando las palabras, con el tabique nasal destrozado y la cara y la camisa llenas de sangre.

—No sabes lo que me ha pasado —dijo balbuceante.

No sabía lo que le había ocurrido, claro que no. Tampoco quería saberlo, aunque él me lo explicó. Un músico lo había pateado desde el escenario. Se había ofendido por burlarse de él. Me pareció tan grotesco que no quise hacer ni un comentario. Le entregué el teléfono y le ordené que llamara a su amigo.

—Lo siento, Ignacio, un capullo me dio una patada en los morros —oí que le decía.

Aquella mañana Gonzalo ni siquiera llegó a la cama. Tal y como estaba, desarrapado, maloliente y ensangrentado, se quedó en el sillón sumido en ese sueño patético y absurdo de los borrachos. Oí su respiración discontinua. A veces terminaba en un ronquido brusco que a él mismo le sobresaltaba. Más tarde se convirtió en una especie de estertor áspero y tenaz. Se le empezaba a amoratar la cara y de la boca entreabierta le caía un hilillo de baba rojiza que se le iba secando por debajo de la barbilla. Me invadió una especie de ira mezclada con lástima y asco y no fui capaz de seguir mirándolo. Regresé al jardín. «Tengo que hacer algo», me repetía mientras plantaba los últimos geranios.

Cuando Gonzalo se despertó aquella tarde le dije que acababa de descubrir que tenía serios problemas con el alcohol.

—¿Así, de repente? —murmuró jocoso.

Seguía tumbado en el mismo sillón que había ocupado durante el día. Hacía ademanes de desperezarse. Lo miré irritada y le advertí que no estaba para bromas. Se incorporó un poco, movió la cabeza y me palpó la frente.

—¡Ay, Lucía! ¿Qué debe de estar pasando por esta cabecita? ¿No

te das cuenta de que yo controlo?

Le aparté la mano y le respondí que aquello era lo que decían todos los alcohólicos. Creo que fue su sonrisa ligeramente displicente lo que terminó de alterarme. Le eché en cara su estilo de vida, su irresponsabilidad y mi conciencia de fracaso. Lo dije a gritos y de un tirón. La garganta me escocía y las palabras me salían roncas, a veces ahogadas, mientras la sonrisa de Gonzalo se le iba congelando en la boca.

Esperó a que terminara. Luego suspiró.

—No pensaba que te importara tanto. Tal vez me he pasado. Lo siento mucho.

Sólo dijo eso. Yo podría haber seguido increpándolo, pero su flema evidenciaba demasiado mi excitación y no tuve más remedio que callarme. Las cuestiones de forma a menudo nos hacen perder la razón en las discusiones. Quizá me hubiera sido más útil llorar. Como mínimo me habría desahogado. En aquellos días me resultaba imposible. Nos quedamos unos minutos en silencio sin saber qué decirnos. A continuación, él se levantó, se acercó al frigorífico, sacó una botella de agua de Vichy, la bebió de un tirón y, después de darse una larga ducha, dijo que se marchaba para hablar con Ignacio.

No sé qué debieron de decirse. Supongo que su amigo le cantó las cuarenta. A su vuelta, Gonzalo se disculpó y me pidió tolerancia. No me convenció, aunque no se me ocurrió nada mejor que seguir esperando.

Durante un tiempo corto Gonzalo limitó las salidas nocturnas. Bebía menos y cumplía con horarios razonables. También incorporó en nuestra vida cierto sexo predecible que me hizo pensar, en algún momento, que volvíamos a ser una pareja normal. En ese periodo bajé la guardia. No debí haberlo hecho, pero lo hice. Como ya he dicho, duró poco, y más de una vez eché en falta unos cuantos geranios para trasplantar.

La tarde que esperaba el diagnóstico de la prueba de embarazo que había comprado en la primera farmacia que encontré al salir del estudio ni siquiera fui capaz de enfrascarme en una compulsión de ese tipo. Me tumbé en el sofá, crucé los brazos sobre la cara y cerré los ojos suplicando, a no sé quién, que Lola estuviera equivocada.

Después de haber leído y cumplido estrictamente las instrucciones de uso, lo había dejado sobre la repisa del lavamanos. Si el indicador cambiaba a granate, estaría embarazada; si se mantenía rosa pálido, saldría de aquella pesadilla. Cinco minutos de espera, sólo eso, cinco minutos, para conocer mi estado. «Esto no puede estar ocurriendo», me decía frotándome los ojos. A medida que hacía cálculos sobre mis menstruaciones, mi teoría sobre la imposibilidad de un embarazo se iba desmoronando. Mes y medio. Había pasado como mínimo un mes y medio desde mi última regla. Lo recordaba porque había coincidido con la inauguración de un restaurante de playa que había decorado yo. Fue una regla dolorosa y estuve incómoda la mayor parte de la velada. Tenía la fecha de la inauguración anotada en la agenda. Exactamente habían pasado un mes y veinte días. Aquello suponía más de tres semanas de retraso. Nunca mis ciclos se habían demorado tanto. ¿Cómo había podido negarlo de aquel modo? Apretaba tanto las muelas que me dolían las mandíbulas. Daba igual. El dolor me redimía y me evitaba pensar. Mejor herirse que especular. Ojalá hubiera podido borrar los últimos meses. Ojalá hubiera podido barrer con un soplo aquel verano ventoso y demencial.

Cuando a finales de aquel agosto Gonzalo y yo nos instalamos en Sa Punta y oí el rugido del viento, presentí que traía malos presagios. Los acontecimientos de esos días se arremolinan en mi mente y los confundo. Sin embargo, recuerdo con nitidez aquella tramontana atronadora e interminable que estrellaba las olas contra las rocas y las llenaba de espuma, levantaba partículas de tierra, briznas de pinaza y hierba seca, curvaba los troncos y electrizaba las ideas y los sentimientos.

Había inquietud en Sa Punta. *Brown* había contraído leishmaniosis y no llevaba trazas de recuperarse. Valeria lo miraba desolada.

—No sé qué haré si no logramos curarlo —decía.

La tristeza de Valeria y el desasosiego se imbricaron en aquellas tardes dilatadas de encierro y charlas desabridas en las que el viento casi impedía salir de casa. Únicamente alguna tarde de compras por Gerona aligeró su peso. A veces también lo consiguieron los hijos de Alejandra. Los niños se habían convertido

en dos terremotos que correteaban por la casa chocando con las esquinas de los muebles, amenazaban con rodar por las escaleras, metían los dedos en los enchufes y chupaban cualquier marranada que encontraran por el suelo.

—Pequeñín, no toques esto —se oía a cada momento.

Alejandra se pasaba la vida corriendo tras ellos. Mientras lo hacía se le oscurecían esas ojeras que se habían vuelto permanentes.

—Te van a volver loca —le decía Emma—. Tendrías que sacarlos más al jardín.

Alejandra le contestaba que con aquel viento sería un disparate tener a los niños en el exterior.

A pesar de sus desvelos, de la muda incomodidad de sus padres y de lo que dijera Emma, aquellos días a Alejandra se la veía relativamente plácida. Eduardo llevaba varios días en Barcelona ultimando un tema de trabajo y ella aprovechaba para saltarse los horarios de las comidas de los niños, hacerles cabalgar a lomos de los perros o permitir que se durmieran por los sillones cuando, a última hora, caían rendidos de cansancio.

—No se lo contéis a Eduardo —decía pícara.

De nuevo apuntaban en ella los mohines de antaño, aquéllos tan llenos de gracia y desenvoltura. Estaba organizando un pequeño viaje a la Toscana que Carlos les había regalado a ella y Eduardo por su aniversario de bodas.

—A ver si conseguimos airearla —me dijo Carlos.

A Alejandra le gustaba hablar del viaje. Se compró una guía, consultó a sus amigos y trazó recorridos. Esbozaba algo parecido a una sonrisa cada vez que alguien le sugería un pueblo, un hotel o un restaurante. Me hubiera gustado implicarme en su pequeña ilusión, pero esos días no estaba con energías para compartir las ilusiones de nadie. Además, intuía que aquello no era más que un simulacro de optimismo.

Emma también lo vaticinaba.

—¿Sabes que ahora Eduardo le exige a mi hermana que le entregue diariamente una lista de gastos?

No hacía falta que me lo contara Emma. Ya había observado que Alejandra anotaba en una libreta cada cosa que compraba, aunque fuera un chupete o un paquete de pañuelos. No obstante, me faltaba ánimo para dar pábulo a los chismorreos de Emma y la evité como

pude. Me costó, porque en aquellas jornadas de reclusión nos pasábamos la vida mirándonos las caras y a Emma le resultaba difícil quedarse callada. Estaba muy excitada. Al final, Carlos había accedido a sufragarle un nuevo proyecto, un documental que ninguna televisión le había querido financiar.

—De momento sólo es una idea, pero se convertirá en un exitazo —decía ella fingiendo seguridad.

Yo sabía que dudaba. Lo notaba en el temblor de sus ojos y en las grandes porciones de chocolate que comía constantemente. También lo sabía Carlos.

—¡Caramba, padre! Este verano te has convertido en un rey mago —le dijo Gonzalo un día—. Viaje para Alejandra, película para Emma. ¿Y para mí, qué hay?

Carlos le respondió que intentaría regalarle un poco de sentido común.

En aquellos días me costó mucho mostrarme cordial y participar de las conversaciones de los demás. Ni siquiera me apetecía jugar con los gemelos. Su alegría me enfrentaba demasiado a mi propia esterilidad mientras que aquel viento endemoniado, portador de malos presagios, impactaba contra las ventanas y se colaba por las rendijas.

Una de aquellas tardes, Alejandra pidió a Emma que vigilara a los niños mientras se duchaba. Emma no tuvo mejor idea que equiparlos con bañadores y flotadores y meterlos en la piscina. Alejandra y yo los descubrimos chapoteando con su tía después de haberlos buscado por toda la casa.

—¿Estás loca? —gritó Alejandra.

—¿Qué mosca te ha picado? —replicó Emma.

Alejandra increpó a Emma diciéndole que era una inconsciente. ¿Cómo se le ocurría bañar a los niños con aquel viento? Emma le contestó que no fuera exagerada, que el sol caía fuerte y la piscina estaba muy protegida. Además, los niños necesitaban curtirse.

—Si no te gusta cómo los cuido, no vuelvas a pedirme que los vigile —concluyó.

La tramontana amainó al día siguiente. Me di cuenta cuando abrí la ventana de nuestra habitación y no me vi obligada a sujetar las contraventanas. Se había convertido en un viento extenuado, desahuciado. Sólo quedaban pequeñas ráfagas que sonaban como

jadeos. Miré los campos arrasados, los troncos abatidos, las zanjas desplazadas y un amasijo de ramas, hojas y tierra entremezcladas con un polvo grisáceo. No sé por qué se me antojó que aquel preludio de calma tenía una faz todavía más inquietante que la de la tempestad.

Los gemelos amanecieron inquietos. Se restregaban los ojos, lloraban sin motivo y se negaban a comer. Alejandra comentó que aquello era un pésimo augurio. ¿Qué íbamos a esperar después de aquel baño de chalados? Los niños estaban realmente pesados. Pasamos la mañana cargándolos en brazos y tocándoles la frente. Sobre las doce uno de ellos empezó a toser, y a las cuatro de la tarde los dos estaban con cuarenta y un grados de fiebre.

—Nunca han estado tan calientes —dijo Alejandra preocupada.

Valeria dijo que aquello era muy habitual en los chiquillos. De repente les subía la fiebre y en un par de días desaparecía. Alejandra no se tranquilizaba y dijo que se marchaba a Barcelona para que los visitara su pediatra; no quería arriesgar su viaje a la Toscana, a ver si habían pillado una pulmonía y aquella fiebre era más importante de lo que nos pensábamos. Al fin y al cabo, ella tendría que marcharse de Sa Punta dentro de un par de días. Prefería hacerlo ya.

Valeria se ofreció para acompañarla. Alguien tendría que traer a los niños a Sa Punta cuando Alejandra y Eduardo se marcharan de viaje. Aprovecharía su estancia en Barcelona para hacer algunas compras. Alejandra aceptó el ofrecimiento y empezaron a organizarse.

De pronto Valeria dijo que se sentía incapaz de enfrentarse sola al trayecto de regreso.

—Imaginaos que los gemelos se ponen a llorar a la vez —dijo.

Fue Emma quien se ofreció. Estaba harta de tanta tramontana. Le iría bien ver un par de películas en la ciudad. Después de todo, los niños estaban enfermos por su culpa.

No sé cuál fue el motivo por el que también decidieron llevarse a Matilde y a *Brown.* En cuestión de un par de horas, cargadas con bolsas, cajas de papilla y cochecitos, partieron de Sa Punta en el monovolumen de Alejandra.

Carlos, Gonzalo y yo los despedimos desde el porche.

—Parecen gitanos —dijo Gonzalo.

Reímos. Creo que a pesar de la inquietud que había generado aquella marcha precipitada, los tres sentíamos cierto alivio.

Aquella noche Gonzalo y yo habíamos quedado para cenar en Llafranc con Ignacio y un par de parejas más. Cuando nos marchamos, Valeria ya había llamado para contarnos que lo de los niños era un simple catarro y que, aunque un poco mustios, estaban perfectamente.

—Disfrutad —nos dijo Carlos.

Durante la cena, Gonzalo se zampó tres cuartos de una botella de tinto. Antes de los postres ya arrastraba las palabras.

Cuando insistió en que fuéramos a tomar una copa, yo remoloneé.

—Sólo una —insistió él.

—Vayamos a El Gitano, que está al lado —propuso Ignacio.

Todos estuvieron de acuerdo. Como no tenía intención de dar la nota, acepté y caminamos los cuatro pasos que nos separaban del local de al lado. El Gitano estaba a rebosar. Después de batallar un buen rato para conseguir nuestras copas, nos instalamos en el murete que delimita el paseo de Llafranc. Nos distrajimos viendo a la gente pasar. Encontramos a muchos conocidos que se detuvieron al vernos. Se percibía en el ambiente la nostalgia que despiertan los últimos días de agosto, cuando nos hacemos conscientes de que se acaban las vacaciones.

Al finalizar la copa alguien propuso que nos marcháramos.

—¿Dónde está Gonzalo? —preguntó Ignacio.

Nos miramos unos a otros. Ninguno sabía por dónde andaba. Lo buscamos con la vista entre la masa de gente que se apiñaba en la terraza y a lo largo de la calle, pero no lo vimos. Recorrimos la zona y preguntamos a los conocidos. Tampoco obtuvimos información. Por último, Ignacio y yo nos abrimos camino entre la masa apiñada a la entrada de El Gitano. Allí estaba Gonzalo, invitando a copas a los que le rodeaban y jaleando a Rambo. No a Sylvester Stallone, sino al dueño y alma de aquel bar, que enfundado en ese atuendo de guerrillero que tanta fama le había proporcionado, abría botellas a machetazo limpio.

—¡Mi mujercita, mi amigo! —barboteó Gonzalo, abriendo los brazos—. ¿Queréis otra copa?

Tenía las pupilas dilatadas y la mirada turbia. Su camisa estaba

empapada en sudor que apestaba a alcohol.

Le dijimos que nos queríamos ir.

—Una copa más —nos pidió él.

Ignacio apartó el *gin-tonic* que le ofrecía y le dijo que ya había bebido bastante.

—Yo me quedo aquí —insistió Gonzalo—. ¿Te importa llevar a Lucía?

Ignacio me miró inquieto y yo le devolví la mirada. Ver a Gonzalo borracho en público me derrumbaba. Ignacio debió de percibirlo, porque lo agarró del brazo y se puso a hablar con él. No sé qué se dijeron. Aquel jolgorio, que se me clavaba en los tímpanos, me lo impidió.

—Adiós, Rambo —dijo por fin Gonzalo, chocando la mano del animador—. Me obligan a marcharme. Son un coñazo.

De vuelta a Sa Punta conduje yo. En el recorrido, Gonzalo farfullaba que no sabía lo que nos había dado a Ignacio y a mí. Él estaba en perfectas condiciones para conducir. Mis manos temblaban sobre el volante mientras hacía esfuerzos por no oírlo. Luego se quedó dormido. Lo miré de reojo. Me hubiera gustado odiarlo. Odiarlo por su inconsciencia, por sus borracheras y por negar que tenía un problema. También por su egoísmo y por hacerme sentir tan hueca. No lo conseguí. Cierta emoción inexplicable me lo impedía. También me impedía el llanto y me musitaba que yo debía ser tolerante.

Cuando traspasamos la verja de Sa Punta, Gonzalo se despertó y me pidió que no metiera el automóvil en el garaje. Si no me importaba, volvería a El Gitano. Estaba demasiado espabilado para meterse en la cama. Le dije que era una locura, en aquellas condiciones no podía conducir. Tendría un accidente o lo empapelarían los *mossos d´esquadra*.

—No seas agorera —barbulló.

Discutimos durante bastante rato. Al final dije con hastío que hiciera lo que le diera la gana y él intentó darme un beso en la mejilla, que evité. En cuanto descendí del vehículo, Gonzalo saltó al asiento del piloto y salió zumbando. Yo recogí un guijarro del camino y se lo lancé con rabia. No le alcanzó. Me quedé mirando aquella ave plateada que parecía su automóvil surcando los caminos bajo las estrellas.

Esperé a que se disipara hasta el último estertor. Eso era lo que me parecía el sonido ronco del motor: el estertor de un moribundo, idéntico a nuestro matrimonio. Me sentía agarrotada. A pesar de la oscuridad se vislumbraban las motas de polvo que había levantado Gonzalo en su huida. La luz de las farolas que delimitaban el camino incidía sobre ellas. Borboteaban en medio de las sombras que proyectaban los árboles y los arbustos. Unas sombras negras que parecían espectros acorralados entre el polvo. Las motas tropezaban unas con otras suspendidas en la nada como un amasijo de puntos agrisados enfrascados en una absurda danza. Tan absurda como aquel silencio que me envolvía. Como aquel silencio desgarrado cargado de desconciertos. Tuve miedo de ese silencio y de otros tantos que me esperaban. También de las sombras que se bamboleaban. Los perros ladraron desde la casa de los guardeses. El eco hizo retumbar sus ladridos. Luego, otra vez silencio y esa oquedad que me comprimía el pecho y me secaba la garganta. ¿Por qué Gonzalo huía de mí? Qué más daba. Todo había terminado. Empecé a tiritar. Era un castañeo que se iniciaba en las pantorrillas, ascendía por las piernas, las caderas, el tronco y se detenía en los dientes. Lo único que se oía era el rechinar de mis dientes, uno de los pocos indicios de que todavía sentía. También me lo señalaba el hielo que se colaba por los poros y penetraba hasta los huesos. Un hielo que nada tenía que ver con el frío, pues la noche era cálida y el viento se había disipado. Era un hielo de incertidumbre, de dolor, de no saber qué me ocurriría el día siguiente. Un hielo infinitamente peor que el frío. A la luz de una de aquellas farolas que delimitaban el camino, vi mi sombra solitaria proyectada en el suelo y logré llorar.

Capítulo 16

Cuando la tarde de mi treinta cumpleaños Gonzalo llegó de Madrid, ya hacía un par de horas que sabía que estaba embarazada. A pesar de que en aquel tiempo no había dejado de pensar en qué hacer con mi situación, no se lo comuniqué. Necesitaba reflexionar antes de compartirlo con él. Por extraño que parezca, desde que lo supe, el aturdimiento que me había acompañado todo el día se había reducido. No estaba serena, pero por lo menos sabía a qué atenerme.

A Gonzalo le sorprendió mi abatimiento.

—¿Estás bien? —preguntó.

Le respondí que estaba estupendamente y me enfrasqué en la tarea de arreglarme para la cena de celebración que él había organizado en El Trapío. No fue difícil elegir la prenda que luciría, un vestido gris ajustado con bastante escote, ni luego colorear mis mejillas, matizar mis labios y realzar mis pestañas. Sí fue complicado disimular la ansiedad que había arrastrado a lo largo de la jornada y que había quedado prendida en mí como un velo translúcido que me entelaba las facciones.

Creo que lo conseguí. Nadie hizo comentarios al respecto en la velada. Una cena en un entorno muy distinguido, un menú correcto, varios brindis, un breve y divertido discurso de Gonzalo, muchas sonrisas y cruces de conversaciones.

Emma habló mucho sobre el documental, que ya empezaba a ser algo más que un proyecto. Le había vuelto a conceder a Mirta la dirección del filme.

—¿No se te abrirían más horizontes si cambiaras de director? —preguntó Alejandra.

—Nos conocemos bien y formamos un buen tándem —respondió Emma.

Alejandra y Eduardo contaron, sin demasiados detalles, algunas anécdotas de su viaje a la Toscana. No sé por qué presentí que algo no había funcionado. Creo que también lo sospecharon Valeria y Carlos, que en un par de ocasiones cruzaron inquietos sus miradas.

Valeria estaba triste. *Brown* no se recuperaba.

—Temo que tendremos que sacrificarlo —dijo varias veces.

Mi madre intentó animarla. Ella estaba especialmente contenta. Hablaba de un viaje a Houston que estaba organizando para visitar a mi hermano y a su familia.

—El pequeño está hecho un diablo —contaba.

Ya tenían los billetes de avión y un apartamento alquilado al lado de la casa de Rómulo. Solamente restaba esperar a que llegara la fecha concertada.

—Lo vais a pasar estupendo —les dijo Gonzalo.

Él también estaba organizando un viaje. Todos se empeñaron en hablar de sus viajes durante aquella cena. El de Gonzalo giraba en torno a esa montería por la estepa de Mongolia que le hacía tanta ilusión. Un recorrido de no sé cuantísimos kilómetros con guías y halcones de caza. Decía que partiría tan pronto como tuviera una oportunidad.

—¿Tú cuándo trabajas, hijo? —le preguntó Carlos.

Gonzalo le contestó que cuando hablaba en aquellos términos le parecía un curita de barrio.

Carlos lo miró incómodo, aunque se abstuvo de responder. Durante la velada se había mantenido silencioso. Me observaba. Creo que fue el único en intuir que algo me estaba pasando. Carlos siempre se mantenía en guardia. Igual que lo hizo la noche que Gonzalo me dejó abandonada en medio de la oscuridad.

Aquella noche, cuando me cansé de contemplar el sendero y emprendí el camino hacia la casa, mis piernas no habían dejado de temblar. Me costaba coordinar los movimientos, casi los tenía que marcar. Parecía que una voz ajena me fuera dictando las consignas como si fuera un autómata. No era un autómata. Estaba viva, más viva que nunca. Lo notaba en mi dolor y en aquel nudo apretado que me oprimía el pecho. Inspiré hondo varias veces e intenté calmarme, pero fue inútil. Mi ansiedad estaba demasiado desbordada para controlarla con un simple ejercicio de respiración.

Al llegar a la casa vi que la biblioteca estaba débilmente iluminada e imaginé que sería Carlos quien se encontraba allí. Me extrañó que a esas horas estuviera despierto, pero no podía ser nadie más que él. No quería que me descubriera en aquel estado y me senté en los escalones de la entrada. Allí permanecí, trémula y silenciosa, durante un buen rato, separada de él por unos cuantos metros y un grueso tabique de piedra.

De pronto me llegaron los arpegios de una sonata. Salían de la ventana de la biblioteca. Mozart, reconocí. Los acordes de un piano sonaban remotos y componían una melodía suave y pausada, casi sedante. Me sequé las lágrimas, cerré los ojos y me dejé llevar. Las notas emergían limpias, jugueteaban entre ellas, susurraban en mis oídos y luego se escapaban, igual que el tenue discurrir del agua entre las piedras de los arroyos. Cuando sonaron los violines abrí los ojos. Una brisa muy leve acariciaba mis piernas desnudas y mecía suavemente las copas de los chopos. La noche había adquirido una belleza exultante, cargada de resplandores. Brillaba el olivo centenario de la rotonda que tenía delante y los setos de cipreses. La atmósfera había quedado tan limpia que los árboles parecían sombras voluptuosas de cobre bruñido que enlazaban sus ramas en medio del silencio. Un silencio doliente y hermoso al mismo tiempo que se entretejía entre los arpegios de la sonata.

De pronto oí el crujido de unos pasos.

—¿Gonzalo, Lucía? —llamó Carlos.

Hubiera sido absurdo no contestarle y le indiqué que estaba en las escaleras.

No tardé en ver su figura esbelta acercarse a mí. Caminaba lento mientras explicaba que había oído el Golf de Gonzalo. Había imaginado que éramos nosotros y se había quedado esperando para darnos las buenas noches. Después había tenido la impresión de que el automóvil se marchaba. Aquello le había hecho dudar. Le extrañaba, porque él reconocía perfectamente el sonido de aquel motor, pero había decidido salir para ver si se había colado algún intruso. Iba a añadir algo cuando llegó hasta mí y me miró sorprendido.

—¿Y Gonzalo?

—Se ha marchado.

—¿Adónde?

No hubiera sabido qué historia inventarme y le conté la verdad.

Movió la cabeza con disgusto.

—Pasa, por favor —dijo, indicándome la puerta—. Estás temblando.

Agradecí que Carlos no hiciera ninguna observación sobre mi aspecto. Sólo me ayudó a ponerme de pie y, pasándome un brazo sobre el hombro, me acompañó al interior.

La música sonaba fuerte en la biblioteca. Era una estancia pequeña y alargada, sin puerta, que lindaba con el salón principal. En realidad era un anexo. La llamábamos «biblioteca» porque una de las paredes estaba repleta de estanterías de madera en las que se entremezclaban obras modernas y antiguas, *bestsellers,* libros de filosofía, de intriga, de personaje y alguna novela rosa. Tenía una amplia cristalera que daba a la fachada principal y dos sofás dispuestos en forma de ele que bordeaban una mesa de centro muy baja. Más allá, junto a un mueble bar, había un butacón reclinable de cuero guarnecido con una lámpara de pie.

Aquella noche la estancia estaba en semipenumbra. Sólo la tenue luz de la lámpara de pie incidía sobre las páginas de un libro que había sobre la base, un poco hundida, del asiento de la butaca.

—Leía —me explicó Carlos.

El libro estaba abierto. Las tapas contra el asiento y las páginas a la vista. Al lado estaban sus gafas. Pequeñas, sin montura.

Me preguntó si deseaba beber algo.

—Agua —respondí, sentándome en el brazo de la butaca que había ocupado él.

—¿No prefieres una infusión?

Lo pensé un momento y asentí con la cabeza. Carlos abrió las alas del mueble bar, buscó una botella de agua, la vertió en el hervidor y lo puso en marcha. Mientras él trasteaba, yo le di la vuelta al libro y miré el título: *El Gatopardo.* Estaba abierto justo por el capítulo de la llegada de Angélica.

—¿Lo has leído? —preguntó.

Carlos se había vuelto hacia mí. Estaba apoyado en el borde de la repisa del bar y tamborileaba con los dedos sobre el tablero de madera.

—Siempre he pensado que el príncipe don Fabricio se sentía más atraído por Angélica que el propio Tancredi —dije.

—Es lógico —respondió—. ¿Qué hombre mayor no se rinde ante la belleza de la juventud?

Se me quedó mirando. Su mirada me intimidó. Me contó que aquella obra le recordaba su época de colegio. Se la había recomendado su profesor de Literatura. El único de los sacerdotes que no decía que masturbarse reblandecía el cerebro.

—¡Qué bestias! Yo me mataba a pajas, igualmente.

Esto último lo dijo con gracia y logró hacerme sonreír.

—No tienes aspecto de arrastrar traumas pasados —dije.

—Esas cosas no se llevan escritas en la frente.

Añadió que se alegraba de haber conseguido arrancarme una pequeña sonrisa y siguió hablando. A veces forzaba un poco la voz para hacerse oír por encima de la música. Su profesor de Literatura le había enseñado a volar a través de los libros. En aquellos días leía continuamente mientras sus compañeros se peleaban en los campos de fútbol. Sartre, Chéjov u Ortega, ¿qué más daba lo que cayera en sus manos? Era una lástima que, desde tan joven, su padre le hubiera cedido el mando de Tejidos Doria y hubiese tenido tan poco tiempo para leer.

—Una empresa con ciento veinte empleados. Menuda responsabilidad para un chico de veintidós años.

Recuerdo que aquella noche Carlos vestía una camisa de lino azul turquesa y unos *jeans* blancos que lo hacían parecer muy joven. Y que su mirada reflejaba cierta gravedad.

—Ahora sólo leo en los aviones, ¡qué le voy a hacer! Elijo lo que me aconseja la primera señorita que encuentro en la librería del aeropuerto.

Me había contado algo parecido otras veces, pero no me importaba volverlo a oír. Agradecía aquella cháchara amable con la que me agasajaba. Se notaba que hablaba para liberar tensión. Además, me evitaba hacerlo a mí.

En cierto momento se dio cuenta de que estaba sentada en el brazo de la butaca.

—¿Qué haces ahí? Ponte cómoda.

Le obedecí. Devolví el libro al lugar donde lo había encontrado, caminé un par de metros y me senté en el sofá que lindaba con los ventanales. Era un sofá muy ancho, con mullidos almohadones de plumas en los que mi cuerpo se fue hundiendo lentamente. Era

reconfortante el abrazo de las plumas. Me descalcé las sandalias, subí los pies y me acurruqué.

—Así, muy bien —dijo Carlos, acercándose al aparato de música —. ¿Te importa que lo detenga? Me cansa forzar la voz.

También agradecí el silencio que de pronto invadió la sala. Un silencio que no tardó en fundirse con los murmullos del exterior. Las cristaleras estaban corridas y la brisa mecía las cortinas blancas de hilo que bailaban una especie de danza cargada de ondulaciones. La noche todavía se veía más bella a través de su cimbreo. El cobre de las sombras que plagaban el jardín se había convertido en bronce y el cielo era como un inmenso y suave terciopelo azul marino donde centelleaba una luna llena y millones de estrellas.

El agua había empezado a hervir y Carlos sacó del armario la caja de las infusiones. Estiró el brazo, achicó los ojos y eligió una.

—¿Poleo menta? —dijo, levantando la cabeza.

—Sí, por favor.

Vertió el agua en la tetera, echó un par de cucharadas de hojas secas y esperó a que reposaran. La luz indirecta creaba claroscuros sobre sus manos. Sus manipulaciones eran cautas, precisas. Cuando comprobó que la infusión estaba terminada, repartió el líquido en dos tazas, las colocó en sus platos respectivos y las puso en una bandeja que dejó en la mesa de centro, frente a mí.

—Tal vez esté demasiado caliente —dijo.

Le di las gracias, agarré la taza y me la acerqué a los labios. Efectivamente, quemaba. Y la devolví a la bandeja. Él se sentó a mi lado, se apoyó en el respaldo del sofá, cruzó los brazos y se me quedó mirando.

—¿Puedo hacer algo por vosotros?

Suspiré. ¿Qué iba a hacer él por nosotros si Gonzalo no quería ni oír hablar de él? ¿Qué iba a hacer él que no hubiera intentado yo? Durante el rato que había durado su parloteo y la preparación del poleo casi había logrado olvidar la escena del automóvil de Gonzalo alejándose en la noche. Pero su pregunta me devolvió a la oscuridad del camino, a aquel nudo apretado que me oprimía el pecho y al frío que se había instalado en mí.

—No creo —respondí.

Tenía a Carlos muy cerca. Se me antojó que mis ojos debían de seguir enrojecidos y mi rostro desencajado. Pensé que era una

suerte que la noche creara velos evanescentes. Sin descruzar los brazos, dijo que no quería ser curioso. Si yo no deseaba contarle nada, respetaría mi silencio. Llevaba tiempo observándonos. Estaba preocupado. Gonzalo siempre le había inquietado, aunque en aquel momento le inquietábamos los dos.

—No sé por dónde empezar —dije.

—Vamos, Lucía. No te sientas incómoda. Conozco bien los puntos vulnerables de mi hijo.

Carlos se quedó contemplándome. Su mirada me penetró tan dentro que no la pude mantener. Supe que me tocaba hablar. Un tonto se hubiera dado cuenta de que Gonzalo y yo teníamos problemas, y Carlos no era tonto. Además, hacía mucho que nadie se tomaba tantas molestias por mí. Le expliqué que no sabía qué le pasaba a Gonzalo, que se encerraba en sí mismo, hacía su vida y me rehuía. Hablé de su costumbre de fiestear solo, sus borracheras, su impenetrabilidad, su desasistencia al trabajo y su negación a aceptar los problemas. También conté que Gonzalo no quería implicarse en la labor de tener hijos y que yo creía que aquél era el origen de nuestro conflicto. Carlos me escuchaba atento, con la cabeza ligeramente ladeada. De vez en cuando pestañeaba y su actitud me incitaba a seguir. Hablé y hablé. A veces, de corrido. Otras, a trompicones. A medida que hablaba, más ganas tenía de continuar. ¿Por qué las cosas se complicaban tanto? Con lo sencillas que podrían ser. Era evidente que cada uno de nosotros hablaba un idioma diferente, ¿cómo nos íbamos a entender? Le conté que estaba cargada de dudas. Había dado tantas vueltas al asunto que había llegado a pensar que la culpa la tenía yo.

—Ni se te ocurra decir eso —me interrumpió Carlos.

Iba a añadir algo, pero yo había pillado carrerilla y no lo dejé acabar. Dije que lo que pensaba no era descabellado. Gonzalo no había cambiado. Él se comportaba como siempre. De una forma más exagerada, tal vez. Quizás era yo quien percibía sus actitudes de forma diferente; sin embargo, no lo podía evitar. Desde que convivíamos me molestaba la mayor parte de las cosas que hacía. Seguro que Gonzalo lo notaba. Él sentía mi insatisfacción. Era de eso de lo que debía de huir, huía de mis censuras. A aquellas alturas de mi discurso yo hablaba como una ametralladora. Juntaba frases, mezclaba conceptos y me latían hasta los pulsos. Necesitaba

continuar. La atención de Carlos me animaba a ello. ¿Por qué antes me había gustado de Gonzalo lo que en aquel momento detestaba? ¿Qué me había pasado de repente? A veces pensaba que debía adaptarme a él. Otras, tenía claro que la única solución sería romper. Esa idea cada vez se me presentaba con más intensidad, pero había una fuerza que me vinculaba a él, un temor a perder algún tipo de lazo. Ni yo misma me entendía. No era sólo defenderme del fracaso ni el temor a la soledad. Era algo mucho más potente. Un miedo inexplicable a perder no sé qué. ¿Qué sería lo que temía perder, si no tenía nada?

Carlos tendió una mano hacia mí como si pretendiera tranquilizarme con una larga caricia. Por un motivo inexplicable, se reprimió y la dejó apoyada sobre su rodilla.

—Creo que estás hecha un lío —dijo con serenidad—. Tú no tienes ninguna responsabilidad. Es Gonzalo quien se está pasando. No sé por qué lo hace. Tiene un fondo excelente, aunque siempre me ha parecido un misterio. Yo tampoco he sido capaz de llegar a él.

Le dije que me parecía muy extraño. ¿Por qué Gonzalo se negaba de una forma tan rotunda a recurrir a él? ¿Qué pasaba entre ellos?

Carlos se encogió de hombros.

—Supongo que tendrá sus motivos. No es fácil para un padre hacerse amigo de sus hijos.

Se detuvo un rato, como si necesitara un lapso para reflexionar o le doliera lo que estaba a punto de decir. Dijo que era muy complicado ser padre. Lo peor era que se sentía culpable de los fracasos de sus hijos. Valeria le decía que no se había ocupado suficientemente de ellos, ¡qué cosas!, con el tiempo que había pasado trabajando para ofrecerles la vida que habían llevado. A veces pensaba que ella tenía razón. Tenía la sensación de haber regalado a sus hijos una bicicleta de marchas sin haberles enseñado a circular sin ruedas laterales. Quizá debería haber trabajado menos y haberles enseñado a pedalear. «Hemos criado a tres monstruos», bromeaba a veces su mujer. En algunas ocasiones pensaba que lo decía en serio. Pobre Valeria. La había dejado demasiado sola con tanta responsabilidad. Ella le hacía la vida infinitamente más sencilla que sus hijos. A menudo se preguntaba qué otra cosa podría

haber hecho por ellos. Había intentado inculcarles tolerancia, sentido del humor, responsabilidad, autonomía y todo eso que a uno se le antoja fundamental. Probablemente lo había hecho mal. Los miraba y se preguntaba cómo Alejandra podía aceptar el trato que le daba Eduardo, cómo Emma se había convertido en una inadaptada, cómo nosotros… No terminó la cuestión y se me quedó mirando.

—Seguramente no lo has hecho tan mal —dije por aliviarlo.

Carlos movió la cabeza como si quisiera alejar los pensamientos oscuros.

—¿Qué hago yo aburriéndote con mis cuitas? No deberías dejarme hablar tanto.

Le dije que no me aburría.

—Gracias, aunque hoy debemos ocuparnos de ti —dijo, dirigiéndome una sonrisa muy cálida.

Se incorporó y abrió el azucarero.

—Dos, ¿no?

Mientras distribuía los terrones con las pinzas dijo que sentía mucho que estuviera pasando por aquello. Hablaría con Gonzalo. Tal vez lograra convencerlo de que se pusiera en manos de un especialista.

—No servirá de nada.

—No seas pesimista —susurró, dándome una palmada por encima de la rodilla.

Fue una palmada corta y suave. Sus dedos sólo estuvieron unos instantes en contacto con mi piel, pero me produjeron un estremecimiento que me recorrió el cuerpo entero. Con gusto le hubiera sujetado la mano pidiéndole que la mantuviera sobre mí. Su roce me proporcionaba amparo. En lugar de eso, me cubrí el muslo con el extremo de la falda. Él agarró una de las tazas, removió el contenido con una cucharilla, sopló un poco y se la acercó a los labios.

—Algo tengo que intentar —dijo, entregándome la taza—. No voy a dejarte sola en esta situación. Procura confiar en mí y tranquilízate.

Sus palabras sonaron seguras y tuve la certeza de que, pasara lo que pasara, él estaría conmigo.

—Vamos —me azuzó con suavidad—. No quema. Bébela ya. Te

sentará bien.

No sé si fue aquel gesto amable de ponerme hasta el azucarillo en el poleo, la serenidad con que dijo que él se encargaría de Gonzalo, la confianza que había logrado depositar en él o el simple hecho de haberme vaciado, que de repente me entraron ganas de recostar la cabeza sobre su hombro. Lo hice. Carlos tomó mi taza y la puso en la mesa. Creo que le temblaban ligeramente las manos. Se volvió hacia mí y me besó en la frente. La noche entraba ligera por los ventanales, remoloneaba sobre nosotros y traía música de cigarras que cantaban a coro mientras el suave hilo de las cortinas nos rozaba de vez en cuando. Froté la cara contra su camisa de lino y sus largos dedos acariciaron mi cabello. Y de pronto su olor. Aquella mezcla de roble, romero y musgo que un día descubrí que componía su colonia y que casi lograba anular el aroma de los nardos. Toda la sala era un mar de roble, romero y musgo. Entonces no sé qué pasó que me encontré enredada entre sus brazos. Tal vez fui yo quien se abrazó a su cuello. O él quien me apretó fuertemente contra su pecho. En cierto momento levanté la cabeza. Y de nuevo su mirada. Una mirada penetrante, increíblemente negra.

—Mi hijo es tonto.

Sólo una finísima capa de aire nos separaba. Tan cerca lo tenía que podía discriminar las diminutas máculas oscuras que salpicaban el contorno del iris. También veía sus labios irregulares, el inferior más carnoso que el superior, sus pestañas largas y su nariz aguileña, que de cerca no se veía tan aguileña, aunque lo era. Igual, exactamente igual que el perfil de Gonzalo, que no era más que una réplica de su padre. Una burda copia con casi idénticos rasgos y modos semejantes, pero incapaz de emular su alma. El germen, la raíz, estaba estrechándome en sus brazos, besando mis ojos con sus labios desiguales, apartando un mechón de mi frente, aspirando entrecortadamente el aire que yo le exhalaba, diciendo que no sufriera, él estaba conmigo, siempre me había querido, no debería decírmelo, pero no había contado con aquella noche.

De pronto lo entendí. Hay cosas que se entienden de repente. Desfilaron por mi mente mil detalles minúsculos que me remontaban al día que lo conocí. A su americana blanca de seda. «Me encanta presentarme en mi propia fiesta tan bien acompañado», a esas reflexiones que tanto me gustaba oír, al placer

que me proporcionaba su compañía, a esa curiosidad mezclada con admiración que me despertaba Valeria como indicador del tipo de mujer que le podía gustar, a esa amistad absorbente, casi patológica, que había entablado con Emma, a mi paciencia para soportar sus inconsistencias, también a esa búsqueda desesperada de encontrar en Gonzalo su reflejo, su talante, su esencia, esa esencia que yo me había ocupado de tergiversar. Todo eso desfiló en unos segundos.

—Esto no debería pasar —murmuré.

Me aparté unos milímetros de él. Por unos instantes cedió la fuerza que nos mantenía abrazados. Carlos me miró confuso, con los ojos enrojecidos, inyectados de deseo, idéntico a la sed que espoleaba mis sentidos. Me sentí vacía ante aquella minúscula lejanía. «Por favor, no dejes de mirarme». No sé si lo susurré o simplemente pasó por mi pensamiento. Carlos siguió mirándome y me acarició lentamente la mejilla. Era un gesto de duda que bien podía convertirse en despedida y tuve miedo. Besé la mano que me arrullaba y apoyé la cabeza en su palma. Aquella palma cuidada, lisa y vibrante que parecía creada exclusivamente para mimarme. No debería ocurrir. Sin embargo, precisaba que ocurriera. Me apremiaba estremecerme bajo el influjo de aquellas manos que anunciaban obsequiarme con la codicia de la gula y la suavidad de las plumas. Necesitaba fundirme en aquella sinrazón que alentaba mi apetito. Cerré los ojos y esperé. Sus labios recorrieron el contorno de mis hombros llenándolos de huellas tibias en contacto con su aliento. Su pelo cosquilleaba en el lóbulo de mi oreja. Aspiré el calor y la dulzura que desprendía su cabeza morena. Me abracé a él. Carlos me apretó fuerte, buscó mi boca y me besó con ardor, casi con desespero. Su aliento agitado me llenaba de premuras y ofrecimientos. Aquello no debía ocurrir, pero estaba ocurriendo. «No dejes de besarme». Esa vez estoy segura de que lo dije. Carlos me alzó por la cintura y me sentó a horcajadas sobre sus rodillas. Sonó un crujido de telas y chasquidos de cremalleras y yo me ondulé, cimbreante, despojándome de mi vestido.

—Qué guapa eres.

Y empezaron los silencios. Y un profundo resurgir de impaciencias que se aliaban con la noche. Una noche de revelaciones, de quiebros y de gemidos. Una noche de ardores, de

gozos y de vehemencias entreveradas en la intimidad de aquella inmensa soledad.

Y la conciencia de que en algún momento Gonzalo podría regresar. Mejor olvidarse. Había que olvidarlo todo.

Capítulo 17

Mientras cenaba en El Trapío, qué lejos y qué cerca sentía aquella larga noche en que Carlos y yo nos amamos. Había pasado un mes y medio, aunque bien podía haber sido un siglo. En aquel tiempo había sido incapaz de quitármela de la cabeza. ¿Cómo iba a quitármela, si la tenía incrustada en los sentidos? Mis compañeros de mesa me preguntaron en varias ocasiones si me encontraba bien. Tantas veces como ellos formularon la pregunta les respondí que sí.

—Lo que te debe pasar es que ves llegar la ancianidad —dijo Emma.

El camarero trajo el pastel y los demás me incitaron a formular un deseo. Cerré los ojos, aspiré aire y soplé sin saber qué pedir. Las llamas de algunas velas todavía fluctuaban sobre su base de cera. Volví a soplar. Se apagaron todas, pero seguí sin saberlo.

—¡Bravo! —Aplaudieron.

En aquella velada, además de la cháchara, los brindis y las consabidas felicitaciones, hubo muchas sonrisas. También unos cuantos regalos. El abrigo de visón rasado que me había anunciado Emma y que Gonzalo me entregó diciendo que se había arruinado, un bolso de piel tostada de parte de mis padres, un libro sobre Picasso con excelentes ilustraciones que me obsequió Emma y una pulsera con aro de macramé y mi inicial definida en brillantes que Valeria me prendió de la muñeca.

—Carlos también ha intervenido en la elección —dijo.

Miré a Carlos, que me contemplaba desde dos asientos más allá. Luego a Valeria. Les di las gracias a ambos, asegurando que la pulsera me había chiflado. Me incliné hacia Valeria, que estaba a mi lado, y le di un beso. Ella dijo que yo era encantadora.

Alejandra y Eduardo no me regalaron nada.

—Te lo debo —dijo ella compungida.

Le dije que no se preocupara. Imaginaba que algún problema habría tenido con Eduardo para haber llegado con las manos vacías. Además, en aquel momento los regalos me importaban muy poco, por no decir nada.

Apenas dormí un par de horas la noche en que Carlos y yo nos amamos en la biblioteca. Cuando me desperté en mi cama, mi cuerpo todavía olía a él. La evocación de sus besos me arrullaba como una dulce canción de cuna que tan pronto se convertía en un bolero obsesivo y excitante como en la más suave de las melodías. Carlos mirándome con deseo, Carlos acariciándome, Carlos diciendo que me soñaba, Carlos fundiéndose en mí. Cerré los ojos, me acurruqué y saboreé ese estado semionírico que separa el sueño de la vigilia y permite seguir soñando. No sé cuánto rato permanecí en aquel estado, supongo que bastante, hasta que descubrí a Gonzalo a mi lado. Dormía profundamente, bocarriba, con la cabeza algo ladeada sobre la almohada. No lo había oído llegar. Quién sabe a qué hora lo habría hecho. Sin embargo, allí estaba, junto a mí, respirando fuerte y emitiendo pequeños ronquidos de tanto en tanto. Confieso que durante unos segundos me asaltó una sensación de desagravio que me complació. Duró poco. Lo que tardó Gonzalo en volverse hacia mí y pasar una pierna por encima de la mía. Tomé consciencia de las dimensiones de lo que había pasado y, en cuestión de segundos, mi placidez se convirtió en una oquedad. «¿Qué has hecho, Lucía?». Me quedé inmóvil e intenté valorar la situación desde diferentes perspectivas. Aunque no me daba cuenta, siempre había estado enamorada de Carlos; Gonzalo se había ganado a pulso mi desamor, la fatalidad había jugado con los tres. Ninguna de ellas me aplacaba. No necesitaba justificarlo ante Gonzalo, ni siquiera ante Valeria, sólo me urgía hacerlo ante mí. Por muchas vueltas que le diera siempre volvía una desagradable sensación de falta. Una falta que me enfrentaba a aquellos valores que tan bien había interiorizado a lo largo de mi vida. De repente saltaban por los aires, haciéndose añicos como si les hubiera lanzado una bomba de relojería.

Gonzalo se movió de nuevo, estiró un brazo y casi se puso sobre mí. No sé qué le dio aquella mañana para buscarme a tientas. Su cabeza estaba muy cerca de la mía. A pesar de que su aliento agrio

percutió directamente en mi olfato, no me atreví a apartarme. Y es que de pronto tuve una nueva revelación. El motivo por el que Gonzalo se estaba autodestruyendo. Nunca he sabido si aquello que pensé era cierto, pero en aquel momento tuve la certeza de que la causa éramos su padre y yo. Él debía de haber barruntado nuestra atracción antes de que yo fuera consciente. Todo cuadraba perfectamente. Su negación a aceptar la colaboración de Carlos, su irascibilidad si yo opinaba a su favor, «lo tienes idealizado». Y yo había estado ciega y sorda. Fue entonces cuando me desembaracé de él, me puse una camiseta y unos pantalones cortos y huí de nuestro dormitorio.

Encontré a Carlos preparando el café en la cocina. Tenía la cafetera en las manos y se disponía a colocarla sobre uno de los fuegos. Parecía haberse vestido con menos precipitación que yo. Se había anudado alrededor del cuello uno de esos pañuelos de lino que solía utilizar cuando tenía faringitis. Estaba tan absorto en la tarea o en vete a saber qué cavilaciones que no me oyó llegar. Al preguntarle si le dolía la garganta dio un respingo y la cafetera se tambaleó.

—¡Qué susto! —dijo, bregando por no volcarla—. Buenos días.

Colocó la cafetera en la posición inicial y se volvió hacia mí. Creo que intentaba impostar una sonrisa.

—Siento haberte asustado —murmuré.

—No te preocupes.

Llevándose la mano al pañuelo, Carlos me contó que no le pasaba nada en la garganta, sólo que al salir al jardín había sentido frío. Ya sabía yo la facilidad con que padecía de afonía. Su tono sonó educado, tal vez demasiado. Después se quedó en silencio. Le hubiera dicho que el pañuelo le quedaba muy bien. Tenía un estampado de tonos muy intensos a base de rosa y verde que enmarcaba su rostro moreno y le daba luz. No dije nada y me quedé en el umbral, mirándolo fijo. El corazón me latía fuerte. Él también me miraba y su gesto adusto indicaba inquietud.

—¿Gonzalo duerme? —dijo, elevando la mirada por detrás de mí.

Sí, Gonzalo dormía y por la profundidad de su sueño habría asegurado que dormiría durante muchas horas más. No obstante, me volví para comprobar que no se acercaba por el pasillo antes de

confirmarlo.

Carlos soltó un pequeño suspiro.

—¿Y tú, cómo has descansado? —dijo sin moverse.

Tenía el cuerpo tenso, como preparado para el envite. Me angustió percibirlo tan crispado.

—Fatal —respondí.

—Y yo.

Empezaba a sentirme incómoda, más que incómoda. Necesitaba oír de sus labios algo que me tranquilizara. Afortunadamente, logró sonreír.

—Por favor, no te quedes ahí —dijo—. Entra.

Caminé los tres metros que me separaban de él. Lo hice con lentitud. Las piernas me pesaban como si un imán invisible me impidiera avanzar. Él me miraba inmóvil desde los fogones, como si su propio imán estuviera actuando sobre él. Me quedé a su lado, contemplando la cafetera, esperando no sé muy bien qué.

—¡Qué difícil! —La voz me salió hueca, como si no fuera yo la que hubiera articulado la frase.

—Ahora lo arreglaremos —dijo forzando serenidad.

¿Qué pretendería Carlos arreglar? ¿Y cómo hacerlo? Por más vueltas que le daba, todo me parecía un laberinto. Sólo me faltaba descubrirlo con aquel rictus de tensión para entender que no encontraríamos salida. Necesitaba deshacer aquella incomodidad. Lo único que se me ocurrió fue abrazarlo. Él me estrechó con fuerza. Y de nuevo su olor, justo lo que necesitaba, entrar en contacto con aquella calidez sanadora capaz de templar mis sentidos y mi alma, una razón que me convenciera de que no éramos culpables y de que él sentía lo mismo que yo.

Todavía estaba entre sus brazos cuando me murmuró al oído que teníamos que hablar. Lo dijo mirando hacia la puerta.

—Hablemos —dije.

La voz me salió ronca. De pronto, la cafetera silbó. Por una ranura mal cerrada salió un líquido oscuro que crepitó en la encimera. Carlos se precipitó a apagar el fuego, pero no atinó con el mando adecuado.

—¡Dios, qué torpe estoy!

Nunca lo había oído utilizar un tono semejante y sentí miedo. Un miedo que empezaba dentro y se extendía poco a poco por la

piel. Aunque me temblaba el pulso, le sugerí ser yo la que terminara de preparar el café.

—No, Lucía —dijo, apartándome con suavidad.

Me quedé a su lado y dejé que lo hiciera. El sol entraba a raudales por la ventana que había detrás de él. Era de una sola hoja corredera y estaba abierta. A través de ella se vislumbraba un largo seto de ciprés y un parterre cuajado de nardos. Más allá se adivinaban los vastos campos de rastrojos dorados que se extendían por detrás de la casa.

Carlos esperó a que el café estuviera terminado y lo sirvió en un par de tazas. Buscó en la alacena el azucarero, un par de cucharillas y dos servilletas y lo dispuso todo en una bandeja. Tomamos asiento en una de las esquinas de la mesa de la cocina, la que enfocaba directamente a la puerta. Él en la cabecera y yo a su lado, muy juntos, sin tocarnos, dispuestos a desmenuzar nuestros sentimientos.

Creo que fui yo quien rompió el silencio. Lo hice después de que él removiera deprisa el azúcar de su taza y apurara su café de un sorbo. Yo estaba tan turbada que ni siquiera lo probé. Le dije que estaba hecha un lío. Los escrúpulos me desbordaban. ¿Por qué era todo tan complicado?

—No te culpes más de lo necesario —dijo, acariciándome el cabello—. Es difícil luchar contra el deseo y los sentimientos. Somos humanos. Ayer no hicimos daño a nadie. Ya está hecho y no hay que darle más vueltas. Únicamente tenemos que preocuparnos por lo que va a ocurrir a partir de ahora.

El futuro, justo eso era lo que me acongojaba, intenté explicarle.

Él tomó un mechón de mi cabello y lo enroscó con el dedo. Me aseguró que no se trataba solamente de una cuestión carnal. La inmovilidad de sus pupilas denotaba sinceridad. No sabía yo cuánto se había reprimido a lo largo de aquellos años. No me podía imaginar cuántas veces había estado tentado de estirar los brazos para tocarme. Con el tiempo creyó descubrir que a mí me ocurría lo mismo.

Carlos deshizo el bucle y se puso a tamborilear sobre el tablero de la mesa. Pensé que desde la noche anterior no había dejado de hacerlo y me entraron ganas de acompañarlo. Coloqué los dedos sobre la madera y repiqué. Sonaba como si un par de pájaros carpinteros estuvieran picoteando la madera. En medio de tanto

desconcierto, ambos empezamos a reír. El pañuelo que llevaba atado al cuello le cubría un poco la barbilla cuando reía, enmarcaba sus facciones y resaltaba la simetría de sus dientes blancos. Me hubiera apetecido besarlo, pero sólo me animé a confiarle mi intimidad.

Le dije que sentía una necesidad terrible de estar a su lado, de oír su voz, de aspirar su aliento y de participar de su vida. Necesitaba compartir sus problemas, sus actividades, saber que me necesitaba como lo necesitaba yo.

—¿Y tú crees que yo no? —me atajó.

Carlos dijo que debería haber puesto freno a todo aquello, pero no había sabido. Su autoestima debía de andar muy perdida. Se quedó pensativo, como si estuviera intentando localizarla. Rozó con los dedos mi boca y me explicó que mientras me veía madurar se había enamorado de mí.

—A mí también me encantaría vivir pendiente de ti —dijo.

Había dejado de repicar, su mirada se llenó de incertidumbre. Sentí un momento de vértigo y deseé que no dijera nada más.

—Sé que es imposible —me adelanté.

Parecía aliviado. A través de la ventana nos llegaban olores de campo y de mar. Los rayos de luz formaban una especie de aura alrededor de su cabeza que reverberaba en sus canas. Recuerdo que me sorprendió descubrir tantas hebras blancas.

—No vivimos solos —dijo—. Hay demasiadas personas a las que podríamos herir.

Pensé en Gonzalo y en Valeria y se me secó la garganta.

—Me cuesta aceptarlo —dije.

Carlos miró de reojo hacia la puerta, tomó mis manos y las besó suavemente. Sus labios me produjeron un cosquilleo que me trepó por el brazo, el hombro, el cuello, la nuca y quedó fijado allí.

—Tú no te mereces la vida que te podría dar yo. Tú mereces una vida normal. Yo no puedo meterme en medio. Sería demasiado egoísta por mi parte. ¿Qué vida te esperaría?

Tuve la impresión de que quería zafarse de mí y aparté las manos.

—¿Y si yo admitiera cualquier vida que me dieras?

—A la larga me odiarías.

—Imposible odiarte. ¿Cómo iba a odiarte?

—Soy mayor y maniático. Una mujer de tu edad tiene que vivir entre jóvenes, no pendiente de un cascarrabias.

—No digas tonterías. No conozco a nadie que haga la vida más fácil que tú.

Le gustó mi piropo. Me besó en la frente y me volvió a agarrar las manos. Dijo que yo tenía los tres atributos que más le seducían de una mujer: belleza, inteligencia y bondad. Sobre todo, bondad. Era una lástima que fuera un concepto pasado de moda. Hoy en día se confundía con necedad. Los listos eran los que trapicheaban. Se acusaba de tontos a los condescendientes, a los empáticos y a los considerados. Me sedaba oírle hilar un pensamiento con otro. Tenía algo de hechizante la cadencia envolvente de su discurso. Pensé que me importaría poco la vida que pudiera esperarme siempre y cuando pudiera seguir escuchándolo.

De pronto oímos un leve chasquido fuera de la cocina. No sé qué pudo ser, probablemente el sonido de una madera que se dilató, pero nos hizo mirar inquietos hacia la puerta y separar las manos.

—¿Ves a lo que me refiero? —dijo.

Me molestó el comentario. Era evidente que no se podía vivir una pasión dentro de la cocina de su casa.

—¿Y qué hacemos con nuestros sentimientos?

Carlos me miró unos segundos.

—Vete a saber dónde quedarán nuestros sentimientos. Probablemente los mitigaremos con la tranquilidad que proporciona estar actuando con corrección.

—¡Corrección, corrección! ¿Y qué es la corrección? ¿Acaso Gonzalo es correcto conmigo? ¿Quién se molestará en ser correcto con nosotros?

Había levantado un poco la voz y me quedé sorprendida de lo fuerte que había sonado.

—Yo que sé lo que es la corrección —repuso él—. Tal vez ese maldito sentido del deber que con tanta persistencia nos han hecho interiorizar.

Carlos había vuelto a agarrarme las manos y las acariciaba con las yemas de los dedos. Dibujaba círculos imaginarios sobre mis palmas. No me miraba mientras los delimitaba, sólo dibujaba, dibujaba, dibujaba.

—Es una lástima que no seas cualquier otra mujer —dijo

sucinto.

Miré hacia la puerta, alargué la mano y me puse a juguetear con los flecos de su pañuelo.

—Dime, ¿qué pasaría si fuera otra mujer?

Carlos rió. Su risa convirtió a Gonzalo en un cuerpo que dormía.

—No me tientes —dijo, besándome la mano que jugueteaba con el pañuelo.

—Cuéntame —azucé.

Carlos recorrió lentamente mi escote con la yema de su índice y me miró fijo. Dijo que lo que le gustaría sería cambiar de ciudad, de amigos y de familia y clamar a los cuatro vientos que nos queríamos. Ir a teatros, restaurantes, pasear de la mano por la calle. Sobre todo presumir de mí y descubrir que los hombres y mujeres que se cruzaban con nosotros se morían de envidia viéndolo a mi lado.

—¿Y dormir juntos cada noche? —dije yo.

—Y hacer el amor cada mañana —respondió él.

Todavía fantaseábamos cuando sonó su móvil. Estaba sobre la mesa y estiró el brazo para responder.

—Hola —dijo.

Era Valeria. Distinguí su voz. Explicó que los gemelos estaban bien, sólo tenían unas décimas. Probablemente regresarían a Sa Punta al día siguiente. Ser testigo de aquella conversación me incomodaba, y aunque todavía no me había bebido el café, me acerqué a los fuegos para preparar otro. Desde allí también se oía la voz de Valeria. Contaba que Alejandra ya había preparado la maleta para ir a la Toscana y que Eduardo se había empeñado en pedirle prestado su automóvil porque gastaba menos combustible.

—Déjaselo, mejor que no le lleves la contraria —dijo Carlos.

Valeria parecía tener intención de continuar. Carlos estaba acalorado y empezó a bregar con su pañuelo. Estiraba de los extremos con una mano, pero en vez de aflojarlo, lo apretaba más. Dejé el café sobre el fuego, fui hacia él y lo ayudé a deshacer el nudo. Él me envió un beso por el aire a modo de agradecimiento. El pañuelo quedó pendido de mi mano. Era suave y liviano. Y olía a Carlos. Me lo puse en el cuello, le di varias vueltas y me envolví en él. Su contacto me caldeó el ánimo y la garganta.

—No le compliques la vida a Alejandra —insistió.

Cuando el café estuvo preparado le mostré la cafetera y él levantó la taza. Se la llené. Él me envió otro beso mientras seguía hablando. La conversación fue larga. Me dio tiempo de contemplar a un grupo de gorriones que picoteaban sobre el seto de ciprés y a comerme un par de galletas. También a sentir la confianza que me proporcionaba sentir su pañuelo ciñéndome el cuello.

—Adiós, Valeria —dijo por fin.

Dejó el teléfono sobre la mesa, apoyó la cabeza en una mano y se me quedó mirando.

—Lo siento —dijo, indicando el aparato.

Se levantó del asiento y vino hacia mí. Su mirada se había vuelto a ensombrecer. Temí que me explicara que el resto de mi vida sería así si seguíamos juntos y me adelanté a él. Convinimos en vernos únicamente cuando no tuviéramos más remedio, en reuniones familiares y causas de fuerza mayor. Evitaríamos encontrarnos a solas. Ninguno de los dos se sentía capaz de hacer frente a una nueva intimidad. Y en nombre de los nobles sentimientos nos abrazamos, convencidos de que aquélla sería la última vez. Fue un abrazo largo, intenso y desesperado, casi imposible de deshacer. Era como si temiéramos que nos fallaran las fuerzas si intentábamos funcionar en solitario y pretendiéramos extraer del otro la energía necesaria para subsistir.

Durante el siguiente mes me dediqué en cuerpo y alma a construir mi renuncia. A olvidar a Carlos como si jamás hubiera sentido aquella emoción punzante que me espoleaba y a seguir intentando proyectarla en Gonzalo. Al fin y al cabo, era lo que llevaba haciendo mucho tiempo. Era preciso que me volviera sorda a mis impulsos hasta que Carlos no fuera más que un punto remoto en mis recuerdos. «Olvídate, como si no hubiera pasado», me decía una y otra vez. Pero había pasado. Era una realidad tan palpable como los objetos que tocamos a diario. Una realidad que se agitaba con la misma angustia con que se debate un pez que se saca del agua. Un pez que se asfixia y boquea, a uno y otro lado, en busca del oxígeno que le permita sobrevivir. Una realidad forjada de detalles minúsculos que me enfrentaban a mi vida con Gonzalo; en aquellas circunstancias todavía me resultaba más difícil romper con él, a aquel dejar pasar los días sin más relieve que seguir existiendo. Ésa

sería mi penitencia, prescindir de Carlos y seguir viviendo con Gonzalo. «Olvídate, como si no hubiera pasado».

Lo conseguí a medias. Me ayudó en mi propósito que Valeria llegara al día siguiente, que las vacaciones terminaran en breve y que, nada más regresar a Barcelona, Carlos emprendiera un viaje de trabajo por América del Sur. Aquella distancia física y moral me permitió detener los tumbos del pez y meterlo en una red. Una red pequeña, casi más pequeña que él, donde apenas se podía mover. Ligué la red con un nudo prieto y lo deposité en la base del cráneo, allí donde parece que no laten los sentimientos que hacen daño, los que detestamos, los que no queremos que sean nuestros, y quise creer que el pez había dejado de coletear.

La noche de mi cumpleaños, el pez amenazaba con salir de la red. Lo hacía dando grandes coletazos. Era la primera vez que me enfrentaba a la presencia de Carlos. Hacía muy poco que él había regresado de su viaje y habíamos sido muy rigurosos con nuestras consignas. Mientras los que me rodeaban hablaban, brindaban y reían, supe que él también sufría. Lo adiviné en el ensimismamiento con que me miraba, en su mutismo y en los esfuerzos que hacía por fingir que lo pasaba bien.

—¿Y tú, papá? ¿Por qué tienes esa cara de entierro?

Cuando el camarero retiró el pastel, Carlos se me quedó mirando. Deseé ignorar a los demás para acurrucarme junto a él y contarle mis angustias. Poco imaginaba él cuáles eran. Obviamente, no me moví de mi asiento y me limité a dedicarle una sonrisa, que él me devolvió.

Durante las copas hicimos muchas fotografías de todos. Al principio las tomamos nosotros. Luego pedimos al camarero que nos ayudara. Emma llevaba la batuta de los encuadres.

—Alejandra, tú un pelo más allá. Gonzalo, ponte entre mamá y la madre de Lucía. Ahora una foto de grupo. Papá, achucha un poco a Lucía, a ver si se ríe un poco.

Quedó bien aquel último retrato. Salimos sonrientes, elegantes y guapos. Teníamos las narices un poco brillantes, aunque no nos afeaban. Gonzalo proponía un brindis a la cámara. Los demás lo coreaban. Carlos estaba a mis espaldas y me apretujaba. Yo reía con la boca muy abierta y la cabeza echada hacia atrás. Parecíamos muy

divertidos. Nadie diría que pocas horas antes había descubierto que estaba embarazada.

Tercera parte

Capítulo 18

Si tuviera que definir con un único término la emoción que me ha dominado en los últimos seis años, utilizaría la palabra «culpa». La culpa, especialmente la nueva, no es fácil de soslayar. Es una especie de larva que se incrusta en el alma y se desarrolla lentamente extendiendo sus tentáculos hasta apoderarse de nuestra voluntad. Bloquea nuestras acciones y nos convierte en seres inseguros. Luego, cuando te acostumbras a ella, su aguijón se redondea y encuentra recovecos donde ocultarse para pasar inadvertida, se solapa con el peso específico de otras preocupaciones y su gravedad se hace más llevadera. No obstante, siempre permanece allí, agazapada, acompañándonos a cualquier lugar, a la espera de encontrar el momento propicio para manifestarse. Solamente el miedo al desamparo es más potente que la culpa.

El día que me enteré de que estaba embarazada tuve dos cosas muy claras: que no sabía quién era el padre y que aquello tenía que solucionarlo sola. Únicamente necesité imaginar a mi hijo creciendo en mi vientre para estar segura de que una nueva vida era motivo de alegría y que, sola o acompañada, tenía que seguir con mi embarazo adelante. Aunque estuviera sentenciada a no saber quién era el padre, aunque el que ejerciera como tal fuera un irresponsable. Tener aquel hijo se me reveló el deseo más fuerte que había experimentado nunca, más agudo que mis miedos, más potente que la incertidumbre de mi matrimonio, más intenso incluso que el amor que sentía por Carlos. De ese amor que azuzaba tan fuerte que tenía suficiente con saber que existía, tan imposible que había tenido que renunciar a él. A mi hijo no renunciaría. Nacería en el seno de una familia unida y estructurada, con un padre, una madre y cuatro abuelos que le aplaudirían viéndolo

soplar las velas de sus pasteles de cumpleaños. Y con esa convicción comencé mi farsa.

No me costó encontrar la ocasión para provocar un encuentro sexual con Gonzalo. En realidad no hubiera hecho falta. Durante aquel mes habíamos tenido un par de contactos. No obstante, había sido al principio de mi ciclo menstrual y no quería que, ni en sueños, se cuestionara el origen de aquel embarazo. Aproveché la misma noche de mi cumpleaños. Como habíamos cenado en familia, Gonzalo estaba sobrio. Teóricamente había terminado mi periodo fértil. Sabía que aquélla era una de las pocas cosas que él controlaba y que jugaría a mi favor. Fue muy sencillo: un conjunto de blonda negro, cuatro frases obscenas y bastante teatro.

—Me desconciertas, Lucía —dijo cuando terminamos—. Hacía mucho que no te sentía tan activa.

Estaba desnudo sobre la cama. La luz de la lámpara de noche incidía sobre sus hombros, anchos y cuadrados. Había dispuesto un par de cojines detrás de la espalda y me contemplaba satisfecho con las piernas abiertas y el cuerpo relajado mientras yo me desmaquillaba. De tanto en tanto daba un par de caladas a un cigarrillo rubio que se consumía en el cenicero. Las volutas de humo me produjeron arcadas. Supe contenerme.

—Todos tenemos algún golpe escondido —respondí.

Tras aquella noche, Gonzalo estuvo especialmente complaciente y complicó bastante mis procesos mentales. Como ya he dicho, la culpa no es fácil de sortear. Tampoco el miedo a perder la estabilidad. La mezcla de ambas pulsiones me hizo incluso pensar que Gonzalo y yo estábamos logrando un acercamiento y me propuse darle una nueva oportunidad.

Esperé un par de semanas de infierno para comunicar la noticia. Quise tomarme ese tiempo para que no saltaran alarmas, especialmente en la mente de Carlos. Me resultaría más sencillo obviar mis dudas si tenía la certeza de que nadie recelaba. En aquel periodo me mantuve relativamente fría. Yo misma me sorprendí de mi actitud. Y es que cuando la presión acucia, los principios que uno ha ido interiorizando a lo largo de su vida se despejan de la conciencia con la misma facilidad con que se barren las hojas secas del jardín. Uno aprende a fingir como el más experto de los actores.

Una de aquellas mañanas enseñé a Gonzalo el nuevo test de

embarazo que compré para la ocasión. Era domingo. Él estaba acostado. Fumaba. Después de abrir las persianas me senté a su lado.

—¿Qué es esto? —dijo, mirando el artilugio.

—¿A ti qué te parece?

Me lo quitó de la mano, le dio un par de vueltas y siguió mirándolo como si observara quién sabe qué aparición. Luego me miró dubitativo.

—¿Estás embarazada?

—Claro, ¿no lo ves?

No me importó percibir su prevención cuando me preguntó con voz ronca si estaba segura.

No titubeé.

—Completamente.

—Qué bien.

Lo dijo sin energía ni matices, con cierta angustia que intentó camuflar con un largo y mustio beso. Pensé que sería preciso ilusionarlo si quería que nuestra paternidad empezara con buen pie.

—Vamos, Gonzalo. ¿Te imaginas lo que será tener un renacuajo que te llame papá?

Creo que la idea le hizo gracia, porque se echó a reír. Dijo que nunca hubiera imaginado verse involucrado en algo semejante. Y lo dejé allí, en la cama, con sus reparos, sus miedos y sus cigarrillos, confiando en que no tardara demasiado en hacerse a la idea. Me urgía comunicarlo a los demás y terminar mi actuación de una vez para siempre. Confiaba en que llegados a ese punto recuperaría la normalidad. Necesitaba revolverme en la normalidad.

Gonzalo no tardó en asumir su paternidad. Pasadas un par de horas fue a buscarme a mi estudio para llenarme de besos.

Aquella mañana dimos la noticia a nuestras familias.

Mi madre estalló en sollozos y mi padre se quedó en silencio.

—Estoy demasiado emocionado —dijo cuando recuperó el habla.

Luego llegaron las llamadas cruzadas. Mi hermano, que felicitaba a Gonzalo, o Emma y Alejandra, que me daban la enhorabuena a mí. Carlos no habló conmigo. Valeria lo hizo en su nombre.

—Estamos contentísimos. Seguro que será un bebé precioso.

Cuídate mucho. Carlos te envía un beso enorme.

Me pregunté, en más de una ocasión, si Carlos se habría planteado la posibilidad de que él pudiera ser el padre de mi hijo. No lo llegué a saber. Ese tipo de cuestiones suelen encontrar en el silencio un aliado excelente. A aquellas alturas ya había logrado convencerme de que era improbable. Sólo había tenido un contacto sexual con él. Sabía que esa razón no lo excluía, pero preferí quedarme con la primera versión. Ahondar en ello me angustiaba demasiado.

Durante los primeros días después de haber hecho público mi embarazo, mientras recibíamos continuas enhorabuenas, Gonzalo parecía entusiasmado y atento, tanto que llegué a creer que juntos lograríamos llevar nuestra paternidad a buen puerto. «¿Cuándo sabremos el sexo? ¿Te importaría que si es chico se llamara Gonzalo? No cargues este peso. ¿Estás segura de que puedes hacer vida normal?». Por suerte, podía hacer una vida completamente normal. Tuve un embarazo excelente, con buenos niveles de glóbulos rojos, ferritina y glucosa. Pasados los dos primeros meses las náuseas cedieron, y al margen de algún calambre aislado, me encontré estupendamente mientras veía crecer mi vientre y esperaba mensualmente el resultado de las ecografías. Siempre positivas, cargadas de buenas noticias.

—Estupendo. Ha crecido cinco centímetros. Este niño será un toro.

Fue precioso ir viendo, mes a mes, el desarrollo de aquel minúsculo ser, que al principio no era más que una especie de gusano y que poco a poco fue revistiéndose de rasgos humanos, con su cabeza grande y redonda, su cuerpo replegado, sus rodillas encogidas a la altura de la nariz y sus brazos y manos y pies y su pequeño corazón, que latía y latía.

—Será una niña —me informó el ginecólogo en la tercera visita.

Aquélla fue la única ocasión en que Gonzalo me acompañó a la consulta. Le gustó que fuera una niña.

—Clara —dije—. Se llamará Clara.

A él le pareció bien.

A partir de entonces perdió interés, como si empezara a saturarse de tanta blandura y su capacidad de involucrarse estuviera a punto de rebasar el límite. No es que hasta entonces

hubiera modificado ni un ápice sus hábitos. Cada vez discutía más con Ignacio, pero en ciertos momentos detenía su frenesí y me hablaba del bebé. Eran comentarios nimios. Me preguntaba si había decidido qué habitación le adjudicaría o si consideraba a Marlén suficientemente cariñosa para colaborar en la crianza de un niño. En alguna ocasión me hicieron pensar que estaba alerta.

Me desengañé pronto. Aquel otoño Gonzalo organizó la dichosa montería por la estepa de Mongolia que tanto tiempo llevaba planeando. Creo que yo estaba de cuatro meses. Cuando Carlos se enteró de sus intenciones intentó disuadirlo. No sé si habían mantenido la conversación que en su día me prometiera. Tal vez sí, pero yo no había tenido noticias. Probablemente, después de lo que había pasado entre nosotros a Carlos le había faltado cuajo para enfrentarse a su hijo. De la que sí me enteré fue de la que mantuvieron pocos días antes de que Gonzalo partiera. Una noche llegó a casa con un rictus de ironía.

—¿De qué te ríes? —pregunté.

Yo estaba cocinando algo a la plancha y bajé la intensidad del extractor de humos para escucharlo.

—Mosén Carlos me ha sermoneado —dijo Gonzalo impostando pompa.

Me contó que su padre opinaba que le parecía incorrecto que se fuera tantos días de viaje estando su mujer embarazada y que no entendía cómo le funcionaba un negocio que no atendía nunca. Creo que también había hecho alusión a la bebida.

—¿Sabes que me ha sugerido que acuda a un psicólogo? Me he echado a reír en sus narices. ¡Manda huevos! ¿Qué tendrá él que objetar de mi vida?

Le hubiera hecho mis propias reflexiones si en medio de la conversación no hubiera pesado la figura de su padre. No me sentí capaz. Así que volví a subir la potencia del extractor.

—Me lo cuentas luego, ¿vale? —dije, señalando el aparato.

No retomamos la conversación. Gonzalo ya se había marchado cuando terminé de cocinar.

No puedo asegurarlo, pero creo que para costear el viaje a Mongolia Gonzalo vendió el Rolex de acero y oro que su padre le había regalado al cumplir la mayoría de edad y un Patek Philippe que heredó de su abuelo Doria. Eran dos relojes que nunca utilizaba

y estaban siempre guardados en la caja fuerte, junto a un Hublot que le legó su abuelo Blumer. Sólo Dios sabe las vueltas que ha dado aquel Hublot. Me di cuenta de que los relojes habían desaparecido porque buscaba unos pendientes. Podría haber encontrado cualquier otra explicación que justificara su ausencia, pero en los últimos tiempos me había pedido dinero en más de una ocasión y se quejaba siempre de que Ignacio le racaneaba comisiones. No sé si vendió alguna cosa más. El viaje era caro. Su grupo de viaje necesitó varios guías y caballos de repuesto.

Recuerdo aquellos dos meses como un periodo plácido. No ser testigo de los desmanes de Gonzalo me permitía centrarme con serenidad en los avances de mi embarazo. Unas pequeñas patadas, una leve contracción, la conciencia de que en mi vientre estaba germinando una parte de mí y la certeza de que, pasara lo que pasase, no volvería a sentirme sola.

Aquellos días fui a menudo de compras con mi madre. Disfrutábamos revolviendo las prendas de las tiendas infantiles, los faldones de blondas y cintas rosadas, las chaquetitas con cuello bordado y aquellos peleles minúsculos que parecían de muñeca.

—¿Has visto este vestidito?

—¿Te imaginas a un bebé metido dentro?

En algunos momentos llegué a convertir mi culpa en un remoto y trágico recuerdo que dolía poco. A veces recibía algún obsequio de Valeria y volvía a emerger rampante, enhiesta. Ocurrió bastantes veces. Valeria me regaló muchas cosas. El cochecito, la trona y el capazo fueron llegando a mi casa de forma escalonada. En cada ocasión tuve que llamarla para darle las gracias. Se lo agradecía, ¿cómo no? Cada una de sus dádivas reavivaba en mi conciencia la ofensa que había cometido contra ella. Hubiera deseado que me diera igual. Su talante me lo impedía.

—Dile a tu madre que no nos regale tantas cosas —le pedí a Gonzalo alguna vez que me llamó por teléfono.

Él me contestaba que no pensaba privar a su madre de uno de los placeres de los que más disfrutaba. Yo tenía que admitir que en eso llevaba razón. Luego pasaba un tiempo sin saber de Valeria y la culpa cedía.

Lo que nunca cedió fue mi necesidad de Carlos. Su ausencia me acompañaba cuando me despertaba, cuando me duchaba, cuando

hacia un receso en el trabajo, cuando circulaba en automóvil y cuando me evadía en medio de las conversaciones. Me acompañaba incluso cuando dormía. Era un vacío que me obligaba a lidiar diariamente contra mí misma. Más de una vez me detesté por aquel sentimiento al que era incapaz de poner freno; entonces me envolvía en el pañuelo rosa y verde de Carlos que me había quedado. Lo olía y lo acariciaba. Su simple contacto apaciguaba mi ansiedad.

A los pocos días de que Gonzalo partiera, Carlos me llamó. Al ver su número en la pantalla del teléfono móvil el corazón me dio un vuelco.

—Ya sé que estoy rompiendo con lo pactado, pero me preocupa saber que estás sola —dijo.

Se le notaba incómodo. A mí me tembló la voz al contestarle que estaba estupendamente, que no debía preocuparse. Mis padres estaban muy pendientes de mí.

—Me alegro. Pero tu casa está en una zona solitaria. Nunca se sabe si tendrás alguna urgencia en tu estado.

—Espero que no —intenté desdramatizar.

Me dio algunas recomendaciones e insistió en que no dejara de recurrir a él si lo precisaba.

Le hubiera dicho que lo único que necesitaba era tenerlo cerca, pero no lo hice. Estaba en el despacho y Blanca y Lola oían mi conversación. A Carlos le entraron prisas por colgar. Un cliente acababa de llegar. Si no me importaba, continuaría llamándome para asegurarse de que seguía bien.

No me importaba, claro que no. Aquellas llamadas discretas, continuas y atentas fueron un buen apoyo para sobrellevar mi añoranza. Siempre lo hacía desde el despacho, a horas en las que yo me encontraba en el mío. Nunca abordó temas íntimos ni entró en terrenos diferentes de los que atañían estrictamente a mi bienestar. Me preguntaba por los avances del embarazo o si podía ayudarme en algo.

Yo solía rehusar sus ofrecimientos. No pretendía desairarlo. Simplemente, no lo necesitaba. Sólo precisaba saber que él también pensaba en mí. Con tan poco me conformaba.

Cuando Gonzalo regresó de Mongolia yo estaba de seis meses.

—Menudo barrigón —dijo como recibimiento.

Llegó feliz, moreno, cargado de fotografías, contando a diestro y siniestro las excelencias de los paisajes.

Al cabo de unos días me citó para comer en El Jardí de l`Abadesa. Acabábamos de entrar en abril. El día era deslumbrante, pero yo empezaba a sentirme pesada y estaba poco paciente. Ocupamos una de las mesas lindantes con las cristaleras, donde el sol nos calentaba como si estuviéramos en un invernadero. Tuve el presentimiento de que me quería contar algo importante.

No se anduvo con rodeos. Empezó a hablar antes de que nos trajeran el primer plato.

—He llegado a un acuerdo con Ignacio —dijo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que nos separamos. Él me paga mi parte de las acciones y yo me piro.

—¿Me estás diciendo que ahora, a punto de tener una hija, vas a dejar tu trabajo?

—No me mires de esa forma. Tengo recursos.

No sé cómo debí de mirarlo. Le afectó poco. Siguió explicando, sin inmutarse, que él e Ignacio tenían conceptos muy diferentes de cómo manejar el negocio. No quería perder amigos por cuestiones de dinero. También hizo una disertación sobre lo poquísimo que le motivaba el mundo empresarial.

—Desengáñate, yo no he nacido para comerciar.

Le pregunté a qué pensaba dedicarse a partir de entonces y él me respondió que había infinidad de modos de ganarse la vida. Por lo pronto, la venta de sus acciones le proporcionaría unos fondos que le permitirían reubicarse sin prisas. Y, lo más importante, dispondría de tiempo para pensar.

—¿Para pensar qué? No es momento para pensar. Es momento para actuar. ¿Cómo piensas vivir?

—Tranquila, Lucía.

Hablaba con tal aplomo que, si no hubiera sido testigo de otros trances por el estilo, podría haber creído que era una suerte que Ignacio lo hubiera puesto de patitas en la calle. Estaba segura de que aquello era lo que en realidad había ocurrido, aunque Gonzalo lo revistiera de acuerdos y oportunidades.

—Espero que te espabiles rápido —dije ácida.

—Calma, querida. Todo está controlado.

Creo que fue su cachaza lo que más me indignó.

—Despierta, Gonzalo, ya tienes treinta y un años. ¿No te das cuenta de que vas a ser padre? ¿Qué vida quieres darle a tu hija? ¿Un borracho, un irresponsable y un fantasioso, ése es el concepto que quieres que tenga de ti? ¿Qué le tendré que contar yo cuando te hayas convertido en un pingajo? Porque te aseguro que cuanto más tiempo pasa menos argumentos tengo para defenderte.

Procuré no alzar la voz porque estábamos en público, aunque mi tono fue contundente, incluso hiriente. Me sorprendí de mí misma por mi acritud. Gonzalo se había replegado en su silla y me miraba desconcertado, como un niño regañado que no atina a descubrir su falta.

—¿Eso piensas de mí? —me preguntó.

—Tal vez he sido demasiado prudente hasta ahora —repliqué.

—Creo que te has pasado.

A Gonzalo le temblaba la mirada. Durante unos instantes me pasó por la mente que yo le estaba hablando de una hija que tal vez no fuera suya. Una hija que podría ser de su padre. Ni yo misma estaba segura de quién era aquella niña. Y sí, pensé que tal vez me estaba pasando con él.

—Lo siento —rectifiqué—. Estoy nerviosa.

Capítulo 19

Cuando Gonzalo partió peras con Ignacio hizo desaparecer los beneficios de la venta de acciones en un par de meses. No tengo ni idea de en qué lo gastó. No tardó en pedirme dinero prestado incluso para poner gasolina en su automóvil. En aquella época mi padre no paraba de enviarme correos de empresas de *headhunters* que yo remitía a Gonzalo y creo que no miraba, mientras que mi madre me preguntaba continuamente por la situación.

—¿Hay alguna noticia?

Dejaba la pregunta suspendida en el aire, como si le diera reparo formular la frase completa. Al recibir una respuesta negativa articulaba algo parecido a un pésame. Me resultaba muy difícil hacer frente a tantas inquietudes. Se sumaban a las mías y les añadía gravedad.

Valeria inició una novena a san Nicolás de Bari, intercesor de los asuntos económicos, y Carlos me llamaba continuamente. Preguntaba si molestaba. Luego me pedía que le informara de las novedades. Decía que Gonzalo se escabullía. Si no me suponía una molestia, se informaría a través de mí.

No me suponía una molestia. Sin embargo, de poco podía informarle.

—Gonzalo tampoco me cuenta nada —le decía.

—Por lo menos vives con él —insistía Carlos—. A mí nada más me dice que todo está controlado. Me aterra que os arrastre a ti y a la niña que vais a tener.

En aquellos días Emma hizo resurgir un tema que llevaba largo tiempo olvidado.

—¿No te parece que la ruptura de Ignacio y Gonzalo tiene muchos puntos en común con su marcha repentina de Mister Payne Gallery? —dijo una tarde que vino a mi casa para traer una trona

de parte de Valeria.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—No me digas que no lo sabes. Gonzalo no se fue de Mister Payne Gallery voluntariamente. A Gonzalo lo despidieron.

Debí de poner cara de sorpresa. Ella se echó a reír.

—¿Así que no lo sabes? Se lió con la mujer de su jefe. Sí, con Beryl. Por lo visto, en Londres lo sabía todo el mundo menos el propio marido. Al final, ese tipo de cuestiones siempre salen a la luz.

Emma usaba aquel tono de emisaria de malas noticias que yo tanto detestaba. Me apeteció abofetearla. Sus palabras fueron como un mazazo. Hablaba de la época en que Gonzalo y yo éramos novios y todavía confiaba en él.

—¿Cómo te has enterado? —pregunté.

—Me lo contó Mirta. Ya sabes lo amiga que se hizo de Beryl. Gonzalo tuvo que salir de la galería por piernas. ¿Por qué piensas que su marcha de Londres fue tan repentina?

Me vino el recuerdo de aquella incertidumbre que quedó flotando en el aire en la habitación del hotel de Courchevel, cuando se rompió el vaso de *gin-tonic,* después de preguntar a Gonzalo qué habían dicho los Payne de su partida.

Gonzalo me dio su propia versión de los hechos.

—Me fui de Mister Payne Gallery por varios motivos. El primero y más importante fue que deseaba volver a España. El segundo, tal vez el detonante, fue que Beryl me acosaba a sol y sombra. Como comprenderás, una mujer de cincuenta años no entra dentro de mis fantasías sexuales, aunque esté buena y forrada hasta los dientes. A veces pretendía darme celos y me escatimaba obras y comisiones para adjudicárselas a otros jóvenes. Ésta es la historia. Si no te la conté ni siquiera a ti fue por no ponerla en evidencia. Ya que es ella quien la ha sacado a relucir, no tengo inconveniente en explicarlo. «Mrs. Robinson», la llamaban entre la farándula.

—Espero que sea verdad —respondí.

Él hizo un gesto impreciso con la boca que todavía me confundió más.

«Mrs. Robinson», me repetí varias veces a lo largo de aquellos días. ¿Y a mí, qué sobrenombre me pondrían si se descubriera mi historia? ¿De qué me iba a ofender, si mi ofensa era peor que la

suya? Procuré quitármelo de la cabeza. Si el chisme era falso, no valía la pena ahondar en él. Si era cierto, no hacía más que excitar mi desazón. Nunca he llegado a dilucidar qué ocurrió realmente en Londres. Quizá no fui suficientemente incisiva. Hubiera sido demasiado complicado. Tan poca confianza me despertaba Emma como Gonzalo.

Mi marido, sin actividad laboral, se había convertido en un espectro nocturno. Se notaba en cierto tono agrisado que había adquirido su piel, en los pómulos, que sobresalían como dos montículos descarnados sobre sus mejillas, y en su nariz aguileña, que se veía más afilada que nunca. También en el sudor que solía impregnar su frente y sus camisas incluso cuando no hacía calor. Era un sudor muy líquido con un penetrante olor a alcohol. A veces me pregunto cómo resistí tanto tiempo viviendo en medio de aquel desorden. Probablemente fuera que el lado más oscuro de Gonzalo, el que me resultaba insoportable, únicamente lo vivía yo. En situaciones límite nos reconforta que los demás no sean testigos de nuestra destrucción. Será que nos permite creernos que si los otros no la ven, nuestra dignidad queda salvaguardada. Hasta cierto punto es útil protegernos de humillaciones públicas, sólo que es imposible encubrirlas eternamente.

Gonzalo llegó a mi parto en bicicleta. El mes anterior la guardia urbana lo había detenido por saltarse un semáforo en rojo. Al someterse al test de alcoholemia dio cero con setenta y cinco. Hubo un altercado con palabras altisonantes entre él y los agentes. Al final le pusieron una multa de dos mil euros y le retiraron el carné de conducir durante un año. Fue entonces cuando se compró la bicicleta de marchas con la que acudió al nacimiento de su hija.

—Circular en bicicleta por Barcelona tiene más encanto de lo que imaginaba —decía.

La madrugada que me puse de parto hacía cinco días que había salido de cuentas. El ginecólogo había advertido que por la posición del bebé, muy encajado en la pelvis, no tardaría en ponerse en marcha. Habían sido largos días de espera en los que nos recomendaron no alejarnos demasiado de nuestro entorno. Gonzalo, cariacontecido, había aceptado permanecer por las noches conmigo a la espera de una posible urgencia.

—Pues sí que le cuesta a esta niña arrancar —decía, mirándome

el vientre abultado.

Aquella noche, aunque le había advertido que sentía un dolor sospechoso en el abdomen, Gonzalo no había resistido la tentación de asistir al primer aniversario The Cure Fan Club Spain en la sala de fiestas Razzmatazz.

—Te prometo que volveré enseguida —me dijo.

A las tres de la mañana me despertó un dolor agudo que me cruzó como una espada el vientre. Imaginé que ya había empezado la cuenta atrás, pero decidí esperar. En los últimos días había tenido algún calambre aislado y no quise precipitarme. Estiré la mano para avisar a Gonzalo y me topé con su porción de sábana fría. ¡Hoy no, por favor! El dolor fue cediendo lentamente mientras mi interior se movía como un engranaje en busca de acoplamiento. Estuve unos minutos encogida en posición fetal. «¡Respira hondo!». Hubiera podido llamar a un taxi. Me aterró hacerlo sola y no me moví. «¡Gonzalo, vuelve!». Al poco rato tuve una nueva contracción, más intensa que la anterior y me obligó a incorporarme. Estuve unos minutos sentada en la cama, mirando por las rendijas de la ventana. Supongo que esperaría ver el refulgir del faro de la bicicleta de Gonzalo cruzando la verja de un momento a otro. ¿Y si llamaba a mi padre? Era una opción, aunque la deseché. Lo último que deseaba era que él fuera testigo de la soledad en la que me encontraba. De pronto tuve la urgencia de ir al baño y empecé a levantarme. El peso de mi cuerpo entorpecía el movimiento. Primero puse los pies en el suelo. Luego me impulsé con los brazos. Tan pronto como estuve de pie, un líquido viscoso y caliente descendió por mis piernas y se esparció por el suelo. Supe que era preciso correr. Estaba tan aturdida que sólo atiné a llegar al cuarto de baño y sentarme en la taza con la cara escondida entre las manos. Allí me quedé unos minutos, temblando como una hoja en días de viento. «Gonzalo, ¿dónde estás?». Solamente fui capaz de reaccionar cuando una tercera contracción me convulsionó y me obligó a replegarme. Regresé tambaleante a la habitación, busqué mi móvil y lo llamé. No sé por qué lo hice. Era de esperar que no respondiera. A aquellas alturas ya me había despejado y supe que no valía la pena insistir. Dejé un mensaje de voz en su buzón, me tragué el orgullo y me comuniqué con mi padre.

Llegó a casa en diez minutos. A pesar de que no me preguntó ni

una sola vez por el paradero de Gonzalo, no olvidaré nunca la desolación que mostraron sus ojos al descubrir que no estaba allí. Miraba a su alrededor como si esperara que de pronto apareciera por el fondo del pasillo o del interior de alguna habitación.

—Vayámonos ya —dijo—. Tu madre se encargará de localizar a tu marido.

Mi parto fue muy sencillo. Dilaté sin problemas y en cuestión de una hora me pusieron la anestesia epidural. Cuando Gonzalo entró como una tromba en la sala de partos de la clínica Teknon eran las ocho de la mañana y Clara estaba a punto de coronar. Yo llevaba mis buenas cuatro horas bregando con mis contracciones. Lo indicaba el gran reloj de números romanos que estaba adosado a las baldosas blancas de la pared. La aguja larga había marcado los minutos que pasaban sin que Gonzalo apareciera.

—¡Qué mala pata! —dijo, quedándose en la puerta.

Arrastraba las palabras. Lo acompañaba una enfermera muy joven. Le había hecho ponerse una bata verde y un gorro de quirófano del que salían varios mechones de pelo que se le pegaban en la frente y en el cogote. Su cara tenía el aspecto enjuto y agrisado de los últimos tiempos. Por efecto de los neones que pendían del techo se veía opaca en contraste con el sudor que le descendía por las sienes.

—Es el padre —explicó la enfermera joven a los demás.

El ginecólogo y la comadrona no se inmutaron. El anestesista sólo lo miró de reojo. Únicamente mi padre le dio la bienvenida y le sugirió que se acercara.

—Todo va bien —le informó de manera escueta.

—¡Qué mala pata! —volvió a decir Gonzalo.

Después de darme un beso por encima del gorro de quirófano y de saludar a médicos y enfermeras, Gonzalo se situó detrás del ginecólogo y de mi padre. Ambos estaban sentados delante de mí. Él asomaba la cabeza por encima de las suyas tambaleándose y preguntó a unos y otros sobre la utilidad de los aparatos que nos rodeaban. Más tarde se concentró en mi pelvis y se calló.

—Será mejor que te pongas junto a la cabecera —le aconsejó la enfermera joven al comprobar que palidecía.

No titubeó ni un instante en obedecer. Y allí se quedó, junto a mí, tomándome de la mano y rozando mi cara con el brazo,

diciendo que eso de los partos era un auténtico derramamiento de sangre. Su mano estaba húmeda y caliente, algo temblorosa. La manga de su camisa apestaba a ginebra y a tabaco.

Tengo varias cosas de aquel parto grabadas en mi mente. Una fue la sensación de animal vivíparo que me invadió en el paritorio. Las piernas sobre los caballetes y todos concentrados en mi útero pidiéndome que colaborara mientras mis energías se consumían. Otra, quizá la más importante, fue tomar conciencia de que mi padre estaba siendo testigo de los desmanes de mi marido y que nos miraba inquieto, primero a uno, luego a otro, con un permanente gesto de tristeza. La tercera fue la repulsión que me produjo la mano de Gonzalo tomando la mía. Aquella mano pegajosa que rezumaba alcohol y tabaco y que incluso anulaba el fuerte olor a desinfectante que había en el quirófano. Me repelió tanto que tuve que volver la cara hacia el lado contrario.

—Ya está llegando —dijo alguien.

Seguía con la cabeza vuelta cuando unas manos enguantadas, supongo que las del anestesista, me la pusieron derecha. Y de nuevo mi nariz pegada a la mano de Gonzalo, y de nuevo aquella pulsión de apartarme.

—Unos fórceps, por favor —pidió el ginecólogo.

Los que me rodeaban enmudecieron y se pusieron en tensión. Yo me quedé inmóvil. No llegué a desprenderme de la mano. La instrumentista entregó los fórceps al ginecólogo y el anestesista vertió el contenido de una ampolla en el gotero. Solamente se oía el sonido metálico del manejo de los instrumentos.

—Toma aire —me pidió la comadrona.

Mi padre hizo gesto de aspirar y yo lo imité.

—Échalo y empuja fuerte —ordenó el ginecólogo.

Cerré los ojos, arqueé la espalda, eché aire y empujé mientras las manos de la comadrona me apretaban la barriga y me cortaban la respiración. Aunque no me provocaba dolor, sentía dentro de mí la cabeza de Clara pujando por abrirse camino y la mano pestilente de Gonzalo apretando la mía.

—Más, más, más —dijo la comadrona.

—No puedo.

—Un pequeño esfuerzo —me azuzó el ginecólogo—. Le veo la coronilla.

—Es morena —dijo mi padre.

Clara estaba llegando y el olor de la mano de Gonzalo me repugnaba. Creo que fue en aquel instante cuando supe que no quería percibir nunca más aquel hedor. Me deshice de la mano apartándola con coraje. También hice un débil ademán de alejar a Gonzalo de mi lado.

Él me miró desconcertado.

—Vuelve a tomar aire, Lucía —me pidió el ginecólogo—. Sólo una vez más.

Aspiré, cerré los ojos y exhalé de nuevo apretando con toda mi alma.

—Empuja, empuja, empuja más.

A las nueve y diez minutos nació Clara. Fue mi padre quien le cortó el cordón umbilical. También quien la sujetó por los pies, la puso bocabajo y, propinándole un par de palmadas en la espalda, activó su respiración. La sala se llenó del llanto de Clara. Un llanto potente, saturado de vida por estrenar.

Mi padre la tomó en brazos y la estudió.

—¿Está bien? —pregunté.

Él la siguió mirando, sonrió, se acercó a mí y, ensangrentada como estaba, la depositó en mi pecho.

—Tu hija. Una niña fuerte y sana.

Clara no era más que un amasijo de piel arrugada y violácea cubierta de una fina capa de grasa que no paraba de berrear. Estaba sana, gracias a Dios. Era un perfecto ser humano en miniatura que apretaba los puños, encrespaba el ceño y se agitaba en mi regazo. Tenía una melena frondosa e hirsuta, los párpados abultados y las orejas un poco desplegadas. Me pareció fea. Me importaba muy poco que mi hija fuera fea. Un extraño milagro, eso suponía tenerla en mis brazos.

La sala se convirtió en una fiesta de llantos y felicitaciones mientras el ginecólogo daba puntada tras puntada. Gonzalo respondía con efusiones a todo aquel que le daba la enhorabuena. Los demás lo miraban con recelo. Él no parecía percibirlo. Lo odié por tanta inconsciencia.

La comadrona agarró a Clara.

—Tengo que lavarla —dijo.

Y se la llevó en volandas, como si fuera un muñeco, mientras los

berridos de Clara se perdían por el pasillo.

Aquel mediodía salí del quirófano con la idea de que no quería que Gonzalo me hiciera más daño. Mi madre me esperaba fuera y su abrazo inquieto, acompañado de una frase parecida a «Jamás hubiera esperado esto de Gonzalo», como si estuviera dispuesta a liberarme de algún ultraje, afianzaron mi convicción. Aun así, todavía me faltaba la fuerza para llevarlo a cabo. A continuación me llevaron a aquella habitación blanca y aséptica que poco a poco se fue llenando de ramos de flores y de gente que no paraba de hablar y reír. Personas que no tenían la más remota idea del retraso de Gonzalo en mi parto ni de la impresión que me había producido aquella mano que apestaba a alcohol. Ellos me felicitaban, descorchaban botellas de cava y me daban consejos mientras yo me forzaba por aparentar que me encontraba en el mejor momento de mi vida. Y aquella presencia tan lejana de Clara, una Clara limpia y peinada vestida con un jersey de perlé y un largo faldón de batista ribeteado de bordados moviéndose con suavidad en su cuna transparente. Era imposible retenerla. Siempre había alguien que se precipitaba sobre ella cuando las enfermeras la traían a la habitación. Sólo conocía a fondo su llanto, un llanto vigoroso y persistente que se mezclaba con la cháchara de los demás. Mientras, yo me iba empequeñeciendo en medio de tanto alboroto.

De esos días solamente tengo recuerdos vagos, impresiones que adquieren sentido al asociarlos con lo que estaba viviendo. Mantengo en la memoria la luz de finales de mayo, los plátanos cuajados de brotes y de hojas tiernas que se divisaban desde la ventana de mi habitación y a Gonzalo, que deambulaba ufano por la estancia, llenando copas y correspondiendo a las enhorabuenas con las mechas pegadas a la frente y la camisa humedecida.

—¿Habéis visto qué guapa es?

—La niña es preciosa y tú pareces un guarro —dijo Valeria.

Valeria había sido la primera en llegar con un enorme oso de peluche. Se acercó a Clara. Tal vez sean imaginaciones mías, pero tuve la impresión de que un rechazo inexplicable nubló su mirada. Mi boca se secó de golpe. Luego la tomó en brazos y le hizo alguna carantoña. Sonreía con esa mueca un poco caballuna que siempre le ha conferido aire de buena persona.

—Parece un *Beatle* —comentó al poco rato, dejándola en la cuna

—. Tendrías que cortarle el pelo.

—Vaya ocurrencia —objetó mi madre.

Valeria le explicó que ella había mandado rapar a todos sus hijos. Los bebés pelones se veían infinitamente más pulidos. Mi madre no parecía convencida y me indicaba con la cabeza que no lo hiciera. Yo no tenía ni idea de qué se tenía que hacer con las cabelleras de los recién nacidos, pero me sentí incapaz de llevar la contraria a Valeria. Era como si hubiera contraído la obligación de agasajarla eternamente. Le aseguré que raparía a Clara. Todavía veo el rictus de desaprobación de mi madre.

La larga melena de Clara fue el tema común de conversación durante el desfile de las visitas. Alejandra dijo que no se parecía en nada a sus primos. Los gemelos la miraban extasiados, como si no se atrevieran a tocarla. Cuando nadie los veía le estiraban las orejas.

—¡Qué hacéis! —les reprendió Gonzalo apartándolos de la cuna.

Los niños salieron zumbando. Nadie les hizo caso. Los presentes se habían enzarzado en un tema político. Gonzalo estaba muy cerca de mí. Se quedó contemplando a Clara y su mirada se llenó de expectación.

—Es perfecta —dijo ensimismado—. Me parece increíble que sea nuestra.

Me conmovió ligeramente. Incluso tuve la tentación de forzarme a olvidar que hubiera llegado tan tarde, que me hubiera humillado delante de tanta gente y de su odioso olor a alcohol. Sin embargo, cuando se acercó a besarme me espoleó el mismo impulso de apartarlo que me había punzado en el quirófano.

También tengo muy viva la imagen de la llegada de Carlos. Había estado esperándolo a lo largo del día con inquietud. Me ilusionaba mostrarle a Clara y observar cómo la miraba, a pesar de que sabía que sería preciso fingir y más tarde lo vería partir. Era difícil ordenar emociones tan dispares. Ya se habían marchado la mayoría de las visitas cuando llegó. En la habitación sólo quedaban Gonzalo y mi madre. Se disculpó por haber llegado tan tarde. Se había pasado el día pendiente de unos clientes.

Lo noté ojeroso, incluso triste. Quizás un poco delgado. Besó a mi madre y a Gonzalo.

—Felicidades, hijo —dijo.

Se acercó a la cama, se inclinó y me besó. Fue un beso

protocolario y corto que erizó mis sentidos y me cortó la respiración. Sentir su proximidad, aunque fuera en público, era algo que no había conseguido controlar. Él respiraba fuerte cuando se apartó y mis mejillas ardían. Luego tomó a Clara en brazos y la estudió atentamente.

—Será un bellezón, igual que su madre —dijo, clavándome la mirada.

Mi madre apuntó que estaba convencida de que así sería. Le explicó que yo también nací con una melena muy larga y que luego se me fue cayendo poco a poco. Lo mismo le ocurriría a Clara.

—Seguro que será así —respondió Carlos distraído.

Clara empezó a llorar y Gonzalo la tomó de los brazos de su padre. Mi madre continuaba hablando. Incluso hizo sentar a Carlos a su lado para enseñarle un par de fotografías de mi nacimiento. Él las miró con educación mientras tamborileaba con los dedos en el brazo del sillón sin dejar de mirarme. Deseé estar a solas con él, tomar a Clara y pedirle que nos llevara lejos. Sólo pude someterme al peso de su mirada y esbozar una sonrisa que él me devolvió.

Hubo un momento en que miró a Gonzalo. Todavía acunaba a Clara. Ella le prendía el dedo anular con su manita.

—¿Sabéis lo que dice García Márquez? —dijo Carlos—: «He aprendido que cuando un recién nacido aprieta con su puño, por primera vez, el dedo de su padre, lo tiene atrapado por siempre».

Gonzalo le dijo que los años lo estaban volviendo un sentimental. Mi madre amonestó a Gonzalo diciéndole que aquello era una verdad como un templo. Carlos le agradeció el apoyo con una sonrisa. Se puso de pie y se abotonó la americana.

—Os dejo tranquilos. Supongo que tendréis ganas de descansar.

La primera noche que pasé en casa con Clara pensé en Carlos y en la famosa cita. Gonzalo no estaba con nosotras. No sé dónde se habría ido. Mis padres me habían hecho compañía la mayor parte de la jornada y acababan de marcharse. No me había resultado fácil convencerlos. Mi madre decía que todavía estaba débil, que las primerizas se agobiaban por cualquier minucia y que tenían tendencia a deprimirse. Los bebés no paraban de llorar, ya vería lo difícil que me resultaría dormir, y se empeñaba en quedarse en mi casa. Yo rehusé su ofrecimiento como pude. No porque me

encontrara bien, me sentía como si me hubieran dado una paliza, cargada de inquietudes y con una tirantez más que dolorosa en los puntos de sutura, pero tenía necesidad de estar a solas con mi hija.

—Prefiero que me hagas compañía durante el día —dije.

Y los vi partir desde la ventana, agarrados del brazo. Caminaban lentos, resistiéndose a alejarse, como si una repentina indecisión les obligara a meditar detenidamente cada uno de sus pasos y estuvieran tentados a dar marcha atrás. Ambos se volvieron antes de torcer la esquina que les haría perder mi casa de vista. Entornaban los ojos, como si desearan traspasar los vidrios y asegurarse, una vez más, de que Clara y yo seguíamos bien.

A pesar de sus zozobras, Clara y yo estábamos bien. Más que bien. A punto de encontrarnos a solas por primera vez. Lejos de enfermeras, visitas y recomendaciones bienintencionadas, allí estábamos las dos. Yo, estudiándola atentamente, y ella, dormitando en su capazo, moviendo de vez en cuando sus labios en forma de corazón. En los cuatro días que habíamos pasado en la clínica, la cabeza de Clara se había redondeado y sus mejillas habían adquirido la plenitud de las frutas maduras. El rictus crispado de sus primeras horas había dado paso a una expresión dulce y apacible. Igual que el color amoratado de su piel, que se había matizado de rosado. Era una preciosidad, una diminuta preciosidad. A pesar de que sus ojos tenían el tono gris de la mayoría de los bebés, era evidente que sería una niña morena de ojos verdes. Lo indicaban su tez y las chispas esmeraldas de su iris. Valeria al final se había salido con la suya: uno de aquellos días había traído una maquinilla de rasurar y, aprovechando la ausencia de mi madre, había pedido a una enfermera que rapara a Clara. Mi hija había quedado limpia y despejada. Parecía una muñeca. Estaba tumbada bocabajo, con la cabeza de lado, emitiendo un ligero sonido que parecía un ronroneo. ¡Era tan frágil! ¿Sabría cuidarla? ¿Y entenderla? Acabábamos de conocernos y sabía poco de ella. ¿Sabría quererla lo suficiente? Clara abrió los ojos, con la mirada perdida, movió la cabeza lentamente e hizo un gracioso gesto con los labios, como si chupara un caramelo. ¿Buscaba algo? De pronto abrió la boca, tomó aire y su pecho se hinchó. Apretó los puños y lanzó un grito potente al que siguió un llanto interminable. Dejé de hacerme preguntas. La tomé en brazos, me abrí la blusa y la

acerqué a mi pecho. Clara atrapó mi pezón con gesto certero, se quedó pegada a él y succionó, succionó, succionó. Sentí que mi vitalidad mermaba mientras sus mofletes se hinchaban y sus manos se relajaban. Sus ojos se fueron cerrando hasta formar una línea diminuta. Pensé que no era tan difícil saciar sus necesidades.

Se quedó dormida en mis brazos. Se le veía plácida y satisfecha. No podía ser más guapa. Pellizqué con suavidad sus pies menudos, estudié su óvalo, que todos decían tan parecido al mío, y su nariz de botón y sus orejas. Le besé la coronilla. Su olor me trajo el remoto recuerdo del dulce de leche que elaboraba mi madre al baño maría. Era tan delicado su aroma y ella tan indefensa, que me dije que tenía que protegerla del modo que fuera. Miré hacia el futuro y presentí un larguísimo trayecto de dependencias y renuncias que en absoluto me importaban. En aquel futuro no entraba Gonzalo. No podía entrar. Tenía que amparar a mi hija. Era imprescindible que velara por darle un hogar equilibrado. Clara se movió un poco, estiró los brazos y abrió las manos. Unas manos perfectas, con sus diez dedos y sus uñas diminutas. Le acaricié los dorsos. Eran muy suaves. Fue entonces cuando pensé en la famosa cita y puse mi dedo índice en la palma de su mano. Ella lo apretó. Aunque fue un apretón firme e inalterable, supe que era un acto reflejo. La cita no me pareció más que un conjunto de palabras bonitas y bien ordenadas; un poco efectistas, incluso. El lazo que me unía a Clara era demasiado complejo para expresarlo con palabras. Trascendía a la ternura y al cariño. También al instinto. Tenía un componente muy alto de responsabilidad. Creo que fue esa responsabilidad la que me dio la fuerza que llevaba tanto tiempo buscando.

Capítulo 20

Nuestra separación, la de Gonzalo y la mía, fue muy sencilla. No teníamos bienes ni hipotecas, ni tan siquiera cuentas bancarias comunes, y a ninguno de los dos nos gustaban las discusiones. Yo solamente quería alejarlo de mí y él, aunque puso algún reparo, quería continuar con su vida.

—Ya sé que no he hecho bien los deberes —decía.

Las gestiones legales se alargaron pocos meses. Mi abogado pactó una renta razonable que él aceptó sin titubear. No me sorprendió su desprendimiento. Si Gonzalo tenía una virtud, era la generosidad. Lo demostró cuando tuvimos que parlamentar sobre la vivienda. Era lógico que yo me quedara en la casa que habíamos ocupado hasta aquel momento, sólo que me parecía exageradamente grande y costosa para Clara y para mí. Y por abaratar costes me ofrecí a trasladarme a un piso más sencillo.

Gonzalo no quiso ni oír hablar de ello.

—Yo quiero que mi hija se críe en el mejor de los espacios —dijo rotundo.

Únicamente me pidió un favor muy especial. Que le permitiera ver a la niña sin acuerdos ni condiciones.

—Eso de los viernes por la tarde y fines de semana alternos me toca las pelotas —dijo.

Como Clara era muy pequeña y dependía por completo de mí, tuve la seguridad de que acordar que Gonzalo la visitara siempre que quisiera no supondría ningún problema. Sería mucho más agradable que entre nosotros hubiera una buena relación, ya que revertiría en favor de la niña, y accedí a su demanda.

Gonzalo se llevó el último de sus bártulos cuando Clara tendría cinco o seis meses. Había vivido en nuestra casa hasta aquel momento. Creo que a medida que pasaba el tiempo se le hacía más

cuesta arriba partir. Lo pasaba muy bien con la niña. Supongo que por ese motivo había estado buscando apartamentos por las zonas lindantes. Al final pactó compartir un pequeño piso con uno de esos amigos que nunca llegué a conocer e hizo la mudanza en varias tandas. Primero la ropa, luego los artículos de deporte y los libros. Se llevó un sinfín de objetos inclasificables.

Fue duro ir contemplando cómo se desocupaban los armarios y se liberaban las estanterías. El hueco que quedaba me creaba una especie de vacío. Era la materialización de que algo se cerraba, la constatación de que no había marcha atrás. Me asaltaba la duda de si habría podido hacer algo para que nuestra historia hubiera terminado mejor y en la boca me quedaba un regusto de fracaso.

Aquellos días Gonzalo se mantuvo sereno, con un gesto permanente de estar haciendo algo que no quería.

—No puedo quejarme —dijo alguna vez—. Tengo la culpa de todo.

Hubiera preferido que me ofreciera su versión de borracho dislocado, pero no fue así.

Ese día, el que cargó sus últimas pertenencias, estaba apesadumbrado. La tez agrisada que exhibía los últimos meses se veía más sombría. Había dejado un montón de bolsas abiertas en el recibidor. Estaban tan repletas que el contenido sobresalía por las aberturas. Yo le había ayudado a llenarlas. Entre infinidad de objetos habíamos metido las botas de montar que se había comprado en Sevilla. Estaban rotas y mohosas, aunque él se había empeñado en llevárselas. También la fotografía del balancín y dos de mis cuadros, un retrato de Clara y una vista del mar desde el acantilado de Sa Punta. Era un día luminoso cuando lo pinté y él estaba conmigo. Fue la época en que éramos dos críos.

—La fotografía y las pinturas me traen buenos recuerdos —dijo.

Yo se las regalé.

Ya no había nada más que recoger y él me miraba aturdido. Estaba de pie, entre las maletas, con los brazos caídos, sin saber muy bien qué decir.

—¿Tienes todo? —pregunté por cortar el silencio.

—Sí —respondió sin moverse.

De pronto empezó a hurgarse en los bolsillos. Sacó un manojo de llaves, el de nuestra casa, y las sujetó entre el índice y el pulgar.

Después se apoyó en el marco de la puerta, haciéndolas tintinear.

—Son tuyas —dijo con cierto deje de amargura.

Me hubiera sentido cruel si las hubiera recogido, como expoliarlo. Pensé que sería más cómodo que se quedara con ellas. Yo ya me había reincorporado al trabajo y pasaba muchas horas en el estudio mientras Clara se quedaba al cuidado de Marlén. Saber que Gonzalo podría entrar y salir de mi casa sin necesidad de concertar una cita me desahogaba. Estaba convencida de que no abusaría de la situación.

—Quédatelas —propuse.

—Gracias —contestó, apretando las llaves con el puño.

El gesto me hizo pensar en un náufrago que se aferra a la única botella de agua dulce que le queda en la reserva. Con la otra mano sujetaba el gozne de la puerta.

—Lo siento —dijo.

—No lo sientas tanto y prométeme que te pondrás en manos de algún especialista —contesté desenfadadamente, para liberar tensión.

Lo del especialista se lo había repetido por activa y por pasiva a lo largo de aquellos meses. Ese día me cortó. Dijo que ya que salía de mi vida me agradecería que no insistiera más y se inclinó sobre las bolsas que estaban en el suelo con intención de cargarlas. Primero recogió la bolsa más pesada y se la colgó de un hombro. Luego hizo lo mismo con otra en el hombro contrario. Se puso los cuadros bajo las axilas. Por último, repartió los bultos que quedaban entre ambas manos.

—¿Quieres que te ayude?

—No hace falta.

Abrí la puerta y esperé.

—Suerte —me deseó.

—Suerte —respondí, dándole un beso en la mejilla.

Lo vi marchar hacia su automóvil. Caminaba erguido, con pasos largos y atléticos, como si le hubiera entrado una prisa repentina, sin mirar ni un momento atrás. En medio del recorrido paró en seco, dejo uno de los bártulos en el suelo, se metió las llaves en el bolsillo y siguió.

Lola me dijo que había sido una incauta dejándole las llaves a Gonzalo.

—Te arrepentirás. Con los exmaridos una no se puede andar con conmiseraciones. Aparecerá en cualquier momento. Se quedará a cenar o a desayunar cuando menos te apetezca. Tú tendrás otros planes y no te atreverás a decirle que molesta. Es preciso que pongas punto y aparte.

Le respondí que no creía que aquello pasara. Si cuando estábamos casados apenas paraba por casa, no se me ocurría ningún motivo por el que fuera a hacerlo a partir de entonces.

Lola encendió un cigarrillo e hizo un gesto de reserva.

—Por un lado, está Clara. Por otro, puedes estar segura de que él irá de mal en peor. Ya verás qué ocurrirá si empieza a llorarte.

Reí de sus augurios. No me veía a Gonzalo llorando y confiaba en su educación.

Hasta hace muy poco estaba convencida de que había hecho lo correcto. Gonzalo nunca se presentó en casa sin avisar. Llamaba antes por teléfono para preguntar si no me importaba que aquel día, a tal o cual hora, pasara a ver a la niña o si podía llevársela toda la tarde. Siempre hacía sonar el timbre, incluso cuando sabía que yo no iba a estar. Creo que sacó las llaves de su llavero, porque no se las volví a ver, y por supuesto, jamás se quedó a desayunar o cenar sin que yo se lo hubiera ofrecido.

En cuanto dimos la noticia de nuestra separación los Doria me llamaron en bloque para ofrecerme su apoyo.

—No sabes lo triste que estoy —dijo Valeria—. No es por excusar a Gonzalo, pero te quiere mucho. Y nosotros también.

—Seguiremos conectadas, ¿no? —dijeron Alejandra y Emma.

Agradecí sus gestos y les ofrecí mi casa para que visitaran a Clara siempre que quisieran. Eso fue lo que hicieron durante los primeros meses: desfilar por mi hogar, traer algún detalle para mi hija y para mí, invitarme a comidas y cenas que yo intentaba evitar, informarme de las novedades de Gonzalo que no me llegaban directamente por él.

—¿Sabes que ahora sale con Mirta? —me contó Alejandra.

—Vaya —respondí—. Así que Mirta lo ha conseguido.

Solían venir en grupo. Supongo que les abrumaría encontrarse conmigo a solas. Hubieran corrido el riesgo de verse obligadas a ahondar en incomodidades. Al fin y al cabo, Gonzalo era sangre de su sangre y el corro otorga impunidad a las conversaciones banales.

Carlos también me llamaba. Siempre había gente alrededor que nos obligaba a no ir más allá de lo estrictamente convencional en nuestras conversaciones.

—Sí, estoy bien. Clara también. Gracias por preocuparte.

Había electricidad en nuestros tonos. Ninguno de los dos formulaba que yo era libre, pero ambos estábamos seguros de que el otro lo pensaba. ¿Cómo no íbamos a pensarlo, si éramos como una cerilla próxima a un escape de gas? ¿Cómo íbamos a ignorarlo, si ambos estábamos deseando explotar?

A pesar de que en alguna ocasión me llegó a incomodar ser el centro de tantas atenciones y de que con Gonzalo lejos la ausencia de Carlos adquiría más protagonismo, aquélla fue una época tranquila. Clara dormía bien y comía mejor. Era una niña hermosa, vivaz y risueña. Pasaba horas en su parque entretenida con el sonido de sus propios gorgoteos, mirando los patos del móvil articulado que colgaba sobre su cuna, haciendo sonar sus sonajeros o tocando las piezas de unos rompecabezas infantiles que nunca usó para otra cosa que para tirarlas al suelo. Marlén y mi madre cubrían las horas que yo trabajaba. Clara las adoraba. Se quedaba a la expectativa al oír la voz de mi madre y estiraba los brazos hacia ella tan pronto como entraba en su campo de visión.

—Voy a tener celos de tu abuelita —le decía Marlén, entregándole la niña.

Al poco rato Clara pedía a Marlén que la tomara en brazos y era mi madre la que decía lo de los celos.

Lo que más me gustaba era salir a pasear con mi hija. A ella le encantaba callejear en su sillita contemplando lo que le rodeaba. Yo procuraba citar a las clientas a primera hora para poder regresar a casa a media mañana, abrigar bien a Clara, meterla en su cochecito y patear la ciudad. Me gustaba aprovechar las horas de sol. Utilizaba aquellos momentos de asueto para hacer recados mientras ella se soleaba. Solíamos terminar nuestro recorrido en los jardines de la Tamarita, los que lindan con la avenida Tibidabo, justo delante del antiguo hotel La Rotonda. Me sentaba en un banco y la contemplaba mientras hacía gorgoritos o palmeaba a las palomas que revoloteaban a su alrededor. Después regresábamos a casa y la dejaba con Marlén.

Una mañana, casi en Navidad, me encontré con Alejandra. Yo iba paseando con Clara por el paseo San Gervasio y estaba a punto de entrar en los jardines cuando la vi bajar por la avenida Tibidabo. No era la primera vez que coincidíamos por aquella zona. Alejandra caminaba, en sentido inverso, por la misma acera que nosotras. Avanzaba lenta, con la mirada fija en el frente y el paso agarrotado. Me detuve a esperarla. Desde lejos me pareció un muñeco articulado. Intuí que algo extraño le ocurría cuando cruzó la calzada sin detenerse a mirar a los lados y un automóvil estuvo a punto de arrollarla. Creo que no se dio cuenta del frenazo que tuvo que dar el vehículo, pues ella siguió caminando como si fuera una sonámbula. Al tenerla a pocos metros le vi los ojos enrojecidos y la cara abotargada.

—¡Alejandra!

Al oír su nombre se detuvo de golpe. Creo que si no la hubiera llamado habría pasado de largo. Se me quedó mirando como si se le hubiera aparecido un fantasma o como si encontrarme allí fuera lo peor que le pudiera ocurrir.

—¿Te pasa algo? —pregunté.

Alejandra jadeaba con una especie de estertor entrecortado.

—Por favor, contéstame.

Casi tuve que sacudirla para que reaccionara.

—Nada, nada —dijo al fin.

Tenía aspecto de haber llorado durante mucho rato. Le pregunté de mil formas diferentes qué le ocurría, pero ella no atinaba a contestar. Parecía que se hubiera quedado sin voz. Nombré a Eduardo. Ella cerró los ojos y yo tuve la certeza de que había dado en la diana. Le pasé un brazo por el hombro y le propuse que me acompañara a mi casa. Ella se abrazó a mí, derrumbó la cabeza sobre mi pecho y dijo que sí.

Durante el recorrido no articuló ni una palabra. Clara hacía cucamonas desde su cochecito, aunque ella apenas la miraba. Sólo cuando, después de dejar a la niña al cuidado de Marlén, acomodé a Alejandra en uno de los sofás del salón, le preparé una tila y me senté a su lado, logré que hablara.

—Eduardo no quiere que compre regalos de Reyes para los niños —dijo.

—¿Qué quieres decir con que no quiere?

Inspiró hondo y empezó a estirarse las mangas del jersey.

Tras muchas consignas para que se tranquilizase, logró hilvanar algo. Sus frases salían inconexas. Por lo que entendí, los gemelos habían jugado muy poco con los regalos que recibieron en las fiestas navideñas del año anterior. Esas Navidades, Eduardo se negaba a gastar en algo que él consideraba inútil.

—¿Por qué no se los compras tú? —dije.

—No tengo dinero —respondió.

Alejandra no tenía acceso a las cuentas de Eduardo. Tampoco disponía de tarjetas de crédito. Él sufragaba los gastos generales y le daba a diario lo que consideraba oportuno para las compras de ese día.

—¿Te imaginas unos niños de cinco años sin regalos de Reyes? —dijo.

La historia me sonó a película de terror. Pregunté y pregunté. Alejandra respondía haciendo crecer las mangas de su jersey. Eduardo llevaba tiempo anunciando sus intenciones y aquella mañana se había mostrado muy tajante. Ella había insistido para que recapacitara, pero él no había dado su brazo a torcer. Al final, cansada de insistir y angustiada por anticipar unas fiestas navideñas convertidas en un sinsabor, le dijo a su marido que le pediría dinero a sus padres.

—Sólo le he dicho que mis padres no permitirán que nuestros hijos se queden sin regalos.

Eduardo se había puesto hecho una furia. Dijo que ni se le pasara por la cabeza jugar a hacerse la víctima, ¿acaso quería dejarlo en mal lugar delante de su familia? Estaba harto de templar gaitas con aquella panda de derrochadores. Unos pretenciosos, eso eran. En mal momento había entrado a formar parte de esa familia. Tenían mucho glamur, pero acabarían muertos de hambre.

—No sabes los horrores que ha dicho de mis padres. Parecía que se hubiera vuelto loco. Ha pateado una puerta y me ha prohibido ver a mi familia para evitar que les cuente tonterías. Ha dicho que si es preciso me encerrará en casa.

No daba crédito a lo que estaba oyendo. Sabía que Eduardo era autoritario, aunque no lo imaginaba violento.

—¿Te ha pegado?

Alejandra dio un respingo. La expresión de angustia que había

mantenido todo el rato se convirtió en un gesto de defensa. Supe que jamás debí haber formulado aquella pregunta.

—Eduardo nunca me pegaría —dijo en tono subido.

—Esto tiene que acabar.

—No cumplirá sus amenazas —replicó ella, arremangándose las mangas del jersey.

Miré a Alejandra. Su belleza, aquella que tanto me impresionaba cuando la veía pasear con sus amigas por los pasillos del colegio, no era más que un marchito recuerdo. Estaba tan delgada que los ojos se habían convertido en dos concavidades, igual que su clavícula, que creaba una hondonada.

—¿Qué más da que las cumpla o no? Tienes que alejarte de él.

—No es tan sencillo.

Alejandra se apartó poco a poco de mí.

—Claro que sí. ¿No te das cuenta de que es inhumano que sigas viviendo así? —insistí, asiéndole la mano.

—No exageres, Eduardo tiene muchas cosas buenas.

Retiró la mano y se alejó unos cuantos centímetros.

—Seguramente, pero nadie tiene derecho a prohibir —dije—. Ni mucho menos a amenazar. ¿De qué tienes miedo? ¿No sabes que tu familia te apoya?

Creo que la aplaqué. Cerró los ojos y se volvió a apoyar en el respaldo del sofá.

—Me quitará a los niños —dijo como si se fuera a desmayar.

—¿Qué dices? Se hará justicia y entre todos te ayudaremos a pelear.

Le sugerí que no volviera a su casa, que se instalara en la mía o en la de sus padres y se tomara un tiempo para tranquilizarse. Yo le daría el maldito dinero de los regalos de Reyes. Lo más importante era que se protegiera, poner espacio entre ella y Eduardo y agenciarse un buen abogado.

Creo que estaba a punto de convencerla cuando sonó su móvil.

—Es Eduardo —dijo en un tono que interpreté que me pedía que la dejara sola.

Dudé unos instantes. Ella me miraba inquieta, simultaneándonos a mí y a su móvil. Opté por salir del salón. Fui a la cocina, donde Marlén estaba dando de comer a Clara, y me entretuve con ellas un rato. Fue una conversación larga. De tanto en tanto yo me acercaba

al salón para comprobar si había terminado, pero seguía pegada al teléfono. Una de las veces la oí reír.

Al cabo de bastante tiempo acudió a buscarme. Se había puesto el abrigo y llevaba su bolso bandolera colgado del hombro.

—Ha accedido a comprar los regalos de Reyes —dijo de corrido.

—Sabes que eso no soluciona nada —le advertí.

—No exageres.

Alejandra quería que me quedara algo muy claro: Eduardo era buen marido y un excelente padre. Recto, trabajador, sin vicios. Jamás había mirado a otra mujer que no fuera ella. Imaginé la conversación que habrían mantenido. Eduardo disculpándose de su genio, diciendo que la quería por encima de todo, y ella perdonando sin cuestionarse si era eso lo que deseaba hacer. Imaginé la infinidad de reconciliaciones semejantes que habrían tenido a lo largo de su matrimonio y las que volverían a tener.

—Alejandra, piénsalo.

—No, Lucía. Eduardo me quiere. No te confundas.

¿Cómo hacerle entender que aquello no era cariño, sino control? ¿Cómo explicarle que estaba sometida a un hombre que quería disponer de su vida? ¿Cómo convencerla de que los malos tratos no sólo son golpes? Aquel día comprendí que el miedo es una enfermedad, un enemigo invisible que anula nuestras capacidades y distorsiona la percepción de nuestro entorno. No pude evitar que se marchara. Alejandra no estaba serena, aunque pretendía aparentarlo, como si después de un pequeño recreo sin importancia se dispusiera a volver mansamente al redil. Incluso me obligó a prometerle que no contaría el episodio a sus padres.

—¿Puedo confiar en ti? —dijo antes de marcharse.

Alejandra podía confiar en mí.

Aquellas Navidades fueron duras. Supe lo que era enfrentarse a la soledad. Sabía que mi soledad era mejor que la de Alejandra y la de otras muchas soledades en compañía, incluso la que yo había vivido hasta hacía muy poco, pero no me servía de alivio. Necesitaba a Carlos como el comer o el respirar. Lo suponía reunido con la familia ante una mesa repleta de viandas y haciendo chascarrillos mientras troceaba el pavo o hacía crujir el papel de los regalos. También lo vislumbraba enviándome mensajes mudos, diciéndome

que no me preocupara, que pensaba en mí en la distancia, que algún día podríamos cumplir esos sueños que tan imposibles se nos antojaban. Tal vez a él le ocurriera lo mismo, ¿quién sabe? Quizá fueran esos anhelos los que un día lo trajeron a mi casa.

Habían pasado las fiestas y Carlos quería hablar de su hijo. Gonzalo llevaba un par de meses sin respetar el pago de mi pensión, sólo había cumplido los dos primeros. A partir del tercero me preguntó si no me importaba que se retrasara un poco. Había tenido unos gastos imprevistos. De momento no tenía fuentes de ingresos, pero estaba a punto de cerrar algo.

—Esto es todo lo que tengo —había dicho Gonzalo mostrándome el billete de cincuenta euros que llevaba en el bolsillo.

Yo sabía que Gonzalo no tenía que cerrar otra cosa que aquella adicción que lo estaba destruyendo. No obstante, me dio tanta lástima que acepté concederle la demora que me pedía.

—Ponte en tratamiento, por favor —insistí.

Por una vez, Gonzalo me hizo caso. Lo supe cuando Carlos me llamó por teléfono para contarme que la psiquiatra de Gonzalo se había puesto en contacto con él para concertar una entrevista.

—¿Sabías que Gonzalo acude a una psiquiatra? —me preguntó.

No lo sabía, por supuesto. Me dijo que me mantendría informada.

El día que Carlos y yo nos citamos ya había tenido la entrevista con la psiquiatra. El motivo había sido informarle de que Gonzalo necesitaba ayuda económica. Como se negaba a recurrir a su padre, ella se había ofrecido para terciar. Imagino que Gonzalo, consciente de que no tenía más opciones, se había avenido a que interviniera. La psiquiatra había contado muy poco a Carlos debido al secreto profesional. Nada más hizo hincapié en que el origen de los problemas de Gonzalo radicaba en un pavor patológico a las responsabilidades. Cada nuevo paso que había dado en relación con el matrimonio y la paternidad le había supuesto una carga de ansiedad que había intentado paliar con el alcohol. Lo estaba pasando mal y debíamos ser pacientes con él.

—Vaya, que la culpable soy yo —dije.

—Ni te lo plantees —respondió Carlos.

La psiquiatra había recomendado a Carlos que hiciera una lista de las necesidades que pudiera tener Gonzalo a fin de ofrecerle lo

justo. En aquel momento de la terapia tan importante era que tuviera las cuestiones básicas resueltas para no aumentar su ansiedad como no disponer de más dinero del necesario.

Sí, hablar de lo que Gonzalo me debía entregar mes a mes fue el pretexto que trajo a Carlos a mi casa. Supongo que si no hubiera surgido esa excusa, habría encontrado otra. Volver a estar a solas con él fue más de lo que hubiera esperado. Oír su voz sin mediación del teléfono y sin presencia de extraños, conversar sobre nuestras vidas, sentir la profundidad de su mirada y aspirar su fuerza. No hicieron falta rodeos ni justificaciones para saber qué precisábamos el uno del otro. Olernos, besarnos y tocarnos como si aquel tiempo que habíamos pasado distanciados hubiera multiplicado la necesidad de recuperarnos, como si no fuéramos capaces de concebir una vida separados.

—Será difícil.

—Lo sé.

Sabía, claro que sabía que me estaba condenando a vivir de sus migajas. Carlos nunca dejaría a Valeria. Era demasiado responsable. Además, la quería. No sólo era ella, estábamos rodeados de personas a las que podíamos herir. Preferí no pensar. Ver a Carlos a escondidas no era la mejor forma de tenerlo, aunque no se me ocurría otra. Me sentía acreedora de un poco de felicidad, felicidad que quise creer que él me daría. Era un delirio al que deseaba rendirme, ahora lo sé. También lo sabía entonces, aunque no lo quisiera ver.

Ahora miro hacia atrás y no veo más perfil que el de Carlos. Un perfil variado y cambiante. A veces sensato, sereno y prudente. Otras, divertido, nervioso, soñador y tentador. Siempre de buen humor, amable, solícito y apasionado. Veo a Carlos entre las paredes de mi casa, llenándola de luz. Una luz que me ha dado vida, a pesar de que a veces me haya cegado. Lo veo llegando a última hora de la tarde, después del trabajo, cuando Marlén ya se ha marchado y Clara duerme, contándome los pormenores del día, diciendo que está cansado, pero necesita verme. Veo la luz del crepúsculo matizando su piel morena y acunando el eco de su voz. Lo veo picando unas tostadas con queso acompañadas de una copa de tinto mientras me mira pintar, los ojos entornados y una permanente sonrisa flotando en sus labios.

—¿No le añadirías un poco de amarillo a las flores del fondo?

Veo cómo examina mis cuadros exhortándome a continuar.

—Ponte un propósito. Exponer a finales del próximo año.

Nunca había pintado tanto como en los seis años que pasé con él. Cuadros exuberantes, luminosos, de formas opulentas y colores alegres. A Carlos le gustan mis cuadros. Dice que vibran, que se nota que pongo en ellos la piel. Le encanta ver cómo se me tensa el torso al concentrarme en ellos.

—Nunca me cansaría de mirarte.

Veo a Carlos esbozando una sonrisa de complicidad mientras se levanta del sofá para acercarse a mí y besarme en la nuca. Lo hace despacio. Sus labios cosquillean en el punto donde termina la raíz del pelo y comienza el cuello. Yo me remuevo agitada en mi asiento y se me entrecorta la respiración. Él me quita los pinceles de la mano, los deja sobre el tablero y me dice que ya he pintado suficiente. Sus manos me agarran con firmeza la cara, me obligan a mirarlo y yo descubro ese matiz lúbrico que da hondura a su mirada.

—Eres una preciosidad.

Siento el calor de su aliento buscando mi boca y el deleite que me producen sus dedos recorriéndome el cuerpo. Son osados, se detienen en los recovecos y me encienden.

—Vamos ya.

Su voz ha cambiado, es rotunda e impaciente. Me habla desde tan cerca que las ondas de sus palabras vibran sobre la piel que recubre la parte posterior de la oreja. A veces nos quedamos en la buhardilla y nos amamos sobre el sofá de terciopelo que está debajo del tragaluz. Desde allí se ven la luna y las estrellas cuando anochece. En otras ocasiones emprendemos el camino hacia mi dormitorio. Las escaleras se nos hacen largas mientras descendemos llenándonos de besos. Cambié la decoración de mi habitación. El friso marrón chocolate y las cortinas venecianas me recordaban demasiado mis noches de insomnio. Hice pintar la moldura del mismo color que el techo y reemplacé las cortinas y la colcha por otras estampadas con motivos de cachemir. Me gustan los nuevos recuerdos que he generado en esa habitación. Me traen la voz de Carlos diciendo voluptuosidades y formulando deseos.

—Hoy me apetece taparte los ojos.

Los juegos de Carlos me excitan. Me encanta fingir que me someto a sus caprichos, dejarme llevar por su imaginación, entregarle mi voluntad. Siento el pañuelo de seda que me ata suavemente en la cabeza y cosquillea sobre mi nariz, o la presión de las cuerdas que sujetan firmes mis muñecas a los barrotes de la cama o el aroma del aceite perfumado con el que me embadurna o la ligereza de la pluma con la que me acaricia.

—¿Te gusta?

—Me encanta.

Carlos dice que en el sexo le gusta creer que domina. A mí me complace sentirme vencida por él.

—Debe de ser que soy tan blando que en algún momento tengo que hacerme la ilusión de que estoy al mando de algo —dice, riéndose.

—¿Blando tú?

A veces no digo nada porque su lengua está jugueteando con mis pezones, entre mis muslos o en la zona que rodea el ombligo. O porque siento el peso de su cuerpo cabalgando sobre el mío y sólo puedo gemir. Carlos dice que le encanta darme placer, incluso más que recibirlo. Y que si algún día la vejez lo castigara con la imposibilidad de demostrarme lo mucho que me desea, buscaría la forma de seguir satisfaciéndome.

Oigo a Carlos convenciéndome, día a día, de que no hacemos mal. Oigo sus juicios pragmáticos, que resuelven cuestiones complicadas y simplifican el devenir de mi conciencia.

—¿Sabes qué te digo? Me fascinas. La vida es demasiado corta para no aprovechar los pequeños regalos que nos brinda. Disfrutemos ahora que estamos a tiempo. Los malos ratos llegan solos.

Me oigo a mí misma poniendo reparos a la espera de que él me siga convenciendo. No le cuesta cumplir con lo que le pido, aunque a veces se quede ensimismado y me diga que se siente un farsante.

—Me aterra que alguien nos pueda descubrir. No quiero renunciar a ti.

Carlos y yo hemos pasado buenísimos ratos. Otros, no tanto. Ha sido una historia larga con sus pausas, sus fricciones, sus culpas y sus perdones. A veces casi ha sido agradable discutir para disfrutar las reconciliaciones. En este tiempo he aprendido infinidad de

recursos, especialmente a saciarme de sus presencias, a revolverme en ellas y exprimirlas a fondo para generar recuerdos con los que sobrellevar sus ausencias. Ése ha sido uno de los trucos fundamentales de supervivencia. Lo he aprendido por mí misma, Carlos me ha enseñado otros. Además de un buen amante ha sido un excelente maestro. Aunque ahora, después de lo que ha ocurrido, todo lo que hemos vivido me parezca un espejismo. Supongo que me acostumbraré. ¿Qué es la vida, sino una larga sucesión de acomodaciones?

Capítulo 21

Cuando Clara se convirtió en una personita con capacidad para pensar por su cuenta empezó a preguntarme por qué su padre no vivía con nosotras.

—Son cosas que pasan, cariño —le decía—. Papá y yo vivimos mejor separados.

Ella me clavaba su mirada verde, un poco gatuna, sus ojos enormes casi ocupándole media cara.

—Nos quiere, ¿no? —preguntaba.

Parecía que temiera mi respuesta. Se quedaba inmóvil, agarrando mi falda, mi blusa, mis manos o cualquier parte de mí que la atara a mi persona. Yo le contestaba que sí, claro que sí. ¿Cómo no iba a querernos, con lo bien que lo pasaba con nosotras? ¿No se había dado cuenta de la frecuencia con que nos visitaba? Clara se quedaba callada como si no le convencieran mis respuestas.

—¿Por qué se ha ido? —insistía ella.

Al llegar a ese punto su voz parecía de adulto. Me costaba encontrar argumentos para tranquilizarla y la ponía sobre mi falda. Ella solía quedarse quieta mientras la acunaba, su cuerpo flojo y su cabeza apoyada en mi pecho.

—Tú no te irás nunca, ¿verdad? —murmuraba.

Su pregunta tenía algo que me mortificaba.

Expliqué a la psicóloga del colegio sus tribulaciones. Ella dijo que aquello era muy habitual en hijos de padres separados. De pronto descubrían que había un miembro distante y pensaban que éste se había marchado del hogar porque ellos habían hecho alguna cosa mal.

—Además de abandonados se sienten culpables —me explicó la maestra—. Es lo que los psicólogos llaman el dolor del abandono. El niño cree que ha recibido un castigo de desamor cuya consecuencia

es la deserción del progenitor que se ha marchado. Por eso a Clara le preocupa tanto que tú la sigas queriendo. Nunca hay que amenazar a un niño con dejar de quererlo.

Le dije que Clara no había sido testigo de la partida de su padre, era demasiado pequeña cuando ocurrió. Y jamás la habíamos amenazado con dejar de quererla. Además, su padre pasaba mucho tiempo jugando con ella.

—No es necesario nada de eso. Basta con que mire a su alrededor y compruebe que su modelo de familia es diferente al del resto de compañeros. Aunque para tu tranquilidad te diré que, afortunadamente, hoy en día en las escuelas se encuentran infinidad de patrones familiares diferentes. A la larga, eso proporciona al niño cierta conformidad.

No me tranquilizó esa posible conformidad. Me sonaba a claudicación, a material reprimido y a traumas futuros, y le seguí preguntando por los motivos que pudieran haber desencadenado aquel temor. La profesora me explicó que solía ocurrir en niños sensibles, imaginativos y muy observadores cuya mente está siempre en acción.

—Clara cumple estos patrones —dijo—. Obsérvala. Este tipo de niño está atento a cualquiera de las acciones de los mayores. Una conversación, un gesto de desagrado, incluso una pregunta sin respuesta. Todo espolea su curiosidad y su necesidad de justificar la realidad que vive.

Desde que mantuve aquella conversación miraba a Clara y me preguntaba qué pasaría por su cabeza. Todo junto me parecía un cúmulo de disonancias. Era dulce y alegre. Si no se refería a esas cuestiones que tanto la agobiaban, reía continuamente y no paraba de parlotear. Aunque prefería los juegos tranquilos, era ágil de mente, de palabra y de movimientos. Le encantaba jugar con otros niños. Era prudente y de buen conformar. No solía discutir con sus amigos. Si cualquier extraño la hubiera estudiado, seguro que sentenciaría que era una niña feliz. Sin embargo, en aquellos días mi hija temía que un día pudiera dejar de quererla.

Cuando le conté a Carlos mi conversación con la psicóloga me dijo que ambas exagerábamos. No debía dar tanta importancia a los comentarios de la niña. Los niños tendían a generar miedos irracionales que desaparecían con la edad. Me aconsejó que me

adelantara a Clara y hablara mucho con ella.

—Jamás la dejes con dudas —dijo—. Es importante la claridad. Si te ve tranquila, ella se tranquilizará.

Carlos tenía la facultad de reducir las cuestiones espinosas a unos cuantos presupuestos básicos. Uno de ellos era la sinceridad. A veces ese concepto motivó discusiones entre nosotros. Yo consideraba que simplificaba demasiado. Con su afán de franqueza no atendía a las emociones de la persona que tenía delante.

El asunto sobre el que más discutimos fue Valeria. Ella llegó a convertirse en un fantasma en medio de nosotros. Era una especie de presencia con doble faz de la que nunca me logré zafar. Todavía hoy llama continuamente para preguntar por Clara, nos invita a sus celebraciones y nos envía regalos por nuestros cumpleaños. Hace por nosotras mucho más de lo que se espera de la madre de tu exmarido, y su solicitud me deja sin recursos. Alguna vez me he preguntado si será que Valeria ha intuido siempre lo de Carlos conmigo y su forma de demostrarme su desprecio es, precisamente, la de seguir agasajándome. Hay algo más allá de su actitud encantadora, un gesto impreciso e involuntario que sólo veo yo. Luego pienso en su amabilidad y me digo que nadie tiene suficiente flema para llevar una farsa semejante hasta el final.

Al principio hablaba a menudo de ello con Carlos. Él tampoco lo sabía, confiaba en que no, aunque opinaba que no sería raro que su mujer lo sospechara. A ella era imposible engañarla. Cuando él iba, ella había dado cinco o seis vueltas. Era demasiado lista para que le pasara por alto cualquier cuestión que le atañera a él.

—No digas tonterías —replicaba yo—. Es imposible que lo sepa y se quede tan ancha.

—Ella está segura de que la quiero y sabe que darme libertad es la mejor forma de demostrarme su amor.

En aquellos tiempos, sus excentricidades se me antojaban una forma singular de enfrentar las cuestiones incómodas, una manera ingeniosa de dar razón a lo irrazonable. Carlos me parecía hábil cuando esgrimía aquel tipo de argumentos. Me daban pábulo para disentir y provocaban conversaciones larguísimas en las que me veía obligada a ejercitar mi capacidad dialéctica.

—¿Cómo puedes decir eso? Ninguna mujer aceptaría una situación semejante a sabiendas.

—A la larga entenderás que en un matrimonio lo importante es hacer la convivencia agradable. Ella siempre ha sabido que mis infidelidades me alegran y revierten en favor de nuestra concordia. Me hacen llegar contento a casa. Si estoy de buen humor, seré un marido mucho más divertido. ¿Qué preferirías tú, un marido fiel y malhumorado o uno infiel amable y complaciente?

—Un marido fiel, amable y complaciente —respondía yo.

En ese punto, Carlos reía.

—¿Tú crees que yo quiero menos a Valeria por quererte a ti? O al contrario, ¿crees que te quiero menos a ti por seguir casado con ella? Ocurre como con los hijos. Un padre no quiere menos a cada uno de sus hijos por tener otros.

—Estás haciendo demagogia. No me enredes. A ti ni se te ocurra salir con otras mujeres.

—¡Mira que eres celosa! ¿Así que prefieres atarme que verme feliz? Además, ¿tú crees que la única forma de ser infiel es teniendo relaciones sexuales con otra mujer? Hay múltiples formas de ser infiel. Uno puede estar encerrado en una cárcel y hacer volar su imaginación. Yo podría estar durmiendo contigo y soñar que estoy acariciando a otra mujer. Nadie puede restringir la libertad de nuestros pensamientos. ¿Sería más fiel entonces? ¿Te querría más?

La voz de Carlos sonaba burlona y me llenaba de besos mientras me decía estas cosas. Yo hacía ademán de apartarlo, pero él me besaba más fuerte. Discutir con Carlos era como golpearme contra una roca. Siempre guardaba una réplica a cual más extravagante. A cambio, sabía compensarme con sus mimos y sus atenciones. Carlos era dos personas al mismo tiempo con dos discursos diametralmente diferentes. El primero atañía a un Carlos mundano que utilizaba un tono engolado, como si se dirigiera a un público muy numeroso, repitiendo, una y otra vez, esos descalabros que tan extraños sonaban.

—Si tuvieras una aventura, siempre y cuando no me abandonaras, yo estaría encantado. Lo mismo le deseo a Valeria. Si os amo, ¿por qué negaros placeres? Ah, y el día que te canses de mí no tienes más que decírmelo.

—Lo dices porque no ocurre.

También había un Carlos próximo. Surgía en las sombras de mi habitación, cuando se quitaba la máscara y quedaba desnudo frente

a mí. Era el Carlos de las confidencias a media voz, el del miedo al futuro, el que temía no estar haciendo las cosas bien, el que me decía que se sentía mal padre o mal esposo porque no podía concebir una vida apartado de mí.

—No sabes el tiempo que llevo sin atreverme a mirar a Gonzalo a los ojos.

El Carlos que más me gustaba era el que me llamaba desde la otra punta del mundo pidiéndome, por favor, que organizara la tarde de dos días en adelante, que vendría directamente del aeropuerto para pasar unas horas conmigo.

Más de una vez sospeché que aquella especie de cinismo no era más que una forma de protegerse de sus sentimientos, la negación de que él también me necesitaba. Tal vez una manera de desvincularse de la responsabilidad que iba tejiendo sobre mí. Jamás logré arrancarle una promesa de fidelidad. No sé si a lo largo de esos años tuvo alguna aventura. Nunca me dio pie a sospechas, tampoco busqué indicios. Aunque estoy casi segura de que no fue así. No me encontré en situaciones embarazosas, él no recibió llamadas sospechosas en mi presencia, trabajaba todo el día y doy fe de que pasaba conmigo los pocos ratos libres que tenía. Se me escapan los viajes. En los viajes era imposible saber lo que hacía, pero me daba igual. Hasta cierto punto pienso como él, no se puede obligar a nadie a serte fiel. Es cuestión de procurar que el otro desee serlo. Supongo que de tanto escucharlo acabé convenciéndome. Lo mismo debió de ocurrirle a Valeria.

Poco a poco fui desenmascarando aspectos íntimos de aquel matrimonio que tanto me había impresionado en mi adolescencia. Carlos hablaba mucho de ella y a mí me gustaba sentirme depositaria de su confianza. Supe que nunca se habían llegado a compenetrar sexualmente. Llevaban muchos años sin otro contacto físico que un beso de buenos días en la mejilla. A Valeria nunca le habían gustado los juegos de Carlos. Él decía que era fruto de una educación que asociaba el sexo con el pecado.

—Quizá por eso le he sido infiel desde que volvimos del viaje de novios.

Carlos procuraba dar un matiz desenfadado a este tipo de confidencias, como si lo que se desprendía de ellas fuera algo anecdótico. A veces tenía la sensación de colarme en una habitación

ajena sin permiso. No obstante, me interesaba escucharlo. Sus declaraciones suponían la constatación de que Valeria era incapaz de ofrecerle algo que le daba yo y la situaba en una posición de ligera inferioridad que me confería la seguridad que Carlos intentaba escamotearme.

—¿Entonces, qué es vuestro matrimonio? ¿Una farsa?

Carlos no caía en la trampa.

—En las parejas hay infinidad de cosas que unen al margen del sexo.

Me hubiera gustado odiar a Valeria. Siempre es más sencillo odiar a tu competidor. No podía. Detrás de las palabras de Carlos intuía una mujer mucho más vulnerable de la que él quería admitir. Poco tenía que ver con la imagen que me había forjado de ella cuando la conocí, cuando oía a Carlos echarle flores en público y ella las recogía al vuelo, cuando creía intuir entre ellos compenetración y complicidad. De pronto, un sinfín de detalles que antaño me sorprendieron adquirieron una coherencia demoledora. Ese trato respetuoso, pero frío, esa obsesión desmedida de ella por anteponer los intereses de los demás a los propios y esa necesidad compulsiva por comprar. Era como si las piezas de un rompecabezas empezaran a encajar. La reproducía en mi mente escudando su soledad en el cuidado de los perros, preocupándose por familiares y amigos a la espera de una gratificación emocional, organizando festejos donde siempre era la más elegante para reforzar su autoestima, utilizando el humor como medio de justificar su realidad y comprando, comprando, comprando. ¿Por qué habría aceptado aquella situación? ¿Sería que no tenía otra alternativa? No sé. Supongo que habría tenido que plantearme esas cuestiones también a mí misma. Nuestras vidas, la de Valeria y la mía, tenían más semejanzas de las que a simple vista parecía.

Durante esa época soñaba mucho. Eran sueños incómodos que se prolongaban durante horas y que, si por cualquier motivo me despertaban, mantenían su hilo conductor cuando me volvía a dormir.

Uno de los sueños se repetía con frecuencia. Me encontraba frente al portal del edificio de los Doria. Yo sabía que era su portal, aunque en mi sueño aparecía deformado. La puerta de entrada era tan minúscula que sólo se podía atravesar en cuclillas. El acceso

estaba custodiado por un hombre alto, huesudo y estirado. Vestía un uniforme rojo con tachuelas doradas y me miraba con desdén. «¿A qué piso va? ¿Cómo puede demostrar que los señores Doria la están esperando? ¿Está segura de que usted lleva los zapatos limpios?», preguntaba. Yo le suplicaba que me dejara entrar. Él examinaba los elementos que componían mi indumentaria. Pese a que hacía esfuerzos por estirarme la americana, atusar el cuello de la blusa e incluso me inclinaba para abrillantar mis zapatos con un pañuelo de papel que aparecía por arte de birlibirloque, él no daba muestras de conformidad. En este punto solía despertarme, miraba a mi alrededor, reconocía mi habitación, me decía que vaya majadería estaba soñando y me volvía a dormir.

En mis sueños nunca logré superar el examen del hombre vestido de rojo y dorado. Había desaparecido cuando me encontraba dentro del edificio, como si en realidad no me hubiera dejado pasar y yo hubiera aprovechado un despiste suyo para colarme. Probablemente lo había hecho por una puerta lateral que no conocía y me llevaba a una encrucijada de escaleras larguísimas. Sus escalones eran muy altos, imposibles de alcanzar a menos que trepara por ellos. Lo hacía con dificultad, aupándome con las manos y colocando después las rodillas. A veces lograba ponerme de pie. El mármol de los escalones se volvía resbaladizo, perdía el equilibrio y caía sobre el escalón anterior. Supongo que debía de pasar noches enteras intentando encaramarme a los escalones para caer enseguida. No recuerdo haberme visto nunca llegando a la cima, al rellano del piso de Carlos y Valeria, que era en definitiva adonde quería ir. A veces me despertaba con la desagradable sensación de no haber conseguido mi objetivo. Otras era mucho peor. Me encontraba directamente en el interior de la casa. Quizá no fuera continuación del sueño anterior. O sí. No estoy segura.

La de los Doria, como las escalinatas, era una casa irreconocible, de techos muy altos y muebles sobredimensionados. Me encontraba en una habitación con literas. Yo estaba desnuda entre las sábanas de la de abajo y esperaba a Carlos. En ese tiempo iban desfilando Emma, Alejandra, Gonzalo o Matilde, que me miraban con indiferencia.

—Ah, ¿estás aquí? —decían.

Luego se marchaban.

Me veo esperando a Carlos durante horas. Aparecía de repente, se metía un rato en la cama y me abrazaba. Lo hacía con lejanía, como si estuviera cumpliendo una obligación. Lo notaba incómodo y nervioso, atento a los pasos que sonaban al otro lado de la habitación, mirando los resplandores que se colaban por la puerta. No tardaba en decir que tenía que hacer algo importantísimo y se marchaba. A veces regresaba. Luego se volvía a ir. Podía hacerlo varias veces a lo largo de la noche.

Otras veces era Valeria la que aparecía en la habitación. Yo me arrebujaba entre las sábanas conteniendo la respiración. Deambulaba un buen rato ordenando esto o aquello, mirándome de reojo, como si se regodeara en mi inquietud mientras yo permanecía inmóvil con el embozo sobre la cabeza.

—¿Seguro que tu hija está bien? —me preguntaba de repente.

Ése era otro de los momentos en que solía despertarme.

Era curioso que Valeria preguntara por Clara en mi sueño. Ella nunca se implicó en su crianza, y mi hija lo percibía. Al principio me decía que era lógico. Su vida social era intensa y yo no era para ella más que una exnuera. Más adelante sospeché que a Valeria le costaba enfrentarse a la niña, a pesar de sus costosos regalos, a pesar de sus invitaciones, a pesar de su amabilidad. Quizá mi hija la enfrentara demasiado a la decadencia de Gonzalo. Tal vez el motivo fuera otro.

El proceso de recuperación de Gonzalo fue largo. Afortunadamente, dejó el alcohol sin recaídas, sólo consumía cocacola y fumaba como un descosido. Durante el primer periodo, aquél en que la psiquiatra nos pedía paciencia y tolerancia y Carlos le pasaba una renta fija para cubrir sus necesidades básicas, se tuvieron que hacer algunos ajustes. Pasados los primeros meses, Gonzalo empezó a no pagar mi pensión ni los honorarios de la psiquiatra. Carlos no se enteró por mí, sino por ella, que lo llamó un día indignada para decirle que Gonzalo estaba poniendo muy poco de su parte.

—Dice que la culpa la tenemos Valeria y yo por haberlo consentido demasiado de pequeño —me contó preocupado.

Le dije que me parecía muy poco profesional que una psiquiatra angustiara de semejante forma a los padres de un adulto.

—No sé. Tal vez tenga razón. Yo siempre estaba ausente.

Gonzalo era tan guapo y tan simpático que hasta las maestras le reían las gracias.

Lo cierto es que las mujeres se lo rifaban. Al menos es lo que me contaba Emma. Después del pequeño escarceo que tuvo con Mirta había perdido la cuenta de las chicas que habían pasado por su casa en los últimos años. Me miraba socarrona para ver cómo reaccionaba. Yo no me inmutaba. Me parecía lógico, Gonzalo volvía a tener el aspecto limpio y atlético de sus buenos tiempos y seguía agudo y divertido.

Alguna vez me dijo que nunca se arrepentiría lo suficiente de haber tirado nuestro matrimonio por la borda.

—Si pudiera ofrecerte estabilidad no dudaría en suplicarte una segunda oportunidad. Sería capaz de arrastrarme como un gusano.

Aunque bromeaba, sus declaraciones me enfrentaban al delito de haber sido la causante de su desequilibrio.

—Qué miedo me das —le respondía, intentando zanjar la conversación.

Durante mucho tiempo Carlos nos entregaba el dinero directamente a la psiquiatra y a mí. Decía que su hijo ya solucionaría sus propios asuntos, pero quería tener atados los cabos que nos atañían a nosotras. Supongo que a Gonzalo no le gustó el sistema, aunque lo aceptó de buen talante. Él también recibía su ayuda correspondiente. Aquella pensión que a partir de entonces percibí, mes a mes, de Carlos, me provocaba una doble emoción. Por un lado, me gustaba sentir que se ocupaba de mí. Por otro, me daba la sensación de estar recibiendo un pago que no me correspondía, como si fuera una obra de caridad. Además, dejaba a Gonzalo en una situación humillante.

—No digas tonterías —replicaba Carlos—. Si no nos podemos fiar de Gonzalo, es preciso poner remedio. Tu tranquilidad económica y la de Clara es lo más importante. Y tener a la psiquiatra satisfecha es imprescindible.

Me vino muy bien aquella ayuda. A partir del dos mil siete, la bonanza económica de la que había gozado el país revirtió de repente. Todo el mundo hablaba de la deuda que habíamos contraído y de la burbuja inmobiliaria que acababa de explotar. Los precios de los bienes inmuebles cayeron en picado y las constructoras dejaron de edificar. Los medios de comunicación

hablaban de que el paro crecía de una manera alarmante, los bancos negaban créditos, la gente tenía miedo y el consumo se despeñó. Se hundió la industria automovilística, la manufacturera, la naval y qué sé yo cuántas más. España y el mundo se convirtieron en un polvorín. Mi sector fue uno de los primeros en acusar el azote de la crisis. Si la gente no compraba casas, tampoco las decoraba, y por supuesto, nadie se metía en reformas. En el estudio redujimos la plantilla. Al principio prescindimos del servicio de los empleados que no estaban en nómina. Al poco tiempo, el trabajo fue tan escaso que tuvimos que reducir los horarios de Samuel, Blanca y la secretaria. Más adelante, Lola y yo llegamos a encontrarnos cara a cara, sin saber qué hacer, con el estudio convertido en un cementerio silencioso, nuestras mesas angustiosamente vacías, sin un solo proyecto sobre ellas.

Carlos tardó bastante en sufrir la crisis en propia carne. En los primeros años se dedicó a la fabricación e importación de productos *low cost*. El género barato se vendía bien y le dio margen para ir resistiendo. España caía mientras su negocio ascendía. CDtex se hizo grande, demasiado grande. De eso se daría cuenta más adelante.

—¡Gracias a Dios! —decía—. A mi edad no sería capaz de resistir una nueva quiebra.

A su alrededor, uno tras otro, amigos y conocidos iban cerrando sus negocios.

—Un horror —me contaba—. ¿Sabes que Pedro Tusquets ha solicitado el concurso de acreedores?

Pedro Tusquets, Lorenzo Santamaría, Marcos Conde y un sinfín de nombres, de un día para otro, pasaron a formar parte de los nuevos arruinados. Eran hombres que siempre habían nadado en la opulencia y que supongo jamás habrían imaginado encontrarse en semejante situación. Invirtieron hasta el último céntimo de sus recursos en intentar salvar sus negocios y se hipotecaron hasta las cejas. Cuando perdieron el crédito malvendieron sus bienes hasta que tuvieron que desprenderse incluso de su primera residencia.

—¿Sabes que Mario Luna se ha tenido que ir a vivir con sus hijos?

La ruina los pillaba por sorpresa. Sus mujeres los acusaban de haber sido demasiado arriesgados, de no haberse anticipado a lo

que les sobrevenía, y ellos se atiborraban de ansiolíticos y antidepresivos.

Algún amigo pidió ayuda económica a Carlos. Él no dudó en colaborar.

—Sé que no me lo devolverá —decía—. Es imposible que pueda devolvérmelo. Su empresa está desahuciada. ¿Sabes que en casa de Marcos no ponen la calefacción por no gastar?

La casta de nuevos pobres se multiplicó como una plaga. Cambiaron las conversaciones, las costumbres y los juicios sobre la vida. Ser pobre dejó de ser sinónimo de fracasado. Al contrario, situaba al individuo en el rango de la normalidad. Se oían conversaciones sobre dificultades económicas en las cafeterías, en los vestuarios de los gimnasios y en las colas de los cines. Los dispendios se consideraban una muestra de mal gusto, una especie de necedad. Se hablaba de adaptación, de encontrar modos baratos de seguir viviendo sin decaer y se intercambiaban consejos para sobrellevar sin excesiva carga la nueva condición.

En aquellos días Carlos estaba disgustado e inquieto, aunque se esforzara en mantener un buen talante incluso cuando salía de trabajar a las once de la noche o se enfrentaba a un buen número de viajes.

—Estoy agotado. No tengo edad para viajar tanto. Pero es preciso que me espabile.

Me costaba resistir sus ausencias. No me quejaba. ¿Cómo iba a quejarme, si sabía que toda su familia, incluida yo, dependíamos de él? Me bastaba con que me llamara desde el aeropuerto para comunicarme su llegada y decirme que no sabía lo que me había añorado, que necesitaba verme y que al día siguiente, no sabía bien cómo lo lograría, encontraría un hueco para pasar unas horas conmigo.

A pesar de que aquellos primeros años de crisis fue un periodo muy difícil para la mayoría, yo no me sentía mal. Clara crecía exultante. La falta de trabajo me permitía pasar más horas con ella. Poco a poco dejó de preguntarme si algún día la abandonaría. También dispuse de mucho tiempo para pintar. El tiempo se me pasaba volando delineando figuras, matizando relieves o difuminando fondos. Con disciplina y trabajo conseguí dominar ciertas técnicas como no había hecho nunca. Notaba que, día a día,

conseguía imprimir en mis trazos exactamente lo que yo quería. Ello me producía una gratificante sensación de control y mi obra crecía.

Mi madre venía con mucha frecuencia a jugar con Clara. Siempre le traía algún detalle. Unas calcomanías, un vestido para su muñeca o una pulsera de bolas de colores. Cosas sencillas que a mi hija le arrebataban.

—¿Qué me has traído hoy, abuela? —preguntaba Clara zalamera.

—Churros —respondía mi madre.

Clara palmeaba. Le encantaba comerse los churros directamente del envoltorio y untarlos de azúcar cada vez que daba un bocado. Los comía despacio, haciéndolos durar.

—¿Mañana me traerás más? —preguntaba con la nariz salpicada de granos de azúcar.

A media tarde aparecía mi padre. Aunque hablaba de jubilarse y sus horarios se habían hecho laxos, todavía ejercía de médico. Acostumbraba a quedarse hablando conmigo de esto y aquello mientras mi madre bañaba a Clara. Las oíamos reír desde el salón. A mi padre le preocupaba mi situación económica y aprovechaba esos momentos para incidir. Yo procuraba quitar hierro al asunto. Sabía que en ese terreno poco podía ayudarme y no deseaba apesadumbrarlo con detalles.

Clara cenaba atenta a los cuentos que le contaba mi madre. Su preferido era *Rapunzel*. Mi madre le decía, igual que a mí cuando era pequeña, que los príncipes no fallaban nunca, que siempre estaban dispuestos a salvar a las muchachas bellas y a redimir el mal.

—No llenes de pájaros la cabeza de la niña —reprendía a mi madre.

—¿Qué mosca te ha picado? —preguntaba ella.

—Los príncipes no existen.

Capítulo 22

Nunca olvidaré el último viernes del pasado octubre. Me sentía muy optimista mientras hablaba con Carlos por teléfono, tenía mis motivos. Acababa de leer en mi *tablet* el correo que un marchante de arte me había enviado la noche anterior. Llevaba meses intentando llegar a algún acuerdo con él. Estaba interesado en mi obra, aunque no me daba facilidades. Decía que, en los tiempos que corrían, una pintora desconocida era difícil de promocionar, las galerías se resistían a asumir riesgos. Me había sugerido varias veces que organizara una exposición a mi cargo. En el dos mil diez, con el estudio casi improductivo y recibiendo como maná a los pocos clientes que caían con cuentagotas, me era económicamente imposible. Por fortuna, el marchante me acababa de notificar que había conseguido que la galería Manbrot, un espacio relativamente nuevo situado en el barrio del Borne, aceptara cederme su sala gratis. Me había prometido la asistencia de un par de periodistas expertos en arte para el día de la inauguración.

Carlos me felicitó cuando se lo conté.

—Además, tengo buenísimas noticias —dijo.

—¿Ah, sí?

—Un cliente ha anulado una visita y puedo pasar contigo toda la tarde.

Aquélla también era una excelente noticia. Inmersos en plena crisis económica y con CDtex a punto de entrar en concurso de acreedores, que Carlos dispusiera de una tarde completa para dedicármela a mí era más de lo que podía esperar. Y es que también planeaba la quiebra sobre él. Acababa de regresar de un viaje por los Emiratos Árabes Unidos intentando encontrar un comprador para su empresa. No se resignaba a ver cómo se desintegraba su negocio sin hacer nada. Le parecía que había logrado un par de

buenos contactos, pese a lo cual no sabía en qué acabaría todo.

—Ya sabes lo complicado que está el mundo entero.

Le dije que los días se me habían hecho eternos.

—Y a mí —respondió él. Luego bajó la voz—. No lo sabes bien. Lo que más me apetece del mundo es verte, tocarte y quererte. Espero que a mi secretaria no le dé por ponerme una reunión sorpresa para cubrir el hueco.

Crucé los dedos. Llevaba demasiado tiempo siendo testigo y víctima de su celo por el trabajo. No es que la crisis hubiera incidido de repente sobre su empresa. Nada ocurre de repente. Pero lo había pillado desprevenido. De un día para otro, Carlos había empezado a hablar de pérdidas e impagos, a decir que las ventas se habían reducido a menos de la tercera parte. La producción no justificaba la cantidad de empleados que tenía en nómina. El negocio se le estaba escapando de las manos y no atisbaba una salida.

—Poderoso caballero es don dinero —decía—. Los bancos te ofrecen paraguas cuando hace sol y te los quitan cuando llueve.

Le costaba perder el optimismo, aunque estaba dándose cuenta de que nadie se atrevía a invertir ni un céntimo en España.

—¿Cómo van a invertir en un país de corruptos?

Yo solía escuchar sus peroratas, era lo único que podía hacer. Escucharlo y mostrarle mi apoyo incondicional. A pesar de que Gonzalo había encontrado un trabajo modesto en una galería de reproducciones de arte que le permitía hacer una aportación a la manutención de Clara y de que esto tranquilizaba algo a Carlos, él sólo hablaba de ruina.

—No estoy seguro de que el mes próximo pueda pagar a los empleados. ¿Sabes la cantidad de familias que dependen de esta empresa? Éste es el principio del fin.

No sé qué le angustiaba más, si la responsabilidad que sentía por los trabajadores que barruntaban la situación o la reacción que pudieran tener. En mi casa se pasaba mucho tiempo colgado del teléfono. Siempre había alguien que le comunicaba una denuncia de algún sindicato, la anulación de un pedido o que se estaba gestando una protesta.

—Me acaban de poner una demanda porque hace tres años el hijo de un empleado estuvo colaborando cinco días en el almacén y

se le pagó en negro. ¡Cinco días! Nada más. ¡Bien contento que estuvo él! Menudos hijos de puta. Arriesgo mi capital, ofrezco un trabajo digno y me preocupo por lo que les pueda ocurrir ¿para qué? Para que aprovechen la menor oportunidad y me cuelguen una soga al cuello. ¿No se dan cuenta de que si la empresa se hunde, ellos irán detrás?

Desde que se empezó a gestar la tramitación del primer expediente de regulación de empleo Carlos recordaba continuamente la quiebra de Tejidos Doria. Se lamentaba de la actitud que adoptaron sus empleados, que lo cosieron a denuncias hasta hacerle perder el último céntimo. Repetía que aquello fue lo que más le hundió, más que perder mil millones de pesetas, más que quedarse sin la mayoría de sus bienes, más que pasarse un par de años comiendo pollo.

—No ocurrirá lo mismo —le decía para calmarlo—. Ya verás como tendrán en cuenta tus consideraciones.

Conocí al Carlos de las obsesiones, el que empezaba a dar vueltas en cuanto llegaba a mi casa y repetía conceptos.

—Estoy nerviosísimo, cuéntame algo. A ver si puedo relajarme.

Yo solía tener preparada una buena comida y una botella de tinto. Le contaba la última gracia de Clara, que me habían encargado un nuevo proyecto o que había logrado dar el último brochazo a aquel cuadro que me estaba costando tanto.

—Cuánto me alegro.

Carlos no se alegraba, tampoco me escuchaba. Había dejado de atender cualquier cosa que no fuera la amenaza de su negocio. Decía que no se preocupaba por él, que estaba seguro de que sería capaz de vivir con lo mínimo. La que realmente le angustiaba era su mujer.

—No la veo reduciendo su nivel de vida.

—Pues tendrá que aprender —le dije uno de aquellos días—. Todos nos estamos adaptando, ¿por qué ella no?

Sin ir más lejos, a mí me había recortado la pensión. Precisamente me lo planteó una tarde que él estrenaba una americana Loro Piana con un corte impecable que le sentaba estupendamente. Él me instó a tocar la tela y comprobar la pulcritud de las costuras. Luego me explicó que estaba muy agobiado y me preguntó si podría pasar con lo que Gonzalo me

daba. Aquel gesto me hizo daño. No sólo porque me iba fatal prescindir de su ayuda, sino porque la compra de su americana indicaba que todavía tenía recursos. Le dije, orgullosa, que ya me arreglaría.

El día que le hablé de recortar gastos a Valeria, Carlos se quedó mirándome sorprendido.

—No puedo privarla. Gastar es su único defecto.

—Alguno más tendrá —repliqué seca—. Éste es demasiado glamuroso.

—Seguramente —dijo incómodo.

En esa época Valeria barruntaba una depresión. Carlos me contaba que lloraba a menudo sin motivo. Su decaimiento había coincidido con el sacrificio de *Brown*. El perro se había recuperado de la leishmaniosis, aunque pasó el resto de sus días muy delicado. Al final no tuvieron más remedio que dormirlo. Carlos decía que el sacrificio del perro había sido la gota que había colmado el vaso. Se refería a los problemas de sus hijos. No decía que probablemente él también tuviera algo que ver en el decaimiento de su mujer. Sin embargo, estoy segura de que lo pensaba. Creo que ése fue el motivo por el que a partir de entonces empezó a preocuparle que Valeria pudiera enterarse de lo nuestro.

—Mañana será imposible que nos veamos. Valeria sabe que hoy saldré pronto de trabajar. Disfrutar sí, pero nunca herir. Es lo bueno que tiene lo nuestro, nos amamos dentro de la confianza y la libertad.

Alguna vez me descubrí aburrida de oír continuamente los mismos tópicos. Pero me esforzaba por justificar a Carlos. Me decía que estaba pasando un periodo difícil, que aquella grandilocuencia era su forma de expresarse, no lo decía con mala intención. Supongo que me resistía a reconocer que yo era el último eslabón en su jerarquía de preferencias. ¿Cómo iba a aceptar una verdad como aquélla? Aceptarlo hubiera supuesto reconocer que había desperdiciado buena parte de mi vida y todavía me funcionaban algunos mecanismos de defensa. Además, el Carlos vulnerable aparecía con mucha frecuencia.

—Yo no tendría que haber sido empresario. Soy demasiado blando. A los veinte años mi padre me puso al frente del negocio y me lo encontré todo hecho. Sólo soy un sucesor.

Sus miedos eran lo que más me acercaba a él. Ayudarle a liberarlos me hacía sentir imprescindible.

—No digas tonterías. La vida son ciclos. A veces se gana y otras se pierde.

Carlos me abrazaba. Lo hacía con fuerza, como si de mis palabras dependiera la confianza en sí mismo. Me decía que cuanto más me conocía, más necesidad tenía de mí, que los momentos más agradables de su vida eran los que pasaba conmigo. Me gustaba oírselo decir y procuraba ignorar que le angustiaba que Valeria tuviera que privarse de sus caprichos, que me hubiera recortado la pensión o que apenas me escuchara.

Todavía hoy me pregunto si a lo largo de estos seis años Carlos me ha querido tanto como decía. Me hubiera encantado entrar en su mente. Ojalá los sentimientos de los demás pudieran analizarse como se hace con los tumores en las mesas de los laboratorios, seccionarlos a láminas finas y observarlos a través del microscopio. Esta célula es cancerígena, esta otra es sana. Salud y enfermedad, me quiere o no me quiere. Suena simple, pero en cuestión de emociones no existen certezas ni buenos o malos, solamente intuiciones. Es tan sutil esa línea que delimita el amor del deseo que ni yo misma la distingo.

Probablemente por eso, cuando aquel viernes infame Carlos me anunció que disponía de varias horas para pasarlas conmigo, me pareció una excelente noticia. Supuse que Valeria se iría con Matilde a Sa Punta por la mañana para preparar la casa. Era lo que solía hacer los fines de semana. Carlos había establecido la costumbre de no acudir allí hasta el sábado. De ese modo nos veíamos sin prisas. Dijo que aquel día iba a ser mucho mejor. Valeria se marchaba con un grupo de amigas a Praga. Aquello le permitiría quedarse a dormir en mi casa. Sabíamos que Gonzalo tenía pensado pasar el fin de semana en Sa Punta con Clara. Lo hacía con frecuencia. El viernes recogía a la niña directamente en el colegio y no me la devolvía hasta el domingo por la noche. Decía que Clara lo pasaba en grande haciendo gamberradas con sus primos.

A Clara le costó levantarse aquella mañana. La noche anterior se había acostado tarde. Le habían pedido en el colegio que llevara fotografías de su familia para ilustrar un trabajo y eso nos llevó

bastante tiempo.

—Necesito una tuya. Otra de papá. Otra de papá, tú y yo. Otra de la familia de papá. Otra de los abuelos y el tío Rómulo. Y otra de todos juntos —me explicó.

Pasamos bastante rato eligiendo y desechando fotografías hasta que los álbumes quedaron prácticamente desmontados. Fue fácil localizar las de mi familia y las de Clara, Gonzalo y yo. Sin embargo, encontrar retratos de los Doria en los que no apareciéramos nosotras dos resultó más complicado. Gonzalo se había llevado la mayoría de los álbumes de su familia al separarnos, y aunque revisamos los que quedaban, no dimos con ninguna que a Clara le convenciera.

—¿Qué voy a hacer? —se lamentó.

Opté por desenmarcar algunos retratos que había sobre una de las estanterías del salón. Uno se había tomado en mi treinta cumpleaños. Otro, en la boda de Alejandra. El más antiguo se remontaba a la primera fiesta a la que asistí en Sa Punta.

—¡Qué guapos están! —dijo Clara.

—¿Cuál prefieres?

Clara no se decidía y le sugerí que se los llevara todos.

—Cuídalos y devuélveme los que no utilices —le advertí, metiendo los retratos en un sobre que luego deposité en su cartera.

Cuando Clara ya estaba dormida, mientras reorganizaba el pequeño caos que habíamos montado en la mesa del comedor me entretuve un rato pasando las páginas de los álbumes. Tiene su magia ese desfile rápido de pequeños retazos de tu vida. Es como si se volviera a vivir cada escena y uno tuviera la oportunidad de retener sólo lo bueno. Los huecos vacíos se me antojaron espacios tétricos. Me quedé mirándolos. Aquellos cuadrados en blanco, con hilos de pegamento seco, parecían un preludio de aniquilación. «No seas absurda», me dije, cerrando los álbumes. Los coloqué en las estanterías, guardé los marcos vacíos en el fondo de un armario y subí a la habitación de Clara para preparar la maleta. Su sueño era tan profundo que no se enteró. «Bendito sueño de los niños», pensé. Al terminar me dio pereza bajar las escaleras para dejar la maleta en la entrada. Era donde solía dejarla para no olvidarme. La puse sobre el tablero de la habitación de Clara, bien a la vista. Le di un beso en la frente del que no se enteró y me dispuse a acostarme.

No fue extraño que al día siguiente, después de hablar con Carlos, tuviera que batallar con Clara para que abandonara las sábanas.

—Un rato más —remoloneaba ella.

La vestí y la peiné casi dormida. Marraneó tanto frente al bol de cereales que me resultó imposible hacerla desayunar. Como se hacía tarde y había quedado con una clienta a primera hora, opté por meterle un batido de chocolate y un bocadillo bien grande en la mochila y salimos escopeteadas. Clara tardó en despejarse. Sólo al enfilar la calle del colegio empezó a canturrear. Me acordé de que se había olvidado la maleta cuando detuve el automóvil en el aparcamiento. ¡Dichosas prisas! Se me ocurrió que a Marlén no le costaría nada acercársela a media mañana. El colegio estaba a tres manzanas de casa. Para Marlén no supondría más que un paseo de diez minutos que a mí me ahorraría un montón de carreras.

Al dejar a Clara en la entrada de los pabellones de preescolar le volví a advertir de que cuidara las fotografías.

—¡Que síííííí, pesada! —dijo.

Y la vi desfilar hacia su clase. Los mocasines lustrados, la falda tableada del uniforme ondeando a su paso, su media melena recogida a un lado de la cabeza con un gran lazo y la mochila del colegio colgada de su espalda. Antes de perderse en el interior del edificio se volvió para enviarme un beso.

Todavía tenía fija en mi mente su carita de manzana cuando empecé a organizar mi día. La cuestión más importante, Clara, ya estaba resuelta. Me quedaba llamar a Marlén para pedirle que dejara la maleta en la recepción del colegio. Luego iría al estudio a recoger a la clienta. Aquella mañana me tocaba ir de tiendas con ella, teníamos que elegir pavimentos y sanitarios. Eso supondría alargar bastante la mañana. ¡Ojalá se decidiera rápido! Confiaba en que me diera tiempo de llamar al marchante de arte en algún momento y pasar por Semon al terminar. Tenía intención de comprar una botella de tinto, un poco de jamón de Jabugo, algún queso francés muy cremoso, de esos que tanto gustan a Carlos, y un par de porciones de *coulant.* Seguro que durante aquellas dos semanas en los Emiratos los habría echado de menos. A veces, al verme tan atenta con las preferencias culinarias de Carlos, me acordaba de que Emma decía a menudo que sólo era cuestión de

tiempo que emergiera la mujercita complaciente que todas llevamos dentro.

Precisamente aquella mañana me llamó Emma. En los últimos tiempos lo hacía con frecuencia. Decía que se aburría. La pobreza era patética, un día de éstos saldría en los periódicos por atracar un banco.

—¿Me imaginas con una media en la cabeza?

A Carlos le inquietaba que Emma me llamara tanto. No hacía demasiado la había encontrado con Mirta al salir de mi casa.

—Era como si me esperaran —comentó.

Él les había explicado que había pasado para ver a Clara. Ellas no manifestaron extrañeza, al contrario. Dijeron que un día de ésos lo harían ellas.

—Habrá sido casualidad —dije.

Carlos no estaba muy seguro. Desde entonces, Emma lo cosía a preguntas. «¿Adónde vas? ¿Con quién has quedado? ¿Por qué no irás a Sa Punta el viernes?».

—Creo que me vigila.

—¿Estás seguro?

Él hacía un gesto de duda.

—No sé. Emma siempre ha sido muy inquisidora y ahora tiene tiempo libre.

—No te obsesiones —le decía yo.

No era que no me inquietara la insistencia de Emma. A ella no la consideraba peligrosa, pero sí a su amiga. A pesar de ello, prefería quitar hierro al asunto. Cuando Carlos se ponía aprensivo entraba en un estado de nerviosismo que me agotaba.

Ese día, Emma simplemente quería saber si Clara y Gonzalo pasarían el fin de semana en Sa Punta. Había intentado preguntárselo a Gonzalo, pero él tenía el teléfono desconectado. Emma pensaba ir con Mirta y una sobrina de esta que tenía aproximadamente la edad de Clara. Deseaba asegurarse de que la sobrina de Mirta tuviera compañía para jugar.

—Con los gemelos no se puede contar —dijo Emma—. Como mamá no estará, me tocará ejercer de anfitriona. Ya sabes. Un rollo.

Le dije que irían. Gonzalo me lo había confirmado la noche anterior. Incluso le conté el descuido de la maleta. Emma se quedó unos instantes callada, como si precisara de un tiempo para rumiar.

—Vaya lío, ¿no? —dijo.

Le dije que lo de la maleta carecía de importancia. Ya le había pedido a Marlén que la llevara al colegio a lo largo de la mañana.

—¿Estás segura de que se la entregarán?

—Claro que sí —reí.

Ella resopló aliviada.

—Me alegro de que Clara vaya a Sa Punta. Ya me veía todo el fin de semana ejerciendo de animadora.

Cuando Carlos llegó aquel mediodía a mi casa yo había cumplido mis objetivos y estaba casi todo preparado. Como la mayoría de viernes, Marlén se había marchado a las dos. A ella también le había tenido que ajustar el sueldo y las horas de trabajo. Ese día había dejado la mesa puesta, una crema de calabaza en el frigorífico y medio kilo de cerezas refrigerándose sobre una base de hielo. Sólo me quedaba decantar la botella de tinto para que se aireara.

—¡Mmm! Rioja Bordón —dijo Carlos, dejando su cartera en el suelo—. Deja que lo haga yo.

Se quitó la americana y la colgó de una silla. A continuación, puso una bolsa de papel de embalar sobre la mesa de centro.

—¿Quieres que la guarde en el armario? —dije, recogiendo la bolsa.

—No te molestes —respondió, quitándomela de las manos.

Lo miré decantar el vino. A pesar de que sonreía, su tono era dicharachero; lucía un buen broceado y llevaba un traje de lana fría que le sentaba estupendo, se notaba que estaba reventado. Lo delataban sus ojeras violáceas y cierta inquietud en sus movimientos, como si el recorrido hacia mi casa no le hubiera bastado para desconectar de los asuntos que lo habían ocupado durante la mañana. Al terminar, recibió una llamada que todavía lo crispó más. La conversación fue larga.

—*This is not a problem* —paseaba nervioso de un lado a otro del comedor—. *Listen to me, please.*

Al colgar apretó los puños. Dijo que aquello era un no parar. Los árabes ya estaban presentando problemas. Había hecho un viaje de dos semanas para tirarlo a la basura.

—Siento ser tan pesado —dijo—. No sabes cuánto te he añorado. Necesito resarcirme de tanta hostilidad.

Dejó el móvil sobre la mesa para estrecharme entre sus brazos.

—Ponlo en silencio —sugerí.

—Imposible.

Pensé que la tarde estaba empezando mal y le propuse que nos sentáramos a comer, mientras tanto se relajaría. Luego tendríamos una larga tarde por delante. Dijo que tanto le daba lo que hiciéramos o dejáramos de hacer, lo único que le apetecía era estar conmigo.

Durante la comida me contó muchas cosas sobre el viaje, sus gestiones y sus tribulaciones. La situación era preocupante. Yo lo escuchaba atenta y asentía sin participar. Pensaba en las vueltas que se llegan a dar en torno al dinero. A medida que las viandas fueron caldeando su estómago y el vino lo relajó, dejó de hablar de negocios. Le recordé lo de la exposición de arte. Él dijo que aquello era un notición y era preciso que lo celebráramos. Y rodeó la mesa para abrazarme. Su abrazo todavía era tenso, pero yo cerré los ojos y me apreté contra él como si deseara ignorar aquel espacio que se estaba gestando entre nosotros, como si confiara en que las pocas horas que teníamos por delante fueran a bastar para subsanarlo.

—Mi pequeña Louise Bourgeois —me susurró—. ¿Tendré que tratarte de usted cuando seas famosa?

Le dije que no se burlara de mí. Él me soltó para agarrar la bolsa que había dejado en la mesa de centro.

—Es para ti —dijo, entregándomela.

Al sopesarla, me di cuenta de que la bolsa de papel de embalar no era más que un camuflaje, uno de esos envoltorios que utilizan algunas joyerías para despistar a los ladrones. Le sonreí. Él comentó que le hacía ilusión traerme algo del viaje. De momento todavía podía permitírselo. Durante el rato que duró la compra había logrado olvidarse de que estaba a punto de arruinarse.

—¿Qué es?

Él se me quedó mirando, hizo un gesto malicioso y me lo quitó de las manos.

—Lo he pensado mejor —respondió, pasando un brazo por encima de mi hombro para llevarme hacia el dormitorio—. Lo sabrás cuando te desnudes.

Esa tarde Carlos se sentó en el Chester, cruzó las piernas y contempló cómo me quitaba la ropa. Primero la blusa y la falda.

Luego la ropa interior.

—También las joyas. Los zapatos no, por favor.

Sus consignas me erizaban la piel. Era el modo de formularlas. Seguro, cercano, mientras el deseo iba entelando su mirada. Aunque el influjo de aquellos ojos me generaba urgencia, procuré prolongar el tiempo al despojarme de mis enseres. Sabía que a él le gustaba. Su placer me excitaba.

Cuando terminé de desnudarme, Carlos se levantó, vino hacia mí y me llevó hasta la luna de cuerpo entero que había en el fondo del vestidor. Abrió el estuche que todavía conservaba en las manos, sacó una gargantilla con un brillante engarzado sobre un lecho de oro blanco y, recogiéndome el pelo, me la prendió del cuello.

—¿Qué te parece?

—Es precioso.

El brillante relucía en mi escote. Parecía que estuviera prendido sobre la nada y hacía que mi piel brillara. Eran reflejos blancos y tornasolados que nacían en el centro de la gema y se proyectaban al exterior. Formaban un círculo irregular que destellaba sobre el cuello y la clavícula. Se desvanecía al llegar a la concavidad que forma el inicio de los senos. La cabeza de Carlos sobresalía por encima de la mía. Fijó la mirada donde terminaban los brillos y empezaba la elevación. Sus ojos también brillaban firmes, ávidos, cubiertos de un velo acuoso que activaba mi respiración. Cada destello de él era una suave puñalada. Había colocado las manos sobre mis hombros y los acariciaba con lentitud, dibujando ondulaciones. Mi carne se contraía y sus ojos adquirían el matiz de la nocturnidad. Me placía contemplar mi desnudez bajo el influjo de su mirada. Le confería una belleza sorprendente, carnal, casi obscena, sólo capaz de otorgármela él. Mis pechos se habían convertido en dos esferas duras de mármol blanco blindadas a miradas extrañas y preservadas para él. Mi talle se veía tostado, como una larga tabla de bronce ligeramente abombada a la altura del vientre con un declive sinuoso, semejante a la ondulación de las serpientes, en las caderas. Y allí, debajo del ombligo, donde termina el tronco y comienzan los muslos, un deseo irrefrenable de ser tocada por él.

—Eres un premio —susurró.

El espejo me devolvía el reflejo de su cabeza mientras me

recorría el cuello, los hombros y la espalda. Sus labios me exploraban despacio. Ahora se detenían en el pliegue que forma la parte superior del brazo, donde se une con el omóplato. Luego, en el lóbulo de la oreja. Más tarde, en la sien. Sus besos eran una especie de alivio. Curvé la espalda y apoyé la cabeza sobre su pecho. Mis mejillas estaban encendidas y las aletas de la nariz dilatadas. Él permanecía vestido. Era bonito contemplar el cortejo de nuestros cuerpos. La luz entraba del exterior tamizada por las cortinas, incidía suave sobre nosotros y nos llenaba de sombras. Además de la cabeza solamente atisbaba sus antebrazos cubiertos de un vello oscuro que cosquilleaba sobre mi piel. Y sus dedos, aquellos dedos largos, hábiles y pulidos, ligeramente temblorosos, que acariciaban con suavidad mis brazos, mi escote, mi vientre y mi sexo y me hacían perder el mundo de vista. De tanto en tanto sus manos regresaban al colgante y me hacían pensar que Carlos me tenía presente cuando estaba de viaje. Luego cerré los ojos y sólo lo sentí.

Aquella tarde mi móvil sonó un par de veces. No contesté. Era preciso poner medios para seguir creyendo que no existía más realidad que nosotros dos. Estábamos abrazados, relajados y agotados sobre la cama. Le dije una vez más que necesitaba vivir siempre con él. La luz que todavía entraba, lánguida, por la ventana iluminó en él un umbroso gesto de pesar. Me pidió, por favor, que no dijera aquello. Yo le pregunté por qué.

—Porque mi «siempre» será mucho más corto que el tuyo —dijo.

De pronto, sonó el timbre de la entrada. Ninguno de los dos le hizo caso. Al cabo de pocos segundos se oyó un nuevo timbrazo.

—¿Esperas a alguien?

—No.

Carlos me sugirió que fuera a abrir. Yo le dije que quien fuera se cansaría de llamar.

—¿Estás segura? —dijo, incorporándose.

—Sí —respondí, tirando de él para que regresara a mi lado.

Estuvimos escuchando un par de minutos. El timbre no volvió a sonar y comentamos lo inoportuno de la interrupción. Enseguida oímos el golpe de una puerta al cerrarse y el sonido de unos pasos que caminaban por el piso de abajo.

—Ha entrado alguien —murmuró Carlos, levantándose.

No le dio tiempo a poner los pies en el suelo. Oímos una voz.

—¿Lucía? ¿Lucía?

Era una voz masculina. Estaba deformada por la lejanía y por varias puertas cerradas.

—¿Quién puede ser?

No sabía. Sólo tenían las llaves de mi casa mis padres, Gonzalo y Marlén. Nada justificaba que alguno de ellos apareciera sin avisar. La voz dejó de llamarme. Al poco rato, los pasos caminaron por el vestíbulo, se dirigieron al distribuidor y empezaron a subir por las escaleras. Carlos y yo perdimos la capacidad de reacción. Él se volvió a tumbar, pasó un brazo por debajo de mi cabeza y me apretó fuerte. Así estuvimos unos minutos, encogidos, uno al lado del otro, como si fuéramos dos proscritos huidos de la penitenciaría a punto de ser capturados. Los pasos crujían en cada escalón y nosotros éramos incapaces de tomar una decisión. Recuerdo que los latidos de Carlos sonaban junto a mi oído como si fueran a explotar y que mi boca se convirtió en un estropajo seco. Se encendió la luz del corredor y los pasos se oyeron más cercanos. A medida que se aproximaban adquirían intensidad. La puerta de mi habitación estaba entornada y entraba una franja ancha de luz, espacio suficiente para ver la sombra que pasó por delante de nuestra puerta, sin detenerse. Era Gonzalo. Creo que no nos vio. O no quiso vernos. Pasó de largo y se metió en el dormitorio de Clara. Allí se quedó un par de minutos. Un par de minutos cargados de sudor, de temblor y de vergüenza, mientras Carlos y yo conteníamos la respiración. De repente fui consciente de mi desnudez. Igual que hacen los avestruces, estiré la sabana y me cubrí. Después oímos su voz hablando por teléfono.

—Emma, ¿qué lío te traes con la maleta de Clara? Aquí no hay nadie. En su habitación no hay maleta, bolsa ni nada que se parezca.

No sé qué le respondería Emma. A él se le agrió la voz.

—Pues sí. Lo has entendido mal y me has hecho perder el tiempo.

Supongo que debió de colgar el teléfono. Sus pasos volvieron a resonar por el pasillo. Avanzaba ágil, como si tuviera prisa. Al pasar por delante de nuestra puerta se detuvo unos instantes. Finalmente,

los pasos se perdieron por las escaleras.

Gonzalo no se marchó de inmediato. Sentimos la vibración de las cristaleras de la puerta del salón cuando se abrió y sus pasos cruzando hacia la cocina. Durante un rato la casa se quedó en silencio. Un silencio larguísimo, un silencio demencial envuelto en oprobio y malos augurios.

—¿Oyes algo? —murmuró Carlos.

—No.

Nos removimos.

—¡Hostia, puta! —Se rompió el silencio.

Fue un bramido largo, sordo y rotundo que retumbó por toda la casa. Un alarido de dolor como el lamento de una bestia recién herida. Carlos y yo dimos una sacudida. Él se tapó la boca y yo incrusté la cabeza en la almohada. Oímos una carrera hacia la puerta de salida seguida de un fuerte portazo. Lo último que oímos fue el rugido del motor del automóvil de Gonzalo perdiéndose por las calles de la ciudad.

A ambos nos costó reaccionar. Permanecimos tumbados casi un cuarto de hora, uno junto al otro, sin movernos, ni tan siquiera mirarnos. Era como si nuestra sangre hubiera sido sustituida por un líquido viscoso que poco a poco adquiría solidez y anulaba nuestras capacidades, convirtiéndonos en dos perfectos inútiles.

—No ha querido vernos —dijo Carlos.

Efectivamente, Gonzalo no había querido vernos. Ambos sabíamos el motivo de aquel alarido. Debía de haber descubierto la cartera de Carlos sobre la mesa de centro y su americana colgada del respaldo de la silla. Eso debía de haber ocurrido después de que recorriera el pasillo de los dormitorios y bajara las escaleras cuando cruzó el salón para dirigirse hacia la cocina. Lo habíamos dejado preparado para que él lo encontrara como si lo hubiéramos hecho aposta. Incluso los restos de una mesa en la que habían comido dos. Por eso aquel aullido y aquella carrera desesperada hacia la salida. Gonzalo había huido de nosotros. ¿Adónde habría ido? ¿A recoger a Clara? Era en lo que habíamos quedado. Ya eran más de las cinco y veinte. Seguro que estaría con ella. ¿En qué estado la habría recogido? ¿Qué podíamos hacer? Llamarlo para ofrecerle explicaciones vacuas nos parecía un escarnio. Quedarnos quietos

sería la mejor forma de ahondar en el lodazal donde estábamos metidos. ¿Y esa llamada a Emma tan extraña? ¿Sería que Emma había forzado la situación para que acudiera a mi casa? No tenía ningún sentido que hubiera entendido mal lo de la maleta. Yo había sido muy precisa. Tal vez se había confundido y estábamos atribuyéndole una culpa que no tenía. ¿Por qué no había acudido a abrir la puerta cuando sonó el timbre por primera vez?

Seguimos un buen rato elucubrando. Por fin logré recuperar la capacidad de tomar decisiones y llamé al colegio de Clara, donde me informaron de que la niña se había marchado con su padre hacía por lo menos veinte minutos.

—¿Ocurre algo? —me preguntó la encargada de recepción.

—No.

Le dije a Carlos que era preciso actuar. Gonzalo y Clara ya estaban camino de Sa Punta. Como mucho, tardarían poco más de una hora en llegar. No quería ni pensar en el escándalo que se montaría cuando Emma y Mirta se encontraran con él.

Él me miró desde la cama.

—Ellas llegarán por la noche —dijo—. Tienen previsto asistir a la presentación de una película esta tarde.

Aquello nos daba un pequeño margen. Me senté a su lado y nos dedicamos a tantear posibilidades. Especulamos mucho. No se nos ocurría nada. Al final fue Carlos quien recobró la cordura.

—Lo que tenga que ocurrir, ya ha ocurrido. Aquí no vamos a solucionar nada. Es preciso que dé la cara.

Debía partir hacia Sa Punta lo antes posible. Sus palabras hablaban de urgencia, pero sus gestos las desdecían. Se levantó con desgana, buscó sus calcetines, sus calzoncillos y su camisa, dio un par de vueltas a la habitación y se metió en el cuarto de baño.

—Todavía me tiemblan las piernas —dijo desde el interior.

Fue una ducha lenta y silenciosa. Yo oía manar el chorro de agua mientras intentaba recomponer lo que nos acababa de pasar. Me dije que habíamos sido unos incautos. Deberíamos haber previsto que aquello algún día podía pasar. La inmovilidad no era sinónimo de calma, sólo de pasividad. Habíamos sido tan necios que nos creíamos que si no ocurría nada, era porque todo iba bien. No era cierto. El cáncer también trabaja taimado devastando los órganos en silencio. Sin embargo, un día revienta y allí nos

encuentra, desprevenidos, condenados a muerte, sin recursos ni posibilidad de reaccionar.

Carlos tardó más de veinte minutos en salir del cuarto de baño. Empezó a vestirse. Lo hizo a trompicones. Se equivocó de manga y estuvo un buen rato buscando los zapatos debajo de la cama. No había logrado encontrarlos cuando recibió una de esas llamadas que no pueden esperar. Me miró con desespero y se sentó en la cama para deliberar.

—Don´t worry. You are always welcome.

Yo aproveché su inciso para ducharme. Necesitaba sentir el agua templada cayéndome por la cabeza y caldeándome el cuerpo. Aunque no hacía frío, me había quedado helada. Aquel chorro me pareció una bendición. Me enjaboné y empecé a frotarme. Froté los brazos, las piernas y el tronco. Lo hice con energía, casi con violencia. La esponja me raspaba la piel y la enrojecía. No me importaba. La cuestión era frotar, frotar, frotar mientras los pensamientos se agolpaban en mi mente.

Capítulo 23

Las catástrofes, especialmente las emocionales, casi nunca devienen solas. Imposible que sea así. Generalmente son consecuencia de la suma de pequeñas aniquilaciones que nacen de expectativas erróneas, del empeño de que las cosas sean como deseamos y no como en realidad son, de cerrar los ojos a verdades que nos convulsionan. En ocasiones esas destrucciones son imperceptibles, pero poco a poco nos devastan. Es como si nuestra alma permaneciera en adobo a la espera de que se produzca el estallido que ponga nuestras vidas patas arriba. Cuando este llega no se puede detener el aluvión de explosiones que le sucederán. Van encadenadas, como las tracas de las verbenas, y es imposible interrumpirlas una vez se ha activado el detonador.

Carlos ya no hablaba por teléfono cuando aquel viernes salí del cuarto de baño. Yo me había envuelto en una toalla y llevaba el pelo chorreando. Él había encontrado sus zapatos y se los estaba calzando.

—¿Algún problema? —pregunté.

—Todos —respondió sucinto, mirándome desde la cama.

Entre sus clientes ya se había corrido la voz de que CDtex estaba haciendo aguas. Acababan de anularle un nuevo pedido.

—Lo siento.

Busqué el cepillo y me senté a su lado. Él agarró el reloj de la mesilla para ajustárselo en la muñeca. Lo hizo con lentitud, taciturno y ensimismado, como si tuviera la cabeza en un lugar muy lejano o como si le diera una pereza feroz ir a Sa Punta.

—Clara y Gonzalo no tardarán en llegar a casa —dijo—. Tengo que darme prisa.

Todavía me pregunto cómo, sumidos en aquel caos, nos costaba tanto ponernos en marcha. Supongo que estábamos demasiado

aturdidos. Carlos aún se entretuvo en abrillantar la esfera con un extremo de la sábana y en ordenar un par de tarjetas que sobresalían de su billetero. Yo lo miraba hacer mientras me desenredaba el pelo. Imaginaba a Clara saludando a los guardeses y jugando con los perros mientras Gonzalo sacaba las maletas del automóvil sin creerse todavía lo que acababa de descubrir.

—¿Qué le dirás a Gonzalo?

—No tengo ni idea. Confío en que se me ocurra algo durante el viaje.

—Deberías prepararte.

Me miró con angustia. ¿Qué posibilidades tenía? ¿Esperar a que Gonzalo reaccionara? ¿Adelantarse a él? ¿Decir «lo siento»? ¿Atacar para defenderse? No sabía cuál le parecía más espantosa. Lo importante era hablar con Gonzalo sin que hubiese nadie por medio. Si no se demoraba más era probable que lo encontrara solo.

Se puso de pie, se metió el móvil en el bolsillo de la camisa y exhaló un largo suspiro.

—Debo irme.

—Ve con cuidado.

—Por supuesto —respondió, inclinándose para besarme.

Rodeó la cama para dirigirse hacia la puerta. Yo lo seguí con la mirada. Su móvil volvió a sonar. El pitido sonó ahogado entre la tela. Él hizo con la boca un gesto de contrariedad y se quedó unos instantes parado, con la mano sobre el bolsillo. Creo que estuvo en un tris de no contestar. Luego sacó el teléfono y miró la pantalla.

—Es un número desconocido —dijo.

Pensé que sería un extranjero y la conversación se dilataría. Por hacer algo, volví al cuarto de baño para secarme el pelo.

—Sí, dígame —oí que decía antes de poner el secador en marcha.

El aparato rugía fuerte y el aire caliente me sofocaba la cara mientras mi pelo se agitaba por los vaivenes de la corriente. Me iba bien estar en acción. Todavía tenía el pelo húmedo cuando Carlos irrumpió en el cuarto de baño y se me quedó mirando. Aunque todavía quedaba una ligera capa de vaho en el espejo, pude verle el semblante lívido.

—¿Qué pasa? —pregunté, apagando el secador.

Carlos abrió la boca sin contestar.

—¿Quieres decírmelo ya? —grité.

Me miró.

—Gonzalo y Clara acaban de tener un accidente.

Carlos dijo esta frase con el mismo tono que utilizaría un enfermo terminal.

Son inesperadas nuestras reacciones cuando nos enfrentamos a una situación de semejante magnitud. Primero deviene un vacío que desciende desde la cabeza y se queda bloqueado en el esternón. Más tarde llega un ahogo que afloja los músculos y los deja blandos, como si nunca más fueran a ser capaces de sustentarte. Al final, uno se dice que es preciso sobreponerse, respira hondo, los músculos se tensan y empieza a actuar.

—¿Cómo están? ¿Cómo ha sido? ¿Dónde están? —dije, tirando el secador sobre la repisa y arrancándome la toalla.

Carlos no estaba seguro. Los *mossos* habían sido imprecisos. Ambos estaban graves. El accidente había ocurrido en la A7, muy cerca de Barcelona. Justo después del nudo de la Trinidad. Los estaban llevando al hospital San Pablo.

Creo que no tardé más de treinta segundos en vestirme.

—Vayamos en mi vehículo —dije, tomando las llaves.

Nunca se me habían hecho tan largos los veinte minutos que tardamos en llegar desde mi casa al hospital. Saltamos semáforos en rojo, adelantamos por los arcenes y hablamos a borbotones mientras intentábamos racionalizar lo que había pasado.

—No deberíamos haber permitido que Gonzalo se fuera en automóvil.

—Tendríamos que haber evitado que se llevara a Clara.

—Deberíamos haber anticipado que esto podría pasar.

Sí, éramos responsables. Habíamos permitido que Gonzalo condujera en estado de angustia, recogiera a Clara y pusiera en riesgo la vida de los dos. No sé por qué nos lamentábamos tanto. Su destrucción la habíamos iniciado mucho antes, cuando Carlos y yo dejamos que nuestra atracción campara a su libre albedrío, cuando utilicé a Gonzalo como alternativa a su padre, cuando nos dejamos llevar por aquella pasión irracional que había puesto nuestras vidas del revés. En la ronda del General Mitre la luz del crepúsculo incidía perpendicular a nuestros ojos, nos deslumbraba y nos obligaba a pestañear. Yo apretaba fuerte el acelerador adelantando

a todo aquel que entorpecía nuestra carrera.

—Sigue por allí —me indicaba Carlos, de tanto en tanto, apretando un pedal imaginario.

¿Por qué habíamos sido tan egoístas? ¿Por qué? ¿Acaso aquélla era nuestra sanción? No podía ser. También era el castigo de Gonzalo y de Clara. Era demasiado injusto. Clara sólo tenía cinco años. Gonzalo no era más que una víctima. ¿Cómo estaría mi niña? El último recuerdo que guardaba de ella era el gran lazo que le sujetaba un mechón de pelo y su falda tableada oscilando a su paso mientras desaparecía por el recinto del colegio. Me había mandado un beso de despedida. Un beso lleno de candor. ¿Podría besarme alguna vez más? Ojalá me muriera yo, una muerte lenta y dolorosa. Cualquier sufrimiento sería preferible a ver a mi hija desahuciada.

Luis Dasca nos esperaba en la entrada del aparcamiento del hospital. Carlos lo había llamado durante el recorrido. Era el único conocido que trabajaba allí. Pensó que podría facilitarnos información.

—Ojalá esté de guardia —me había dicho.

En eso tuvimos suerte, Luis estaba en el hospital. Nos indicó que aparcáramos en la zona reservada para los médicos y nos acompañó al gabinete de urgencias. Ya había visto a los heridos, pero poco podía contarnos.

—Todavía los están explorando —dijo con esa imperturbabilidad propia de los facultativos.

Nos instaló en la sala de juntas de los médicos. Dijo que allí estaríamos cómodos. Y se marchó para ver cómo seguían.

La presencia de Luis nos evitó las salas habilitadas para familiares atestadas de tristeza y de suspiros y las informaciones impersonales. No estuvo a su alcance evitarnos las esperas. La espera agota, consume, desespera, merma la serenidad hasta convertirla en algo parecido a la locura. Carlos y yo lo soportamos, claro que sí. Ojalá nunca nos veamos obligados a resistir todo lo que somos capaces. Sentados en el único sillón de aquella sala contemplábamos caer los granos de un reloj de arena que estaba sobre la mesa. El tiempo se hacía espeso, igual que nuestro silencio, mientras los médicos entraban y salían de la estancia comentando sus peripecias y riendo de sus ocurrencias. Me hubiera gustado

gritarles para hacerlos callar. Exigirles que respetaran muestro calvario. Sólo atiné a abrazarme a Carlos. Él ya no podía hacer nada por aliviarme. Tampoco yo podía hacer nada por él. Nos habíamos convertido en dos soledades estigmatizadas por la culpa y el dolor. Recuerdo que había una garrafa de agua fresca a la que acudíamos constantemente para calmar nuestra sed. Aquel chorro descendía limpio por nuestras gargantas y nos refrescaba el interior. Fue el único paliativo durante aquel tiempo interminable.

Luis regresó con noticias. Mantenía la mirada impasible. Contó que ambos tenían varias fracturas en las extremidades y en las costillas.

—El tórax suele salir muy dañado en los accidentes de tráfico —dijo, mirándonos a Carlos y a mí alternativamente—. Aunque el cinturón salva vidas, también hiere.

Supimos que no había terminado de contar. Nos quedamos mirándolo. Luis carraspeó y se estiró las mangas de la bata. Era una bata blanca de médico, tan blanca como las paredes y el mobiliario que nos rodeaba, totalmente opuesta a aquella oquedad negra y sombría que me iba vaciando. Clara estaba sedada. Además de las contusiones y las fracturas, tenía el hígado destrozado. Podía resistir algunos días en aquellas condiciones, pero era preciso hacerle un trasplante lo antes posible. Lo dijo con buenas palabras, pausas y mucho tino, que nos sirvieron de muy poco.

—¿Corre riesgo su vida? —Mi voz sonó ronca, como si no fuera mía.

Sentía la cabeza como si me fuera a estallar. Millones de agujas se clavaban en ella produciendo tal dolor que tuve que sujetármela.

Carlos me alzó la cabeza y me dio la mano como si Luis no estuviera delante.

—Sí —respondió Luis—. Aunque si tolera bien el órgano, tiene muchas posibilidades de sobrevivir.

La mano de Carlos se me antojó una lámina de corcho. La presioné, pero fui incapaz de sentirla.

Luis forzó un pequeño inciso antes de hablar de Gonzalo. Intentaba dosificar la información como si nos estuviera administrando un medicamento amargo. Gonzalo estaba mucho peor. No llevaba el cinturón de seguridad. Había atravesado el cristal con la cabeza. Tenía un traumatismo craneoencefálico muy

fuerte y varios órganos destrozados.

—Está en muerte cerebral.

No le preguntamos qué quería decir aquello, pero él se empeñó en explicarlo. Todas sus funciones habían cesado. Incluso la respiración, el latido cardíaco y el flujo sanguíneo. Se mantenía en vida por la actividad de un ventilador artificial que activaba el bombeo del corazón. Me entraron ganas de vomitar. Controlé las arcadas. Luego llegó el frío, un frío atroz. Supongo que el frío de la muerte que, junto a los pinchazos, me acorchó incluso el cerebro.

Luis seguía hablando. Recuerdo una a una sus palabras.

—Clara necesita con urgencia un hígado. Precisamente el de Gonzalo no se ha visto afectado por el accidente. Falta determinar si está sano. Si fuera así, hemos valorado la posibilidad de utilizarlo para trasplantarlo. A él le quedan horas, tal vez minutos de vida. Padres e hijos suelen ser compatibles. No es el donante idóneo porque es adulto, pero quizá sea posible aprovecharlo. Eso evitaría los trámites para encontrar un donante. Lo que pretendemos hacer no es el protocolo habitual. En los casos de urgencia vital se permiten algunas licencias.

El frío dio paso al horror. Un horror saturado de la misma negrura que aquel agujero que se había apropiado de mí. Luis necesitaba saber si Gonzalo, en alguna ocasión, se había hecho donante de órganos. Carlos no lo sabía. Yo sí, lo recordaba bien. Había firmado su solicitud cuando éramos adolescentes. El día que fuimos de compras por Gerona y nos detuvimos a tomar un refresco en una terraza de la rambla. La tarde que vimos un tenderete de captación de donantes y Gonzalo me convenció que colaborar sería una obra excelente. El instante en que pensé que Gonzalo tenía la capacidad de hacerme mejor persona. Sólo restaba que firmáramos la autorización para hacerles a ambos las pruebas necesarias. Yo rubriqué lo que atañía a Clara. Carlos, lo relacionado con Gonzalo. Lo hizo en silencio y con lentitud. El bolígrafo le temblaba en la mano como si tuviera vida propia. No atinaba a fijarlo sobre el papel. Después de entregar los documentos a Luis, cruzó los brazos sobre la mesa, escondió la cabeza entre ellos y lloró. Yo fui incapaz.

Luis nos permitió entrar en la unidad de cuidados intensivos. Nunca había estado en un lugar como aquél. Era un recinto sin ventanas,

olía a medicamentos y a desinfectante y estaba lleno de sufrimiento. Clara y Gonzalo estaban en departamentos contiguos. Él tenía la cabeza vendada. Estaba conectado a un montón de aparatos que zumbaban como un gemido. Ella también estaba cubierta de vendajes y de tubos. Carlos y yo estuvimos mirándolos sin atrevernos a tocarlos. Estaban tan contusionados que no se les reconocía. Carlos se inclinó para besar la barbilla de Gonzalo, la única porción de cara que quedaba al descubierto. Yo tomé la mano de Clara que sobresalía por debajo de la sábana. También los dedos estaban amoratados. No hizo el más leve movimiento con mi contacto. ¡Qué cosas tenía la vida! La defunción de Gonzalo quizá la salvaría. Y nuestro secreto, el de Carlos y el mío, quedaría resguardado. Me pareció sucio pensarlo. Aquel silencio tenía un precio demasiado alto. No pude dejar de hacerlo.

Una enfermera nos informó de que debían trasladarlos.

—Vamos a hacerles las pruebas de compatibilidad —dijo.

Era preciso diagnosticar algunas variables a fin de determinar si los órganos, los tejidos y la sangre de Clara y Gonzalo eran compatibles. Nos aconsejaron que no nos quedáramos allí. Sería largo. Ya nos avisarían. Antes de que nos marcháramos nos entregó dos bolsas opacas.

—Son las pertenencias de los heridos —dijo—. A lo mejor hay algo de valor.

No tardamos en encontrarnos en el vestíbulo del hospital sin saber adónde dirigirnos ni qué hacer. ¿Qué más daba? Lo único que nos quedaba era seguir esperando mientras nos aferrábamos a aquellas bolsas llenas de prendas ensangrentadas. ¿Acaso volverían a serles útiles algún día? A Gonzalo, seguro que no. A Clara, tal vez. Debíamos esperar. Esperar sin desfallecer, inventarnos posibilidades, agarrarnos a un clavo ardiendo para no perder la cordura. Ése fue el gran aprendizaje de aquel día.

Dimos la noticia a Emma, a Alejandra y a mis padres. Carlos decía que debía comunicárselo a Valeria, pero no se le ocurría la forma.

—Se morirá de pena —repetía.

No debía demorarse. No quería demorarse. Era preciso que Valeria viera a Gonzalo con vida.

—No se lo digas de golpe —propuse.

Carlos asintió. Sacó su móvil del bolsillo y salió a la calle. Lo vi dudar ante las teclas. Finalmente, las pulsó. No quise ver cómo hablaba con su mujer. Aproveché para acercarme al aparcamiento y dejar las bolsas en el automóvil. Al abrir el maletero recordé que la enfermera me había dicho que podían contener algún objeto de valor. Las revisé. Además de la ropa ensangrentada, estaba el Hublot de Gonzalo. También encontré su billetera y un par de manojos de llaves. Uno pertenecía a mi casa. El otro, a la suya. Recordé las palabras de Lola. «Te arrepentirás, Lucía, algún día te arrepentirás de haberle dejado las llaves». El día había llegado y ya no había marcha atrás. Junto a la ropa de Clara encontré su cartera. Contenía el delantal del colegio y dos lápices de colores que sostuve durante un buen rato entre mis manos. ¿Podría volver a utilizarlos alguna vez? También estaba el sobre que la noche anterior habíamos llenado de fotografías. Lo había cerrado cuidadosamente con una tira de celo que fijaba los bordes. Clara había respetado mi consigna de cuidarlas. Ahora estaba debatiéndose entre la vida y la muerte. Intenté meter el sobre dentro de mi bolso, pero era demasiado grande. No quería estropearlo. Abrí el automóvil y lo introduje en la guantera, junto a las llaves, el reloj y la billetera de Gonzalo.

Al regresar a la nave principal del hospital encontré a Carlos hablando con los encargados de atestados. Un *mosso d´esquadra* le estaba haciendo las preguntas de rigor. Luego nos explicó los detalles del accidente. Gonzalo doblaba el límite de velocidad. Por algún motivo que todavía desconocían, el automóvil había salido propulsado hacia la medianera y había invadido los carriles contrarios.

—Solamente un loco o un suicida conduciría de esa manera —dijo.

La palabra «suicida» me hizo estremecer. Carlos me miró consternado y poco a poco se fue replegando en sí mismo. Ya me había pasado varias veces por la cabeza, pero había logrado ahuyentar la idea. No podía ser. No debíamos pensar en un suicidio. Sería demasiado espantoso cargar aquello sobre nuestras conciencias.

—Gonzalo jamás pondría en riesgo la vida de Clara voluntariamente —bramé.

El *mosso* pareció sorprenderse de mi reacción, se encogió de hombros y siguió contando. El conductor del automóvil contrario, un obrero de la construcción, acababa de fallecer. Viajaba solo. En la sala de espera aguardaba su viuda. Todavía no había sido informada del desenlace.

Vimos a la viuda al dirigirnos hacia la cafetería. Tendría unos cuarenta años y la mirada expectante de quien todavía guarda esperanzas. La acompañaban dos hijos adolescentes. No fuimos capaces de acercarnos a ellos ni siquiera para decirles que lo sentíamos.

Luis nos esperaba con ademán grave cuando la enfermera, que nos había ido a buscar a la cafetería, nos acompañó hasta su despacho. Estudiaba ciertos datos en el ordenador. Las noticias no eran buenas. Clara estaba perdiendo pulso. Tal vez tuviera algún derrame interno que no habían encontrado. De momento le habían hecho una transfusión de sangre. Urgía practicarle el trasplante. Todavía tenía capacidad de resistir la intervención, aunque no sabía durante cuánto tiempo se mantendría en aquel estado.

—¿Cuándo la haréis? —me atreví a preguntar.

Ése era el gran problema. Tendríamos que esperar a encontrar un donante. Por extraño que pudiera parecer, Gonzalo y Clara eran incompatibles. Respecto a los órganos no lo habían podido definir, pero sí respecto a la sangre y a los tejidos externos.

—¿Estáis seguros? —preguntó Carlos.

Luis estaba seguro. Tan seguro que ni siquiera se habían tomado la molestia de evaluar la calidad del hígado. Lo explicó utilizando un montón de términos técnicos —histocompatibilidad, grado de polimorfismo, péptidos, antígeno leucocitario humano, alelos hereditarios— que Carlos y yo nos esforzábamos por entender sin conseguirlo. De pronto tuve claro lo que se escondía detrás de tanto tecnicismo. ¿Todo tenía que ocurrirnos el mismo día? Tragué saliva. Luis nos contemplaba inquieto, como si nos suplicara que nos diéramos por informados. Luego desvió la conversación. Dijo que teníamos motivos para albergar esperanzas. El código deontológico consideraba un principio de justicia, en la asignación de órganos, adelantar las urgencias vitales sobre otros casos. Los niños solían ser los primeros candidatos.

—¿Cuánto tiempo supone? —preguntó Carlos.

—Depende de lo que tarde en aparecer un donante —respondió Luis.

—¿No existen bancos de órganos? —insistió Carlos.

Luis movió la cabeza con pesar.

—No es tan sencillo. Hay más demandas que donaciones y existe un orden. Haremos lo que esté en nuestras manos.

Hacer lo que estuviera en sus manos no era suficiente para Carlos y para mí. ¿Y si nos poníamos en contacto con Estados Unidos? ¿Y si nos personábamos en algún banco de órganos? ¿Y si pagábamos? Imposible comprar un órgano. Estaba fuera de la ley. En Estados Unidos también existían códigos. No debíamos preocuparnos, el sistema funcionaba bien en España. Sólo era cuestión de ponernos en marcha. Todas las respuestas de Luis se dirigían hacia el sentido de la espera. Nosotros no queríamos esperar. La angustia nos volvía impacientes.

—No imaginaba que el tema de las compatibilidades entre padres e hijos fuera tan complicada —dijo Carlos.

Lo que siguió fue el silencio. Un silencio denso que casi sonó. Luis se me quedó mirando. Después lo hizo Carlos. Me contemplaban con fijeza, como si esperaran una respuesta. Yo reproducía en mi mente aquella noche con Carlos en la biblioteca de Sa Punta, los días tortuosos que siguieron al descubrimiento de mi embarazo, mis dudas, mis miedos y mi resolución de ignorar cualquier indicio que me pudiera perturbar. Las cartas ya estaban bocarriba. Carlos acababa de entender. Se notaba en el temblor de su labio inferior y en su gesto de incredulidad.

Luis se levantó de la silla, nos dio un abrazo a cada uno y nos instó a que fuéramos a descansar.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó Carlos cuando salimos del despacho.

—¿Hubiera cambiado algo? —respondí.

Me miró desconcertado. No respondió. Creo que sus pensamientos corrían veloces mientras nuestros pasos resonaban por aquel pasillo interminable delimitado por puertas blancas.

Epílogo

La brisa que nos ha acompañado durante la ceremonia ha cedido y las cenizas de Gonzalo han descendido lentamente hasta desaparecer. Unas han ido a parar al mar, otras han quedado depositadas sobre las piedras del acantilado. Supongo que alguna de ellas se encontrará a nuestros pies, entre los matojos de romero y espliego, resistiéndose a abandonarnos. No se ven. Gonzalo se ha hecho invisible a nuestros ojos. Ahora no es más que un recuerdo, polvo diseminado en una pequeñísima fracción del Mediterráneo, partículas que flotan en esa agua azulada que ruge ante nosotros como un monstruo doliente. Nadie se mueve, ni siquiera habla. Tenemos los ojos clavados en el horizonte como si esperáramos que, de un momento a otro, el mar pudiera adquirir el don de obrar milagros e hiciera emerger su figura de repente. Sabemos que no ocurrirá. La muerte es lo único definitivo y los milagros no existen. Pero somos insistentes y nos resistimos a dejar de mirar.

—Ya está —ha dicho Emma.

La frase ha sonado convincente, pero sólo ella se mueve para apartarse de mi lado. Luego es mi hija, que ha permanecido todo este rato abrazada a mi pierna, quien me estira la falda y pide que la coja en brazos.

No pasa nada, cielete —murmuro, alzándola.

Clara enrosca las piernas alrededor de mi cintura y me ciñe fuerte. Siento su peso liviano y su cuerpo caliente. Me digo que, a pesar de mi descreimiento, la vida me ha ofrecido mi propio prodigio.

Mi hija corrió mejor suerte que Gonzalo. Que Gonzalo y que el niño que falleció al día siguiente de que ellos tuvieran el accidente. Luis ya nos había advertido de que los niños y las urgencias eran los primeros candidatos para trasplantes. Afortunadamente, los tejidos,

la sangre y los órganos eran compatibles y aquel mismo día se efectuó la intervención. Fue una operación larga seguida de un postoperatorio interminable. Clara resistió. Clara es fuerte. Se quejaba, por supuesto. Luis decía que ese tipo de intervenciones eran muy dolorosas y ella se retorcía febril en la cama del hospital. Un día me pidió que le trajera su Barbie y su Kent, jugó a médicos y a enfermeras con ellos, los operó de todo lo imaginable y dejó de lamentarse. Luego fue cuestión de esperar. Esperar a que su organismo aceptara el hígado, el dolor cediera y las heridas cicatrizaran. Y se recuperó, y está viva.

Luis está situado detrás de nosotras. Debe de haber visto el gesto de Clara, porque se acerca a ella y le susurra que las niñas valientes no se asustan de nada. No sé cómo mi hija le responde. Está apoyada sobre mi hombro y no la veo. Sólo siento la proximidad de Luis y a ella, que va aflojando lentamente mi cintura.

Aunque Luis no se hizo cargo directamente de Clara, porque no es pediatra ni los trasplantes son su especialidad, nos colmó de atenciones. Consiguió que nos instalaran en una habitación individual y nos visitaba regularmente para reportarnos hasta el más mínimo detalle de los avances. Las explicaciones de un amigo suelen estar cargadas de un cariz infinitamente más humano que las de un mero profesional. Su apoyo fue muy importante, especialmente en los cinco días que permanecimos en cuidados intensivos.

Clara y yo regresamos a casa hace seis meses. Las enfermeras dijeron que teníamos suerte, solamente tuvimos que permanecer dieciocho días en el hospital. Luego llegó aquella convalecencia interminable durante la que tuvimos que cuidar mucho la actividad física y la asepsia bajo el riesgo de una posible complicación. Fue difícil hacerle entender que no podía jugar con otros niños, tocar a los perros ni usar utensilios que no fueran los suyos. Afortunadamente, la pesadilla se ha convertido en pasado y ya puede corretear. A veces se ríe como un cascabel y su risa me parece uno de esos milagros en los que me resisto a creer. De tanto en tanto me pregunta por el niño que le donó el órgano. Le digo que está en el cielo. Ella mira hacia arriba con intriga. Hubiera preferido que no se enterara de los detalles del proceso. No lo logré. A veces los adultos hablamos delante de los niños pensando que no están

atentos a nuestras palabras, pero lo están. Clara me acosó a preguntas complicadas de esquivar. Por eso le expliqué su intervención de la forma más amable que se me ocurrió.

—¿Así que tengo un niño dentro? —preguntó con seriedad de adulto.

Yo le contesté que nada más una parte de él. Quedaron infinidad de lagunas, «¿Quién era el niño? ¿Cómo murió? ¿Dónde vivía?», imposibles de completar. El secretismo forma parte del protocolo. Al principio insistí para obtener alguna información sobre el donante, siempre me encontré con la reserva como respuesta. Me hubiera gustado agradecer a los padres su generosidad. Aunque tal vez sea mejor así. Por muchas vueltas que le dé, no atisbo a encontrar la fórmula para expresar a nadie: «Muchas gracias, mi hija vive y el tuyo no».

Mi padre se aproxima a nosotras, me acaricia el brazo y me pregunta en murmullos cómo estoy. Yo fuerzo una sonrisa a modo de respuesta y él, que ha sido testigo directo de mis laberintos, me dice por lo bajo que todo está a punto de acabar. No he mentido a mi padre. Después de tantas tensiones estoy manteniendo una serenidad que no esperaba en mí. Y es que todo ha resultado tan dificultoso que pensaba que hoy iba a desfallecer.

Una de las cuestiones que más me alteraron fue explicarle a Clara que Gonzalo había fallecido y que no volvería a verlo más, aunque el recurso del cielo resulte muy convincente para una niña de su edad. Por fortuna, ella perdió el conocimiento en el accidente y no tiene ningún recuerdo del infierno que vivió. Así que ahora se imagina a Gonzalo y al niño, del que no sabemos ni siquiera su nombre, sentados sobre una nube, contemplando su evolución.

A veces los saluda desde la terraza de casa.

—¡Papi, niño! —canturrea agitando la manita.

Ahora Clara se está enfrentando a la realidad cruda y desnuda, a un manojo de cenizas volatilizado que acaba de desaparecer. Pensé que estar conmigo le conferiría seguridad, pero se aprieta a mí como si me quisiera perforar. Quizás hubiera sido mejor dejarla en Sa Punta al cuidado de los guardeses, aunque su peso ligero sea lo único que me logre templar. He abusado demasiado de su fortaleza y de su capacidad de adaptación, pero Valeria insistió tanto en esperar a que ella estuviera recuperada para dedicar a Gonzalo este

último homenaje que no supe cómo negarme. Aunque probablemente no lo hayamos hecho tan mal. No pudo asistir al funeral porque estaba hospitalizada. ¿Qué menos que decirle hoy adiós? En su conciencia, Gonzalo siempre será su padre.

Cuando el día del accidente salimos del despacho de Luis, Carlos me pidió discreción para no ofender a Valeria.

—No podemos hacerle esto —dijo.

En aquel momento me hirió que pensara en ella antes que en mí; no obstante, le concedí el beneplácito que me pedía. Era lo único que podía hacer. ¿De qué hubiera servido provocar un escándalo? No era preciso pensar demasiado para saber que proclamar la verdad complicaría la vida de Clara y la de Valeria. No quise ocasionar, ni a la una ni a la otra, sufrimiento adicional. Si Carlos no habla, tampoco lo haré yo. No creo que Luis sospeche ni en sueños quién es el padre de mi hija. Además, se debe al secreto profesional y creo que ha convertido la paternidad de Clara en un tabú. Así que todos estamos de acuerdo. Una mentira más, lo sé. Aunque se pretenda lo contrario, es imposible escapar de la rueda de la falsedad.

Los perros han llegado en manada a nuestro lado. Vienen de lejos. Su carrera ha levantado remolinos de polvo que marcan la senda recorrida. Deambulan inquietos, nos husmean la entrepierna, jadean con su lengua colgante y húmeda y espantan a la bandada de gaviotas que ha acompañado nuestra pequeña ceremonia. A pesar de nuestra modorra rompemos la quietud, vagamos de un lado a otro, nos reunimos en grupos pequeños y comentamos. Parece que hayamos recibido la indicación de que el duelo ha terminado y que es preciso seguir viviendo.

Carlos ha permanecido todo el rato abrazado a Valeria. Ahora le da un beso en la mejilla, se desprende de ella y me busca con la mirada. Cuando me encuentra fija sus ojos en mí. «¿Estáis bien?», parece preguntar desde la distancia. Yo aprieto ligeramente el cuerpo de Clara y asiento con la cabeza.

A Carlos le costó digerir que no le hubiera hablado de su posible implicación en la paternidad de Clara.

—No me creo que me lo hayas escondido —dijo.

—Es que ni yo lo sabía —me justifiqué.

Aunque no creo que entienda mi silencio, finalmente lo aceptó. Carlos prefiere tolerar que discutir.

Pum, el cachorro de golden retriever que Carlos regaló a Valeria hace poco para distraerla de tanta amargura, se ha situado a su lado y la apremia con el morro. Parece una bola de pelo dorado que no para de moverse. Ha dejado un guijarro junto a ella y le está pidiendo que se lo lance.

—Mira que eres pesado —dice Valeria con voz cansada, empujando sin ganas el guijarro con el pie.

Pum se precipita veloz a recogerlo, da un par de volteretas y en cuestión de pocos segundos vuelve a dejarlo a su lado. Todos miramos el juego del perro y el triste decaimiento de su ama. Incluso Clara se vuelve y me pide que la deje ir hacia él.

Dudo un poco. Todavía guardo la resaca de tantos días de higiene, pero mi padre me dice que no podemos convertir a Clara en una flor de invernadero.

Así que la dejo en tierra, le estiro la falda del vestido de lorzas y la veo avanzar.

Valeria le señala el guijarro con el dedo.

—No lo tires hacia el acantilado —advierte.

Hoy Valeria parece una anciana, a pesar de que a primera hora ha tenido el ánimo de ir a la peluquería; viste un conjunto de lino blanco y negro de lo más favorecedor. Se le ve encorvada y encogida, devastada, la piel apergaminada y sus ojos casi invisibles bajo unas bolsas que asoman por debajo de sus gafas de sol.

—Tengo la sensación de que va a aparecer por cualquier esquina con alguna de sus ocurrencias —repite desde aquel día aciago—. Era tan divertido…

Valeria no suele terminar su frase. Se queda mirando al vacío a la espera de que pase algo. No pasa nada. Y vuelve a decir lo divertido que era Gonzalo.

Creo que a todos nos ocurre lo mismo. Recordamos a Gonzalo tan ruidoso que nos resistimos a creer en el silencio del que se ha rodeado. Su muerte fue muda y discreta. Supongo que todas las muertes son mudas, pero la suya lo fue más. Ni siquiera la máquina que controlaba sus constantes vitales emitió ese pitido tan cinematográfico al que estamos acostumbrados. Simplemente dejó de existir, así, de repente, sin estertores ni agonías, ahorrándonos

las cuestiones éticas que suele plantear la desconexión de los desahuciados. Ocurrió en la mañana que siguió al accidente. Valeria llevaba media hora con él. Una Valeria incrédula y desesperada que había llegado directamente del aeropuerto y lo besaba por encima de los vendajes. Todos creemos que la esperó.

—Tendremos que acostumbrarnos a vivir sin él —dice a menudo con esa resignación tan envidiable de los devotos.

Está en tratamiento psiquiátrico desde entonces. Ella dice que sus sentimientos se han acorchado. A mí me cuesta enfrentarme a su desazón.

Carlos no ha querido medicarse. Dice que con los líos que tiene no quiere sentir sus facultades mermadas. Él se repondrá mejor que Valeria, estoy segura. Dispone de más recursos. Todas esas obligaciones que se ha creado a su alrededor en este caso revertirán a su favor. Sólo faltó a su oficina los días que ocuparon el velatorio y el funeral. Luego dijo que no podía permitirse el lujo de recrearse en la tristeza. Era preciso continuar. Así lo ha hecho. Ha delegado algunos viajes por no dejar a Valeria sola, pero no ha faltado a sus citas con los abogados y con los sindicatos ni ha dejado de responder a sus llamadas telefónicas.

Él y yo hemos tenido pocas oportunidades de hablar, ni siquiera por teléfono. Yo he procurado no separarme de Clara y él ha estado muy ocupado con su tristeza y su ruina. Durante los días de hospitalización vino a visitarnos casi a diario. Además de los familiares, siempre había alguien con nosotras. Lola, Samuel y Blanca, que pasaban un momento por allí. Matilde o Marlén, que traían unas croquetas de pollo y una porción de tarta. Incluso la madre Benilde me sorprendió una tarde apareciendo en el hospital. No sé quién la informó. Estaba bastante sorda y no entendía mis preguntas.

—Las malas noticias vuelan —sentenció la novicia que la acompañaba.

Probablemente tuviera razón. Nuestra habitación, la 636 del bloque C, parecía el foco de algún acontecimiento social, sólo que en lugar de risas y frases hechas había desolación.

Cierta tarde Carlos llegó a última hora y nos encontró solas. Clara dormía y él me propuso que nos hiciéramos un estudio genético. Me dijo que si Gonzalo no era el padre de Clara, sería

oportuno que esclareciéramos su paternidad. Lo dijo sereno y sin pestañear.

—¿Para qué lo necesitas? —pregunté.

—Tanto si soy su abuelo como su padre me haría ilusión ocuparme de ella. Pero es preciso que sepa que somos uno de nosotros dos.

—¿Precisas un diagnóstico para asegurarte? —dije enconada.

Él pareció sorprenderse de mi enfado.

—Es solamente por saber la verdad —se defendió.

—¡Verdad, verdad! Estoy harta de tanta verdad —creo que alcé la voz.

Carlos me miraba estupefacto.

—¿Qué tienes en contra de la verdad?

—Que sólo la usas cuando te conviene.

Al comprobar mi indignación, dijo que no quería incomodarme ni mucho menos discutir.

—Déjalo. No hablaremos de esto nunca más.

Me hiere que Carlos no atine a entender qué me ofende de su propuesta. En estos meses a Carlos le cuesta comprender muchas cosas de mí. Y a mí de él. Especialmente esas verdades que tan endebles me parecen. Él dice que yo soy más fuerte que Valeria para asumirlas. Yo creo que es su forma de protegerse.

Clara lleva rato jugando con *Pum*. Ella tira el guijarro y el perro corre raudo para devolvérselo. A veces la empuja con el hocico para azuzarla y la resaca de la embestida le obliga a dar un traspiés.

Mi madre dice que teme que el perro la arrolle.

—Él es tan atolondrado y ella tan menuda —exclama.

Miro a Clara y pienso que, efectivamente, parece un pequeño junco al lado del cuerpazo de *Pum*. Está tan entretenida que no quiero interrumpirla. Le digo a mi madre que lo único que puede ocurrir es que se caiga al suelo. Como mucho tendremos que recogerla. Ella hace un gesto de duda.

También está agotada. Ha sido quien ha sustentado mis miedos y mis cansancios. Solía llegar a casa por la mañana con su bolsa de labores bajo el brazo, nos besaba a ambas y empezaba a tricotar mientras le contaba a Clara cuentos de príncipes y de princesas. Solía quedarse hasta que anochecía, aunque yo le insistiera que no

hacía falta que estuviera tantas horas allí. Esta última semana está más animada. Rómulo ha venido a visitarnos. Pese a que mi hermano siguió, paso a paso, la intervención de Clara desde Houston e intercambió varias veces, por teléfono, impresiones con los médicos que la trataron, le fue imposible estar con nosotros durante la hospitalización. Luego hizo un par de viajes relámpago cuando su trabajo se lo permitió. Ahora está aquí. Dijo que quería acompañarnos en este momento. Dentro de cuatro horas su avión despegará. Ya se está despidiendo. Mi madre se le cuelga del cuello, le da consejos y le dice que no olvide llamarla en cuanto llegue. Él le asegura que lo hará. Luego pregunta la hora que es. Supongo que piensa que el trayecto hacia el aeropuerto será largo y debe marcharse ya. Mi madre no tiene actitud de soltarlo. Él intenta zafarse sin ofenderla demasiado.

Me resulta extraño tener a mi hermano entre nosotros. Se fue tan pronto a Estados Unidos que nuestras vidas han evolucionado al margen de él. Incluso se me hace difícil mantener una conversación completa. Creo que a mi madre le ocurre lo mismo. Con mi padre es diferente. Ellos se pasan el día hablando de medicina. En cambio, ella a veces lo mira como si fuera un desconocido. Él le sonríe y mi madre sonríe a su vez. Se nota que se está protegiendo de su próxima partida. Ella dice a menudo que está acostumbrada a tenerlo lejos. No lo creo. Suena exactamente igual que cuando Valeria habla de aprender a vivir sin Gonzalo. Adaptarse, ése debe ser el único modo de enfrentar las adversidades.

Rómulo se ha acercado para despedirse. Ahora es él quien da consejos.

—Lucía, a partir de ahora vida normal, sal por ahí, distráete y no hagas demasiado caso a los melodramas de mamá.

Le digo que lo haré y él me da un beso antes de emprender camino hacia su automóvil.

La lancha que nos ha importunado durante la ceremonia y en la que he deseado subir para perderme en las corrientes ha vuelto a aparecer. Ahora se acerca a la costa y discurre en paralelo, bordeando los arrecifes. Creo que sus tripulantes nos han divisado porque nos enfilan directos. Cuando se encuentran frente a nosotros reducen el ritmo del motor y alzan las cabezas para mirarnos. Están en un plano muy inferior al nuestro, con muchos metros de

desnivel. Son dos hombres y una mujer que se cubren con pantalones largos y gruesas prendas de abrigo. Nos saludan con la mano y nosotros no tenemos más remedio que responder.

—¡Qué pesados! —dice Eduardo.

Yo le digo que ninguno de ellos imagina cuál es el motivo que nos reúne. ¿Qué van a imaginar, desde esa distancia engañosa? Deben de vernos tan diminutos como nosotros a ellos. Sin relieves ni matices, sin tan siquiera intuir que su presencia nos supone un estorbo.

Se han situado justo debajo de mí y puedo contemplarlos a mi antojo. La cubierta está llena de cabos enredados, de latas de gasolina abiertas y de cañas de pescar. Los aperos ocupan tanto espacio que apenas queda una porción minúscula en un extremo de la bañera para los tripulantes. La mujer está encogida en lo alto de un respaldo, con los pies sobre el asiento y las manos abrazándose las rodillas. Parece que tiembla. Se me ocurre que todavía estamos a principios de mayo y a estas horas en el mar suele hacer frío. Imagino la humedad pegajosa de cubierta, la vibración del casco, el ruido del motor, el vaivén de los utensilios y ese tufo a combustible que se clava en el tabique. De pronto descubro que aquella imagen de paz que me trasmitía el suave deslizarse de la nave sobre las aguas era una percepción distorsionada, una ilusión que he forjado en la imaginación. Igual que esos juegos de humo y espejos con que nos deleitan los ilusionistas. Hay quien dice que vivimos de espejismos. Tal vez sea verdad. Tengo la certeza de que me hubiera servido de muy poco zarpar. «Nada es lo que parece», me digo. Nada.

Busco instintivamente a Mirta y a Emma. Están abrazadas ante el acantilado con una imperturbabilidad algo teatral, como si quisieran demostrar que su dolor es un poco mayor que el que aflige a los demás. Cuando oficiamos los funerales Mirta lloraba tanto que algún asistente que acudió por compromiso y nos conocía poco la confundió con la viuda del difunto. Al finalizar la ceremonia religiosa Emma se abrazó al féretro y apoyó la cabeza sobre la cubierta. Allí permaneció un rato, interponiéndose entre el ataúd de caoba y los empleados del tanatorio, que esperaban pacientes para llevarse a Gonzalo al crematorio.

Yo no he atinado a saber el grado de implicación que tuvieron

en la aparición de Gonzalo por mi casa ni si hubo en ellas mala intención. Tampoco sé, en el caso de que se tratara de una cuestión urdida, si fue Emma la que actuó con independencia o si, por el contrario, lo tramaron entre las dos. No he intentado descubrirlo. Ellas no han dado muestras de tener algo que ocultar y han estado muy correctas conmigo todos estos meses. Hasta cierto punto es lógico. ¿Cómo iban a mostrar nada después de lo que ha ocurrido? Mejor fingir. Tanto ellas como yo. Poco importa eso ahora. Ya cargarán sus conciencias con lo que tengan que cargar.

Ambas empiezan a moverse y miran a su alrededor. Emma se acerca a Alejandra para decirle algo. Mientras lo hace su mirada se cruza con la mía. Nuestro encuentro dura poco. El tiempo que tarda en abrazar a su hermana. Eduardo las mira con recelo. Parece que se resista a aceptar que, por unos instantes, él no forma parte de esa intimidad. Alejandra no tarda en reaccionar. Le tiende la mano y lo atrae hacia ellas. Eduardo se deja guiar extendiendo sus brazos para envolverla por la espalda.

En este tiempo de encierro he pensado mucho en Alejandra y en aquel día en mi casa que durante un rato se sinceró. La imagino en la suya, caminando con pasos pequeños, sin hacer ruido, pidiendo permiso para hacer esto o aquello, reclamando una pequeña cantidad de dinero para las compras del día y mostrando los justificantes. La invento rendida y cansada sin cuestionarse si ésa es la vida que esperaba, diciendo que Eduardo es bueno porque no le pega ni la engaña, negando que tiene miedo y escondiéndose de su dependencia. A veces pienso que tuve una oportunidad de ayudarla y la dejé escapar. No sé si actué bien o mal. Ni siquiera si hubiera servido de algo hacer público el episodio. El carácter de Eduardo nunca ha sido un secreto y su familia no ha hecho más que correr un tupido velo. Aunque no me guste, tengo que aceptar que ellos lo prefieren así. Si uno no quiere ayudarse, los demás poco podemos hacer.

Cuando oigo la voz de Carlos, el trío persiste en ese extraño y espectacular abrazo que, como todo lo que ocurre hoy, se me antoja un poco falso. Dejo de atenderlos porque Carlos ha nombrado a Clara y la busco. Carlos tiene a mi hija en brazos. Habla animadamente con Ignacio y con Matilde. Clara debe de estar diciendo alguna gracia. Los tres ríen y Carlos la estruja un poco.

Luego deja a la niña en el suelo, se despide de sus interlocutores y se acerca a mis padres y a Luis para agradecerles su presencia. Hablan de lo bonito de las vistas, de lo mucho que nos ha respetado el tiempo y de que las noticias vaticinan un verano muy cálido. Carlos los invita al ágape que se ha organizado en Sa Punta para después de la ceremonia. Como los ve dubitativos, insiste.

—Valeria ha dicho que es obligatorio —bromea—. Ya sabéis que en mi casa manda mi mujer.

Su tono me ha sonado dolorosamente convencional.

Carlos piensa que, una vez nuestra vida se normalice, lo nuestro va a seguir. Está convencido de ello. Parece que este periodo en el que hemos estado inmersos en angustia no haya sido otra cosa que una etapa más de nuestras vidas. Un revés, un poco más agudo que otros, que debemos olvidar.

—Es preciso que imprimamos normalidad a muestras vidas si no queremos desfallecer —dice continuamente.

Tal vez tenga razón. Sin embargo, me sorprende su pragmatismo. Lo he visto llorar como un niño ante el cuerpo de su hijo. Pero nada más que ha necesitado seis meses y saber que Clara está recuperada para plantearme que la semana próxima nos podríamos ver. Me lo ha dicho esta mañana por teléfono, cuando ha llamado para preguntarme si deseaba que alguien nos viniera a recoger.

—Creo que dispondré de la tarde del próximo martes —ha apuntado.

Parecía que en su mente todo siguiera igual.

Yo sé que lo nuestro ha terminado. Lo sé desde el mismo día del accidente. Estoy segura. Lo he decidido yo. De golpe he tomado conciencia de demasiadas miserias.

Cuando le he dicho a Carlos que me sentía incapaz de reemprender nuestros encuentros y le he explicado los motivos él ha replicado que no debía culparme más de lo necesario. Todos arrastramos culpas. Aunque suene duro, también las arrastraba Gonzalo.

—La única realidad es que seguimos vivos, que la vida es breve y que, nos privemos de lo que nos privemos, no lo vamos a resucitar.

—¿Cómo puedes ser tan frío? —le he dicho.

Él ha titubeado. Creo que estaba sorprendido.

—No soy frío, sólo que encuentro absurdo perderte a ti también.

Carlos no quiere renunciar a mí. Tampoco a Valeria. Sigue diciendo que ella es su responsabilidad y que las responsabilidades son su mayor prioridad, pero me ama y no quiere sumar a sus pérdidas una más.

—¿No has aprendido nada? —le digo.

—He perdido un hijo e intento sobreponerme. ¿Qué más quieres que aprenda?

No me ha apetecido argumentar. Supongo que cada cual ama a su modo. Él ha sugerido que dejáramos de hablar de aquello. No era buen momento, esas cosas no se podían abordar por teléfono. Al fin y al cabo, haríamos lo que yo quisiera.

No sé si insistirá. Es probable que no. Carlos es orgulloso y no le gusta persistir. Siempre ha dicho que las personas deben ser libres para decidir. Le gusta matizar que una cosa es querer y otra muy diferente crear apegos. Además, apremiarme supondría asumir un compromiso con el que dudo que quiera cargar. De todas formas, ¿qué más da? Ante el espectáculo de la muerte, nuestras pequeñas pasiones se me antojan muy banales.

Valeria viene hacia mí. Carlos todavía está departiendo con mis padres y Luis. Dejo de escucharlos. Ella se ha colocado delante de mí y parece que quiere decirme algo.

—Se acabó —dice.

Cómo no sé qué responderle, le doy un beso. Mi gesto me hace pensar en el bíblico beso de Judas. Valeria inclina la cabeza y se desmonta en mis brazos. Permanecemos un rato abrazadas mientras aspiro el tenue perfume que la envuelve. Me gustaría escabullirme, pero no atino a encontrar el modo. Afortunadamente, Ignacio nos interrumpe para despedirse. Igual que Rómulo, dice que tiene prisa. En su tono percibo incomodidad. Supongo que le pesan las disputas que mantuvo con Gonzalo en la última época, cuando se cansó de gestionar un negocio en el que sólo se involucraba él y le mostró la puerta de la calle como única vía. Durante estos meses ha estado muy atento a nuestros devenires. Ahora repite que debe marcharse. Ambas lo hemos besado y Valeria le dice cariñosa que confía en verlo de nuevo por su casa.

—Por supuesto —dice Ignacio, mirando disimuladamente su

reloj.

Su gesto me recuerda que, con tanto aturdimiento, todavía no le he entregado a Valeria el tarjetero y el Hublot de Gonzalo que me dieron en el hospital junto a las prendas ensangrentadas. Tiré la ropa en cuanto llegué a mi casa. El reloj y la billetera todavía están en la guantera. De pronto necesito dárselos. Me apremia acabar de una vez con cualquier elemento que me vincule a aquella tarde fatal. Me invento una excusa fácil para desembarazarme de ellos, busco a mi padre y le pido las llaves.

Mi padre sigue hablando con Luis y me mira un poco extrañado.

—Tengo que recoger algo —le explico.

Él busca en un bolsillo y me las entrega. Nadie me ve partir. Camino unos minutos entre piedras y matojos. Lo hago en línea recta, recibiendo de tanto en tanto una lluvia muy fina de gotas saladas. Al llegar al automóvil franqueo la portezuela y me acomodo en el asiento del copiloto. De pronto me siento extenuada, derrumbo la cabeza en el reposacabezas y me quedo quieta.

Cuando creo recuperar el ánimo abro la guantera y busco. El reloj y la cartera no están a la vista. Supongo que deben de haberse escurrido al fondo. Encuentro muchas cosas dentro del pequeño registro. Un minúsculo botiquín que nunca he utilizado, un paquete de pañuelos de papel, varios documentos del vehículo y sí, debajo de todo ello están las pertenencias de Gonzalo. No quiero mirarlas más de lo necesario y las meto rápido en mi bolso. Me entretengo en devolver el resto de objetos a su lugar. Procuro ordenarlos un poco. Creo que me estoy demorando deliberadamente. Me da una pereza demencial regresar al grupo.

Me llama la atención un sobre blanco que encuentro entre los documentos. Lo miro un rato. Me resulta familiar. La solapa está cerrada con cinta adhesiva. A primera vista me cuesta ubicarlo y necesito darle un par de vueltas en las manos para reconocerlo. Es el sobre que contiene las fotografías que Clara trajo del colegio, aquellas que le sobraron de su trabajo sobre la familia y que tanto insistí que cuidara. Pienso que es extraño haberme olvidado del sobre y me detengo a mirarlas con cierta aprensión. Dudo entre guardarlo de nuevo y abrirlo y contemplar los retratos. Sé que hay imágenes de momentos que ahora desearía olvidar. Por eso decido devolverlo a la guantera. Pero mis actos se oponen a mi voluntad y

lo abro con lentitud. Las manos me tiemblan y la cinta adhesiva con la que Clara selló la solapa arranca una tira de papel. Meto los dedos en la abertura y saco las fotografías. En total son tres. Todavía no sé si debo mirarlas; no, mejor no, pero salen de cara a mí, como si me apuntaran directamente a los ojos.

Veo la primera fiesta a la que acudí en Sa Punta, cuando conocí a los Doria en el cumpleaños de Carlos. Aquélla en la que inauguraban la glorieta y Alejandra me prestó un vestido de color coral que me venía pequeño. Es el retrato del que Clara comentó que estaban tan guapos. Así es. Se les ve elegantes, risueños y despreocupados, como si la felicidad fuera algo que estuviera al alcance de sus manos. Valeria lleva aquel traje de pedrería turquesa que tanto realzaba su antigua belleza rutilante, un tanto perturbadora, que tanto me impresionaba. Carlos, enfundado en su americana blanca de seda, sonríe a la cámara. Sus dientes blancos parecen muescas de cristal esmerilado, asoman de sus labios desiguales y contrastan con su tez morena. Uno de sus brazos reposa sobre el hombro de Valeria. Tiene la cabeza inclinada hacia el lado contrario. Justo donde estaba situada yo, aunque no aparezca en el retrato. Recuerdo que el fotógrafo sugirió retratar a la familia completa y que Emma me dijo que posara con ellos. Yo, indecisa, me quedé a medio camino, a un par de palmos de ellos. Probablemente el fotógrafo me consideró una intrusa y no quiso incluirme en el plano. Gonzalo hace una mueca con la boca mientras juguetea con la falda del vestido de Alejandra. Ella mira hacia la cámara como si quisiera seducir a Dios sabe quién. Emma, risueña, apoya la cabeza sobre el hombro de su hermano. De repente, no sé muy bien por qué, distingo unas sombras que se entretejen entre las imágenes. Son oscuridades que bordean los labios, rodean el contorno de los ojos, nublan los pómulos y las barbillas e inmovilizan las risas para cubrirlas de un velo de irrealidad. Es una especie de negrura que cubre las figuras, desdice sus gestos y las carga de turbiedad. Empiezo a oír un tumulto de voces que me hablan en susurros y me cuesta comprender. «Qué bien pintas, Lucía. Yo también soy artista». Poco a poco elevan el volumen y van adquiriendo nitidez. «A mi madre le rechifla Sant Barth. Dice que, mire por donde mire, no logra localizar a una sola persona vulgar». Son las sombras que se agazapan tras los retratos

las que me están hablando. «Todas las amigas de Alejandra se enamoran de Gonzalo, espero que tú no». Suenan roncas y categóricas, como si me estuvieran indicando que no están dispuestas a enmudecer. «*Cooper* quiere tanto a mi madre que cuando ella llega de una cena se quita el traje en el rellano para que el perro no se lo estropee con las patas. Mi padre se troncha». Las voces cada vez hablan más alto y latiguean en mis tímpanos. «Tienes que conocer Sa Punta. Tenemos una cala particular». Resuenan en mi cabeza y necesito acallarlas. No se me ocurre el modo de hacerlo. «Mami, te presento a Lucía. ¿Lucía que más?». Doy la vuelta a la fotografía para intentar ahogarlas, pero ellas gritan más. «Así que tú eres Lucía. Acabo de llegar de China. Tengo un *jet lag* espantoso». Imposible dejar de oírlas. Es como si hubiera abierto una caja de sorpresas que se desparraman desordenadas a mi alrededor. «¿Qué hago yo aquí entreteniendo a una chica tan guapa? Vayamos a la fiesta. Me encanta presentarme en mi propia fiesta tan bien acompañado». Las voces me llegan dobladas, triplicadas y retumban como un tambor. «Corre, Lucía. Te voy a presentar a Gonzalo». Tengo que hacer algo para detenerlas. «¿Sabes que pareces una india?». Debo hacerlo ya. Si fuera la protagonista de una película me taparía los oídos con las manos. Soy de carne y hueso y el gesto me parece demasiado teatral. «¿A que mi padre es admirable?». De repente rasgo la fotografía en dos pedazos que quedan, aislados, en cada una de mis manos. ¡Ras!, ha sonado. Las voces han empezado a mitigarse. ¡Ras!, vuelve a sonar. Las voces desaparecen de golpe. No ha sido un acto compulsivo. Al contrario, ha sido deliberado. Como me gusta el crujido que produce el rasgar del papel en medio de ese nuevo silencio, repito la operación. ¡Ras!, suena de nuevo. ¡Ras!, otra vez. ¡Ras!, ¡ras!, ¡ras!, sigo rompiendo hasta que la fotografía se convierte en un manojo de fragmentos coloreados. Aspiro el extraño silencio que acabo de conseguir. Los fragmentos me queman en los dedos y los suelto sobre mi falda. Quedan un par de fotografías a las que echo un vistazo rápido. Una se tomó en la boda de Alejandra. La otra, en mi treinta cumpleaños. Me amenazan con hablar. No lo permito, ¡ras!, ¡ras!, ¡ras! Los pedazos son tan pequeños que apenas puedo recogerlos, aunque sigo rompiendo como si con cada nuevo chasquido dejara una porción de lo que fui.

Las manos me tiemblan, mi respiración está alterada y mi falda parece un recipiente repleto de lunares de confeti que de pronto me parece inofensivo. Solamente me pesa un poco pensar que Clara preservó las fotografías que acabo de romper. Confío en que me disculpe. No lo he podido evitar. Si algún día quisiera recuperarlas podría pedírselas a sus abuelos. Tengo que desembarazarme de los pedazos, es lo único que me queda por hacer. Los recojo lentamente, formando un par de puñados, y salgo. Me asalta de nuevo esa brisa persistente que ha soplado racheada a lo largo de la ceremonia. Me trae aromas de algas y retazos remotos de las conversaciones de los otros congregados. Miro hacia ellos. Los veo departir en pequeños grupos ante el acantilado. Se me antojan figuras minúsculas en medio de la inmensidad. Nadie me está mirando. Ni siquiera Carlos. Camino los cuatro pasos que me separan del borde, me detengo ante el vacío, estiro los brazos y abro las manos. La brisa ha virado. Ahora sopla a mi espalda. Los pedazos de fotografías planean directos hacia el mar como una lluvia festiva y caprichosa. El viento los agita un poco. Tienen más peso del que imaginaba y descienden rápido, como el granizo en las tormentas, sólo que no salpican y flotan durante un rato bamboleados por las olas.

Los trocitos se han hundido lentamente y con ellos han desaparecido sus imágenes, sus voces y su sombra. Ya no existen, no son más que minúsculos fragmentos de papel mojado condenados a desintegrarse. Miro las aguas que los han devorado junto a las cenizas de Gonzalo, me detengo en su color acerado, en las ondas azulinas que forman los remolinos, y me parecen extrañas y bellas imágenes de paz. Siento un remoto alivio que me parece una novedad. Mis mandíbulas se relajan y mis músculos quedan laxos. Cuando inspiro el aire me llega hasta el esternón. Es como si una corriente cargada de vida empezara a circular por mis venas y le devolviera la sensibilidad a mis ojos, mis oídos, mi olfato y mi piel.

Sé que ésta va a ser la última vez que contemple este paisaje que tanto he amado. Descubro que me importa poco y, aun así, lo intento retener. Carlos ha puesto a la venta la finca. Dice que en los naufragios es preciso tirar lastre para evitar que la nave se hunda. No tengo la menor idea de qué va a ser de ella. ¿Qué voy a saber yo? Sólo sé que pronto buscaré un piso pequeño en Barcelona para

Clara y para mí, nos trasladaremos en cuanto lo tenga montado, liberaré a Carlos de cualquier responsabilidad sobre nosotras y ni ella ni yo estaremos aquí para ver lo que ocurre con Sa Punta, aunque mi hija se apellide Doria.

Debo regresar al grupo, llevo demasiado tiempo apartada de ellos y no quiero que me echen en falta. En cuanto los alcance daré las gracias, me despediré y partiré con Clara. No es que tenga prisa en poner tierra por medio. En este momento ya no. Sin embargo, pienso que no vale la pena demorar los adioses. Me pongo en marcha y me dispongo a desandar el camino bordeando el acantilado. Apenas avanzo dos pasos descubro que son ellos los que vienen despacio hacia mí. Forman una mancha compacta que avanza a la vez. Emma y Mirta van en cabeza. Clara despunta sobre ellas, sentada a horcajadas sobre los hombros de mi padre. Los demás se ocultan tras ellos envueltos en el polvo que levanta la carrera de los perros.

Pum es el primero en llegar. Se encarama sobre las patas traseras a modo de saludo. Luego me alcanzan los demás.

—¡Ah! Estabas aquí —exclama Emma.

Yo le explico que no quería olvidarme de entregarle a Valeria el reloj y la cartera de Gonzalo. Valeria, al oír su nombre, se vuelve y me mira.

Aprovecho para acercarme a ella, hurgar en mi bolso y sacar los objetos.

—Debería habértelos dado antes —me disculpo mientras se los entrego.

Las pertenencias de Gonzalo están en sus manos. Las examina absorta.

—¿No quieres guardarlos para Clara? —dice.

—Prefiero que los tengas tú —respondo con determinación, cerrándole suavemente los puños con las manos.

Ella me mira desconcertada, aprieta los nudillos y fuerza una ligera sonrisa. Creo que adivina que con mi gesto pretendo devolverle todo aquello que le he intentado usurpar.

—Gracias —dice.

Carlos ha seguido nuestro intercambio a unos metros de distancia. Al cruzar nuestras miradas fuerza un gesto de inquietud. No tardan en abordarme los demás. Les comunico que en breve nos

marcharemos. Ellos me desean suerte, me dedican palabras de ánimo y cuentan lo contentos que están de haber visto a Clara tan recuperada. Yo devuelvo cumplidos y sorteo comentarios. Mi hija se abraza a mi cintura. Aprovecho para decir que debe de estar muy cansada y tenemos que irnos ya.

—¿No os quedáis a cenar con nosotros? —dice Valeria.

Les respondo que no puede ser. Es la primera salida de Clara después de la convalecencia y no quiero abusar de sus fuerzas. Ella ofrece soluciones fáciles e insiste un poco. Yo invento nuevas excusas y no me dejo convencer.

Mientras mis padres acomodan a Clara en su silla, Carlos se aproxima a nosotros para desearnos buen viaje. Se mete en el habitáculo y besa a Clara. Luego intercambia unas palabras con mis padres. Finalmente, rodea el vehículo para llegar hasta mí. Todavía estoy fuera y se detiene muy cerca. Inclina la cabeza para besarme en la mejilla y me pregunta en un murmullo si me importa que mañana me llame. Le digo que no lo haga. Él parece decepcionado.

—Como quieras —dice.

Por fin hemos conseguido meternos en el automóvil y ponerlo en marcha. A última hora todos tenían algo que decirnos. Que condujera con cuidado, que si estábamos seguros de que no queríamos quedarnos a cenar, que cerráramos las ventanillas para que no entrara polvo. Cuando las hemos cerrado, Alejandra me ha obligado a abrirlas de nuevo para sugerirme que deje a Clara con ellos el fin de semana.

—La cuidaremos bien —dice.

Yo me he excusado en que no quiero perderla de vista.

—Por fi, mami —me pide Clara desde el asiento de detrás.

—Mujer, déjala —insiste Alejandra.

A pesar de la persistencia de ambas, he vuelto a declinar el ofrecimiento procurando impostar en mi tono la máxima amabilidad.

Sólo cuando Alejandra se ha apartado hemos logrado arrancar. Yo conduzco. Mi padre ocupa el asiento del copiloto. Mi madre y Clara van detrás. Mi hija está contrariada porque no le he permitido quedarse en Sa Punta. Mi madre le promete que si deja de quejarse le contará el cuento de Rapunzel.

—¿Otra vez *Rapunzel*? —pregunto.

—Sí, mami.

No tardo en oír la vieja fórmula: «Érase una vez…».

Circulamos por un sendero largo, estrecho y umbrío, bordeado de pinos, encinas y alcornoques que nos llevará al camino que conecta con la salida de la finca. Hay resina pegada a los troncos, bolsas blancuzcas de orugas, penumbra y un intenso olor a humedad. Imagino el polvo oscuro que levantamos a nuestro paso y los ojos de los que hemos dejado en el acantilado atentos a nosotros. No miro atrás. No quiero hacerlo. Ni siquiera a través del retrovisor. Únicamente deseo avanzar para llegar a la luz que vislumbro al final del camino y encontrarme con la carretera que discurre entre pastos y campos llanos mientras mi madre le cuenta a Clara que una bruja muy mala encerró a una princesa en lo alto de un torreón.

La voz de mi madre suena misteriosa, como una dulce cantinela de fondo que aplaca el impacto de las ramas y las piedras que desplazamos a nuestro paso. Clara apenas respira. Mi padre sonríe junto a mí. Rapunzel ha dejado crecer su cabello y nosotros llegamos a la bifurcación donde se encuentra el camino que nos llevará a la carretera general. Veo ante mí amplias llanuras de labranza, exuberantes, incontrolables, rociadas por la luz roja del crepúsculo. Me detengo en el cruce, giro a la izquierda y discurro a través de trigales dorados cuajados de amapolas, tramos de cañas verdes que se curvan a nuestro paso y grandes extensiones de girasoles con sus corolas ladeadas en idéntica posición. De pronto se agolpan ante mí tantas imágenes bellas que me entran ganas de detenerme y ponerme a pintar. Pienso en la exposición que tengo en ciernes y todos esos cuadros que me gustaría añadir. La trenza de Rapunzel ya llega hasta el suelo y el príncipe la utiliza para ascender hasta ella. Clara está tan absorta en la historia que la imagino sin parpadear. Abro la ventanilla y aspiro. Huele a fiemo, a polen, a tierra y a sol. Son aromas frescos de campo que me descubren que en esta primavera avanzada la savia circula pletórica por el interior de los troncos y el ciclo de la vida no se detiene nunca.

El príncipe ha liberado a Rapunzel de su encierro, la ha besado y están comiendo perdices. Clara nos dice que cuando sea mayor y tenga una trenza muy larga no dejará que nadie trepe por ella. Ni

siquiera un príncipe, no vaya a ser que le dé un tirón y le arranque la trenza de cuajo. Mis padres y yo nos reímos de la ocurrencia. Ella se queda pensativa.

—Abuela, ¿mañana me comprarás churros? —pregunta.

—Por supuesto, mi vida —dice mi madre.

FIN

Agradecimientos

Todo mi agradecimiento a mis profesores del Ateneu de Barcelona: Muriel Villanueva, Javier Argüello, Pedro Zalarruki y Franco Chavaraloti. Con sus lecciones, críticas y reflexiones me dieron el bagaje necesario para emprender *La voz de los retratos*. Y sobre todo a Leonardo Valencia, que me dirigió y acompañó en cada página.

Gracias a quienes me ayudaron con su lectura, opiniones y consejos: Bea Pares, Rosina Puig, Piluca Ruiz, Víctor Porres, Cristina Belmonte y mis hijas, Claudia Guignet y Pati Guignet.

Mi gratitud también al equipo de la editorial Libros de Seda por apostar por mí y por la deferencia con que tratan a los escritores.

Por último, y de una forma muy especial, quiero dar las gracias a mi querido esposo, Michel Guignet, que nunca verá publicada mi novela y tanta compañía me hizo durante su elaboración. Por tantos fines de semana en los que me negué a salir porque necesitaba tiempo para escribir, por el respeto que siempre demostró hacia mi vocación, por la paciencia que me regaló cuando me irritaba al quedarme atascada, por su apoyo incondicional, por mis ausencias y por su eterna presencia.

También quiero mencionar los espacios del Ampurdán. Su luz, su costa recortada, sus paisajes irrepetibles y el color del Mediterráneo. Y la ciudad de Barcelona, cuyas calles, comercios, escuelas y locales tantos recuerdos me han hecho revivir.

Aurora Villalba Navarro: Nació en Barcelona en 1961. Licenciada en Psicología Clínica por la Universidad de Barcelona, se especializó en la aplicación de técnicas cognitivoconductuales en la Unidad de terapia de conducta de la UB y publicó varios artículos sobre trastornos de alimentación en revistas de psicología.

Durante toda su vida ha procurado dar espacio a sus dos grandes pasiones: baile y literatura. Se formó en las disciplinas de *jazz*, danza española y *ballet* clásico en la Escuela de Danza Coco Comin. En escritura, hizo el recorrido completo de cuento y novela en el Ateneu barcelonés y en 2008 escribió su primer relato, *Rodando por los jardines*, que obtuvo el segundo premio de Relatos de Mujeres 2012. A su segundo cuento, *El viaje*, le otorgaron el primer premio Palabra sobre palabra de relato breve. Su carrera se afianzó con el libro de cuentos *Esa vida que pesa*, que fue galardonado con el primer premio del XXXV certamen literario Carta Puebla 2013. *La voz de los retratos* es su primera novela.